Daniel Dunglas Home

Biblioteca de la Universidad de Cornell
Ithaca, Nueva York

De la
Biblioteca Benno Loewy
Coleccionada por
Benno Loewy
1854–1919

Legada a la Universidad de Cornell

El original de este libro se encuentra en
la Biblioteca de la Universidad de Cornell.
No se conocen restricciones de copyright en
los Estados Unidos para el uso de este texto.

EXPERIENCIAS EN MI VIDA

D. D. HOME

Con una introducción del juez Edmonds

Sexta edición
Nueva York
A. K. Butts & Co., 36 Dey Street
1874

Registrado conforme a la Ley del Congreso, en el año 1863,
por **George W. Cahlkton**,
en la Oficina del Secretario del Tribunal de Distrito para el Distrito Sur de Nueva York.

EXPERIENCIAS EN MI VIDA

Traducción al Castellano de la obra “Incidents in my life” escrita por Daniel Dunglas Home

Comentario introductorio:

> *Esta obra es la primera traducción al castellano del libro originalmente escrito en inglés por Daniel Dunglas Home en 1887, un médium escocés cuyas experiencias en el mundo espiritual y en la comunicación con espíritus lo convirtieron en un referente de la investigación espiritual de su tiempo. Hasta ahora, la obra no estaba disponible en español, y su traducción se consideró esencial para que los lectores de habla hispana puedan acceder a las reflexiones, fenómenos y enseñanzas que Home documentó a lo largo de su vida.*
>
> *El libro narra las experiencias directas del médium, describiendo manifestaciones espirituales, fenómenos inexplicables y la interacción con inteligencias del más allá. Home relata con detalle cómo estas experiencias revelan aspectos de la inmortalidad del alma, la comunicación entre los mundos y la presencia activa de los espíritus en nuestra realidad.*
>
> *Actualmente, Home sigue presente en el plano espiritual y ha solicitado expresamente que se le ayudara con esta traducción, para que su mensaje y sus enseñanzas lleguen a un público más amplio. La tarea de traducir y adaptar este texto al castellano ha sido realizada por un brujo Cabot, en ingles Cabot Witch, que es un brujo entrenado para recibir y comprender comunicaciones del mundo espiritual. Ha trabajado bajo la guía de Home para mantener la fidelidad de sus palabras y la esencia de sus experiencias.*

Esta edición ofrece no solo un documento histórico y espiritual, sino también una guía para comprender cómo la espiritualidad y la comunicación con inteligencias superiores pueden integrarse en la vida cotidiana, sin perder rigor ni seriedad en la investigación de lo inexplicable.

¿Cómo fue el comienzo de la traducción?

Con la frase "TRADUCE AL ESPAÑOL please:”

D.D.H. vino esta mañana y me dijo que en agosto le pasó algo importante y que lo buscara en su libro. Lo he buscado, y mientras estaba leyendo el libro, sentí que tenía que traducir unas líneas al español. Me metí en ChatGPT a pedirle que me tradujera esas líneas para entender bien el significado, y cuando escribía la orden a ChatGPT de que lo tradujera al español, escribí “traduce al español” y de golpe sentí en inglés la palabra “PLEASE”. La escribí y supe que eso venía del espíritu, porque yo estaba hablando en castellano y sentí que D.D.H. me pedía que le ayudara a traducirlo. Y lo voy a hacer. He buscado y no hay ninguna traducción, pero ahora la habrá, porque gracias a la divinidad que nos ha permitido esta comunicación, lo vamos a hacer por el bien de todos ya.

20 de Agosto de 2025: 13:30 H
Palma de Mallorca
Manuel Belman Jodar

CONTENIDO

Prefacio …

CAPÍTULO I
Vida temprana; Me convierto en médium …

CAPÍTULO II
Ante el mundo …

CAPÍTULO III
Manifestaciones adicionales en América …

CAPÍTULO IV
En Inglaterra …

CAPÍTULO V
En Florencia, Nápoles, Roma y París …

CAPÍTULO VI
En América. El reclutamiento forzoso …

CAPÍTULO VII
1857-1858 — Francia, Italia y Rusia — Matrimonio …

CAPÍTULO VIII
Rusia, París e Inglaterra …

CAPÍTULO IX
El “Coruhill” y otras narraciones …

CAPÍTULO X
Preservación milagrosa. Francia e Inglaterra …

CAPÍTULO XI
Un diario y carta …

CAPÍTULO XII
En memoria …

INTRODUCCIÓN
A LA EDICIÓN AMERICANA

Han pasado ahora aproximadamente quince años desde que ocurrieron en Rochester, en el Estado de Nueva York, algunos incidentes de carácter tan inusual que despertaron una atención sumamente viva.
Estos incidentes consistieron en la locomoción de objetos ponderables sin ninguna intervención perceptible de agente humano, y en la producción de sonidos sin un origen humano discernible; y, por medio de su instrumentación, se manifestó una inteligencia tal que permitió que se sostuvieran conversaciones con el poder invisible que actuaba de manera tan extraña en medio de ellos.

A través de la conversación así establecida, se afirmó que estas cosas eran obra de los espíritus de aquellos que una vez habían vivido en la tierra, y que el objeto era abrir una comunicación entre los vivos y los muertos.

Tal afirmación fue recibida con una incredulidad casi universal—con vehemente condena de la impiedad, o con un desprecio burlón hacia la credulidad capaz de aceptarla o reconocerla.

Sin embargo, los hechos continuaron, y, impulsadas por la curiosidad o el amor por lo maravilloso, las personas comenzaron a investigarlos; y a medida que la investigación avanzaba, la creencia en el origen espiritual de los fenómenos se difundió, hasta que en poco tiempo personas de todas las clases y posiciones en la sociedad, y de toda condición de inteligencia y educación, preguntaron—y la mayoría de los que indagaron, creyeron.

Inicialmente confinados a un solo lugar, pronto los fenómenos se extendieron a otras partes de ese Estado y a Estados adyacentes. Limitados, al principio, a tres jóvenes como "médiums" a través de quienes se realizaban estos hechos, el poder pronto se manifestó en otros, de distintos sexos y edades.

La prensa ordinaria del día estaba viva con los detalles y la discusión de los incidentes y su origen. Se establecieron periódicos dedicados al tema y se publicaron numerosos volúmenes con el mismo propósito. Todo el asunto fue sometido, tanto en lo referente a los hechos como a sus fuentes, al escrutinio más severo que la ingeniosidad y la agudeza pudieran idear. Se presentaron soluciones al misterio, que se declaraban satisfactorias, incluso bajo los auspicios de hombres como Sir David Brewster y los profesores Faraday y Agassiz; eran frecuentes, y la prensa y el púlpito parecían unirse en una sola voz denunciando el monstruoso fraude y la ilusión.

Aun así, los fenómenos continuaron avanzando de manera constante, hasta que, antes de que expirara la primera década después de su aparición, los instrumentos a través de los cuales se realizaban los hechos se contaban por miles en este país, y los creyentes por millones, y manifestaciones afines surgían por todo el mundo, apareciendo en diferentes continentes, entre personas de diversas nacionalidades y lenguas, simultáneamente, sin ningún esfuerzo misionero de nuestra parte, y aparentemente sin previa concertación ni con nosotros ni entre ellos mismos.

Así, finalmente—por medio de esta instrumentalidad y gracias al testimonio de estas multitudes de testigos—se estableció en este país el maravilloso hecho de que la materia inanimada se moviera sin contacto humano, y mostrara inteligencia, y una inteligencia tan

grande que podía “hablar en muchas lenguas,” y leer los pensamientos más íntimos e inexprimibles del hombre.

Entre los primeros instrumentos utilizados para lograr tal resultado en este país se encontraba D. D. Home, cuya experiencia se relata en las páginas siguientes. Era de disposición suave y amable, sincero y de mente sencilla, pero de carácter más pasivo que afirmativo, con una fuerte inclinación devocional.

Nunca se le conoció mucho en este país como médium. Sus poderes no eran más notables que los de muchos otros que se empleaban cotidianamente en aquella época, y durante gran parte del tiempo transcurrido entre el desarrollo de sus facultades y su partida hacia Europa, su mediumnidad estuvo confinada a un círculo muy reducido, compuesto por caballeros instruidos y acomodados, quienes, a través de él, investigaban a fondo el tema.

Tal investigación, realizada por hombres de ciencia, de erudición, de inteligencia y de prestigio, fue buscada con empeño y repetidamente solicitada por los educados entre aquellos que, al presenciar los fenómenos, hallaban en ellos un misterio profundo. A esa clase de hombres, a quienes solíamos considerar nuestros maestros y guías en el conocimiento, se les decía a menudo:

"Aquí hay algo que no podemos comprender. ¡Venid en nuestra ayuda! Aquí hay incidentes para los cuales no podemos encontrar origen en las leyes de la naturaleza que conocemos, de los cuales nos dicen que no son sobrenaturales, sino conformes a la naturaleza. Venid y descubrid este poder desconocido y extraordinario que así tiende a conducirnos al dominio de lo mágico y lo milagroso.
Aquí se manifiesta una inteligencia en la materia inanimada que afirma ser la de los muertos. Venid en nuestro auxilio y desveladnos, si es posible, alguna otra teoría que no sea la espiritual, para explicar estos eventos fuera de lo común.
Porque si eso no puede hacerse, y esto es lo que profesa ser—una comunión con los espíritus de los difuntos—, la importancia de esta nueva fase de la vida humana no puede ser exagerada."

A tales llamados, la respuesta fue a menudo favorable, y se llevaron a cabo investigaciones en diferentes partes del país; las cuales dieron como resultado no tanto el descubrimiento de la naturaleza de este nuevo poder, como el establecimiento, para todos los que quisieran meditar sobre el asunto, de la realidad de su existencia y, en cierta medida, de lo que era capaz de lograr.

Tan pronto como se alcanzó este fin en este país, las demostraciones de ese carácter cesaron casi por completo entre nosotros, y la comunión con los espíritus asumió una nueva y sumamente interesante fase.

Mientras tanto, Europa quedaba rezagada respecto a la rapidez de nuestro movimiento, y cuando empezábamos a leer en este Nuevo Testamento de Dios para el hombre, ocasionalmente podíamos escuchar que su gente apenas comenzaba con su A, B, C.

Así que, cuando Home llegó a Inglaterra, en posesión de un poder que entonces era bastante común en este país, pero casi desconocido allí, atrajo de inmediato gran atención—y se verá en las páginas siguientes cuán extendida y sincera fue esa atención entre las clases altas, tanto en el Continente como en Inglaterra. El mismo vivo interés por estos primeros pasos

de la Comunión se mostró allí, como se había observado aquí, unos diez años antes. Ese interés aún continúa allí.

Mencionaré, como ejemplo de ello, que hace algún tiempo recibí una carta de Home, solicitando permiso para enviarme las pruebas adelantadas de su próximo trabajo, para su publicación aquí; y cuando recibí esas pruebas, me llegaron no de él, sino de un amigo, porque había sido llamado por el Emperador de los Franceses y había partido hacia París.

La función que su libro desempeñará en Europa será algo diferente de la que tendrá con nosotros. Allí, será principalmente para establecer el hecho del intercambio espiritual. Con nosotros, contamos con abundante testimonio sobre ese punto, no solo en la experiencia frecuentemente registrada del pasado, sino también en el gran número de Círculos privados, ahora dispersos por todo nuestro país, donde cada uno puede ver y juzgar por sí mismo.

Para algunos en este país también esa será la función de su libro, pero para muchos otros será diferente, y el libro encontrará su principal interés en el detalle sencillo y claro de los hechos, y en la gran acumulación de testimonios que respaldan esos detalles, y en el hecho de que constituye una delineación clara del primer paso de muchos que se han dado en los últimos quince años.

Ese primer paso ha sido investigado bastante a fondo en América, hasta que se ha producido una gran revolución en la mente pública respecto a su realidad.

Lo siguiente—y para eso estamos preparados ahora en este país—es obtener para los pasos subsiguientes la misma minuciosa y rigurosa investigación.

Y es el objeto de esta introducción solicitar para esos pasos subsiguientes la más estrecha investigación que la ciencia, la educación y la agudeza puedan brindar. Es imposible que una sola mente, o un pequeño número de mentes, lo haga sabiamente y con acierto. Se requieren muchas mentes, numerosas observaciones y la recopilación de los resultados de múltiples investigaciones, antes de que se pueda llegar a una conclusión satisfactoria y se puedan descartar todas las posibles objeciones.

Así como en astronomía, los descubrimientos de los últimos cien años han superado a los de cualquier periodo anterior equivalente, gracias al gran aumento en el número de observadores y a los medios de observación mejorados, puede suceder lo mismo en la comunicación espiritual. Muchas cosas hoy oscuras pueden volverse claras; muchas cosas consideradas imposibles pueden demostrarse posibles; y muchas cosas que para la mente inexperta pueden ser aterradoras, pueden mostrarse a la vez atractivas y beneficiosas. Todo lo que se necesita es una investigación paciente y persistente.

Sin embargo, este llamado mío sería incompleto si omitiera definir más particularmente cuáles son los temas para los que solicito un escrutinio, y por ello procedo a mencionarlos.

Primero. Si es cierto que los espíritus de los muertos pueden comunicarse con nosotros, entonces debe ser que pueden revelarnos cuál es el estado de existencia al que fueron conducidos al morir, y cuál es el modo de vida que llevan allí. Esto ellos profesan hacer, y esto me parece el objetivo primario y principal de todo este movimiento.

Yo mismo he recibido mucha información sobre este asunto. Parte de ella ya la he dado al mundo, pero hay mucho más que no he compartido. Estoy listo para hacerlo tan pronto como encuentre que el mundo esté preparado para recibirlo—no en medio del furor de la riqueza superabundante, con todo el egoísmo, el lujo y la extravagancia que la acompañan, ni en medio de las pasiones malignas que genera la guerra civil—sino más adelante, cuando las aflicciones que Dios nos está enviando hayan cumplido su propósito destinado de suavizar nuestros corazones y abrirlos a la entrada de la voz suave que ahora nos llega, en tonos cada vez más intensos, desde más allá de la tumba.

Así como la vida en la tierra nunca es exactamente igual en dos personas, así la vida en el mundo espiritual nunca es igual para dos inmortales. ¡Ved entonces! ¿Cuántos espíritus deben comunicarse con nosotros, y cuántos mortales deben participar en esa comunión antes de que podamos obtener suficiente para poder decir y sentir que conocemos cómo es la vida más allá de la tumba? Así como en astronomía se necesitaron las observaciones de muchas, muchas personas durante varios miles de años para permitirnos llegar a la verdad respecto a nuestro sistema planetario, esta verdad mucho más trascendental debe llegarnos de la misma manera, como resultado de muchas observaciones por muchas personas. ¿Qué puede hacer un hombre, o incluso una veintena, en este respecto? La pregunta se responde fácilmente. ¡Qué pocos han leído o creído lo que yo he publicado respecto al mundo espiritual!

Sin embargo, que el investigador se convenza de lo que enseña este libro de Home, a saber, que existe la comunicación directa con los espíritus de los fallecidos, y podrá él mismo realizar sus propias indagaciones, y recibir respuestas directas para sí mismo, y así, a partir de la observación personal, podrá llegar a creer aquello que le resulta tan difícil aceptar a través de mí. Otros, y otros aún haciendo lo mismo, el resultado sería tal acumulación de testimonios que habría tan poca duda sobre este asunto como la hay ahora sobre la existencia real del intercambio espiritual.

Y cuando llegue ese tiempo, cuando un conocimiento racional de cuál es realmente el gran cambio—el mortal que se viste de inmortalidad—reemplace el terrible miedo a la muerte que ahora con tanta frecuencia asusta al hombre de su propia rectitud y esclaviza su mente con una servidumbre peor que la egipcia, ¡qué imaginación puede imaginar la vasta mejora que fluirá hacia la felicidad, la sabiduría y la pureza del hombre!

Segundo. Otro tema, sobre el cual ya se ha recibido mucha evidencia, pero se necesita mucho más para una comprensión completa, está implicado en la cuestión de de qué manera, y en qué medida, estamos en la vida mortal rodeados y afectados por los espíritus de los fallecidos.

Hay abundante evidencia que muestra que estamos siempre rodeados por ellos, y mucho que nos induce a creer que cada estado de ánimo tiene su espíritu afín; de lo cual parecería seguir que estamos siempre sujetos a ser influenciados para bien o para mal por nuestros compañeros invisibles. Pero muchas preguntas importantes que surgen de estos hechos aún no tienen solución. Por ejemplo: ¿En qué medida y bajo qué circunstancias pueden los espíritus acompañantes influir en nosotros? ¿Y cuál es nuestra protección contra el mal de esta influencia? —¿Podemos nosotros mismos controlarla controlando nuestro estado de ánimo? Y si necesitamos ayuda, ¿podemos obtenerla, y cómo?

Aquí quizás se encuentre la solución de la proposición a menudo discutida sobre la eficacia de la oración. Aquí, tal vez, aprendamos que así como Dios siempre obra a través de sus instrumentos, también el estado de ánimo que nos impulsa a orar puede alejar el mal de nosotros y atraer cerca de nosotros a los espíritus ministradores que puedan estar encargados de la función de responder a nuestras peticiones, y que de otro modo no podrían acercarse y hacer por nosotros aquello que ven, tanto como nosotros, que es necesario para nosotros.

Y aquí también, quizá, se encuentre la solución de muchas condiciones mentales que los médicos ignorantes suelen tratar como locura incurable. He visto bastantes casos, y yo mismo he curado varios, donde los médicos habían sido consultados en vano.

No hace mucho tiempo fui invitado por una de nuestras Sociedades Médicas a asistir a la lectura de un artículo sobre la locura por un doctor alemán. En algunas observaciones que hice sobre ese artículo, aproveché para llamar la atención de la facultad sobre este tema, y les detallé varios de los casos que yo había curado, con la esperanza de que ellos mismos investigaran y vieran si no había algo en ello. Desafortunadamente, en la publicación de mis observaciones, omitieron esta parte y con ella una indagación —la cual no puedo sino considerar altamente pertinente—:

"¿Podría la profesión médica no encontrar en estos y casos afines algo digno de su más cuidadosa investigación?"

Y ahora, en esta conexión, puedo repetir la pregunta ya hecha: si el investigador cree en la comunión anunciada en estas páginas de Home, y él puede, al aprovecharse de esa comunión, aprender la causa y la cura de cualquier número de casos de locura, sean muchos o pocos, ¿por qué no investigar? ¿Acaso la mera investigación hace daño? Nunca daña nada más que el error, y a veces, tal vez, al primer proponente de la verdad —pero a la verdad misma nunca la daña.

Tercero. Otro tema profundamente interesante, sobre el cual se ha tenido alguna revelación y puede haber más, es: ¿Qué es el alma? ¿Y cómo está conectada con el cuerpo? ¿Qué forma o cubierta asume cuando la corrupción se apodera de él? ¿Y cuáles son sus poderes relativos antes o después de la muerte?

En este tema se abarcan los fenómenos del sueño y los sueños, la clarividencia (durante mucho tiempo objeto de disputa, pero ahora aceptada como un hecho, aunque envuelta en profundo misterio), las fotografías espirituales, un telégrafo espiritual, y la filosofía y explicación de la comunión con los espíritus.

Sobre todos estos temas ya se han aprendido muchos hechos y principios, y aún pueden aprenderse muchos más. Se ha aprendido lo suficiente para mostrarnos que no necesitamos permanecer en la ignorancia por más tiempo.

Por ejemplo: un invierno, hace cuatro o cinco años, realicé algunos experimentos muy interesantes. Se llevaron a cabo dos sesiones al mismo tiempo (permitiendo diez minutos por la diferencia de longitud) en Nueva York y Boston. Se conservaron registros cuidadosos de lo que ocurrió en ambos lugares, y al compararlos se encontró que las dos partes, aunque separadas por doscientos cincuenta millas, conversaban entre sí como si estuvieran presentes cara a cara. Se me mostró el modus operandi y se dieron muchas explicaciones. Los experimentos continuaron durante varias semanas, pero se descubrió que implicaban un

peligro, y se abandonaron. Se descubrió la causa de ese peligro, y se encontró que a su debido tiempo podría evitarse.

Desde estos experimentos, no he realizado esfuerzos continuos en esa dirección, pero he experimentado muchos incidentes que muestran la viabilidad de tal comunión entre nosotros incluso en esta vida terrenal.

Otro ejemplo se encuentra en las fotografías espirituales, que pretenden ser retratos de los difuntos tal como viven ahora en la vida espiritual. Hace varios años recibí desde el lejano Oeste —Illinois, creo— algunos ejemplares crudos de este fenómeno, y se me informó de lo que se pretendía y lo que se esperaba lograr. Ahora ha aparecido una forma más madura de esto en Boston, y se han tomado muchas fotografías, de las cuales hay toda razón para creer que son semejanzas de los difuntos tal como existen ahora. El tiempo y observaciones repetidas mostrarán cómo es esto. Y si llegara a convertirse en un hecho bien establecido, seguramente cualquiera vería de inmediato cuán poderosa es la evidencia que así se da de una existencia más allá de la tumba.

Relacionado con este tema está el poder de ver y delinear escenas y objetos en la tierra espiritual. He recibido mucha evidencia al respecto, y tengo en mi colección algunos ejemplares interesantes, todos los cuales tienden a mostrar la factibilidad y la necesidad de una mayor investigación para desarrollar ese poder.

Cuarto. Me referiré a un último tema antes de concluir, y ese es el poder de predecir eventos futuros.

Tengo en mi biblioteca un libro publicado en Londres en 1707 en el que se detalla una profecía, dada mediante una comunión espiritual como la que estamos experimentando ahora, de que la familia Borbón sería expulsada del trono de Francia, y se dio la razón, a saber, su profligación general y su persecución de la libertad de opinión religiosa.

La última vez que di una conferencia a los espiritualistas en Nueva York, en mayo de 1861, leí dos artículos, uno de aproximadamente once años y otro de unos cinco años de antigüedad, en los que se predijo nuestra actual guerra civil: en uno de los artículos algo vagamente, hasta que los eventos lo hicieron claro, pero en el otro de manera muy explícita y distinta.

Todos estos se referían a eventos públicos, donde las profecías fueron publicadas al mundo antes de que los eventos ocurrieran, pero he tenido muchos casos dentro de mi propia observación en los que los eventos privados fueron predichos correctamente.

Hace cinco años publiqué un folleto sobre este tema, con el objetivo de llamar la atención sobre él. Desde entonces no he visto nada que cambie mis opiniones, pero sí mucho, muchísimo que las confirma, y que me muestra que aquí hay un poder que puede ser comprendido y mejorado por nosotros, y que puede ser puesto a nuestro servicio.

Estos cuatro temas son todos los que considero recomendable mencionar ahora. Pero no son de ninguna manera todos los que están relacionados con la comunión espiritual y que son de profundo e imperecedero interés, sobre los cuales ya se ha obtenido algún conocimiento y se puede obtener más mediante investigaciones adecuadas.

Según entiendo, solo a través de la instrumentación de la comunión espiritual se puede obtener ese conocimiento. Ciertamente, ningún hombre usará esa instrumentación si no cree en su realidad, o si la considera un fraude o un engaño. Y en esto, me parece, reside el principal valor del libro de Home y la lección que enseña.

Si el libro no hace más que convencer a algunas mentes de la realidad de la comunión con los Difuntos, ya tendrá algún valor, pues llevará consuelo a muchos corazones que ahora sufren bajo el peso de la duda o la aflicción. Pero si va más allá, y conduce a mentes inteligentes e instruidas a investigar las verdades superiores relacionadas con el tema, será un bien realmente grande.

Por mi parte, no creo que aún hayamos alcanzado el fin del conocimiento, ni de las obras ni de la palabra de Dios.

J. W. EDMONDS
Nueva York, 29 de marzo de 1863

INCIDENTES DE MI VIDA
CAPÍTULO I
PRIMERA ETAPA DE MI VIDA: ME CONVIERTO EN MEDIUM

Nací cerca de Edimburgo, en marzo de 1833. Cuando tenía aproximadamente un año, fui adoptado por una tía, y la acompañé a ella y a su esposo a América cuando tenía cerca de nueve años. De niño era muy delicado y de un temperamento altamente nervioso; tanto, que no se pensaba que pudiera sobrevivir.

No recuerdo cuándo empecé a ser sujeto a los curiosos fenómenos que ahora me han acompañado durante tanto tiempo, pero mi tía y otros me han contado que cuando era bebé, mi cuna se mecía con frecuencia, como si algún espíritu guardián cuidadoso me velara durante mis sueños. Mi tía también me dijo que cuando tenía alrededor de cuatro años, tuve una visión de las circunstancias que rodeaban el fallecimiento de un primo pequeño: yo estaba en Portobello, cerca de Edimburgo, y él en Linlithgow, y todo resultó ser completamente correcto, aunque yo había mencionado personas como presentes a su alrededor que se piensa no podían haber estado allí, y había notado la ausencia de su padre en el agua en un momento en que se creía que debía estar en casa con él.

Cuando tenía alrededor de trece años, ocurrió la primera visión que recuerdo con claridad. Debido a mi delicada salud, no podía unirme a los juegos de otros niños de mi edad. Algunos meses antes de la visión que voy a relatar, había hecho amistad con un chico dos o tres años mayor que yo, algo parecido a mí en carácter y temperamento. Teníamos la costumbre de leer juntos la Biblia, y en una ocasión, en el mes de abril, mientras la leíamos en el bosque y contemplábamos en silencio la belleza de la vegetación primaveral, él se volvió hacia mí y dijo: "¡Oh, he estado leyendo una historia tan extraña!" y me contó un relato de fantasmas relacionado con la familia del Lord —que desde entonces he comprobado que está bien documentado. Aún existe un retrato de la dama a quien le ocurrió,

conocido como “la dama con la cinta negra”. El actual Lord —de la misma familia— me dijo que había nacido en la habitación donde apareció el espíritu.

Mi amigo Edwin me preguntó si creía que la historia podría ser cierta, y yo dije que no lo sabía, pero que había oído cosas extrañas de ese tipo. Entonces acordamos que cualquiera de los dos que primero fuera llamado de la tierra, aparecería al otro al tercer día después, si Dios lo permitía.

Leímos otro capítulo de la Biblia juntos y oramos para que así fuera para nosotros.

Alrededor de un mes después, me fui con mi familia a residir en Troy, en el estado de Nueva York, a una distancia de Norwich, donde vivía Edwin, de casi trescientos millas. Había pasado la velada a finales de junio con algunos amigos, y nada había ocurrido durante la noche que excitara mi imaginación o agitara mi mente; al contrario, me encontraba en un estado de calma. La familia se había retirado a descansar, y yo fui directamente a mi habitación, que estaba tan completamente iluminada por la luz de la luna que no era necesario encender una vela.

Después de decir mis oraciones, estaba sentado en la cama a punto de cubrirme con las sábanas, cuando una repentina oscuridad pareció llenar la habitación. Esto me sorprendió, ya que no había visto ninguna nube en el cielo; y al mirar hacia arriba, vi la luna todavía brillando, pero estaba al otro lado de la oscuridad, que se volvió más densa, hasta que a través de la penumbra pareció aparecer un resplandor de luz que no puedo describir, pero que era similar a los que yo y muchos otros hemos visto desde entonces cuando la habitación ha sido iluminada por una presencia espiritual.

Esta luz se intensificó y mi atención se centró en los pies de mi cama, donde estaba mi amigo Edwin. Apareció como en una nube de brillantez, iluminando su rostro con una claridad más allá de lo mortal. Sus rasgos no cambiaron, excepto en brillo, y la única diferencia que noté fue que su cabello estaba largo y caía en rizos ondulados sobre sus hombros. Me miró con una sonrisa de dulzura inefable, luego levantó lentamente el brazo derecho, apuntó hacia arriba y haciendo tres círculos en el aire, la mano comenzó a desaparecer lentamente, luego el brazo y, finalmente, todo el cuerpo se desvaneció. La luz natural de la habitación volvió a ser aparente.

Quedé sin palabras y no podía moverme, aunque conservaba todas mis facultades de razonamiento. Tan pronto como recuperé la capacidad de movimiento, toqué el timbre, y la familia, pensando que estaba enferma, vino a mi habitación, cuando mis primeras palabras fueron: "He visto a Edwin; murió hace tres días a esta misma hora". Esto se comprobó perfectamente mediante una carta que llegó unos días después, anunciando que, tras solo unas pocas horas de enfermedad, había fallecido de disentería maligna.

Mi madre fue vidente durante toda su vida. Falleció en 1850, a la edad de cuarenta y dos años. Tenía lo que en Escocia se conoce como "segunda vista", y en muchos casos veía cosas que luego se comprobaba que habían ocurrido a distancia, tal como las había descrito. También previó muchos eventos en la familia y predijo el fallecimiento de parientes, y, por último, predijo su propia muerte con cuatro meses de antelación.

Yo tenía entonces diecisiete años y residía en Norwich, Connecticut, mientras que mi madre vivía en Waterford, cerca de New London, a doce millas de distancia. Un día sentí

repentinamente un fuerte impulso de que quería verme, y caminé todo el camino a causa de esta impresión. Al llegar, sentí la impresión de que ella tenía algo particular que comunicarme. Esa noche, cuando estábamos solos, me volví hacia ella y le dije: "¿Qué tienes que decirme, madre?"

Me miró con intensa sorpresa, y luego una sonrisa apareció en su rostro, diciendo: "Bueno, querido, era solo para decirte que dentro de cuatro meses te dejaré". Pregunté incrédulo cómo lo sabía, y ella respondió: "Tu hermanita Mary vino a mí en visión, sosteniendo cuatro lirios en la mano, y dejando que cayeran uno a uno, hasta que el último cayó, y entonces me dijiste: 'Y luego vendrás a mí'". Le pregunté si los cuatro lirios representaban años, meses, semanas o días, y me dijo: "meses".

Me había impresionado bastante esta narración, cuando mi madre agregó: "Y estaré completamente sola cuando muera, y no habrá ningún pariente cerca para cerrar mis ojos". Esto me pareció tan improbable, por no decir imposible, ya que la familia era numerosa y teníamos muchos parientes, que le dije: "Oh, madre, me alegra que me lo hayas dicho, porque muestra que debe ser una visión falsa". Ella negó con la cabeza. Mary era una hermanita que había sido llevada de la tierra en circunstancias muy dolorosas unos cuatro años antes. Mi madre había salido a caminar, dejando a la niña en casa, y al regresar, al tener que cruzar un arroyo, vio lo que parecía ropa flotando en el agua y, apresurándose a ver qué era, sacó el cuerpo de su hija.

La aparentemente imposible profecía se cumplió literalmente, porque por una extraña complicación de circunstancias, mi madre enfermó entre extraños, y un telegrama que enviaron el último día del cuarto mes, anunciando su grave enfermedad, solo nos llegó alrededor de las once y media de la mañana. Como yo estaba confinado en cama por enfermedad en la casa de mi tía, y ella no podía dejarme solo, el telegrama se envió a mi padre. Esa misma tarde, al anochecer, estando sola en mi habitación, escuché una voz a la cabecera de mi cama que no reconocí, diciendo solemnemente: "Dan, doce en punto". Giré la cabeza, y entre la ventana y mi cama vi lo que parecía ser el busto de mi madre. Vi que sus labios se movían, y de nuevo escuché las mismas palabras: "Dan, doce en punto". Una tercera vez repitió esto y desapareció de mi vista.

Estaba extremadamente agitada y toqué el timbre apresuradamente para llamar a mi tía; cuando llegó, le dije: "Tía, mamá murió hoy a las doce, porque la he visto y me lo dijo". Ella respondió: "Nonsense, child, you are ill, and this is the effect of a fevered brain." Sin embargo, era demasiado cierto, como descubrió mi padre al ir a verla, que había muerto a las doce, sin la presencia de ningún pariente para cerrar sus ojos.

Mi madre también me dijo que su gran tío Colin Urquhart y su tío, el Sr. Mackenzie, también eran videntes y poseían la segunda vista.

Unos meses después de que mi madre dejara la tierra, una noche, al acostarme, escuché tres golpes fuertes en la cabecera de mi cama, como si alguien hubiera golpeado con un martillo. Mi primera impresión fue que alguien debía estar escondido en mi habitación para asustarme. Los golpes se repitieron, y mientras resonaban en mis oídos, la impresión inicial fue que provenían de algo no terrenal. Tras unos momentos de silencio, se escucharon nuevamente, y aunque pasé una noche en vela, ya no sentí ni escuché repetición alguna.

Mi tía era miembro de la Iglesia de Escocia, y yo, dos años antes, para su gran desaprobación, me había hecho miembro del cuerpo wesleyano; pero su oposición fue tan violenta que la dejé para unirme a los congregacionalistas. Al bajar a desayunar, notó mi aspecto pálido y me reprendió por haberme agitado en alguno de mis reuniones de oración. Me disponía a sentarme a la mesa cuando nuestros oídos fueron asaltados por una lluvia perfecta de golpes sobre toda la mesa. Me detuve, casi aterrorizado, al escuchar nuevamente tales sonidos sin causa visible; pero pronto volví a la realidad gracias a la exclamación de horror de mi tía: "¿Así que has traído al diablo a mi casa, verdad?"

Debo decir aquí que ya se había hablado un poco de los llamados golpes de Rochester a través de la familia Fox, pero aparte de haber oído algo al respecto de manera casual, no les había prestado atención; ni siquiera sabía lo que significaban. Mi tía, por el contrario, había oído hablar de ellos a través de algunos vecinos, y los consideraba como algunas de las obras del Maligno. En su ira incontrolable, agarró una silla y me la lanzó. Sabiendo cuán completamente inocente era yo de la causa de su desafortunada ira, mis sentimientos se vieron profundamente heridos por su violencia, y al mismo tiempo me fortalecí en la determinación de averiguar cuál podía ser la causa de estas perturbaciones durante nuestra comida matutina.

En el pueblo había tres ministros, uno congregacionalista, uno bautista y el otro wesleyano. Por la tarde, mi tía, cuyo enojo conmigo por el momento había hecho que perdiera de vista sus prejuicios contra estas confesiones rivales, los envió a llamar para que consultaran con ella y rezaran por mí, para que pudiera liberarme de tales visitas. El ministro bautista, el Sr. Mussey, fue el primero en llegar, y después de preguntarme cómo había hecho que estas cosas me ocurrieran, y al ver que yo no podía darle ninguna explicación, deseó que rezáramos juntos para que cesaran. Mientras estábamos así en oración, en cada mención de los nombres santos de Dios y Jesús, se oían suaves golpes sobre su silla y en diferentes partes de la habitación; mientras que, a cada expresión de deseo de que la misericordia de Dios se mostrara a nosotros y a nuestros semejantes, se producían fuertes golpes, como si se unieran a nuestras oraciones sinceras.

Estaba tan impresionado por esto que allí mismo, de rodillas, resolví ponerme totalmente a disposición de Dios y seguir las indicaciones de lo que entonces sentí que solo podía ser bueno y verdadero; de otro modo, ¿por qué habría de mostrar alegría ante esas partes especiales de la oración? Este fue, de hecho, el punto de inflexión de mi vida, y nunca he tenido motivo para arrepentirme ni un instante de mi determinación, aunque durante muchos años me ha tocado sufrir profundamente al llevarla a cabo. Mi honor ha sido puesto en duda, mi orgullo herido, mis primeras perspectivas arruinadas, y fui expulsado de casa a los dieciocho años, aunque aún era un niño en cuerpo por la delicadeza de mi salud, sin un amigo, y con tres hijos menores a mi cargo para sustento.

De los otros dos clérigos, el congregacionalista no quiso entrar en el tema, diciendo que no veía razón para que un muchacho de mente pura fuera perseguido por algo que no estaba en su poder prevenir o causar, y el metodista fue tan cruel, atribuyéndolo al diablo, que no obtuve consuelo alguno de él.

A pesar de las visitas de estos ministros y del continuo horror de mi tía, que solo aumentaba a medida que se desarrollaban las manifestaciones, los golpes continuaron, y los muebles comenzaron a moverse sin ningún agente visible. La primera vez que esto ocurrió, yo estaba

en mi cuarto, peinándome frente al espejo. En el espejo vi una silla que estaba entre mí y la puerta, moviéndose lentamente hacia mí. Mi primer sentimiento fue de intenso miedo, y miré a mi alrededor para ver si había alguna escapatoria; pero allí estaba la silla entre mí y la puerta, y aún se movía hacia mí mientras la observaba. Cuando estuvo a aproximadamente un pie de distancia, se detuvo, tras lo cual salté más allá de ella, corrí escaleras abajo, tomé mi sombrero en el hall y salí a asombrarme ante este maravilloso fenómeno.

Después de esto, cuando me sentaba tranquilamente en la habitación con mi tía y mi tío, la mesa, y a veces las sillas y otros muebles, se movían solos de manera singular, para gran disgusto y sorpresa de mis familiares. En una ocasión, mientras la mesa se movía así por sí misma, mi tía trajo la Biblia familiar y, colocándola sobre la mesa, dijo: "Ahí, eso pronto ahuyentará a los demonios"; pero para su asombro, la mesa solo se movió de manera más animada, como si estuviera complacida de soportar tal carga. Al ver esto, se enfureció mucho y, determinando detenerlo, puso todo su peso sobre la mesa, y fue levantada del suelo junto con ella, literalmente.

Mi única consolación en ese momento fue otra tía, viuda, que vivía cerca, cuya sincera simpatía hizo mucho por animarme y consolarme. En su casa, cuando la visitaba, ocurrían los mismos fenómenos; y allí fue donde por primera vez comenzamos a hacer preguntas, recibiendo respuestas inteligentes.

El espíritu de mi madre, en su casa, se comunicó de la siguiente manera:

"Daniel, no temas, mi hijo. Dios está contigo, ¿y quién contra ti? Procura hacer el bien, ser veraz y amante de la verdad, y prosperarás, hijo mío. Tu misión es gloriosa: convencerás al incrédulo, curarás a los enfermos y consolarás a los afligidos."

Esta fue la primera comunicación que recibí, y ocurrió dentro de la primera semana de estas visitas. La recuerdo bien. Nunca la he olvidado, y no podré olvidarla mientras dure la razón y la vida. Tengo motivos para recordarla también, porque fue la última semana que pasé en la casa de la tía que me había adoptado, ya que ella no pudo soportar la continuación de los fenómenos, que tanto perturbaban sus convicciones religiosas, y sintió que era su deber que me fuera de su casa, lo cual hice.

Uno de los fenómenos singulares que ocurrió durante esta primera semana fue en relación con la Sra. Force, una vecina. Debo mencionar que para entonces los vecinos habían oído lo que estaba ocurriendo en mi presencia, y acudían en masa a la casa, lo que no ayudaba a calmar las sensibilidades religiosas de mi tía. Una tarde, estando en la casa de la Sra. Force, se escucharon los golpes y se usó el alfabeto de la manera que ahora es familiar para muchos. El nombre de su madre fue dado así, anunciando su presencia, y se deletrearon palabras reprochándola por haber olvidado durante tanto tiempo a su media hermana, que se había casado unos treinta años antes con un granjero que se trasladó al lejano oeste, y desde entonces no se le había vuelto a ver. Su madre continuó, a través del alfabeto y los golpes, indicando el nombre del pueblo donde vivía esta hija de un matrimonio anterior, el número de sus hijos y los nombres de cada uno de ellos. La Sra. Force escribió a la dirección así proporcionada, y recibió una carta confirmando cada detalle; y la familia se reunió nuevamente de esta manera, intercambiando simpatías mutuas. Al visitar a la Sra. Force al año siguiente, encontré que había recibido la visita de uno de sus sobrinos recién encontrados en el otoño anterior.

Entro en estos detalles no para revivir recuerdos dolorosos ni causar sufrimiento a nadie, sino simplemente para mostrar la historia de mi mediumnidad y la misteriosa obra de la Providencia al ponerme ante el público. De no haber sido por esta cadena de circunstancias, estas verdades podrían haber permanecido desconocidas tan ampliamente como lo están ahora.

Aunque las manifestaciones solo habían durado una semana, se habían hecho conocidas no solo en el pueblo, sino que, a través de los periódicos, se estaban volviendo públicas en todos los estados de Nueva Inglaterra; y cuando dejé la casa de mi tía, fui a un pueblo vecino, Willimantic, y fui recibido en la casa de un amigo allí.

"Mientras estaba con él, estos fenómenos se repitieron, y los presentes los investigaron de la manera más determinada. Encuentro el siguiente relato de lo que ocurrió, publicado en un periódico de marzo de 1851:

“A solicitud, la mesa se movió repetidamente, y en cualquier dirección que se nos pidió. Todo el círculo, incluido el médium, tenía las manos planas sobre la mesa, y miramos varias veces debajo de la mesa mientras estaba en el movimiento más rápido, y vimos que ninguna pierna ni pie tenía participación en el movimiento. La mesa era grande y pesada, sin ruedas, y no podía ser movida por el Sr. Hayden de la misma manera, a pesar de todos sus esfuerzos con las manos abiertas sobre la mesa. En un momento, además, la mesa se movió sin que las manos ni los pies del médium la tocaran en absoluto.

A nuestra solicitud, la mesa fue volteada sobre nuestro regazo. La mesa también se movió mientras el Sr. Hayden intentaba sostenerla quieta. El Sr. Hayden tomó la parte superior al principio, y al fallar de esa manera, agarró la pata y la sostuvo con toda su fuerza. La mesa no se movió tan libremente como antes. Se movía un poco alejándose del Sr. Hayden, y luego el poder invisible de repente relajaba su esfuerzo, tras lo cual la mesa saltaba de vuelta con el esfuerzo del Sr. Hayden."

Tenía entonces dieciocho años, y al ver este artículo, que me hacía tan público, me retraí de ocupar una posición tan prominente con todo el fervor de una mente sensible; pero ahora me encontraba finalmente embarcado, sin ninguna voluntad propia, y de hecho, en gran medida en contra de mi voluntad, en el tempestuoso mar de la vida pública. Desde ese momento nunca tuve un momento propio. En la enfermedad o en la salud, de día o de noche, mi privacidad era invadida por todos los que venían, algunos por curiosidad y otros por motivos más elevados. Hombres y mujeres de todas las clases y de todos los países; médicos y hombres de ciencia, ministros de todas las persuasiones, y hombres de literatura y arte, todos buscaron ansiosamente pruebas de esta gran y absorbente cuestión de la posibilidad de causas espirituales actuando sobre este mundo de la naturaleza.

Por mi parte, no tengo disculpa que ofrecer por la ocurrencia de estas manifestaciones inusitadas en mi caso. Como se habrá visto, vinieron a mí sin ser solicitadas, y con todos los acompañamientos desagradables y dolorosos que he descrito. No he tenido, y nunca tuve, el más mínimo poder sobre ellas, ni para provocarlas, ni para enviarlas, ni para aumentarlas, ni para disminuirlas. Qué leyes peculiares pueden haber regido su desarrollo en mi persona, no lo sé más que otros. Mientras ocurren, no soy consciente del modo en que se producen, ni del tipo de manifestación que está a punto de ocurrir. Cualquier sensación peculiar que

pueda experimentar durante ciertas manifestaciones, la describiré lo mejor que pueda, mencionando también las visiones o fenómenos externos.

Más allá de tener una organización nerviosa altamente sensible, no hay nada peculiar en mí que yo conozca; pero continúo teniendo salud delicada, y creo firmemente que, de no haber sido por estos fenómenos, no podría haber vivido hasta ahora. En esta creencia, muchos médicos de alto prestigio han dado su testimonio para respaldarme. Frecuentemente, durante las visitas más graves de enfermedad, mis dolores han sido calmados de manera misteriosa, y muchas veces, cuando hubiera sido imposible moverme en la cama por miedo a un aumento de hemorragia pulmonar, mi cabeza ha sido lentamente levantada y mi almohada girada por manos invisibles. Esto ha sido presenciado repetidamente por muchas personas.

Especialmente, diría que no me considero moralmente superior a los demás por esto, ni nadie debería creer que estos fenómenos me ocurren a mí, o a otros, por cualidades morales o inmorales. Por el contrario, con las grandes bendiciones que se han derramado sobre mí, y las inefables pruebas que he recibido de la providencia y bondad de Dios hacia mí, me siento solo peor que los demás por haber progresado tan poco en el camino del bien. Debo agradecer a Dios por muchos amigos bondadosos, no menos que por muchos enemigos amargos, ya que mantienen mi mente en equilibrio y no me permiten sentir orgullo por lo que, sin duda, no es más que un accidente, por así decirlo, de mi organización.

Estas extraordinarias ocurrencias han continuado conmigo, con algunas excepciones, desde el momento que mencioné como su comienzo, y han extendido su alcance, para mi asombro no menor que para el de otros, de la manera más sorprendente. Han probado para mí y para miles de investigadores cuidadosos y competentes, la existencia de fuerzas espirituales que están destinadas a revolucionar la ignorancia actual, tanto de la filosofía como de la teología, tal como los hombres las han formulado.

Las excepciones a las que me refiero han sido períodos durante los cuales el poder me abandonó por completo; por ejemplo, desde el 10 de febrero de 1856 hasta el 10 de febrero de 1857, durante los cuales no tuve ningún signo externo de poder espiritual, aunque en varias ocasiones tuve visiones, una de las cuales fue la de ver la manera en que un hermano pasó de la tierra. Él se congeló en los mares polares mientras cazaba osos con el capitán y los oficiales de su barco. Al caer en una grieta del hielo, no fue encontrado hasta la mañana siguiente. Vi todo esto en una visión en el mismo momento de su ocurrencia, y se lo informé a mi familia cinco meses antes de que llegara la confirmación de la noticia.

En varias otras ocasiones, el poder ha cesado por períodos más cortos, y generalmente se me ha avisado con antelación, tanto de los tiempos de su cesación como de su retorno. Nunca pude detectar ninguna causa física para tal cesación, ni ninguna diferencia en mi sensación general de salud, aunque la razón dada para la retirada ha sido comúnmente en base a la salud.

Sin embargo, en varias ocasiones, la razón dada fue que se me retiró como reprensión por haber hecho aquello que yo sabía que estaba mal.

CAPÍTULO II.
ANTE EL MUNDO.

Permanecí en Willimantic solo un corto tiempo, y luego fui a Lebanon, a pocos kilómetros. Allí fui recibido en la familia de un antiguo residente. Después de haber estado con ellos unos días, vi un espíritu que se llamaba a sí mismo Tío Tilden. Le pregunté a una dama, miembro de la familia, si reconocía el nombre, pero antes de que tuviera tiempo de responder, el espíritu me hizo señales de que no deseaba que la dama dijera el nombre, y que vendría en otra ocasión a mí, cuando pudiera tener un control más perfecto.

Al cabo de unos días vino mientras yo estaba en trance, y señaló que ciertos papeles que su familia había estado buscando durante años, y por los cuales habían abandonado la búsqueda como desesperada, serían encontrados en una casa que describió como situada cerca de Cleveland, Ohio. Eran los títulos de propiedad de unas tierras que se habían vuelto valiosas para fines de construcción, y de las cuales una dama tenía derecho a un tercio, pero que, debido a la pérdida de los títulos, le habían sido retenidos, y en consecuencia vivía en circunstancias muy estrechas.

A través de mí, describió minuciosamente a la familia la parte del desván y la forma de la caja en la que serían encontrados. Se escribió a su hijo con estos detalles; se realizó la búsqueda, y los títulos fueron encontrados tal como se describió.

La segunda semana de mi estancia en Lebanon, había pasado uno o dos días con una familia inglesa que residía a unas tres millas. Una tarde, de repente me quedé inconsciente o en trance, y al despertar, la dama de la casa me dijo que había estado hablando con algún espíritu, que me indicó que debía dirigirme de inmediato a la casa de un Sr. B.

Había visto a dos hermanos con ese nombre una noche, una semana antes, y no se había hecho ni propuesto ningún intercambio de visitas, y sentí que sería muy incómodo para mí ir a visitarlos diciendo solo que había sido enviado por mis amigos invisibles. La distancia también era de seis millas desde donde me encontraba, y tres millas del trayecto tendría que caminar. Sabía que al regresar con mis amigos en Lebanon, podría disponer de su transporte; pero aún así no tenía ninguna inclinación a hacer la visita.

Tan pronto como esto quedó plenamente decidido en mi mente, volví a quedar inconsciente, y al recobrarme, me dijeron que había recibido estrictas instrucciones de salir de inmediato, aunque no se dio ninguna razón del porqué debía ir. Sin embargo, entonces sentí que la orden debía ser obedecida, y fui a mi habitación para vestirme para el viaje. Mientras estaba allí, mis facultades de razonamiento asumieron nuevamente la supremacía, y pensé que si estaba siendo enviado, al menos debía saber con qué propósito.

Sin embargo, pronto sentí de nuevo que una fuerza mucho más poderosa que la mía me impulsaba, y que intentar resistirla habría sido una locura. Al salir de la casa, todo esto desapareció, y caminé las tres millas hasta Lebanon, preguntándome cuál podría ser la causa de este singular encargo. Al llegar, conté a mis amigos todo lo sucedido, y ellos también pensaron que habría sido adecuado averiguar por qué me habían enviado. Al ver que coincidían conmigo, decidí de nuevo no continuar, pero rápidamente volví a quedar insensible, y al despertar encontré que la familia había ordenado que se preparara un caballo,

y que se me amonestara de manera suave pero firme, por mi falta de fe y excesiva curiosidad, mientras se me decía que debería haber seguido como un niño a su maestro, o a un padre indulgente.

Antes de salir de la casa para completar el viaje, el sol se había puesto, y nubes cargadas de lluvia cubrían rápidamente el cielo. El camino estaba solitario, y para el mes de abril, el clima era inusitadamente frío. En mi mente había acordado que mis guardianes me estaban enseñando una lección útil, y resolví que de allí en adelante no trataría de conocer sus propósitos.

Con este estado de ánimo llegué a lo que, según la descripción, debía ser la casa del Sr. B… y, cuando estaba a punto de desmontar, la primera gota de lluvia cayó sobre mi mano sin guante, y con el contacto vino la impresión más vívida de que la madre del Sr. B estaba peligrosamente enferma. Toqué el timbre, y el Sr. B, habiéndome visto, vino él mismo a abrir la puerta. Mientras lo hacía, dije:

—Su madre está enferma, y he sido enviada para decir lo que la aliviará.

Su expresión de intensa sorpresa desafía la descripción, mientras decía:

—¿Cómo diablos pudo usted saber de su enfermedad, si apenas hace una hora que cayó enferma, y hemos enviado en otra dirección a un médico, pero temo que no llegará a tiempo para salvar a mi pobre madre, ya que parece hundirse tan rápidamente?

Al entrar en la casa, esperé para ver qué impresión podría recibir. Mientras estaba de pie, de repente entré en trance, y el Sr. B me dijo que, en ese estado, guié el camino hasta la habitación de su madre, y que después de hacer algunos pases sobre ella con mis manos, los dolores agudos la abandonaron, y que en pocos minutos estaba en un sueño tranquilo.

Mientras estaba en trance, también mencioné remedios simples de hierbas para uso inmediato, y otros para uso continuo. Luego fui conducida por la fuerza invisible al salón, y allí regresé a mi estado normal, muy sorprendida cuando me contaron estas cosas.

El médico llegó aproximadamente una hora después, encontrando a su paciente fuera de peligro, y al examinarla dijo que, por la naturaleza y violencia del ataque, probablemente habría sido fatal si no se hubieran tomado medidas de inmediato para aliviar los síntomas.

Una carta escrita unas semanas después a un amigo por el Sr. B dice que su "madre no había tenido tal salud en los últimos dieciocho años como ahora; sigue al pie de la letra todas las instrucciones dadas a través de Daniel, y el efecto es mágico."

Permanecí en Líbano hasta el mes de junio, teniendo sesiones casi todos los días; mi mediumnidad consistía principalmente en visiones, movimientos de la mesa y los muebles sin tocarlos, y en los sonidos de golpes a través de los cuales se recibían mensajes inteligentes. Mientras estaba allí, a principios de junio, todas estas manifestaciones externas cesaron por completo, y salí de Líbano alrededor de mediados de junio para visitar al Sr. G en Boonton, Nueva Jersey. Aún tenía visiones frecuentes de los amigos espirituales de personas que eran completos extraños para mí, describiendo su apariencia; y los espíritus me daban sus nombres, fechas de su partida de la tierra, con respuestas a otras preguntas de carácter comprobatorio que sus familiares hacían. Estas me llegaban mientras estaba en un

estado anormal o de trance, en el cual estaba inconsciente del entorno natural, pero con una facilidad de expresión mucho mayor, según me dijeron, que en mi estado ordinario, y a través del cual transmitía con facilidad las respuestas de los espíritus a las preguntas que se les hacían. Estaba tan extremadamente sensible en ese momento, que la interpretación de música sagrada con frecuencia me hacía entrar en un estado de trance, en el cual siempre estoy en compañía de amigos espirituales, y de manera tan perfecta y palpable como en mi estado externo ordinario estoy con mis amigos de este mundo. A través de estos medios, cientos de personas se convencieron de la verdad de la comunión espiritual, y encontraron que sus doctrinas escépticas ya no eran válidas. Entonces descubrí, como todavía descubro, que todo escepticismo honesto y arraigado más bien provoca que se muestren las pruebas de las cuales tanto carece; y ateos, deístas e incrédulos eran a menudo llevados así a la creencia en la Providencia y la guía directa de los espíritus.

Hacia mediados de julio de 1851, fui a Brooklyn, Nueva York, para visitar al Sr. C. Mientras estaba allí, tuve el placer de conocer por primera vez al erudito y buen George Bush, un eminente teólogo y profesor de hebreo y lenguas orientales en Nueva York. El Profesor Bush estaba bastante preparado para reconocer la posibilidad de tales fenómenos debido a su familiaridad con los escritos de Swedenborg y con el tema del mesmerismo, y las experiencias espirituales de Jung Stilling y otros. También era un hombre profundamente erudito, con una mente más abierta e infantil de lo que suele corresponder a quienes poseen tanto conocimiento mundano. Además, había hecho los mayores sacrificios, renunciando a sus perspectivas mundanas en la Iglesia al declarar su fe en las obras de Swedenborg. El Profesor Bush mostró un profundo interés en observar los fenómenos mentales que ocurrían a través de mí, aunque no había manifestaciones externas. Las comunicaciones que recibió fueron de tal naturaleza que no dejaron ninguna duda en su mente sobre la presencia real con nosotros de quienes habían partido antes. Entre otros nombres, me dijo que yo le había dado el de un antiguo compañero de escuela, a quien había olvidado durante muchos años, y que este compañero se refirió a un sueño que el Profesor había tenido la misma noche en que el chico había fallecido, aunque entonces ni siquiera era consciente de la enfermedad del niño. El espíritu del niño ahora contaba a través de mí todo el sueño del Profesor, que consistía en que mientras jugaban juntos, vio de repente que su compañero de escuela lo era arrebatado, y escuchó su voz diciendo: "Te dejo, George, pero no para siempre." Un sueño de hace cuarenta años fue así traído a su memoria. El Profesor quedó tan impresionado que me pidió al día siguiente que residiera con él con el propósito de estudiar para el ministerio Swedenborgiano. Fui a la casa con la intención de hacerlo, pero en cuarenta y ocho horas vi en mi estado consciente el espíritu de mi madre, quien me dijo: "Hijo mío, no debes aceptar esta amable oferta, pues tu misión es más extensa que predicar en el púlpito." Al ver al buen Profesor, le conté este mensaje espiritual. Él expresó pesar, pero no sorpresa, y así regresé con mi amigo, el Sr. C, y permanecí con él hasta finales de agosto. Después lo volví a ver con frecuencia, manteniendo con él la más cordial relación. Allí nuevamente en Nueva York, muchos se convencieron.

Regresé a Líbano, pero no pude ver a extraños debido a mi delicada salud, y en el mes de septiembre mi joven amigo, el hijo de la Sra. E, cayó enfermo, y vi el espíritu de su padre, a quien no había conocido en la tierra, aunque lo había visto con frecuencia y recibido comunicaciones de él tanto en estado de trance como en estado consciente durante mi visita anterior a Líbano. Vino a mí mientras estaba solo en mi habitación, y parado cerca de mí dijo: "Ezra estará conmigo dentro de tres semanas—ve a él." Yo entonces me alojaba con un Sr. F, a unas tres millas del niño. Obedecí el mensaje espiritual y fui de inmediato, y

encontré a Ezra enfermo. Él quería que me quedara con él, pero la familia pensaba que era una enfermedad pasajera, y que podría prolongar mi visita unos días más en casa del Sr. F. No les dije lo que había visto, y aproximadamente cuatro días después me enviaron a llamar, ya que Ezra estaba peor. Fui, y junto con su hermana cuidé de él hasta su fallecimiento, que ocurrió el día decimonoveno de su enfermedad. Tenía unos dieciocho años, y había aprendido sobre los hechos de la comunicación espiritual a través de mí unos meses antes, y él mismo había llegado a ser un medio parcial, recibiendo comunicaciones ocasionales, principalmente de su padre, mediante los golpes y el alfabeto. Poco después de mi primera visita durante su enfermedad, cuando su hermana salió de la habitación por un momento, él aprovechó para decirme con perfecta compostura que sabía que no se recuperaría, ya que su padre le había indicado mediante golpes en la almohada que esta sería su última enfermedad.

Esta extraordinaria compostura permaneció con él hasta el final, y yo le había dicho a la familia diez días antes sobre mi visión, lo cual los preparó para el cambio que se avecinaba. Aproximadamente dos días antes de su partida, el doctor me pidió que se lo dijera, cuando le informé que Ezra ya lo sabía. Él dudó de esto al ver su calma, y le pedí que se quedara en la puerta para oír lo que le diría a Ezra. Entonces fui a su cama y le conté que el doctor había dejado algunas noticias para él. Él respondió riéndose: "Supongo que es para decirme que me voy. Poco imagina que yo ya he decidido quiénes serán mis portadores." El doctor entró en la habitación, tomó su mano y dijo: "Querido niño, si no hubiera oído esto, no lo habría creído. Tienes todo para hacer feliz tu vida, y sin embargo estás dispuesto a dejarla." Unas horas después, un diácono de la iglesia lo visitó, muy opuesto a estas cosas, hasta el punto de decir falsedades y tergiversaciones. Discutió con el niño moribundo, intentando quitarle su feliz creencia, pero afortunadamente sin el menor éxito. El niño le dijo que colocaba toda su esperanza en manos de un Dios sabio, y que sentía que el cambio sería muy feliz para él.

La última noche de su permanencia en la tierra, varias personas fueron a la casa, y alguien me dijo que era para observar si no recantaba o se acobardaba al final. Le conté esto a Ezra, y pidió que los llevaran a su habitación, donde los dejé por unas horas de descanso. A la una y media de la mañana, Ezra me envió a llamar, y los encontré aún allí, habiendo hablado con ellos gran parte del tiempo. Al hablar con su madre, dijo: "Solo piensen, querida madre, que allí no estaré cojo." Él había sido lisiado desde que tenía seis meses. Me pidió mirar por la ventana y decirle qué tipo de mañana era. Le dije que era una brillante noche de luna, y recordó una conversación que habíamos tenido meses antes, en la cual dijo que le gustaría irse mientras hubiera luz de luna, mientras yo había dicho que desearía partir al atardecer. Expresó el deseo de que nadie vistiera luto por él. Me pidió tomar su mano, y mientras la sostenía, su rostro adquirió de repente una expresión beatífica, y pronunció mi nombre, como llamándome a ser testigo de alguna feliz visión que pasaba ante sus ojos, y dejó de respirar.

Esta es una de las muchas camas de muerte felices que he presenciado, y tal consolación dada en un momento como este es prueba suficiente de la amorosa sabiduría de nuestro Padre Celestial al permitir que tales cosas ocurran. Algunos pueden sorprenderse al encontrar una aparente profecía en este caso, dada tanto al niño como a mí, pero tal vez una visión más amplia de la percepción espiritual pueda enseñarnos que esto solo nos parece así en esta esfera natural, y que para aquellos que tienen percepción e intuición espiritual, probablemente hubo algún cambio corporal en su organismo que hizo evidente para los que se encuentran en el estado espiritual el carácter mortal de su enfermedad.

Desde su partida, ha estado presente conmigo con frecuencia, presionándome para que escriba mensajes a su madre y hermana. A veces mi mano ha sido aparentemente tomada por él y utilizada para escribir su propia firma. En una carta recibida de su hermana, fechada el 9 de febrero de 1852, ella dice: "Ezra estuvo contigo con certeza cuando estabas escribiendo, porque esa es su firma y caligrafía; la bondad del consejo casi me abrumó, al pensar cómo los espíritus nos vigilan y nos confortan."

El siguiente es un relato tomado de un periódico sobre otras manifestaciones en ese momento:

"Después de que se deletrearon varias comunicaciones, se solicitó que la mesa pudiera moverse, para convencer a algunos presentes que eran escépticos. En consecuencia, muy pronto se percibieron ligeros movimientos, que pronto se hicieron muy rápidos. Se colocó una luz sobre el suelo debajo de la mesa, y otra permaneció sobre la mesa. Nuestras manos fueron levantadas de manera que solo las puntas de nuestros dedos se tocaban. Un extremo fue entonces levantado de modo que quedó apoyado sobre las dos patas opuestas, en una elevación del suelo, y en esta posición permaneció por un tiempo, marcando el ritmo con la música, balanceándose; y de la misma manera se respondían preguntas, considerándose tres movimientos como afirmativo y uno como negativo; y después de dar numerosas preguntas y recibir tantas respuestas satisfactorias, se escucharon tres golpes suaves en la puerta por parte de algunos de los presentes, y se preguntó si alguien estaba golpeando en la puerta, e inmediatamente se hicieron tres movimientos decididos de la mesa, y acompañándolos hubo tres golpes más decididos en la puerta.

"Se hizo un llamado enfático para el alfabeto, y se deletreó: 'Espíritus—Puerta'; se preguntó si había espíritus en la puerta que deseaban entrar. Tres golpes.

"Se sugirió que estaban allí para ayudar a mover la mesa, y de inmediato siguió una respuesta afirmativa. Luego comenzaron movimientos más grandes y decididos: la mesa se deslizaba libremente por el suelo, y se levantaba alternadamente un lado y luego el otro varios centímetros; y en un momento se levantó casi a un ángulo de cuarenta y cinco grados, apoyada en dos patas laterales, y luego, mediante movimientos oscilantes, se mantenía correctamente el ritmo con varias melodías cantadas por los presentes.

"Se hicieron varios intentos fallidos de volver a colocar la mesa en el suelo, los cuales se abandonaron por miedo a romper las hojas. A petición, se dejó cuidadosamente sobre un lado, y en un momento se levantó nuevamente a su posición adecuada. Uno de los presentes entonces se sentó sobre la mesa, y esta se movió y levantó de modo que fue necesario que se sujetara, y esto, también, con tanta facilidad aparente como antes. De nuevo, a petición, se deslizó mientras alguien empujaba en dirección opuesta con toda su fuerza."

Permanecí en el Líbano hasta finales de enero de 1852; las manifestaciones físicas habiéndose producido espontáneamente…Las manifestaciones habían retornado en octubre previamente, y con mayor poder, y con la nueva fase de manos invisibles tocándome a mí y a otros con quienes me sentaba. Frecuentemente éramos tocados por ellas, y en algunas ocasiones una mano espiritual se colocaba dentro de nuestras manos tan palpable como si fuera una mano viva real, aunque invisible para nosotros. Permanecía quietamente en nuestras manos hasta que intentábamos cerrarlas sobre ella, y aun entonces no se retiraba, sino que, por así decirlo, se disolvía en nuestro agarre.

Fui a Springfield, Massachusetts, siendo un completo desconocido, pero habiendo oído hablar del Sr. Henry Gordon, un médium allí, pedí indicaciones y fui dirigido a su casa. Me recibió muy amablemente y dijo que iba a tener una sesión esa noche, invitándome a unirme a ellos. Así lo hice, pero las influencias contenciosas impidieron que ocurrieran manifestaciones. Aquellos que estaban reunidos tuvieron que irse a una hora temprana, y el Sr. Gordon los acompañó, dejándome con cinco o seis de sus amigos que habían llegado mientras tanto. Entre ellos estaban el Sr. y la Sra. Elmer, siendo el primero creyente, pero la Sra. Elmer habiéndolo rechazado violentamente.

Fui inducido a un trance, me hicieron sentarme cerca de ella, diciéndole los nombres de su madre, padre, hermanos y hermanas; luego de sus hijos, todos los cuales estaban en el mundo espiritual; y le repetí las últimas palabras de dos de sus hijos. Volviéndome hacia una señora mayor en la habitación, hice lo mismo y así sucesivamente con todos los presentes. Desde entonces, el Sr. y la Sra. Elmer han sido mis amigos, y en su casa ocurrieron algunas de las manifestaciones más notables. Me quedé con ellos por algún tiempo, y gran interés se despertó por los relatos dados por los muy numerosos…

Testigos que acudieron a ver las manifestaciones. Mientras estuve allí, el poder era muy fuerte, y con frecuencia tuve sesiones seis o siete veces al día, en cada una de las cuales estaban presentes tantas personas como se podía acomodar. Su casa estaba asediada por visitantes, y a menudo en la calle había una multitud de curiosos ansiosos.

La gente venía desde lejos, incluso desde el extremo oeste y sur de América, habiendo visto los “reportes dados sobre mí en los periódicos del año anterior”. Fue aquí donde uno de los profesores de la Universidad de Harvard vino y se unió a algunos amigos en una investigación rigurosa de los fenómenos, y después de varias sesiones publicaron la siguiente declaración sobre los resultados de su investigación:

LA MARAVILLA MODERNA: UN MANIFIESTO

Los abajo firmantes, por un sentido de justicia hacia las partes mencionadas, damos testimonio muy cordial de la ocurrencia de los siguientes hechos, que presenciamos individualmente en la casa de Rufus Elmer, en Springfield, en la noche del día 5 del presente mes:

1. La mesa se movía en todas las direcciones posibles, y con gran fuerza, cuando no podíamos percibir ninguna causa de movimiento.

2. Fue empujada contra cada uno de nosotros con tal fuerza que nos movía de nuestras posiciones —junto con las sillas que ocupábamos— varios pies.

3. El Sr. Wells y el Sr. Edwards tomaron la mesa de tal manera que podían ejercer su fuerza al máximo, pero encontraron que el poder invisible, ejercido en dirección opuesta, era igual a sus mayores esfuerzos.

4. En al menos dos ocasiones, mientras las manos de todos los miembros del círculo estaban colocadas sobre la mesa —y mientras no se empleaba ningún poder visible para levantar la mesa o moverla de su posición— se vio que se levantaba del suelo y flotaba en el aire durante varios segundos, como si estuviera sostenida por algún medio más denso que el aire.

5. El Sr. Wells se sentó sobre la mesa, que se meció violentamente por algún tiempo, y finalmente se equilibró sobre dos patas, permaneciendo en esta posición durante unos treinta segundos, sin que ninguna otra persona estuviera en contacto con ella.

6. Tres personas —los Sres. Wells, Bliss y Edwards— se sentaron sobre la mesa al mismo tiempo, y mientras permanecían allí, la mesa se movía en diversas direcciones.

7. Ocasionalmente, nos hacíamos conscientes de la ocurrencia de un fuerte choque, que producía un movimiento vibratorio del suelo de la habitación en la que estábamos —parecía como el movimiento causado por un trueno lejano o el disparo de artillería a lo lejos— haciendo que la mesa, las sillas y otros objetos inanimados, así como todos nosotros, tembláramos de tal manera que los efectos se veían y se sentían.

8. En toda la exhibición, que fue mucho más diversificada de lo que las especificaciones anteriores indicarían, nos vimos obligados a admitir que había una manifestación casi constante de alguna inteligencia que parecía, al menos, independiente del círculo.

9. Para concluir, observamos que el Sr. D. D. Home nos instó frecuentemente a mantener sus manos y pies. Durante estas ocurrencias, la habitación estaba bien iluminada, la lámpara se colocaba con frecuencia sobre y debajo de la mesa, y se nos dio toda oportunidad posible para la inspección más cercana, y admitimos esta declaración enfática: Sabemos que no fuimos engañados ni embaucados.

Wm. Bryant,
B. K. Bliss,
Wm. Edwards,
David A. Wells

El siguiente relato también se da en el "Shekinah" de 1852, sobre manifestaciones ocurridas en este tiempo, que muestran el poder que habían adquirido:

"En el día 28 de febrero de 1852, mientras los abajo firmantes estaban reunidos en la residencia del Sr. Rufus Elmer, en Springfield, Mass., con el propósito de realizar experimentos críticos sobre las llamadas manifestaciones espirituales, ocurrieron, entre otras demostraciones notables de poder, las siguientes en una habitación completamente iluminada. La mesa, alrededor de la cual estábamos sentados, se movía por una agencia invisible y desconocida, con tal fuerza irresistible que nadie en el círculo podía sostenerla. Dos hombres —de pie en lados opuestos y sujetándola al mismo tiempo, de manera de tener la mayor ventaja posible— no pudieron, con el máximo ejercicio de sus fuerzas, contener su movimiento. A pesar de sus esfuerzos, la mesa se movió de uno a tres pies. El Sr. Elmer preguntó si los espíritus podían soltar o relajar el agarre del Sr. Henry Foulds; cuando, de repente, y de un modo totalmente inexplicable para nosotros, el Sr. Foulds estaba sentado en el suelo, a varios pies de distancia de la mesa, habiendo sido movido tan suavemente y, sin embargo, tan instantáneamente, que apenas fue consciente del hecho. Se propuso probar aún más este poder invisible, y en consecuencia cinco hombres, cuyo peso combinado era de ochocientas cincuenta y cinco libras, se pararon sobre una mesa (sin ruedas), y la mesa, mientras los hombres estaban allí, se movió repetidamente de cuatro a ocho pulgadas. Los abajo firmantes afirman además que no fueron conscientes de ejercer ningún poder de voluntad en ese momento, ni durante ninguna parte de la exhibición; por el contrario, están

seguros de que el ejercicio de la voluntad es un serio impedimento para tales manifestaciones.”

"Al finalizar estos experimentos, se percibió, al levantar un extremo de la mesa, que su peso podía aumentar o disminuir, de acuerdo con nuestra petición. Temiendo que la supuesta diferencia pudiera atribuirse justamente a la fantasía, o a alguna variación inconsciente en la manera de aplicar la fuerza motriz, se propuso resolver la cuestión pesando el extremo de la mesa.

En el primer experimento se requirió una fuerza equivalente a diecinueve libras para levantar el extremo de la mesa. Esto fue probado de manera justa, para la completa satisfacción de todos los presentes. Luego se pidió a los espíritus que aplicaran el poder invisible. La balanza se aplicó ahora de la misma manera que antes, cuando se encontró que el peso había aumentado repentinamente de seis a doce libras, variando según aumentaba o disminuía la misteriosa fuerza, de modo que ahora se requería una fuerza de entre veinticinco y treinta y una libras para separar las patas de la mesa del suelo. El Sr. Daniel D. Home fue el médium en esta ocasión, y es digno de mencionar que durante la realización del último experimento él estaba fuera de la habitación, en el segundo piso de la casa, mientras el experimento se conducía en el salón trasero de abajo.

"Los abajo firmantes están listos y dispuestos, si se requiere, a jurar la total corrección de la declaración anterior."

El documento original fue firmado por John D. Lord, Rufus Elmer y otras nueve personas que vivían en Springfield, Mass.

El relato continúa:

"Se producen luces en habitaciones oscuras. A veces aparece una iluminación gradual, suficiente para revelar objetos muy pequeños, y en otras ocasiones, una luz fosforescente temblorosa brilla sobre las paredes, y emanaciones ódicas proceden de cuerpos humanos, o se disparan como meteoros por la habitación. Estos fenómenos ocurren con frecuencia, y no se explican por ninguna hipótesis material, a menos que, de hecho, puedan comprenderse bajo la generalización popular que atribuye todo a fraude y engaño humanos. He visto estas luces en toda su variedad.

En una ocasión, cuando varios amigos estaban reunidos en mi casa, ocurrió una iluminación gradual del salón. Parecía como el crepúsculo media hora después del amanecer. La luz continuó aumentando durante unos quince minutos, y luego disminuyó gradualmente.

"El 30 de marzo, casualmente fui uno de un grupo reunido en la casa del Sr. Elmer, en Springfield, Mass., con el Sr. Home presente, cuando se oscureció la habitación para ver si la misteriosa iluminación ocurriría. Inmediatamente la oscuridad densa comenzó a disiparse, y en pocos minutos las formas de todas las personas en la habitación eran claramente visibles. Sin revelar su intención a nadie, la Sra. Elmer pidió mentalmente que los espíritus restauraran la oscuridad, y casi instantáneamente, el cambio fue percibido por toda la compañía, y pronto cada forma se perdió en la creciente penumbra."

Esta fue la primera aparición de estas luces espirituales que vi cuando otros estaban presentes, aunque ya las había visto varias veces solo, desde su aparición en mi primera visión de Edwin, como se describió anteriormente. Aunque las manifestaciones físicas habían aumentado y eran continuas, el poder interno de visión no me había abandonado, como se verá en lo siguiente, publicado y firmado por el Sr. S. B. Brittan, de Nueva York, quien presenció el hecho que describe:

"El invierno pasado, mientras pasaba unos días en la casa del Sr. Rufus Elmer, en Springfield, conocí al Sr. Home. Una noche, el Sr. Home, el Sr. y la Sra. Elmer y yo estábamos conversando, cuando de repente, y de manera totalmente inesperada para todos nosotros, el Sr. Home quedó profundamente en trance. Se produjo un silencio momentáneo, cuando el médium dijo: '¡Hannah Brittan está aquí!' Me sorprendió el anuncio, pues no había pensado en la persona mencionada durante muchos días, o quizás meses, y nos habíamos separado para siempre cuando yo era solo un niño pequeño. Permanecí en silencio, pero mentalmente preguntándome cómo podría estar seguro de su presencia real.

Inmediatamente, el Sr. Home comenzó a mostrar signos de profundo tormento. Se levantó de su asiento y caminó de un lado a otro en la habitación, retorciéndose las manos y mostrando una conducta y expresión salvajes y frenéticas. Gimiendo en espíritu y en voz audible, se golpeaba la frente y pronunciaba palabras incoherentes de oración. Me habló con ternura, suspirando y expresando amargas lamentaciones. De vez en cuando, pronunciaba expresiones como las siguientes:

'¡Oh, qué oscuridad! ¡Qué nubes funestas! ¡Qué abismo aterrador! Profundo—muy abajo—¡muy profundo! ¡Veo el río de fuego! ¡Detente! ¡Sálvalos del abismo! ¡Estoy en un laberinto terrible! ¡No veo salida! ¡No hay luz! ¡Qué salvaje!—¡sombrío! ¡Las nubes se arremolinan sobre mí! ¡La oscuridad se profundiza! ¡Mi cabeza da vueltas! ¿Dónde estoy?'

Durante esta escena tan intensa, que duró quizás media hora, permanecí como espectador silencioso; el médium estaba inconsciente, y todo era inexplicable para el Sr. y la Sra. Elmer. Las circunstancias ocurrieron unos doce años antes del nacimiento del Sr. Home. Ninguna persona en toda esa región conocía nada sobre la historia de Hannah Brittan, o que tal persona hubiera existido. Pero para mí, la escena tuvo un significado peculiar y doloroso. Ella era muy talentosa por naturaleza, y dotada de las sensibilidades más tiernas. Enloqueció al creer en la doctrina del castigo eterno; y cuando la vi por última vez, la terrible realidad, tan vívidamente representada en la escena que intento describir, estaba presente ante mí en todos sus detalles lúgubres.

Treinta años apenas han difuminado el recuerdo de la escena que se re-escenificó para asegurarme de la presencia real del espíritu. Ese espíritu me informó después que su vida actual es tranquila, pacífica y hermosa, y que el abismo ardiente, con toda su horrible imaginería, existía solo en las tradiciones de los hombres y en los erráticos vagabundeos de su mente perturbada."

En Springfield, también, hubo muchos casos de enfermos que fueron sanados. Yo era tan sensible a cualquier persona que se acercara a mí en estado de enfermedad, que no solo sentía, sino que describía con exactitud sus síntomas, y el lugar y las causas de la enfermedad. Un caso que recuerdo fue el de una persona que había estado enferma durante muchos años sin causa aparente. Le hice recordar un accidente que había ocurrido años

atrás, y sentí que debía decirle que eso era la causa de su sufrimiento. Cuando acudió a un cirujano y relató la circunstancia, el cirujano le dijo que yo, sin duda, había acertado al atribuir su enfermedad a aquel accidente. Mi propio sufrimiento, al compadecerme de la enfermedad de otros, era a menudo tan grande, y de hecho tan frecuente, que mis amigos espirituales me advertían de no acercarme a personas enfermas.

En mayo de 1852, fui a Nueva York, y fui recibido de inmediato por investigadores de los fenómenos, habiendo aumentado considerablemente el número de médiums, tanto en círculos públicos como privados. Mis días y noches estaban completamente ocupados por investigadores de todas clases y condiciones. El siguiente relato de lo que presenció es dado en las palabras del Dr. Hallock, un médico de Nueva York:

"Dos comunicaciones, habladas a través del Sr. Home como médium, fueron leídas por el Secretario. Fueron dadas el día 10 del presente mes, en la casa del Sr. Partridge. La primera fue precedida por manifestaciones físicas, destinadas a identificar al espíritu que iba a comunicarse. La segunda abarca varios temas.

"El Sr. Home dijo que un hombre y una mujer estaban presentes, y deseaban comunicarse con el Sr. P.
"De inmediato, se hicieron sonidos y movimientos como de una tormenta violenta: el rugido y silbido del viento, el correr del agua y los sonidos de olas rompiendo como si un barco estuviera luchando contra el ancla en medio de un mar pesado, con sus cadenas cediendo, sus juntas crujiendo y balanceándose de un lado a otro. La imagen de un naufragio era tan real que me hizo recorrer escalofríos por todo el cuerpo. El médium habló de un bote con maquinaria, y pasó por los movimientos de morir en medio de aguas embravecidas y una tormenta oscura. El espíritu que hacía estas demostraciones para identificar su presencia, es uno cuya vida se perdió en el naufragio del vapor Atlantic, en noviembre de 1849. Dió la siguiente comunicación:

"'¡Pero, oh! no era la muerte. Espíritus luminosos nos rodeaban, y me llevaron a su feliz hogar, pero no sería un hogar para nosotros si no se nos permitiera volver y velar por nuestros queridos amigos que hemos dejado atrás.

"'Para mí, la tormenta ha pasado y se ha ido, y con ella todas las tormentas de la vida. Desde ese barco roto, pasé a uno que los vientos no podían vencer. Estaba anclado en el hogar de los cielos, y mi espíritu se desarrollaba más cerca de Dios, más fácilmente, y estaba entre influencias más puras y santas, tal como debían ser para el progreso del hombre.

"'La bondad nunca queda sin recompensa; y por la tuya, ella desea expresar su profunda gratitud, no solo en palabras, sino con un sentido profundo y duradero de ello.

"'Sé recto y amable, y eso te preparará para esferas más brillantes.

"'Sé paciente, como Dios lo es. Piensa en Su tolerancia, por edades pasadas, con la ceguera, la dureza y la perversidad del hombre. Si el hombre hubiera poseído Su poder, en su impaciencia, hace mucho habría aniquilado la tierra y todos sus habitantes.

"'No pienses en la tumba. Para nosotros, ha pasado y se ha olvidado. Para ti, es solo la entrada a una existencia nueva y más gloriosa.

"'A menudo, en la noche silenciosa, cuando los quehaceres de la vida están en calma y la mente descansa de sus preocupaciones, nos elevamos y velamos por ustedes, felices, de hecho, al poder entonces impresionar nuestra presencia sobre ustedes.'

"Se pregunta a menudo: '¿Por qué no han ocurrido estas manifestaciones antes? ¿Por qué Dios no iluminó épocas pasadas con estas maravillosas manifestaciones de Su providencia?' La razón es obvia. Cuando de vez en cuando se arrojaba un poco de luz, como los débiles rayos de una estrella lejana a través de la oscuridad de la noche, los hombres la habían encerrado en la oscuridad. ¡Habían estado envueltos en sí mismos y cubiertos de escepticismo! ¡Creen que la era de los milagros ha terminado! Otra causa por la que estas cosas no ocurrieron en épocas pasadas fue la persecución de los médiums; se percibió que los hombres los torturarían. Alarmaba a los temores supersticiosos de la comunidad. ¡Se acusaba a los médiums de ser brujos y estar en pacto con el Diablo! Los veo en juicio, luego llevados al cadalso y a la hoguera, y escucho pasos espirituales que los acompañan. El estado más joven, vigoroso y positivo de sus acusadores, con celo por Dios y el bien de su iglesia, los obligó a admitirse como lo que no eran. Su condición indefensa y negativa los hacía presa fácil de la voluntad de sus jueces y acusadores.

"Ahora percibo el dolor de esos espíritus que no estaban suficientemente desarrollados para prever la catástrofe como lo hicieron los espíritus superiores. Los están consolando en su última agonía terrenal; y, viendo los tristes resultados de su intento de comunicarse mediante manifestaciones físicas, han suspendido el esfuerzo hasta una época más favorable.

"Cuando se dice a los hombres que los espíritus los vigilan, no es raro que digan: 'Los espíritus deberían estar en mejores ocupaciones'. La verdad es que muchos hombres son tan malos que no quieren que se inspeccione su mente; no desean que se sepa lo groseros que son.

"Un espíritu desea expresar su idea de un infierno. Veo a una madre con sus hijos. Ella los está formando en el camino que ella misma ha recorrido. Así como ella fue ignorante y tonta, así son ellos. Como su camino estuvo lleno de espinas y cardos que la ignorancia y la locura engendran, así es el de ellos. Ahora, la veo irse y pasar al mundo espiritual; pero, impulsada por la ley eterna y universal de afinidad, todavía los vigila. ¡Oh, los dolores de su espíritu por el mal que ha hecho, por la miseria que ha causado! ¡Sin embargo, los sigue a través de todos sus caminos tortuosos en la oscuridad y a través del crimen, y ¿no es eso suficiente infierno? ¡Oh, acaso no es suficiente infierno!

"De nuevo, la escena cambia, y veo qué causó el pecado de la madre: un hombre borracho se presenta —sus hijos, relativamente puros e intactos, buscan compañía; porque todos necesitan tal compañía; elegirían gustosamente lo puro y lo bueno, pero son hijos del borracho, y son rechazados de las puertas de los inteligentes y cultos. Así que son devueltos a la oscuridad y la ignorancia, para aprender, por la gran ley de la asociación, la felicidad que todo ser humano anhela. No podían buscarla donde quisieran; debían obtenerla donde podían. Así, con mentes amargadas por el rechazo que encontraron y con pasiones más oscuras estimuladas por el deseo de venganza por los daños recibidos, avanzan por su tortuoso e incierto camino: la prisión su asilo, la soga su herencia, el alguacil y el sheriff sus ángeles administradores. ¡Pediron alimento a la sociedad; les dieron escorpiones; pan, una piedra! ¡Oh, si los hombres pudieran ver la causa del crimen! amarían y compadecerían.

"Si un árbol está marchito y no puede dar fruto saludable, ¿deberían los otros árboles llamarlo malo? Lo que es malo no puede volverse bueno, pero lo no desarrollado puede progresar hacia el desarrollo. El árbol cuya raíz está podrida no puede crecer; pero si solo ha sido dañado, sí puede. Así con el espíritu: aunque pase mucho tiempo, debe desechar toda perversión que reste. Una vez hecho eso, el progreso continúa sin obstáculos.

"No seas sabio en tu propia soberbia. Quien esté en la luz de la verdad, tenga cuidado de no caer por la oscuridad de su propia sabiduría."

El Dr. Hallock relató algunas descripciones personales notables de espíritus a través del Sr. Home, ocurridas la misma noche. Un espíritu fue descrito como conocido aquí con el nombre de "Elizabeth". Su persona fue descrita, así como sus rasgos prominentes de carácter y la enfermedad de la que murió, con tal exactitud que un caballero presente la reconoció de inmediato por la descripción. La única inexactitud que pudo señalar fue el color de su cabello, que se describió como castaño, cuando en realidad era más bien un rubio rojizo claro. En explicación, el Sr. Home dijo: "Cuando miro la frente, que es muy blanca (lo cual era cierto), el cabello me parece castaño."

El caballero (un clérigo) declaró que no estaba pensando en ella en absoluto, y fue traída a su recuerdo únicamente por la exactitud de las imágenes que el médium presentó.

El Sr. Home luego dijo: "Veo a una anciana, y su nombre es Abigail; la llamaban 'Tía Abby'." A la pregunta de cómo se veía, comenzó comprimiendo los labios y las mejillas de tal manera que indicaba a una persona que había perdido sus dientes. Esto recordó de inmediato a un anciana de ese nombre, llamada por toda la familia "Tía Abby", quien murió en la primavera de 1817, cuando él tenía unos once años. La apariencia asumida por el médium era la última impresión dejada en su mente. Era una anciana; tenía rasgos prominentes; había perdido los dientes durante muchos años; estaba muy consumida por su última enfermedad, y al estar su cuerpo en mortaja, el pensamiento de su joven mente, al mirarlo, era precisamente esa peculiaridad indicada por el médium. Su nariz y mentón casi se encontraban, tan agudo era el ángulo formado por sus encías adelgazadas y labios encogidos.

Se dieron muchos otros hechos que mostraban la identidad de los dos individuos en cuestión. Pero un gran objetivo parecía ser enseñarnos, tomando personas no recordadas en ese momento (en el último caso, no recordadas durante muchos años), que no era una impresión psicológica de nuestras propias mentes, como algunos han supuesto; ya que no existía ninguna impresión conocida de ese tipo en ese momento, y la memoria solo se despertó por la exactitud de las imágenes que el médium presentó.

"Se dio otra descripción igualmente interesante y exacta de un espíritu, que dijo que su nombre era William. Antes del anuncio de su presencia y nombre por parte del Sr. Home, y mientras él estaba ocupado en la otra delineación, una dama de grandes poderes clarividentes, a través de cuya mediumnidad se han comunicado de vez en cuando algunas de las lecciones más sublimes de verdad y sabiduría, había escrito y mostrado a un caballero sentado junto a ella la siguiente frase:

'Estoy impresionada de que mi padre está aquí y de pie a mi lado; siento su presencia claramente.'

Cuando el Sr. Home dijo, 'hay un espíritu presente y su nombre es William,' preguntó, como para satisfacer su propia curiosidad, '¿Quién es William?' y luego dijo de inmediato, 'Oh, él dice, Eliza me conoce.' El nombre de la dama era Eliza, y el espíritu era su padre. Su apariencia y rasgos prominentes de carácter fueron delineados con gran exactitud."

Aquí, en Nueva York, conocí al Dr. Gray, uno de los médicos más eminentes allí, y por quien siempre he tenido la más profunda afecto y estima. Él y su amable esposa me han dado consejos y me han ayudado en todo momento y bajo todas las circunstancias. Por su carácter y conocimientos, era eminentemente adecuado como investigador de fenómenos, requiriendo un juicio calmado e imparcial, y el testimonio de un hombre así es, en sí mismo, una respuesta suficiente a todas las dudas de las personas que no reflexionan.

También tuve el placer de conocer al juez Edmonds, tan bien conocido como uno de los jueces del Tribunal Supremo. Investigó este tema de la manera más minuciosa durante tres años, y quedó completamente convencido, no solo a través de la mediumnidad de otros, sino a través de la suya propia y la de su hija, una dama bien conocida por la pureza de su mente y su naturaleza veraz. Era un visitante frecuente de mi hogar, y vio todos los fenómenos que ocurrieron en mi presencia.

También conocí al difunto Profesor Hare, eminente químico y electricista, y al Profesor Mapes, tan bien conocido en química agrícola y por su conocimiento de este tema. Se formó una conferencia en Nueva York, que se reunió semanalmente durante muchos años para la investigación de fenómenos espirituales, y de sus actas registradas hago el siguiente extracto:

"Viernes por la tarde, 18 de junio de 1852.

El Dr. Hallock relató un caso de manifestaciones físicas que tuvo lugar la tarde del viernes anterior en la casa del Sr. Partridge, después de que la conferencia se hubiera suspendido. El Sr. D. D. Home fue el médium, y el círculo consistió en el Sr. Partridge, su esposa e hija, el Sr. W. Taylor y esposa, el Sr. S. B. Brittan, y él mismo. Sobre la mesa alrededor de la cual estábamos sentados, había papeles sueltos, un lápiz de plomo, dos velas y un vaso de agua. La mesa fue usada por los espíritus para responder a nuestras preguntas, y la primera peculiaridad que observamos fue que, por muy violentamente que se moviera la mesa, todo lo que estaba sobre ella mantenía su posición.

Cuando observamos esto debidamente, la mesa, que era de caoba y perfectamente lisa, fue elevada a un ángulo de treinta grados y mantenida allí, con todo lo que permanecía sobre ella en la misma posición que antes. Era interesante ver un lápiz de plomo manteniendo una posición de reposo perfecto sobre una superficie pulida inclinada a tal ángulo. Permanecía como si estuviera pegado a la mesa, y lo mismo ocurría con todo lo demás sobre ella. La mesa se hizo volver repetidamente a su posición ordinaria, y luego nuevamente a su inclinación anterior, como si quisieran convencernos de que lo que veíamos no era un engaño de los sentidos, sino una verdadera manifestación de la presencia del espíritu y del poder del espíritu.

Luego se les pidió que elevaran la mesa al mismo ángulo que antes y que separaran el lápiz, manteniendo todo lo demás en sus posiciones estacionarias. Esto fue cumplido. La mesa fue elevada, el lápiz rodó, y todo lo demás permaneció."

Luego se les pidió que repitieran el experimento, manteniendo el lápiz y todo lo demás sobre la mesa en posición estacionaria, excepto el vaso, y que dejaran que éste se deslizara. Esto también fue aceptado, con el mismo resultado. Todos los objetos mantuvieron su posición, excepto el vaso, que se deslizó y fue atrapado en las manos de uno de los presentes al caer del borde inferior de la mesa.

Luego, la mesa, después de ser restaurada a la posición natural, fue movida fuertemente hacia y desde el Sr. Home, y hacia y desde diferentes individuos del círculo, según ellos lo solicitaron.

Después de que esto se repitió varias veces, y mientras una esquina de la mesa estaba inclinada sobre el regazo de alguien, el Sr. Taylor preguntó si los espíritus podrían levantarla completamente del suelo mientras estaba en esa posición inclinada. Se indicó conformidad, y la mesa, después de mucho esfuerzo aparente, fue levantada del suelo como se pidió.

El Dr. Hallock dijo que llegó a la conclusión de que el esfuerzo era solo aparente, porque, mientras lo observábamos de cerca, con una luz sobre el suelo para ver el más mínimo movimiento, la mesa, descansando en ese momento sobre una rueda en el suelo y una esquina de la tapa en el regazo del Sr. Taylor, se levantó quizá una pulgada, después de haber sido literalmente rodada por el círculo, a veces sobre una rueda y a veces sobre dos, la tapa descansando primero en el regazo de una persona y luego en el de otra. Pero cuando finalmente se levantó la pata de la mesa, como se describe, él, para asegurarse de que no se equivocaban en el hecho, se puso en el suelo para observar más de cerca. Mientras miraba, la pata de la mesa, en lugar de levantarse dudosamente una pulgada, fue lanzada hacia arriba, separándose del suelo, seis u ocho pulgadas, como si todos los intentos anteriores hubieran sido meros juegos.

Luego preguntamos si podían mover la mesa con un hombre sobre ella. Respondieron: "Sí, con dos hombres sobre ella." El Sr. Partridge y yo nos sentamos entonces espalda con espalda sobre la mesa. Nuestro peso combinado es un poco más de 350 libras; pero, a pesar de ello, la mesa se movía tan fácilmente como cuando solo estaban sobre ella los candelabros y los demás objetos.

Fuimos mecidos hacia adelante y hacia atrás, hacia y desde el Sr. Home; la mesa fue inclinada desde el médium y mantenida en esa posición con nosotros sobre ella —y finalmente dijimos en broma: "Cuando se cansen de mecernos, tírennos." Esto se hizo: la mesa fue inclinada fuertemente y rápidamente desde el Sr. Home, y fuimos arrojados al suelo.

A fines de junio recibí la siguiente carta del Dr. Hull:

"Newburgh, Condado de Orange
Sobre el Hudson

Mi querido señor:

Deseo que me haga una visita, por mí y algunos amigos íntimos, en su primera oportunidad libre de compromisos actuales.

Cubriré todos sus gastos desde su lugar de origen durante su estancia aquí y para su regreso; y cinco dólares al día durante diez días, es decir, cincuenta dólares.

Confío sinceramente en que me responderá pronto sobre la fecha en que puede hacerme la visita deseada; y si mi propuesta sobre los términos no es satisfactoria, indique cuáles serían sus términos. Todo será hecho satisfactorio para usted.

Al dirigir una carta a mi dirección —Newburgh, N. T.,— me llegará pronto.

Lamento no haberlo visto más en Nueva York, pero espero poder compensarlo plenamente aquí.

El Sr. Edward Fowler ha prometido venir cuando me visite.

Muy sinceramente suyo,
A. Gerald Hull
D. D. Home, Esq."

En respuesta a esto, le informé que no era un médium remunerado, pero que estaría feliz de visitarlo, como solicitaba. Lo hice, y mientras estaba con él, se manifestaron fenómenos de carácter muy interesante ante una familia que había sido profundamente afligida por la pérdida de sus hijos. Ellos y el Dr. Hull mostraron un gran interés en mi bienestar —y sintiendo la importancia de que completara mi educación, que por problemas de salud había sido muy descuidada, y de preservarme del desgaste que suponía la vida que llevaba entonces, amablemente me ofrecieron un hogar entre ellos.

No pude aprovecharme de su oferta en ese momento, ya que había prometido visitar a muchos amigos durante el otoño, pero al año siguiente, como se verá, me puse bajo su guía.

En agosto, fui de visita al Sr. Cheney, en South Manchester, Connecticut, y fue en su casa donde fui levantado por primera vez en el aire, una manifestación que desde entonces ha ocurrido con frecuencia tanto en Inglaterra como en Francia.

Lo siguiente es la descripción de la velada, en palabras de un caballero que estuvo presente:

"El día 8 del presente mes, en compañía de tres caballeros de esta ciudad, el escritor visitó a Ward Cheney, residente en Manchester, en cuya casa se encontraba temporalmente alojado el Sr. Daniel D. Home. Se formó un círculo, y pronto se escucharon las bien conocidas vibraciones sobre la mesa, fuertes y claras. Uno de mis amigos nunca había visto nada parecido, y, por ello, miró debajo de la mesa para asegurarse de que nadie la tocara.

Se dieron respuestas de carácter personal, como pruebas de identidad, de manera muy libre. El Sr. Home entonces entró en un estado espiritualmente magnético, mostrando gran rigidez muscular, y los fenómenos ordinarios de la condición psico-magnética, incluyendo un bloqueo magnético de la mandíbula, en el que se percibía una dureza de hierro en los músculos. Luego deletreó (con los ojos fuertemente vendados) algunos mensajes notables e interesantes para uno o dos de los presentes, cuya naturaleza personal impide su publicación, pero que fueron declarados por los interesados como pruebas perfectas. Hizo esto señalando con casi increíble rapidez las distintas letras de un alfabeto dispuesto en una tarjeta de siete por nueve, deletreando así las palabras necesarias. Un escritor rápido tenía dificultad para

seguirle, y cuando una palabra o frase se completaba parcialmente, una sugerencia de cualquier miembro de la compañía sobre lo que se intentaba deletrear era respondida, si era correcta, por golpeteos ansiosos y vehementes en varias partes de la mesa.

Entre otros, (todos notables), llegó un mensaje de dos marineros perdidos en el mar, familiares de uno de los presentes —un extraño para la mayoría de la compañía. Estos espíritus se anunciaron, algo inesperadamente, inclinando la sólida y pesada mesa y haciéndola rodar como un barco en una tormenta violenta. Acompañando esta demostración, se escuchó un fuerte crujido, como de los cables de un barco en tormenta, y el crujido de los maderos y mástiles mientras la nave se inclinaba a un lado y a otro, claramente perceptible para todos. Luego vinieron los golpes regulares y pesados de las olas al chocar contra la proa del barco condenado. Durante todo este tiempo, la mesa continuó balanceándose. Y ahora la gran mesa se volcó en el suelo. Todo esto se hizo sin que nadie tocara la mesa, mientras dos miembros del grupo mantenían una vigilancia constante. Estos dos marineros, cuyos nombres y edades fueron dados, aparentemente perdieron la vida al volcarse un barco, aunque este hecho, según tengo buenas razones para saberlo, no podía ser conocido previamente por el Sr. Home ni por nadie más que por mí.

Las demostraciones aumentaron en fuerza y número. Varias melodías fueron tocadas por la mesa cuando nadie la tocaba, con el círculo sentado al menos a un par de pies de distancia. El movimiento de la mesa alcanzaba tres pies desde el suelo en cada elevación, y la melodía se mantenía con singular exactitud. Una expresión simultánea de todos los miembros del círculo atestiguaba su reconocimiento de las melodías mientras se interpretaban para nuestra satisfacción.

La mesa fue realmente levantada del suelo, ¡sin la aplicación de mano o pie humano! Una mesa que estimo pesaba unas cien libras, se levantó un pie del suelo, sin que las patas tocaran nada. Salté sobre ella, ¡y volvió a elevarse! Comenzó entonces a balancearse, sin permitirme deslizarme, aunque se inclinó al menos hasta un ángulo de cuarenta y cinco grados. Finalmente, una inclinación casi perpendicular me deslizó fuera, y otro de los presentes probó lo mismo con idéntico resultado. Todo esto sucedió en una habitación suficientemente iluminada para ver debajo, sobre y alrededor de la mesa, que no fue tocada por nadie excepto por las dos personas que subieron sobre ella para mantenerla en su sitio.

Fuimos a una habitación oscura para ver los destellos espirituales de luz que se decía habían sido concedidos a algunos investigadores. En lugar de esto, fuimos recibidos con tremendo golpeteo a nuestro alrededor. Algunos de los golpes en paredes, suelo y mesa, a menos de tres pulgadas de mí, fueron asombrosos. Apenas podría producir con mi puño demostraciones tan violentas, aunque golpeara con todas mis fuerzas. Las paredes mismas temblaban. Las respuestas a las preguntas se daban mediante concusiones de diversa fuerza y entonación, según el carácter de los espíritus comunicantes. Una pequeña hija querida de uno de los caballeros presentes, una extraña de un estado remoto, que había fallecido casi en la infancia, anunció su presencia con un espeso y alegre golpeteo; y, en respuesta a un pedido interno de su padre, colocó su pequeña mano sobre su frente. Este era un hombre que no creía en estas cosas —nunca las había visto—, pero no pudo equivocarse en la emocionante sensación del contacto espiritual. Yo también tuve una manifestación similar, cuya naturaleza no me engaña.

De repente, y sin ninguna expectativa por parte de los presentes, ¡el Sr. Home fue levantado en el aire! En ese momento tenía su mano, y otros sentimos sus pies —¡fueron levantados un pie del suelo! Él palpitaba de pies a cabeza, aparentemente con emociones enfrentadas de alegría y miedo que le impedían hablar. Una y otra vez fue levantado del suelo, y la tercera vez fue llevado al alto techo de la habitación, con el que su mano y cabeza tuvieron un suave contacto.

Omití indicar que estas últimas demostraciones se hicieron en respuesta a mi pedido de que los espíritus nos dieran algo que satisfaciera a todos los presentes de su presencia. El médium estaba muy asombrado y más alarmado que el resto, quienes, debo añadir, recibieron el asunto con calma, aunque con intenso interés."

Durante estas elevaciones, o levitaciones, por lo general no experimento en mi cuerpo ninguna sensación particular, excepto lo que sólo puedo describir como una plenitud eléctrica alrededor de los pies. No siento manos que me sostengan, y desde la primera vez, descrita más arriba, nunca he sentido miedo, aunque si hubiera caído desde el techo de algunas habitaciones en las que he sido levantado, no habría podido escapar a lesiones graves.

Generalmente soy levantado verticalmente; mis brazos frecuentemente se vuelven rígidos y se elevan por encima de mi cabeza, como si estuviera agarrando el poder invisible que lentamente me eleva del suelo. A veces, cuando alcanzo el techo, mis pies quedan al nivel de mi rostro, y estoy como en posición reclinada. He permanecido suspendido de esta manera durante cuatro o cinco minutos en varias ocasiones, un ejemplo de lo cual se describe en un relato de sucesos del año 1857, en un château cerca de Burdeos.

He sido levantado a la luz del día en una sola ocasión, y fue en América. También he sido elevado en una habitación de Sloane Street, Londres, con cuatro lámparas de gas encendidas, y con cinco caballeros presentes, dispuestos a testificar lo que vieron, si fuera necesario, además de los muchos testimonios que luego presentaré. En algunas ocasiones, la rigidez de mis brazos se relaja, y con un lápiz he trazado letras y signos en el techo, algunos de los cuales aún existen en Londres.

Durante este otoño e invierno, visité familias privadas con quienes había entablado amistad, y no pasaba un día sin que ocurrieran algunas manifestaciones. La mayor parte de estas son de carácter privado, apelando a la simpatía de familiares y amigos, y no podrían ser comunicadas al mundo. Para mí, sin embargo, son, como para ellos, un recuerdo querido de la guía amorosa de amigos fallecidos, quienes encuentran su mayor felicidad en servir y consolar a quienes permanecen para cumplir su peregrinaje aquí. Ellos siempre dicen que Dios, en su bondad amorosa, permite esto, y que, como Él está presente en todas partes y puede tolerar nuestras faltas, ellos, habiendo sido mortales como nosotros, pueden comprender más fácilmente las debilidades de nuestra naturaleza humana.

Durante el tiempo que ya he mencionado como mi vida pública, me encontré con miles de personas, muchas de las cuales no creían ni siquiera en la existencia del alma después de la muerte, y algunas negaban la existencia de Dios. Entre ellas incluso había clérigos, que me decían que, aunque habían predicado el Evangelio, ellos mismos nunca habían estado plenamente convencidos de la existencia de una vida después de la muerte. De las cartas de un amigo, un obispo episcopal, extraigo lo siguiente:

"Tienes la grata seguridad de haber sido el instrumento para transmitir una alegría y consuelo incalculables a los corazones de muchas personas; en el caso del dolor, has cambiado por completo el aspecto de su existencia, y has hecho que los lugares de residencia se llenen de luz, donde antes había oscuridad."

Fui de Hartford a Springfield, para pasar unos días con el Sr. Elmer, y aunque en ese momento no realizaba sesiones espiritistas, el poder estaba constantemente conmigo de alguna u otra forma, como se verá a continuación:

"Mientras el Sr. Alderson estaba en mi casa, el Sr. Home vino a visitarnos, habiendo estado ausente por largo tiempo. Poco después de su llegada, fue tomado por una enfermedad severa, de la cual A. intentó aliviar bañándole la cabeza. Durante el proceso, el Sr. Home entró en estado espiritual y describió al padre y a la hermana de A.; pronunció sus nombres y el de su madre; y el espíritu del padre, mientras se dirigía a su hijo, lo llamó correctamente por su nombre de pila, lo cual el Sr. Home no podía conocer, ni conocía los nombres de los padres del Sr. A., los cuales, aseguró, sólo eran conocidos por él, pues no los había mencionado en esta parte del mundo, a este lado de Baltimore."

Al ir a Boston, mi poder volvió, y con él las manifestaciones más impresionantes de música, sin ningún instrumento terrestre. Por la noche, cuando dormía, mi habitación se llenaba, como si fuera, de sonidos armoniosos, que gradualmente aumentaban en volumen hasta que personas en otras partes de la casa podían escucharlos claramente. Si por casualidad despertaba, la música cesaba instantáneamente.

CAPÍTULO III.
MANIFESTACIONES POSTERIORES EN AMÉRICA

El año 1853 lo pasé bajo la guía de tres amigos, y durante los meses de verano residí en Newburgh, a orillas del río Hudson, donde dedicaba mi tiempo a completar mis estudios. Estaba en el Instituto Teológico, pero únicamente como interno, y de ninguna manera participaba en las clases teológicas. Mientras estaba allí, tuve una visión extraordinaria, que aún permanece tan viva que la recuerdo en todos sus detalles.

El instituto estaba construido sobre una eminencia, desde donde se contemplaba un panorama de peculiar belleza. Más abajo se extendía la ciudad a la derecha, el río se perdía en sus meandros entre las colinas rocosas que rodean West Point; a la izquierda se extendía a lo lejos, y podía seguirse durante muchos kilómetros; detrás se extendía el campo, con sus pequeñas y bonitas casas de campo salpicadas aquí y allá. Me sentaba durante horas por la tarde, observando las débiles luces parpadeantes, e intentando imaginar las emociones de la vida que debían cruzar esas puertas de vez en cuando.

Mi fantasía me mostraba a veces a una joven, en cuyo cuerpo el tiempo y el cuidado apenas habían dejado huella, como una brisa de la tarde; y un poco más allá, quizá, a una madre cuyo pequeño sufría, y cada latido de su débil corazón había contado con la esperanza que solo una madre conoce, mientras ora a Dios para que cuide del pequeño puro, tierno y amado que Él le ha dado. Más tarde, podía aparecer alguien encorvado por la edad y la tristeza; todo lo que había amado había descansado, y estaba solo en el mundo. Brillantes recuerdos de su juventud pasaban ante él, pero solo aumentaban su soledad, pues la luz del pasado hacía resaltar aún más las sombras del presente.

Estos y similares trenes de pensamiento a menudo ocupaban mis horas ociosas; y, a veces, estas escenas imaginadas se volvían casi reales, proporcionando amplio alimento a una mente naturalmente inclinada a contemplar asuntos más allá del pequeño y estrecho círculo de la vida cotidiana.

Una tarde, había estado meditando profundamente sobre ese cambio que el mundo llama muerte, y sobre la eternidad que se extiende más allá, hasta que, fatigado, encontré alivio en la oración y luego en el sueño. Mi última conciencia despierta había sido de perfecta confianza en Dios, y un sentimiento de gratitud hacia Él por el disfrute que obtenía al contemplar las bellezas de la creación material.

Tal vez mi mente había sido conducida a esto por haber observado una hermosa estrella que brillaba y centelleaba en la profunda quietud de la noche. Sea como sea, me pareció que, al cerrar los ojos a las cosas terrenales, se despertó en mí una percepción interior, hasta que finalmente la razón se mantuvo tan activa como cuando estaba despierto. Recuerdo, con viva claridad, haberme preguntado si estaba dormido o no, cuando, para mi asombro, escuché una voz que sonaba tan natural, que mi corazón saltó de alegría al reconocerla como la voz de alguien que, mientras estuvo en la tierra, era demasiado puro para este mundo, y que, al pasar a ese hogar más brillante, había prometido velar y protegerme. Y, aunque sabía bien que lo haría, era la primera vez que escuchaba su voz con esa cercanía y tono natural.

Ella dijo:

"No temas, Daniel, estoy cerca de ti; la visión que estás a punto de tener es la de la muerte, pero no morirás. Tu espíritu debe regresar al cuerpo en unas pocas horas. Confía en Dios y en sus buenos ángeles: todo estará bien."

Aquí la voz se desvaneció, y me sentí como alguien que a pleno día queda ciego; como se aferra a los últimos recuerdos de la luz solar, así yo deseaba aferrarme a la existencia material, no porque sintiera temor de desaparecer, ni dudara por un instante de las palabras de mi ángel guardián, sino porque temía haber sido demasiado presuntuoso al desear un conocimiento cuya sola memoria podría perturbar mi vida futura. Esto duró sólo un momento, pues casi instantáneamente llegaron con rapidez aterradora recuerdos del pasado; mis pensamientos adquirieron la apariencia de realidades, y cada acción parecía una eternidad de existencia.

Durante todo ese tiempo, sentí una sensación de entumecimiento y escalofrío que recorría mi cuerpo, pero cuanto más inactivo se volvía mi sistema nervioso, más activa se tornaba mi mente, hasta que finalmente me sentí como si hubiera caído desde el borde de algún precipicio temible, y al caer, todo se volvió oscuro, y mi cuerpo entero se convirtió en una masa mareante, sostenida sólo por un sentimiento de terror, hasta que simultáneamente cesaron la sensación y el pensamiento, y no supe nada más.

No sé cuánto tiempo permanecí así, pero pronto sentí que estaba a punto de despertar en una densísima oscuridad; el terror había dado lugar a un placer acompañado de la certeza de que alguien querido estaba cerca de mí, aunque invisible. Entonces se me ocurrió que la luz de las esferas debía necesariamente ser más resplandeciente que la nuestra, y reflexioné sobre si el cambio súbito de la oscuridad a la luz no sería doloroso, pues instintivamente comprendía que más allá de la oscuridad circundante se extendía un océano de luz plateada.

En ese instante, fui llevado a la conciencia de la luz al ver todo mi sistema nervioso, como compuesto de miles de centelleos eléctricos que aquí y allá, como en un nervio creado, adoptaban la forma de corrientes, lanzando sus rayos por todo el cuerpo de manera maravillosa; sin embargo, esta era solo una luz eléctrica fría y, además, externa. Gradualmente, sin embargo, vi que las extremidades eran menos luminosas, y las membranas más finas que rodeaban el cerebro parecían brillar, y sentí que el pensamiento y la acción ya no estaban conectados con el cuerpo terrenal, sino que se encontraban en un cuerpo espiritual en todos los aspectos similar al que sabía que había sido mío, y que ahora veía inmóvil frente a mí sobre la cama.

El único vínculo que mantenía unidas las dos formas parecía ser una luz plateada que emanaba del cerebro; y, como respuesta a mis pensamientos anteriores, la misma voz, solo que ahora más musical que antes, dijo:

"La muerte es sólo un segundo nacimiento, correspondiente en todo respecto al nacimiento natural, y si el vínculo que une fuera cortado ahora, nunca más podrías entrar en el cuerpo. Como te dije, esto no ocurrirá. Estuviste equivocado al dudar, aunque fuera por un instante, pues esta fue la causa de tu sufrimiento, y esta misma falta de fe es la fuente de todo mal en la tierra. Dios es amor; y aun así, sus hijos siempre dudan de Él. ¿No ha dicho: 'Golpea y se te abrirá; busca y hallarás'? Sus palabras deben tomarse tal como fueron pronunciadas. No es función de los hombres dar ninguna interpretación que crean o deseen creer de lo que Dios ha dicho. Mantente muy tranquilo, pues en pocos momentos nos verás a todos, pero no nos toques; déjate guiar por quien ha sido designado para ir contigo, porque yo debo permanecer cerca de tu cuerpo."

Ahora me pareció que despertaba de un sueño de oscuridad a un sentido de luz; ¡pero qué luz tan gloriosa! Nunca ningún sol terrenal había derramado tales rayos, fuertes en belleza, suaves en amor, cálidos en un resplandor que da vida; y así como mi última idea de la luz terrenal había sido el reflejo de mi propio cuerpo, así ahora esta luz celestial provenía de aquellos que veía a mi alrededor. Sin embargo, la luz **no era creación de ellos**, sino que se derramaba sobre ellos desde una fuente más alta y pura, que solo parecía más adorablemente hermosa en la invisibilidad de su santo amor y misericordia, así como para derramar toda bendición sobre las criaturas de su creación; y ahora yo estaba bañado en luz, y a mi alrededor estaban aquellos por quienes había sufrido, porque aunque sabía bien que existían y me amaban y cuidaban de mí, sin embargo, su presencia terrenal no era visible.

Uno que nunca había conocido en la tierra se acercó entonces y dijo: «Vendrás conmigo, Daniel». Solo pude responder que era imposible moverme, ya que no sentía que mi naturaleza tuviera poder sobre mi nuevo cuerpo espiritual. A esto respondió: «Desea y lograrás tus deseos que no sean pecaminosos, porque los deseos son como oraciones a la Divinidad, y Él responde a toda oración de Sus hijos».

Por primera vez miré para ver qué sostenía mi cuerpo, y encontré que no era más que una nube teñida de púrpura, y que al desear avanzar con mi guía, la nube parecía ser movida por una brisa suave, y en sus movimientos descubrí que me elevaba hasta que vi la tierra, como en una visión, muy, muy abajo. Pronto descubrí que nos habíamos acercado, y estábamos justo sobre una cabaña que nunca había visto y también vi a sus habitantes, aunque nunca

los había conocido en vida. Las paredes de la cabaña no eran en lo más mínimo obstáculo para mi vista; eran solo como si estuvieran hechas de un aire denso, pero perfectamente transparente, y lo mismo podía decirse de cada mueble.

Percibí que los habitantes dormían, y vi a los distintos espíritus que vigilaban a los durmientes. Uno de ellos intentaba impresionar a su hijo sobre dónde encontrar una reliquia perdida que él mucho apreciaba y cuya pérdida le había entristecido profundamente. Y vi que el hijo despertó y pensó que solo había sido un sueño vano, y tres veces se repitió esta impresión por el espíritu; y supe que, cuando llegara la mañana, el joven iría, por curiosidad, al lugar en que había sido impresionado, y allí encontraría lo que buscaba. En una habitación contigua vi a uno que era atormentado por sueños, pero no eran más que la producción de un cuerpo enfermo.

Estaba profundamente interesado en todo esto, cuando mi guía dijo: «Debemos regresar». Cuando me encontré cerca de mi cuerpo, me volví hacia quien había permanecido junto a mi cama, y dije: «¿Por qué debo regresar tan pronto, si apenas he estado unos momentos con ustedes, y desearía ver más y permanecer más tiempo cerca de ustedes?» Ella respondió:

«Han pasado muchas horas desde que viniste a nosotros; pero aquí no tomamos conciencia del tiempo, y como estás aquí en espíritu, tú también has perdido este conocimiento; nos gustaría tenerte con nosotros, pero no debe ser en este momento. Regresa a la tierra, ama a tus semejantes, ama la verdad, y al hacerlo, servirás al Dios de infinito amor, que cuida y ama a todos. ¡Que el Padre de las misericordias te bendiga, Daniel!»

No escuché más, pero pareció que me hundía como en un desmayo, hasta que la conciencia se fusionó con un sentimiento de que la tierra, con sus pruebas, yacía ante mí, y que yo, al igual que todo ser humano, debía cargar con mi cruz. Y cuando abrí los ojos a las cosas materiales, descubrí que la pequeña estrella había dado paso al sol, que había estado sobre el horizonte unas cuatro horas, haciendo en total unas **once horas** que había durado esta visión. Mis miembros estaban tan entumecidos que pasó al menos media hora antes de que pudiera alcanzar la cuerda de la campana para llamar a alguien en ayuda, y solo por continua fricción, al cabo de una hora, tuve suficiente fuerza para ponerme de pie.

Menciono estos hechos tal como ocurrieron; que otros los comenten como quieran. Solo debo agregar que nada podría convencerme de que esto fuera una ilusión o un delirio; y el recuerdo de aquellas horas está tan fresco en mi mente ahora como en el momento en que ocurrieron.

En el otoño regresé a Nueva York con la intención de comenzar estudios de medicina, pero una cadena de circunstancias adversas pareció enlazarse extrañamente y evitar que llevara a cabo mi intención. En ese momento no podía comprender bien por qué debía ser así; pero desde entonces he tenido a menudo ocasión de dar gracias a Dios por que así se ordenara. Los amigos amables que hacían lo que creían mejor, impidiendo que otros vieran las manifestaciones, no consideraron que los fenómenos que habían sido fuente de información y consuelo para ellos eran dados por Dios, y que no teníamos derecho a ocultar la luz a nadie.

Como lo que estaba destinado para mí solo podía lograrse por mi propia decisión, actué como sentí que sería lo mejor, y así resultó después.

Sin embargo, antes de dar ese paso, tuve otra visión de gran claridad. Había estado con algunos amigos a cenar en la casa de un conocido, y al regresar era necesario cruzar de Brooklyn a Nueva York en el ferry. El portero permitió que nuestro carruaje entrara, y bajábamos por la pendiente que conducía al barco, cuando uno de los hombres detuvo los caballos por las riendas, diciéndole al cochero al hacerlo que no había lugar para nosotros en el ferry. No solo era así, sino que las cadenas ya estaban abajo, y el barco estaba en acto de partir. Allí estábamos, en una pendiente empinada, con caballos inquietos, y las aguas profundas a un pie de ellos, siendo la única barrera una cadena no muy resistente.

La señora C- rogó descender, y yo salté del carruaje y le ofrecí mi mano para ayudarla. Al tocar mi mano, con una **instantánea sensación de contacto**, vi con perfecta claridad que una de mis hermanitas había pasado de la tierra. No sabía que la niña estuviera enferma, y como su enfermedad parecía leve, mis parientes no habían considerado necesario escribirme. Fue una transición extraña; allí estaba en el frío de la noche, y escuché el impaciente paso de los caballos sobre los tablones desgastados; escuché las aguas romper contra los pilotes del ferry; sentí una mano cálida de vida en la mía, y allí, protegida del frío, más allá de todo temor, vi a mi madre con uno de los tres hijos que me había dejado a cuidar en la tierra. La niña estaba cerca de su corazón, y su largo cabello sedoso se derramaba en abundancia sobre el hombro de mi madre. Vi también a mi hermana espiritual Mary, que parecía ansiosa por calmar la asombro infantil de su hermana recién llegada. Fue solo por un momento, pero lo vi todo, y supe que Dios me había dado otro ángel guardián. Al día siguiente llegaron cartas anunciando lo que ya sabía.

Enero de 1854 fue el comienzo de pruebas más severas, pues había pasado todo el invierno en soledad y estudio, de modo que mente y cuerpo estaban igualmente perturbados, y escribí a mis amigos diciendo que no podía pensar en continuar la vida que entonces llevaba; y después de muchas cartas, nuevamente quedé solo para decidir mi futuro. Tenía amigos en Boston que, tan pronto supieron mis intenciones, generosamente ofrecieron hacer todo lo que mis otros amigos habían hecho, y permitirme total libertad para ver a quien quisiera. Mi salud había sufrido por la ansiedad nerviosa de mi vida solitaria y estudios, y los médicos a quienes consulté diagnosticaron que mi pulmón izquierdo estaba enfermo. Mis amigos espirituales dijeron que el diagnóstico era correcto, pero que aún no dejaría la tierra, pues mi misión no estaba completa, y aún había mucho por hacer.

Fui de Nueva York a Hartford, pero no vi extraños durante algunas semanas. Desde allí volví a Springfield, y el Dr. Gardner, de Boston, en una carta fechada el 1 de marzo de 1854, describe lo que presenció en ese momento, y aunque en algunos aspectos sea similar a lo ya descrito, ayudará a mostrar el carácter de las manifestaciones en diferentes períodos de mi vida.

El Dr. Gardner dice:

«Me veo inducido a ofrecerles los siguientes hechos, que presencié en compañía de varias otras personas en la casa del Sr. Rufus Elmer en esta ciudad, en la noche del 28 de febrero de 1851. Nueve personas, además del Sr. Home, estaban sentadas alrededor de una mesa común de cerezo, cuando ocurrieron los siguientes fenómenos: La mesa comenzó a temblar con un movimiento vibratorio; se escucharon sonidos sobre el piso y la mesa, algunos muy fuertes; luego la mesa se movió con gran fuerza, y después fue levantada casi, si no completamente, dos pies del suelo, manteniéndose suspendida en el aire con un movimiento

ondulante, como flotando sobre las agitadas aguas del mar, durante un tiempo considerable. Esto se repitió varias veces.

Luego se nos indicó colocar la campana de la cena (que pesaba una libra y una onza) bajo la mesa, sobre el piso, donde fue tañida con gran violencia muchas veces; se respondía a preguntas mediante golpes sobre ella, y con la campana cada individuo en el círculo era tocado de tal manera que no podía haber error al respecto. Entonces pedimos a los espíritus que pasaran la campana del suelo a nuestras manos, lo cual se hizo con cada persona por separado; y, nuevamente a nuestra solicitud, fue retirada de nuestras manos y cuidadosamente depositada en el suelo. Nuevamente, mientras cantábamos el himno 'Mientras los pastores velan', la campana se levantó del suelo y fue tañida en perfecto compás con la melodía cantada, después de lo cual otra melodía fue "tañida" por la campana contra la parte inferior de la mesa, el sonido semejando el redoble de baquetas en las manos de un hábil ejecutante sobre un tambor tenor. Esto continuó varios minutos.

Todo lo anterior sé que se realizó sin intervención humana; las manos de cada persona presente durante toda la actuación descrita permanecían sobre la mesa, con la habitación bien iluminada, y a la vista de todos los presentes; y esto también fue así durante toda la actuación. Durante toda la serie de actuaciones con la campana, así como antes y después, nuestra ropa era tironeada casi constantemente; dos pañuelos fueron firmemente anudados mientras yacían en los regazos de sus dueños; fuimos muchas veces tocados más o menos fuertemente, produciendo una sensación peculiar e indescriptible; algunos tuvimos miembros agarrados con considerable fuerza, sintiendo claramente la forma de la mano espiritual, un toque suave, delicado, elástico, pero potente, que no puede describirse, sino sentirse para ser apreciado. El lector tenga en cuenta que las manos de todos los presentes estaban a la vista sobre la mesa.

Durante la noche, las respuestas a las preguntas fueron dadas por la inteligencia invisible usando el mango de la campana, tan pesado que dejaba hendiduras en la mesa, visibles para cualquier persona que dude. Hubo muchas otras manifestaciones, pero las mencionadas son suficientes para dar una idea del maravilloso poder invisible allí manifestado; y las muchas enseñanzas morales bellas y sublimes dadas por nuestros visitantes celestiales, a través del médium mientras estaba en trance, espero que sean recordadas por largo tiempo y sirvan de regla de vida para quienes las escucharon.»

Luego fui a Boston, y mientras estuve allí, el poder parecía aumentar de una manera que me sorprendió tanto como a los demás testigos. En varias ocasiones los espíritus fueron vistos claramente por todos los presentes en la habitación, y más de una vez besaron a personas presentes de manera que pudo sentirse y escucharse. Durante los meses de verano mi salud mejoró gradualmente, y volví a pensar que ahora podría continuar un curso de estudios que me permitiría obtener mi diploma como médico. Pero no; otra vez una serie de circunstancias imprevistas se combinaron para impedirlo.

En septiembre regresé a Springfield, y la carta que inserto a continuación, tomada de *The Republican*, describe algunos fenómenos presenciados por el Sr. F. O. Andrué:

«El lunes pasado, 25 de septiembre de 1854, fui después del té a la casa de mi amigo, el Sr. Elmer, para devolver un libro que había tomado prestado. Inesperadamente, encontré allí al Sr. D. D. Home, que acababa de llegar de Boston. Tras conversar una o dos horas, el Sr.

Elmer, teniendo que salir al día siguiente por negocios, propuso hacer un 'círculo' esa noche. Nos sentamos en consecuencia: la familia de Elmer, el Sr. Home y yo éramos los únicos presentes. Los sucesos, aunque extraordinarios, fueron similares a los ya publicados. Todos fuimos tocados por manos invisibles; la habitación estaba bien iluminada con gas, una gran campana fue pasada a nuestras manos, etc. Estas cosas no eran nuevas para mí, y no lo son para el público; por lo tanto, las pasaré por alto.

Sabiendo que durante la noche ocurrían manifestaciones aún más extraordinarias con el Sr. Home, mencioné que me gustaría presenciar algunas de ellas. Me animaron a quedarme y pasar la noche, y así lo hice.

Después de desvestirme tranquilamente, apagar la luz y acostarme, pronto comenzamos a escuchar golpes leves, que rápidamente aumentaron en fuerza y número, hasta que las paredes, el piso y la cama temblaban con los golpes. Venían como un aguacero. Pronto surgieron otros ruidos, y luego la cama comenzó a moverse por el piso. Este movimiento parecía algo peligroso. Fue lo único que me produjo inquietud. Habiendo presenciado antes tantas maravillas, no me asusté, aunque el Sr. Home parecía hacerlo, aferrándose a mí con ambas manos y rogando con todas sus fuerzas que la cama se detuviera. Se cumplió su petición, pero solo para presentarse de manera más tangible.

Pronto comencé a sentir alguien pisando mis pies y tobillos sobre las sábanas, pero con una presión diferente a la de cualquier objeto sólido. Inmediatamente después, sentí una mano sobre mi cabeza y frente, tan parecida a la carne y la sangre como cualquiera que haya sentido, solo algo fría. Comencé a hacer preguntas, y los dedos me tocaban la frente en respuesta. Varias manos, tocándome al mismo tiempo, afirmaban ser las de parientes míos.

Una mano fuerte afirmó ser la de mi abuelo. Pregunté: '¿Cómo sé que esta es la mano de mi abuelo?' La mano se movió de mi frente a la sien, sobre la ceja y el ojo, y luego bajó por el rostro, los dedos golpeando de la manera más gentil posible. En otra ocasión, a mi solicitud, las manos me tocaron la frente con tal fuerza que el sonido podía escucharse, estoy seguro, en cualquier parte de la habitación.»

Deseo añadir unas palabras antes de terminar. A las mentes religiosas (que son, curiosamente, las más escépticas en este asunto) digo: ¿Por qué proceso de razonamiento pueden convencerse de no creer en mi testimonio de lo que sé y he visto, y al mismo tiempo creer el testimonio de lo que vieron Juan, Pedro o Pablo? Hablo con toda reverencia; no dudo de su testimonio; al contrario, lo creo más que nunca. Pero no veo razón, (siendo mi veracidad incuestionable) para que mi testimonio sobre lo que sé y veo no sea tan válido como el de cualquier otro hombre, vivo o muerto. Y hay miles que saben que estas cosas son así, al igual que yo.

A nuestros sabios, cuyo hobby es la investigación científica, les diría: ¿De qué sirve, a quienes han vivido lo que yo he vivido, leer el libro del Dr. Dodd, la teoría del Dr. Elgers o maravillarse de los descubrimientos del Profesor Faraday?» quien demostró que cuando él **empujaba, empujaba.**

A principios de noviembre, regresé a Nueva York y reanudé mis estudios de medicina. Tenía sesiones dos de tres veces por semana, en mis propios cuartos, y tenía la costumbre de ir entre las clases más pobres con el propósito de hablarles de esta verdad tan alentadora.

Siempre los he encontrado los más sinceros y completos en sus investigaciones; y cuando estaban realmente convencidos, eran los más agradecidos a Dios por permitir que existieran tales pruebas de seres y fuerzas espirituales. He visto a muchas madres pobres y con el corazón roto consoladas con la idea de que el hermoso niño joven, dado por Dios como estrella de esperanza para alegrarlas mientras trabajaban por su pan diario, pero que se había consumido y se había ido para siempre de su vista, seguía vivo y amándolas a ellas y a su ángel ministrador enviado por Dios.

Recuerdo bien a un hombre pobre presente una noche, y el espíritu de una niña pequeña vino con el siguiente mensaje:
"Padre querido, tu pequeña Mary estuvo presente el miércoles pasado, y Dios le dio poder para impedir que hicieras lo que deseabas. Si alguna vez hicieras eso, no podrías ir donde están tu propia Mary y su madre. Prométeme que nunca pensarás en algo tan terrible otra vez."

Todos nos quedamos asombrados, pero no podíamos entender a qué aludía. Aun así, era evidente que el pobre padre lo sabía demasiado bien, porque, arrodillándose, dijo mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas: "En verdad, es demasiado cierto, que el miércoles pasado decidí cortarme la garganta; pero cuando tomé la navaja para hacerlo, sentí que si mi hija hubiera estado viva, se habría alejado de mí con horror, y este mismo pensamiento fue lo que me salvó."

Mis frecuentes sesiones eran asistidas por personas que me eran presentadas por amigos, y conocí en este tiempo a cientos de ellas. Una de estas sesiones se menciona en la "Conferencia de Nueva York", del 26 de diciembre de 1854, y puede servir para dar una idea de mi mediumnidad en este tiempo.

"Un caballero presente relató los hechos de un círculo que se reunió el miércoles por la noche pasado. El Sr. Home fue el médium. Cuando se sentaron, lo primero que se notó fue un movimiento ondulante en la mesa, seguido de que se levantara completamente del piso. Esto se repitió varias veces. Una o dos veces se levantó hasta la altura de los mentones de los que estaban sentados a la mesa, con las manos de cada persona en la sala sobre la mesa. Una guitarra en su estuche, situada en una esquina de la habitación, se oyó moverse, y al examinarla, se encontró que un extremo que reposaba en el piso se había movido varios centímetros. Se escucharon golpes fuertes cerca de ella mientras esto sucedía, y la puerta de un armario que daba a la sala donde se encontraban, se cerró con considerable fuerza. El círculo, durante estos acontecimientos, permaneció sentado en la mesa, a unos seis u ocho pies de donde ocurrían.

Luego, se desbloqueó el estuche de la guitarra y se colocó el instrumento bajo la mesa. En esta posición fue tocado repetidamente, no, por supuesto, en el más alto nivel del arte, pero con habilidad promedio muy aceptable. Las manos del grupo durante esta actuación estaban todas sobre la mesa a la vista de todos. No había posibilidad de truco, la habitación estaba suficientemente iluminada para ver la posición exacta de cada persona y de cada objeto en la sala.

La guitarra fue luego colocada en el regazo de cada miembro del círculo por turno. Cada uno la sostenía hasta que el instrumento fue removido por la agencia invisible. La mesa, las sillas en que estaban sentados y el piso mismo de la sala, mostraron en cada caso un

movimiento tembloroso perceptible para todos. La gran mecedora en la que estaba sentado el Sr. Home fue mecida con fuerza. Luego, por indicación a través del alfabeto, todo el grupo de diez personas, por turno, tomó la misma silla y fue mecido de la misma manera. La aplicación de la fuerza fue como si una persona hubiera sostenido la parte superior del respaldo de la silla con una mano y el brazo con la otra. La fuerza necesaria para producir esto puede apreciarse al decir que los pies del sentado estaban extendidos y con frecuencia golpeaban la parte inferior de la mesa. Todos fueron tocados por turno como por manos humanas, algunas grandes y otras pequeñas.

Una dama presente que había sido tocada con lo que parecía ser la mano de su pequeña hija, preguntó si podía sacar el pañuelo de su regazo. Muy pronto se vio que se movía lentamente desde su regazo y desaparecía debajo de la mesa. En unos minutos, se escucharon golpes indicando el alfabeto y se recibió esta frase:
"Madre, ahora mira y ve lo que hemos hecho."

Al mirar, se encontró que el pañuelo estaba anudado y retorcido en forma de un bebé de muñeca, no muy simétrico, pero suficientemente parecido para mostrar el evidente diseño, así como la ingeniosidad y el poder para ejecutarlo. Ocurrieron varios otros hechos interesantes durante la noche.

El Dr. Hallock dijo que estaba presente cuando ocurrió lo narrado. El punto que deseaba ilustrar particularmente era el carácter abierto, por así decirlo, de estas manifestaciones. Cuando se afirma que un hecho ocurrió en una habitación oscura, naturalmente surge la cuestión del engaño en la mente del oyente, que la descripción más elaborada de los detalles no puede erradicar. Desde el principio hasta el fin, estas manifestaciones estuvieron libres de esa objeción. Cada persona en el círculo, incluido el Sr. Home, estaba a la vista completa. Cuando la guitarra fue tocada, todas nuestras manos estaban sobre la mesa. Ninguna persona pudo haber tocado las cuerdas del instrumento ni con la punta de su bota, mucho menos con la mano, sin ser detectada. Lo mismo de todos los otros hechos de la noche.

En un caso, después de varios intentos infructuosos de retener una hoja de papel sobre la superficie lisa de la mesa cuando se elevaba a un ángulo considerable, la mesa con la hoja de papel fue puesta de borde, con la parte superior vertical, y el papel aún mantuvo su posición, hasta que se permitió que cayera a petición de uno de los caballeros presentes. La exhibición de poder e inteligencia manifestada aquella noche fue hecha **por nosotros, y no por nosotros**—si se toman diez pares de ojos, con el resto de los sentidos, como evidencia."

En enero de 1851, el clima fue más frío y severo de lo habitual, y mi tos había aumentado, con otros síntomas de naturaleza más alarmante, que hicieron que toda idea de completar mis estudios de medicina tuviera que abandonarse por completo. Los médicos consultados coincidieron en decir que mi única esperanza de prolongar la vida era visitar Europa. Esto iba a ser un duro esfuerzo, al estar así separado de quienes me habrían atendido con todo afecto, y a ser lanzado, por así decirlo, como un extraño en lo que ahora sería para mí una tierra extraña.

Mi familia ya residía en América desde hacía algún tiempo, y no conocía a nadie en toda Inglaterra. No hubiera hecho caso al consejo de los médicos, y me habría quedado donde estaba para pasar de la tierra; pero mis amigos espirituales me dijeron que debía ir, y sus consejos no podían ser ignorados. Fui, por lo tanto, a hacer una serie de visitas de despedida

a aquellos amigos que habían sido tan amables conmigo; ellos, así como yo, sintiendo que, con toda probabilidad, sería la última vez que nos veríamos **en carne.**

Mientras estaba en Hartford en marzo, durante una de estas visitas tuvo lugar la sesión mencionada aquí.

"Los siguientes sucesos ocurrieron en esta ciudad la noche del 14 del mes pasado: un pequeño grupo estaba sentado con el Sr. D. D. Home, quien probablemente sea el más notable de los médiums modernos para manifestaciones espirituales de orden físico o tangible. Se insinuó que si conseguíamos un mantel y lo colocábamos sobre la mesa, las presencias invisibles se manifestarían levantando el mantel. El mantel fue conseguido, lo colocamos sobre la mesa, pusimos la lámpara encima y nos retiramos lo suficiente para impedir que alguien del grupo lo tocara, a menos que se estirara hacia adelante; y cualquier movimiento de este tipo habría sido instantáneamente detectado. En un momento más, el mantel se levantó claramente, en el lado opuesto al médium, y a la luz completa de la lámpara.

Parecía que había algo debajo de él, ya que se movía bajo el mantel, yendo primero hacia un lado de la mesa y luego al otro. Pronto se extendió, levantando los lados del mantel, hacia cada uno de los presentes, sucesivamente. De esta manera, la fuerza o sustancia (porque era algo sustancial, parecido a una mano) se extendió y saludó con la mano a los presentes. Se sentía, a través del mantel, como una mano; pero al sostenerla para una inspección más cercana, parecía evaporarse o disolverse, y se perdió rápidamente. En su naturaleza y composición, parecía, aparentemente, la mano y el brazo vistos en una ocasión anterior por un grupo de seis personas, y descritos en un artículo anterior."

Poco después de esto, la cosa (lo que fuera), nuevamente levantó el mantel, moviéndose aparentemente por toda la mesa, y levantando el mantel mientras se movía. Un momento después se extendió hacia adelante y tocó a uno de los presentes; luego se retiró y nuevamente se extendió y tocó a otro. Diferentes partes de la persona fueron así tocadas; y pronto la mano, si era una mano, dejó su protección del mantel y comenzó a tocar a los presentes sucesivamente, algunos en un lugar, y otros en otro. Pero no se podía ver nada. Si se le pedía tocar, por ejemplo, el hombro derecho, la mano respondería inesperadamente tocando el izquierdo; o si se le pedía tocar la pierna, quizás se tocaba el pecho o la mano de quien pedía, aparentemente con el fin de indicar de la manera más clara que el poder y la inteligencia eran separados de la mente del presente. La agencia invisible que operaba de esta manera tocó al escritor primero en la rodilla y, avanzando gradualmente hacia arriba, finalmente lo tomó de la mano; pero, aunque esto ocurrió en una luz bastante buena (un poco por debajo del borde de la mesa), no se podían ver rastros de la mano que palpablemente tocaba la suya.

Se había colocado una guitarra, de un tamaño y peso algo inusual, debajo de la mesa, con la esperanza de obtener algo de música de los espíritus. También coloqué un cuaderno de papel y un lápiz sobre el instrumento, para que ellos pudieran, si eran capaces y estaban dispuestos, darnos un ejemplo de escritura sin manos mortales. (Ambas de estas actuaciones habían sido presenciadas en círculos en Nueva York y en otros lugares). Tan pronto como nos sentamos nuevamente y en silencio, la guitarra sonó, y luego fue tocada, evidentemente por dedos reales y sustanciales, porque los toques en las cuerdas eran fuertes y distintos.

Poco después, el cuaderno de papel fue arrojado desde el instrumento al suelo, a una distancia de unos tres o cuatro pies, y la música se produjo nuevamente, más fuerte que antes. Luego, la guitarra, grande y pesada como era, fue arrastrada desde su lugar y llevada hacia una puerta, a una distancia de cinco pies de la mesa, y allí la música comenzó de nuevo, más fuerte y clara que nunca. Todo esto se había hecho mientras los presentes permanecían tranquilamente sentados a la mesa.

En este momento, para ver la actuación que ocurría a esa distancia, el escritor se inclinó hacia adelante, y al hacerlo, accidentalmente apagó la lámpara sobre la mesa; pero como buena luz se reflejaba sobre todos nosotros desde una rejilla de brasas brillantes directamente frente a los presentes, se decidió no romper el círculo para encender la lámpara, y las manifestaciones continuaron.

Mientras estábamos sentados así, la guitarra, a una distancia de cinco o seis pies de los presentes, fue tocada exquisitamente, y durante varios minutos, por algún poder distinto al de cualquiera presente físicamente. El instrumento estaba parcialmente en sombra, y la mano que recorría sus cuerdas no podía verse; pero la música era extremadamente hermosa. Era de un carácter completamente nuevo para quienes escuchaban, y más dulce, suave y armoniosa que cualquier cosa que hubiera oído. Porciones de ella estaban llenas de una cierta melodía suave y salvaje que parecía ser el eco de otra música lejana, y por la exquisita dulzura de la cual no hay palabras.

Pronto cambió, y se elevó a un "orbe completo" de melodía fuerte y tempestuosa, llenando la casa con sus sonidos. Fue escuchada por una dama que residía en otra parte de la casa, quien preguntó sobre ello al día siguiente, lo que demuestra la fuerza y la realidad de esta música inmortal.

Alguien del círculo preguntó: "¿Pueden tocar todos los acordes a la vez?" Respuesta (por las cuerdas): "Sí", y esto se hizo efectivamente.

Luego la guitarra fue trasladada a un rincón de la habitación, aún más lejos; y tan pronto como todos se sentaron, fue tocada nuevamente a esa distancia por algún tiempo; luego fue traída de vuelta por medios invisibles y colocada cerca de la mesa. El Sr. Home comentó que todo esto superaba cualquier cosa de ese tipo en su experiencia previa, y propuso ver qué podían hacer, llevándola al rincón más lejano de la habitación. Se le sugirió que sería inútil, ya que no podrían hacer nada a esa distancia de él; pero al sentarse nuevamente, los espíritus comenzaron a tocar el instrumento en ese rincón lejano, a una distancia (según medición posterior) de casi siete pies del círculo o del médium.

Entonces la guitarra fue movida de su lugar por los espíritus y llevada hacia el círculo; pero, encontrando una pesada silla de caoba en el camino, el instrumento fue colocado y la silla arrastrada varios pies fuera del camino; después de lo cual la guitarra fue levantada y llevada alrededor del círculo por los invisibles, y finalmente depositada en el rincón opuesto.

Momentos después, el escritor la vio suspendida en el aire, con la parte superior hacia arriba y casi sobre su cabeza. Se comentó: "Bueno, si no lo viera yo mismo, no lo creería por otro testimonio", tras lo cual el instrumento se extendió hacia adelante y golpeteó juguetonamente al hablante tres veces sobre el hombro. Luego fue pasada sobre la mesa (sobre su cabeza) hacia el Sr. Home, a quien tocó ligeramente varias veces sobre la cabeza. Estando cerca durante esta actuación, lo observé de cerca con la luz del fuego. La parte

inferior del instrumento estaba muy cerca de mi rostro, mientras que el extremo opuesto estaba siendo usado; de hecho, no estaba a seis pulgadas sobre mi cabeza, justo enfrente de mí. Se podía ver un contorno indistinto de una mano humana que sostenía el instrumento justo debajo de su centro.

Alzando la mano, agarré el instrumento firmemente con ambas manos y lo sostuve sobre mi cabeza, pidiendo al mismo tiempo que quien lo había estado tocando lo hiciera ahora, si era posible. Inmediatamente las cuerdas fueron tocadas como si por dedos humanos, aunque invisibles, y la guitarra fue tocada igual de bien mientras estaba sostenida en el aire que cuando estaba en el suelo.

El cuaderno de papel mencionado antes fue tomado del suelo, levantado lentamente y colocado sobre la mesa, como puedo afirmar, sin la ayuda de una mano humana. Sentado en ese extremo de la mesa donde esto ocurrió, pude ver todo el proceso. El cuaderno fue colocado sobre el borde de la mesa, tan cerca de mi mano que la tocaba. Esto se hizo lentamente y deliberadamente, y al menos esta vez pude ver clara y completamente la mano que lo sostenía. Evidentemente era la mano de una dama: muy delgada, muy pálida y notablemente atenuada. La conformación de esta mano era peculiar. Los dedos eran de una longitud casi sobrenatural y parecían estar separados. La palidez extrema de toda la mano también era notable. Pero quizás lo más llamativo era la forma de los dedos, que además de su longitud y delgadez, eran inusualmente puntiagudos en los extremos; se estrechaban rápidamente y de manera uniforme hacia las puntas. La mano también se estrechaba desde los nudillos inferiores hasta la muñeca, donde terminaba. Todo esto se podía ver con la luz que había en la habitación, mientras la mano sostenía el papel sobre el borde de la mesa.

De repente desapareció, y en un momento el lápiz fue lanzado desde algún lugar, cayendo sobre la mesa, donde la mano reapareció, lo tomó y comenzó a escribir. Esto ocurrió a la vista, estando solo parcialmente sombreado por uno de los presentes que estaba sentado entre el papel sobre la mesa y el fuego. Las manos de todos los presentes estaban sobre la mesa, a plena vista, de modo que no podía ser uno de los presentes quien escribía. Siendo el más cercano a la mano, me incliné hacia ella mientras escribía para ver todo. Se extendía solo hasta la muñeca. Con curiosidad natural en las circunstancias, acerqué mi rostro para ver exactamente qué era, y al hacerlo probablemente interrumpí la influencia eléctrica o magnética por la que trabajaba; el lápiz cayó y la mano desapareció. La escritura fue examinada posteriormente, y resultó ser el nombre, con la letra propia, de una dama pariente e íntima amiga de alguien del círculo, que había fallecido años atrás. También se hicieron otras marcas, y la palabra "Querida" había sido escrita justo cuando el lápiz cayó. Esta escritura se ha conservado y permanece como evidencia de la realidad del hecho. Que no fue producida por ninguna mano de los presentes en la sala, lo sé y afirmo.

Luego la mano vino y dio la mano a cada uno de los presentes. La sentí minuciosamente. Estaba bastante bien formada y simétrica, aunque no perfecta; y era suave y ligeramente cálida. Terminaba en la muñeca.

CAPÍTULO IV.
EN INGLATERRA.

El 31 de marzo de 1855, zarpe de Boston hacia Inglaterra en el *Africa*, siendo el capitán del barco el difunto capitán Harrison. Al noveno día de nuestro viaje nos acercamos a Inglaterra,

y se disparó el cañón de señal. Nunca podré olvidar mis sentimientos al mirar a mi alrededor y ver sólo alegría reflejada en los rostros de mis compañeros de viaje; algunos estaban a punto de llegar a su hogar, y el pensamiento de los amigos que los esperaban con afecto traía una sonrisa de alegría a sus semblantes. Otros eran viajeros que veían el Viejo Mundo con todos sus tesoros artísticos extendidos ante ellos, y la monotonía de un viaje por mar tan cercano a su término.

Yo permanecía allí solo, sin un amigo que me diera la bienvenida, debilitado en mi salud, y mis esperanzas y los más hermosos sueños de mi juventud, todos, según creía, **para siempre perdidos**. La única perspectiva que tenía era la de unos pocos meses de sufrimiento y luego pasar de la tierra. También sentía ese extraño poder que hacía que algunos me miraran con compasión como a un ser engañado, enviado sólo por el diablo para arrastrar almas a la perdición, mientras que otros no dudaban en tratarme como un impostor vil.

Me encontraba en la cubierta del barco entre la multitud de pasajeros, y un sentimiento de completa soledad se apoderó de mí, hasta que mi corazón parecía demasiado pesado para soportarlo. Busqué mi camarote y recé a Dios para que me concediera un rayo de esperanza que me consolara. En pocos momentos, sentí una sensación de alegría que me llenó, y cuando me levanté, estaba tan feliz como los más contentos entre la multitud.

Llegué al Hotel Cox en Jermyn Street la noche del 9 de abril; y tan pronto como el señor Cox supo quién era, me dio la bienvenida "más como un padre recibiría a un hijo que como a un extraño que nunca había visto", y desde entonces ha sido para mí el amigo más sincero y generoso.

Pronto se supo que yo estaba en Inglaterra, y en menos de un mes tuve más compromisos de los que podía cumplir. Mientras estaba en el Hotel Cox, Lord Brougham expresó su deseo de verme con el propósito de investigar los fenómenos, y como las tardes de su lordship estaban completamente ocupadas, fijamos una cita para temprano en la tarde. Así, su lordship vino acompañado de Sir David Brewster, con quien y con el señor Cox realicé una sesión, que poco después, a causa de las tergiversaciones y evasiones de Sir David Brewster, se convirtió en un asunto de considerable interés público, ya que sirvió como medio para un debate general en los periódicos sobre los fenómenos espirituales.

Hay pocos asuntos en los que Sir David Brewster se haya presentado ante el público que hayan traído más vergüenza sobre él que su conducta y afirmaciones en esta ocasión, en la que mostró no sólo desprecio por la verdad, sino también deslealtad a la observación científica y al uso de su propia vista y facultades naturales. Para que Lord Brougham no tuviera que negar las declaraciones de Sir David, encontró necesario que él permaneciera en silencio, y tengo alguna razón para quejarme de que su lordship prefirió sacrificarme a mí antes que inmolar a su amigo, ya que su silencio fue interpretado por muchos en mi contra. La correspondencia que siguió fue tan interesante y característica, y además tan útil por ser la primera gran ocasión en la que uno de los pretendidos magnates de la ciencia se pronunció sobre estos fenómenos, que he considerado oportuno dar su sustancia, con algunos comentarios pertinentes sobre la conducta de Sir David Brewster en un Apéndice. Servirá para conocer mejor su carácter, no sólo por su trato poco veraz con este tema, sino también en su propio ámbito científico, donde la misma falta de fidelidad a la verdad se muestra como característica de su mente.

El efecto inmediato, sin embargo, de esta difusión del tema fue, como siempre he constatado, excitar un mayor interés por los fenómenos, y así sirvió para convencer a numerosos visitantes de todas las clases. Mi tiempo estuvo completamente ocupado, a pesar de mi delicada salud, dando sesiones a personas ansiosas de todos los rangos y clases, desde nobles hasta artesanos, e incluyendo a hombres de todas las profesiones elevadas en arte, ciencia y literatura, que eran tanto más competentes y veraces que Sir David Brewster para formar una conclusión correcta.

Después de algún tiempo en Jermyn Street, fui a hospedarme con un amigo en Ealing, quien estaba profundamente interesado en el tema, y su casa estuvo, durante gran parte de mi estancia, casi asediada por personas que deseaban presenciar los fenómenos. Cientos de personas vieron sus deseos cumplidos, y presenciaron lo que ha probado ser un punto de inflexión en sus vidas, y que hizo imposible continuar con nociones materialistas y escépticas, que todavía, desgraciadamente, son tan comunes incluso entre las clases más educadas en la actualidad.

Durante mi estancia en Ealing ocurrieron muchos incidentes interesantes, y las manos y, en una o dos ocasiones, la cabeza de la forma espiritual fueron vistas repetidamente por muchos, quienes dieron testimonio público del hecho.

Pero, aunque aparentemente estaba agotando mi vida por el cansancio y la excitación que causaban estas sesiones constantes, no se me permitió enorgullecerme de mi posición, pues el buen clérigo de Ealing consideró su deber predicar públicamente en mi contra, atribuyendo las manifestaciones al diablo. La postura adoptada por muchos clérigos me resulta, en sí misma, una manifestación extraordinaria, pues ciertamente estos fenómenos, ya provengan de Dios o del diablo, han causado en diez años más conversiones a las grandes verdades de la inmortalidad y la comunión con los ángeles, con todo lo que de ello se deriva, que todas las sectas del cristianismo durante el mismo período. En efecto, mientras las iglesias pierden fieles, la creencia en leyes espirituales provocada por estas manifestaciones externas se extiende ampliamente entre las masas escépticas. No es en absoluto improbable que, al seguir sus nuevos estudios, estos últimos puedan, a su vez, ser medios para convertir a los clérigos a la creencia en leyes espirituales.

Mientras estaba en Ealing, un novelista distinguido, acompañado por su hijo, asistió a una sesión, en la cual ocurrieron algunas manifestaciones muy notables, dirigidas principalmente hacia él. Los golpes sobre la mesa se hicieron repentinamente inusualmente firmes y fuertes. Él preguntó: “¿Qué espíritu está presente?” Se recorrió el alfabeto y la respuesta fue:

"Soy el espíritu que te inspiró a escribir Z."

“De hecho,” dijo él, “desearía que me dieras alguna prueba tangible de tu presencia.”
“¿Qué prueba? ¿Tomarás mi mano?”
“Sí.”

Al poner su mano bajo la superficie de la mesa, fue inmediatamente tomada por un fuerte agarre, lo que lo hizo levantarse de inmediato, visiblemente sobresaltado, mostrando una momentánea sospecha de que se le había hecho una broma; sin embargo, al ver que todas las demás personas a su alrededor tenían las manos tranquilamente apoyadas sobre la mesa, recuperó la compostura y, ofreciendo disculpas por la excitación incontrolable causada por tal demostración inesperada, volvió a sentarse.

Luego se deletrearon las siguientes palabras: *"Queremos que creas en el…"*, y se detuvo. Se preguntó al espíritu:
—¿En qué debo creer? ¿En el médium?
—No.
—¿En las manifestaciones?
—No.

En ese momento, fue suavemente tocado en la rodilla, y al bajar la mano, el espíritu colocó allí una cruz, que completaba significativamente la frase.

La cruz estaba hecha de cartón y había estado sobre una pequeña mesa con otros objetos ornamentales en una parte distante de la amplia sala donde se encontraba el grupo. El investigador, aparentemente muy impresionado con el incidente, se dirigió a la señora Hymer y pidió permiso para quedarse con la cruz como recuerdo, a lo que ella accedió, diciendo que su único valor para ella era que la había hecho su hijo, recientemente fallecido, pero que no tenía objeción a que él la conservara si recordaba la indicación. Él asintió, colocó el recuerdo en el bolsillo de su chaqueta y se llevó la cruz consigo.

En otra ocasión, los niños estaban jugando en el jardín con flores recién recogidas, con las cuales habían hecho una corona. Se propuso una sesión. Era una tranquila tarde de verano, con la luna llena recién salida. Se eligió una gran mesa de forma circular en el salón, que estaba al mismo nivel que el césped del jardín; las ventanas francesas llegaban al suelo y la luz de la luna entraba lo suficiente para hacer visible todo en la sala.

El grupo se sentó alrededor de la media circunferencia de la mesa, dejando la otra mitad, más cercana a la ventana del jardín, vacía. Después de varios incidentes menores, la mesa se elevó lentamente del suelo y ascendió hasta el techo de la sala, fuera del alcance de todos, excepto del señor Coleman, que era lo suficientemente alto como para tocar apenas el borde. Luego descendió suavemente y se colocó en el suelo sin hacer más ruido que si pesara una pluma.

Al volver a sentarse, una mano femenina perfectamente formada se hizo claramente visible para todos los presentes. Surgió del lado vacío de la mesa e intentó, al principio sin éxito, alcanzar una campanilla que había sido colocada allí. En poco tiempo, el brazo carnoso y delicadamente formado se hizo visible hasta el codo, envuelto en lo que parecía una manga de gasa, a través de la cual se veía transparentemente. Los dedos tomaron la campanilla, la sostuvieron un momento, la hicieron sonar y lentamente la llevaron, repicando, bajo la mesa. El señor Coleman, al sentir la campanilla vibrando contra su rodilla, bajó la mano, la recibió y la colocó sobre la mesa. Luego preguntó si podía tocar la mano, que no estaba ni fría ni caliente, sino de una suavidad aterciopelada, y fue colocada con ligera presión en la suya.

Cuando la mano apareció por primera vez, todos en el círculo se estaban tomando de la mano; yo, a petición del señor Coleman, tenía ambas manos en su agarre. Mientras estábamos en esta posición, la corona de flores que habían hecho los niños fue vista por todos siendo levantada de mi cabeza, donde había sido colocada juguetonamente poco antes. No se veía ninguna mano. La corona descendió luego a una pulgada de la superficie de la mesa, recorrió lentamente el círculo y regresó al señor Coleman, quien la tomó y la conservó en su casa hasta que las flores se marchitaron.

En otra sesión, cada persona del círculo que llevaba un anillo lo vio suavemente retirado por una mano espiritual; la mano fue vista luego con todos los anillos en sus dedos, y después de mostrarse girando varias veces, enseñando el dorso y la palma, se invirtió y lanzó los anillos sobre la mesa.

Una tarde en Ealing, Sir David Brewster, la autora señora Trollope, su hijo señor Thomas Trollope y varias otras personas estuvieron presentes. La mesa en la que se sentó el grupo era una larga mesa de comedor telescópica, con dos sillas menos en cada extremo y ninguna en el centro. Uno de los extremos estaba ocupado por el señor Trollope, Sir David Brewster y una dama. Yo me senté aproximadamente en el centro de un lado, con la señora Trollope a mi izquierda; los demás ocupaban el resto de la mesa. No había mantel ni cortinaje alguno.

Se invitó a Sir David a mirar debajo de la mesa y realizar todas las investigaciones; él lo hizo cuidadosamente, tanto antes de que se escucharan los sonidos como durante el tiempo que se producían. En esta ocasión, Sir David intentó levantar la mesa: a veces no podía, otras veces sí, o, como él mismo dijo, “la mesa se hacía ligera o pesada a voluntad.”

Se pidió un acordeón; se tocaron himnos y melodías, sin ninguna agencia visible. Tras la finalización de la reunión, Sir David comentó: “Me hubiera gustado que todos estuviéramos de pie cuando la mesa se levantó.” Sir David, el señor Trollope y el señor Eymer se sentaron entonces para ver si era posible mover la mesa o levantarla con los pies, pero no pudieron hacerlo, ni siquiera unidos. Se invitó a Sir David a regresar la noche siguiente para cumplir su deseo de estar de pie, pero no pudo asistir por un compromiso previo.

Esta mesa, que tenía doce pies de largo, a veces ha sido completamente volteada, reemplazada y nuevamente volteada, con nuestras manos sobre la superficie. Ocasionalmente se ha movido mientras todos estábamos de pie, sin que nadie la tocara siquiera con la mano.

El señor Trollope acudió la noche siguiente; nos sentamos alrededor de la misma mesa que la noche anterior, se pidió el alfabeto y tres de nosotros fuimos indicados a ir a otra habitación para traer una mesa más pequeña y permanecer de pie. No debíamos sentarnos, sino estar de pie. Así lo hicimos, y una pesada mesa de cartas, con patas de columna y garras, traída de otra habitación y en la que nunca habíamos estado antes, fue levantada repetidamente del suelo al menos veinte pulgadas.

Una noche, un caballero estaba presente cuando se le indicó a través del alfabeto, mediante golpes en la mesa, que su tía Dorothy estaba presente; se sorprendió y nos aseguró que no podía ser así, porque nunca había tenido una tía; posteriormente escribió a su hermana, que residía en el norte de Inglaterra, y esta fue su respuesta:

"Nunca oí que nuestro padre tuviera una hermana; había cuatro hijos, y su padre murió cuando todos eran muy jóvenes; pero espero ver a mi hermana mayor, que sabe más de nuestra familia, y le preguntaré."
Posdata: — Acaba de venir, y descubro que nuestro padre tuvo una hermana — nuestro abuelo se casó dos veces; de su primera esposa tuvo una hija, cuyo nombre era Dorothy, y que murió de niña — y que, por supuesto, era nuestra tía."

Una noche, mientras el Sr. Eymer pasaba por la habitación, se detuvo unos instantes al final de la mesa. Su atención fue captada por los sonidos, y se le indicó que era su pequeño hijo,

que había fallecido varios años antes. Preguntó si recordaba lo contento que estaba en la tierra cuando le colocaba una silla al regresar a casa; la silla se movió inmediatamente alrededor de la esquina de la mesa, sin intervención visible. Se colocó detrás de él, y se sentó en ella. Esto ocurrió en presencia de cinco personas, una de las cuales era el editor de una conocida obra sobre “Ciencias Ocultas”. Todos en la mesa vieron la silla moverse hacia donde estaba el padre. Las manos de todos estaban sobre la mesa — nadie sabía que él iba a pedir una silla, y hasta ese momento, dijo, él mismo no lo sabía.

Otra noche se nos dijo a través del alfabeto que el mismo niño estaba presente en espíritu. Se preguntó si podía escribir como en la tierra, y respondió que lo intentaría. Se tomó una hoja de papel en blanco, limpia y sin ninguna inscripción, y se colocó sobre el mantel. Los herrajes de bronce de la mesa fueron desplazados uno a uno y cayeron al suelo; la mesa se abrió o se estiró sin intervención humana — todos en la habitación estaban sentados con las manos sobre la superficie. Luego se preguntó si el papel y el lápiz debían colocarse sobre la mesa cerca de la abertura del mantel; tres sonidos respondieron "Sí". Inmediatamente se vio la forma de una mano pequeña bajo el mantel. Algunos la tocaron colocando sus manos sobre ella. El papel y el lápiz fueron retirados, desapareciendo al mismo tiempo la forma de la mano. En unos minutos, la misma forma reapareció colocando el papel y el lápiz nuevamente, y se llamó el alfabeto:

“Querido papá, realmente he hecho lo mejor que pude.”

El padre retiró el papel y el lápiz, y en él estaba escrito: "Querido papá, querida mamá", y firmado “Wat”. Watty era el nombre del niño. Nadie sabía previamente que se iba a pedir que esto se hiciera.

En Sandgate, en Kent, donde me quedé algún tiempo, en una sesión de espiritismo éramos trece. La mesa se elevó al menos dos pies, y se tocó el acordeón. La melodía no era conocida por ninguno de nosotros. Preguntamos el nombre, y nos dijeron que era la “Canción del Mar”. Una mano y un brazo con un paño blanco aparecieron — fueron vistos por todos en la mesa en varias ocasiones durante la noche, y tuvieron oportunidad de examinarlo cuidadosamente.

Unas noches después, la mesa estaba cerca de la ventana. Era el crepúsculo. Se escucharon canciones en el acordeón. La melodía era nueva para nosotros, y nos dijeron que era la “Canción de los Ángeles para los Dolientes”. La siguió un himno que ya se había tocado con frecuencia. Se deletreó mediante sonidos en la mesa: "El Señor les mostrará sus manos esta noche." La mesa se levantó suavemente varias veces, apareció una mano sobre la mesa y tomó de la vestimenta de uno de los presentes un broche en miniatura, entregándoselo a varios de los presentes. Luego se vieron claramente manos y brazos de diferentes formas y tamaños — a veces cruzadas como en oración, otras veces apuntando hacia arriba. En otra ocasión se escucharon sonidos, se hicieron comunicaciones, y manos y brazos con paños blancos volvieron a aparecer. Una mano espiritual tomó una Biblia que estaba sobre la mesa y la abrió. Todos la vieron, se dobló una hoja, la mano tomó un lápiz y marcó los versículos 16 y 17 del capítulo 13 de San Mateo:

“Bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. Porque os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron.”

En ese momento, manos y brazos eran vistos con frecuencia y se podían tocar repetidamente como si fueran manos y brazos de mortales vivos, y a menudo estrechaban las manos de los presentes tan real y sustancialmente como un hombre lo haría con otro.

De todos los relatos dados sobre los fenómenos, ninguno es tan bueno como el del Dr. J. J. G. Wilkinson, quien hacia el final de la controversia con Brewster escribió una carta al "Morning Advertiser", bajo el seudónimo de Verax. Había asistido frecuentemente a sesiones de espiritismo y estaba muy cualificado no solo para investigarlas, sino para expresar filosóficamente sus resultados y consecuencias — y no necesito disculparme por dar en detalle su elocuente narración, titulada "Noches con el Sr. Home y los Espíritus".

"El 'Gran Mago del Norte' ha llamado la atención sobre las manifestaciones espirituales de tal manera que todos hablan de ellas; y, además, los periódicos provinciales son campo de batalla de cartas a favor y en contra, debatiendo el tema con cierto entusiasmo; y, donde se puede conseguir un nombre, con un poco de personalismo. Pero, hasta ahora, no he visto declaración alguna de la experiencia de los escritores respecto a estas manifestaciones. Esto es lamentable, tal vez, porque al dar experiencias y explicaciones, el tema podría haberse despojado de parte de esa intensidad que es tan mala como medio científico. Ahora trataré, con su permiso, de contar lo que vi y sentí en tres noches distintas, narrándolo en su orden."

Era ya finales de la primavera de este año cuando un amigo mío, muy conocido en el mundo literario, me invitó a visitar la residencia del Sr. Daniel Dunglas Home, recién llegado de América, con el propósito de presenciar ciertos fenómenos notables que se alegaban como de origen sobrenatural. Muchos sentimientos me impulsaron a aceptar la invitación; así como también lo hizo el conocimiento de que el Sr. Home era conocido familiarmente, como un hombre sencillo y honesto, por el Dr. Gray, el primer médico homeopático de Nueva York, y cuyo carácter tengo en la más alta estima.

Fui a su casa en Jermyn Street y me presenté la noche acordada al Sr. Home, quien, descubrí, era un joven modesto e inteligente de unos veinte años, con problemas de salud; y, de hecho, como él mismo me informó y como pude comprobar, con los signos de consumo evidentes en su cuerpo. Mi esposa me acompañó, y en las habitaciones del Sr. H. conocí a tres amigos, todos hombres de talento e integridad.

Motivado por el deseo de narrar y no de defender ni atacar, no omitiré nada; así que debo señalar que todos nosotros éramos creyentes, de antemano, en la posibilidad de manifestaciones espirituales.

Antes de sentarnos en el "círculo", le pregunté al Sr. Home acerca de sus antecedentes. Según recuerdo, nos dio los siguientes detalles: nació en Escocia y fue llevado a América cuando era niño. Muy temprano en su vida solía sorprender a quienes lo rodeaban al narrar espontáneamente, como si fueran escenas que se desarrollaban ante sus ojos, eventos distantes, tales como la muerte de amigos y familiares; y estos casos de "segunda vista" resultaron ser verdaderas telegrafías. No era culpa suya: no podía evitar verlos. Más adelante, en su vida, se escuchaban ruidos en la habitación contigua. Esto ocurrió alrededor del momento en que el "golpeteo espiritual" se hizo conocido en América.

Vivía con una tía, quien se escandalizó profundamente por estas circunstancias. Miembro de la Iglesia Presbiteriana, estos golpeteos incluso lo acompañaban al culto divino; y, al llegar a conocimiento de sus superiores eclesiásticos, se le consideró víctima de influencias

satánicas, y fue excomulgado o de otro modo apartado de la congregación. Posteriormente, se convirtió en estudiante de medicina; pero su mala salud lo obligó a abandonar la idea de ejercer la medicina como profesión. Estos fueron los puntos principales de lo que nos contó sobre sí mismo en respuesta a nuestras preguntas.

Estábamos en una gran habitación en el piso superior, bastante desnuda de muebles; un sofá, una mesa redonda grande y un pequeño aparador, junto con algunas sillas, constituían el mobiliario. Uno de los presentes había traído una campanilla de mano y un acordeón. Nos sentamos alrededor de la mesa, con las manos apoyadas sobre ella. En pocos minutos, la mesa vibró o se estremeció, como si estuviera animada desde dentro; luego quedó quieta, y de inmediato cada uno de nosotros tembló en su silla, no violentamente, sino íntimamente, como gelatina, de modo que los objetos parecían "difuminarse" ante nosotros. Este efecto cesó; y ahora la pesada mesa, con todas nuestras manos sobre ella, se levantó en alto de lado, y se balanceó hacia arriba y hacia abajo; el levantamiento procedía de diferentes puntos, mientras el Sr. Home y todos los demás (excepto nuestras manos y brazos, que necesariamente se movían) permanecíamos completamente quietos. La lámpara sobre la mesa parecía que iba a caerse; pero él nos aseguró que no había peligro, que estaba segura en su lugar.

La campanilla de mano había sido colocada sobre el borde de madera del pedestal de la mesa, y ahora comenzó a sonar, aparentemente bajo diferentes partes del círculo. El Sr. Home dijo que los espíritus la estaban llevando a uno de los presentes, y sugirió que fuera hacia mí. Yo estaba sentado casi frente a él, a unos tres pies de distancia. Puse mi mano debajo del borde de la mesa, y quizás en un minuto sentí el borde de la campanilla presionando suavemente la punta de mis dedos, como para decir: "Aquí estoy, tómame". Esta palpación de la campanilla continuó hasta que deslicé mis dedos por su lado para agarrarla. Cuando llegué al asa, deslicé rápidamente los dedos, y ahora, con todas las manos sobre la mesa excepto la mía, sentí claramente los dedos, hasta la palma, de una mano sosteniendo la campanilla. Era una mano suave, cálida, carnosa y sustancial, como la que me alegraría sentir en la amistad de mis mejores amigos. Pero no había pasado un instante desde que la sostuve, cuando se desvaneció, dejando mi mano vacía, solo con la campanilla.

Ahora sostenía la campanilla ligeramente, con el badajo hacia abajo, y mientras permanecía quieta, podía sentir claramente los dedos haciéndola sonar mediante el badajo. Como observación, debo señalar que no tendría más dificultad en jurar que la mano que sentí era humana y extraordinariamente viva, y no el pie del Sr. Home, que en juramento es tan absurdo como decir que la nariz del Apolo Belvedere es una oreja de caballo. Me detengo principalmente en lo que me ocurrió a mí, aunque todos los presentes tuvieron experiencias algo similares. La campanilla fue llevada bajo la mesa a cada uno de nosotros, y tocada en la mano de cada persona.

El acordeón se colocó bajo la mesa, y pronto lo oímos moverse. El Sr. Home puso su mano en el borde, y el instrumento le fue entregado. Con una mano sobre la mesa y la otra sosteniendo la madera blanca en la base del acordeón, lo sostuvo con el fondo hacia arriba, las teclas colgando hacia abajo, apoyado en su rodilla derecha. Tocó "Home, sweet home" y "God save the Queen" con una delicadeza de tono que impresionó a todos los presentes; nunca había oído el silencio atravesado por tales hilos de plata. Después, de la misma manera, tocó "The Last Rose of Summer". El acordeón fue luego llevado a cada miembro

del grupo sucesivamente; podíamos oírlo moverse entre nuestras rodillas y el pedestal de la mesa; y en la mano de cada persona se tocaban algunas notas, pero no melodías completas.

Cuando lo tuve en mis manos, noté especialmente la gran fuerza ejercida por el intérprete. Era difícil sostener el instrumento por el fuerte tirón hacia abajo, y si no hubiera estado algo preparado, el acordeón habría caído al suelo. Durante la velada, todos sentimos, en algún momento, un dedo, varios dedos o una mano completa sobre nuestras rodillas, siempre con una impresión agradable. Un pañuelo de batista blanca fue pasado lentamente bajo la mesa, y en pocos minutos entregado a otra persona, anudado en dos nudos, y colocado como ramo dentro de la campanilla. Este experimento se repitió para casi todos los presentes.

Mientras sucedían estas cosas, se escuchaban golpes en todas partes de la habitación: en la mesa, el piso y el techo; y a veces eran tan fuertes que el médium pidió a los espíritus recordar que él era solo un inquilino, y que esos ruidos podrían molestar a las personas en las habitaciones de arriba y abajo. Eran muy diferentes de los golpes del "Gran Mago" y ocurrían de manera indiferente, como dije, en todos los rincones de la cámara. Hacia el final de la sesión, se escucharon cinco golpes distintos bajo la mesa, que según el Sr. Home eran un llamado al alfabeto. Por consiguiente, se hizo el alfabeto; y al preguntar el Sr. Home si algún espíritu deseaba hablar con uno de los presentes, la siguiente frase fue deletreada mediante el alfabeto:

"Mi querido E—, la inmortalidad es una gran verdad. ¡Oh, cómo desearía que mi querida esposa hubiera estado presente! — D.C."

Se suponía que era un pariente cercano de uno de los presentes, que había fallecido el año anterior. La escritura "imortality" me sorprendió al principio; pero recordé que el difunto, a quien conocía bien, estaba habituado a la escritura gótica, que produce elisions de esa manera.

Finalizada esta comunicación, el médium cayó en un trance aparentemente mesmerista, desde el cual dirigió palabras de exhortación a cada uno de nosotros; y le contó a uno de los presentes varios detalles sobre familiares fallecidos, desconocidos para el círculo en ese momento, pero que se verificaron al pie de la letra después. No los menciono por ser de carácter estrictamente privado. En su mensaje, el Sr. Home hablaba, no en nombre propio, sino en nombre de la asamblea de espíritus presente; y concluyó con un cortés "Buenas noches" de parte de ellos.

Considerando que se requiere un gran aparato de preparación para que el más grande de los magos consiga la parte más pequeña de lo que presenciamos esa noche, es decir, unos pocos golpes, uno podría sospechar que el Sr. Home tendría bolsillos rebosantes para lograr lo que relaté; pero puedo asegurar a los lectores que era tan delgado y liviano como el más ligero de los modistos: no tenía ayudantes ni pantallas.

Cuando, durante la velada, pregunté si los ilusionistas realizaban sus trucos mediante agencias similares a las presentes, los golpes dijeron "No"; pero de manera pronunciada dijeron "Sí" cuando se planteó la misma pregunta respecto a los "Malabaristas Indios". También preguntamos al Sr. Home por qué los efectos generalmente ocurrían debajo de la mesa y no sobre ella

Dijo que en los círculos habituados los resultados se obtenían fácilmente a la vista de todos, pero que en una primera sesión no era así. Que el escepticismo era casi universal en la inteligencia de los hombres y estropeaba las fuerzas en acción; que los espíritus logran lo que hacen a través de nuestra "esfera de vida", o atmósfera, la cual está permeada por nuestra voluntad; y si la voluntad es contraria, la esfera no es apta para ser operada.

Quizá fue un par de semanas después de esto cuando el Sr. Home, por invitación, vino a mi propia casa para sentarse en el círculo de mi familia. Fue traído a la puerta en un carruaje por algunos amigos con los que se estaba hospedando, sin ningún aparato que caracterizara el arte de un mago. Lo observé caminar por el jardín, y puedo asegurar que no tenía ninguna varita mágica en el pantalón, ni ningún bulto en su vestimenta que pudiera denotar maquinaria o aparato alguno. Llegado al salón, los "golpecitos" comenzaron inmediatamente en todas partes de la habitación, y también se oyeron en el salón trasero, que se comunica con el delantero mediante puertas plegables.

El grupo reunido para constituir el "círculo" consistía en el Sr. Home, mi esposa, mis cuatro hijos y yo mismo, y dos criados. Nos sentamos alrededor de una gran y pesada mesa de salón que ocupaba el centro de la habitación. En uno o dos minutos se produjo la misma vibración interior que había descrito en la primera sesión; y las sillas también, como antes, vibraban bajo nosotros tan vívidamente que mi hija menor saltó de la suya exclamando: "¡Oh, papá, hay un corazón en mi silla!", lo que todos sentimos que expresaba correctamente la sensación transmitida.

De tiempo en tiempo, la mesa mostraba movimientos considerables, y tras crujidos y aparentes ondulaciones en su lugar, con todas nuestras manos sobre ella, de repente se levantó del suelo unos ocho centímetros, y flotó en el aire, manteniendo su posición durante medio minuto, o mientras contábamos lentamente hasta veintinueve. Sus oscilaciones durante este tiempo fueron muy hermosas, recordándonos a todos un disco plano de madera sobre la superficie agitada del agua. Luego descendió tan rápidamente como se elevó, y la bajada fue tan cuidadosa que tocó el suelo sin ruido, como si apenas hubiera podido romper un huevo al hacerlo. Tres veces abandonó el suelo de la habitación y se mantuvo suspendida en el aire, siempre de la misma manera. Durante estos intervalos, el médium estaba en completo reposo muscular; de hecho, ni siquiera con la punta de un Hércules como palanca podría haber logrado este efecto, porque él y todos nosotros nos levantamos cada vez para seguir la mesa alzándose, y permaneció con la misma ausencia de esfuerzo que el resto de nosotros. Se necesitan dos hombres fuertes para levantar la mesa a esa altura; una persona podría arrojarla, pero de ninguna manera levantarla del suelo.

El traslado del timbre de mano por debajo de la mesa también se repitió para todos los presentes, y esta vez todos sintieron la mano, o las manos, ya fuera sobre sus rodillas o sobre otras partes de sus miembros. Puse mi mano abajo como antes, y fui acariciado regularmente en el dorso por una mano suave y palpable, como antes. Sí, sentí distintamente toda la mano contra la mía, y una vez la sujeté, pero se desvaneció como en la primera ocasión; e inmediatamente se hizo un llamado al alfabeto, ya que había algo que comunicar.

Los "espíritus" ahora deletrearon a través del Sr. Home, quien no había sabido nada de lo que había hecho bajo la mesa: "No sujeten nuestras manos." Pregunté por qué, y el Sr. Home dijo que tenían gran dificultad para presentar, y así materializar rápidamente estas manos a partir de la atmósfera vital de los presentes, y que su trabajo se arruinaba y tenía

que recomenzarse cuando eran interferidos, quizás como un pensamiento que a veces se rompe en dos y no puede reanudarse fácilmente con la irrupción de un extraño.

Durante la sesión, tenía el borde de un pañuelo de batista blanca apenas asomando del bolsillo lateral de mi chaleco, que estaba abierto; y aunque no podía ver ninguna agencia, sentí algo tirando del pañuelo y muy gradualmente sacándolo de mi bolsillo. Simultáneamente, mi hija mayor, que estaba sentada frente a mí, exclamó: "¡Oh, veo dedos fosfóricos en el bolsillo de papá!", y ahora, visible para todos, el pañuelo fue lentamente extraído y llevado bajo la mesa; mientras, al mismo tiempo, sentí un brazo que lo hacía, pero que era invisible para mí. En ese momento estaba al menos a un metro de distancia del Sr. Home, con una persona entre nosotros, y él estaba absolutamente pasivo.

La sensación que tuve fue de empujones, tan distintos como los que jamás sentí de un miembro mortal, y eso en mi pecho y brazo, que estaban sobre la mesa; y, sin embargo, aunque la operación de abstraer mi pañuelo se estaba realizando visible para todos, el resto del círculo, así como yo mismo (todos, excepto mi hija mayor), no podía ver nada. Puedo jurar que no había maquinaria, a menos que la piel, el hueso, el músculo y los tendones de una mano, antebrazo y codo invisibles merezcan ese nombre.

Mientras esto ocurría, y durante unos diez minutos, más o menos, mi esposa sintió que la manga de su vestido era tirada frecuentemente, y como estaba sentada con las puntas de los dedos entrelazadas y las manos abiertas, con las palmas semiapoyadas sobre la mesa, de repente se rió involuntariamente y dijo: "¡Oh! mirad, hay una pequeña mano entre las mías; y ahora, una mano más grande ha venido a su lado. La manita es más pequeña que la de cualquier bebé, y exquisitamente perfecta." Nuestros criados y dos de los niños, así como mi esposa, vieron todas estas manos, y las observaron entre uno y dos minutos, hasta que desaparecieron.

Ahora sostenía mi reloj al lado de la mesa, la llave en la mano, la cadena y el reloj colgando de ella, y sentí que el peso del reloj se levantaba gradualmente, la cadena siendo elevada horizontalmente hacia mi mano, y luego la llave, que retuve, fue tirada lateralmente, y la dejé ir. Fue llevada bajo la mesa a mi hija menor y puesta sobre su rodilla. Siempre que los objetos eran retirados de la mano, eran tomados con un grado de fuerza física suficiente para sugerir que el agente era capaz de sostener el objeto sin dejarlo caer.

Se empleó una hora y tres cuartos en estas y similares manifestaciones, de las cuales he mencionado solo las más llamativas, o aquellas personales para mí; y ahora el Sr. Home pasó al estado de trance, habló de la vida espiritual y del conocimiento venidero de ella en la Tierra, y dijo unas pocas palabras pertinentes para cada persona presente; deteniéndose también en los acompañantes espirituales que estaban junto a cada uno. Cuando llegó a mi esposa, levantó las manos en éxtasis y describió un espíritu con ella, muy pequeño, pero hermoso. Dijo que era una hermanita que se había ido hace mucho tiempo. "Pero," dijo ella, "yo nunca tuve una hermana así." "Sí, la tuviste, aunque no tenía nombre en la Tierra." Al investigar en la familia, ocurrió un hecho, tal como él aludía. Esta es la parte principal de lo que me impresionó en la Séance Nº 2.

A las 10 p.m., el Sr. Home se fue por sus propios pies, tan ágil que jamás pensé en alguna explicación de brazos de cartón o baterías eléctricas ocultas en su persona.

La siguiente sesión que describiré tuvo lugar aproximadamente en la tercera semana de julio, en la casa de un amigo muy estimado en Ealing, quien se había convencido de la autenticidad de los fenómenos que acompañaban al Sr. Home, y con quien ese caballero se estaba hospedando. El grupo se sentó a la mesa con el Sr. Home, en el crepúsculo de una tarde agradable, y eran nueve o diez personas. Aquí nuevamente me veo obligado a relatar principalmente lo que me sucedió a mí, para no ser un testigo de segunda mano.

Lo primero que noté fue un suave y tembloroso destello de luz a través de la habitación, pero de qué causa provenía no puedo determinarlo. Después de unos minutos sentados, sentí un firme pero gentil agarre de la mano de un hombre grande sobre mi rodilla derecha, y dije al Sr. H.: "Hay una mano de hombre sobre mi rodilla." "¿Quién es?" dijo él. "¿Cómo voy a saberlo?" respondí. "Pregunta," dijo él. "¿Pero cómo voy a preguntar?" "Piensa en alguien," fue su respuesta.

Pensé involuntariamente en un amigo íntimo, antiguo miembro del Parlamento, tan conocido públicamente como cualquier hombre de su generación, y que falleció el 30 de junio pasado. Y dije en voz alta: "¿Eres tú?" Golpes afirmativos y enérgicos sobre la rodilla con la misma mano que hasta entonces había permanecido fija, fueron la respuesta a mi pregunta. "Me alegra estar de nuevo en la misma habitación contigo," dije. Nuevamente se repitió el mismo saludo afectuoso. "¿Estás mejor?" pregunté. Una sucesión aún más alegre de golpes, o mejor, si puedo inventar una palabra, de "accesos", pues la mano estaba en forma de copa ajustándose a mi rodilla doblada, y me golpeaba suavemente en esa forma.

"¿Tienes algún mensaje para tu esposa, a quien probablemente veré en unos días?" Nuevamente, toques afirmativos, cinco en número, por lo que se requirió el alfabeto. El Sr. Home ahora llamó al alfabeto: A B C D… y cuando llamó la T, mi rodilla fue golpeada; de nuevo cuando dijo H y E, y así sucesivamente, hasta que se deletreó:

"LOS AMORES INMORTALES."

Recuerdo que en ese momento pensé que era un mensaje un poco escueto; pero la siguiente vez que vi a mi esposa, le conté las circunstancias y le di las palabras. Su hijo estaba sentado con ella y dijo: "Eso es muy característico de mi padre, pues era un tema favorito suyo, si los afectos sobreviven al cuerpo o no; de la inmortalidad del alma nunca dudó; pero las palabras 'los amores inmortales' muestran que resolvió el problema de su vida." Tal fue la interpretación que la familia del difunto, inesperadamente para mí, dio a la frase.

Volviendo a Ealing, y a esa tarde, después del último golpe de la mano que indicaba el fin de la frase, dije: "Si eres realmente tú, ¿me darás la mano?" y puse la mía bajo la mesa, y ahora la misma mano suave y espaciosa fue colocada en la mía, y la estrechó cordialmente. No pude evitar exclamar: "¡Esta mano es un retrato! La reconozco por cinco años de trato constante, y por el apretón diario y el sostener de los últimos meses." Tras esto, se apartó de mi rodilla; y cuando pregunté si había algo más, no hubo respuesta, y el agente parecía haberse ido.

Pero, en dos o tres minutos más, otra mano, evidentemente también de hombre, pero pequeña, delgada, firme y viva, se colocó en la misma posición que había ocupado la anterior; y después de algunas preguntas preliminares con el Sr. Home, dije: «¿Es el Sr. V…?» nombrando a otro amigo apreciado, que después de veinte años de sufrimiento había fallecido casi el mismo día que el Sr. … Con las yemas de los dedos más vivaces, la mano

afirmativa danzó arriba y abajo por mi pierna y sobre mi rodilla. Dije: «Me alegra ver que está tan bien». La mano juguetona volvió a golpear indicando "sí". Y esto, en respuesta a nuevas preguntas, durante dos o tres minutos.

Luego pregunté: «¿Tiene algún mensaje para su esposa cuando la vea?» No hubo respuesta, y ese agente dejó de manifestarse. Después de otra breve pausa, una mano totalmente diferente, la de una dama, se acercó a mí, descansó en mi mano bajo la mesa, la frotó y me permitió examinar tranquilamente los delicados, bellos y cálidos dedos. Se indicó que era la Sra. …, a quien había conocido en vida, y que deseaba saludarme. Entre tanto, y durante lo que me sucedía a mí, muchos de los demás presentes fueron tocados y describieron sus impresiones de manera similar a como yo describí las mías. Algunos apenas recibieron el toque de un solo dedo sobre sus rodillas. El Sr. Home dijo que los espíritus que se manifestaban podían a menudo formar un dedo donde no podían formar dos, y dos donde no podían formar una mano completa; así como podían formar una mano donde no podían realizar una figura humana completa; y también dijo que esta era una razón por la que no se mostraban por completo, porque no les gustaba que se vieran miembros imperfectos.

Estos fenómenos ocuparon menos de una hora; y ahora el círculo se disolvió y se reconstituyó, disponiéndose nueve personas alrededor de la mesa, según mi mejor recuerdo. La mesa estaba frente a una ventana, y los rayos brillantes de la luna caían sobre su lado. No había vela en la habitación. La parte de la mesa frente a la ventana no estaba ocupada por los presentes; pero la compañía se sentó alrededor de aproximadamente tres cuartas partes de ella, dejando el resto vacío. El ala derecha del grupo terminaba con el Sr. Home; la izquierda, con el hijo del anfitrión.

En pocos minutos, justo junto a este último caballero, emergió a la vista, sobre el borde de la mesa, en el espacio vacío, una delicada y hermosa mano de mujer y parte del antebrazo, aparentemente de tenuidad fantasmal. Como yo estaba sentado exactamente frente al espacio vacío, tuve una buena oportunidad de observar esta mano proyectándose contra la luz de la luna; era una mano femenina translúcida, con los dedos cayendo hacia adelante de izquierda a derecha, según mi posición. La mano se curvó sobre el borde de la mesa, agarró deliberadamente una campanilla cercana y, llevándola hacia abajo, la dejó caer al suelo. Luego volvió a elevarse a la vista y tomó un pañuelo de batista también colocado cerca, que estaba atado en dos nudos bajo la mesa, y se lo presentó a uno de los presentes, que había sido profundamente conmovido desde que se vio esta mano por primera vez.

Me abstengo de dar más detalles sobre esta mano, porque parecían de naturaleza privada; basta decir que causó no poca emoción a un caballero que parecía preocupado. Al desaparecer, otra mano, grande, fuerte, con los dedos extendidos y levantada completamente a la luz de la luna, surgió cerca del Sr. Home. Él exclamó: «¡Oh! ¡Aléjenme de esa mano! ¡Está tan fría! ¡No dejen que me toque!» Poco después también desapareció, y se vio una tercera mano en el otro lado del borde vacío de la mesa; esta mano estaba enguantada.

Luego, poco después, una cuarta mano ascendió en el extremo izquierdo—una mano de dama, de proporciones hermosas—y atravesó todo el espacio vacío de izquierda a derecha, elevándose y mostrando el antebrazo; y luego, al acercarse al Sr. Home, todo el brazo. Cuando llegó a él, la mano quedó a la altura de su frente, sobre la cual colocó la palma y, con los dedos, peinó su cabello y jugó sobre su frente durante quizás medio minuto.

Yo estaba sentado al lado de él, un puesto más allá, y me incliné sobre mi vecino intermedio, al mismo tiempo solicitando que, si la mano pertenecía a mi amiga Sra. …, también pudiera colocarse sobre mi frente. Esto se hizo deliberadamente; y sentí su impresión emocionante al colocar la palma sobre mi frente, donde permaneció varios segundos. Era cálida y humana, hecha de nada más que carne suave. Durante el tiempo que la sentí, tuve abundante oportunidad de examinar muy de cerca el brazo y el antebrazo. La manga del antebrazo parecía de batista blanca, lisa y limpia, y brillaba como porcelana a la luz de la luna. La manga del vestido subía por el brazo, más oscura, aunque no recuerdo el color. Al inclinarme hacia el borde vacío de la mesa, vi cómo terminaba el brazo, aparentemente en una elegante cascada de tela, como si un brazo se hubiera asomado por el pico de una tienda de campaña nevada, cuyo vértice caía alrededor del hombro en todos los lados.

Al dejar mi frente, el brazo desapareció de inmediato, y lo observé irse. Se retraía en la misma tela; pero tan naturalmente que solo puedo compararlo con una fuente que cae nuevamente y se funde en el agua de la que surgió. Y también vi desaparecer la tela, aparentemente por el mismo proceso de disolución. Y ahora los espíritus deletrearon: «Buenas noches».

Estos eventos ocurrieron en la casa de uno de mis amigos más antiguos, cuya integridad superior nunca he conocido, y de cuyo talento y sagacidad nunca escuché una duda hasta que él respaldó estas manifestaciones impopulares.

«Tal es mi experiencia. Una esperanza que tengo al presentarla es que otros que hayan visto al Sr. Home puedan hacer lo mismo y así contribuir a los hechos del caso».

En conclusión, debo señalar que Sir David Brewster y otros casi igualmente eminentes, me parecen cometer un error científico en un aspecto: es decir, en su valoración del carácter de una persona. Parecen pensar que acusar a un hombre de buenos antecedentes, y con toda apariencia de una vida intachable, de mentir y engañar de la manera más sistemática, es positivamente la explicación más fácil de cualquier fenómeno raro fuera del alcance de su propia filosofía anterior.

Sostengo que esta no debería ser, para su propio crédito, la primera hipótesis que se les ocurra. Tampoco, de manera paralela, es recomendable asumir que hombres capaces en todo lo demás, y hasta entonces conocidos por ser perspicaces e incisivos, son engañados ingenuamente, como una valoración adecuada de lo raro y valioso en la especie humana. La regla de la ley, que dice que un hombre debe ser considerado inocente hasta que se demuestre su culpabilidad, es también la regla en estas exploraciones científicas. Esta regla ama los hechos y odia la calumnia. Por lo tanto, difiero de Sir David Brewster en su modo de exploración y también en su valoración de la honestidad presunta y el testimonio humano, que hasta ahora siempre ha sido la palabra más sustancial en el mundo, y un pilar que la Providencia Divina no ha despreciado para sostener el dosel de sus Revelaciones.

Esta regla quisiera enfatizarla especialmente a Sir David Brewster, un hombre de posición, riqueza, reputación mundial, gran talento, un nombre que nadie se atreve a atacar, y además, con responsabilidad ante el Cielo y su generación, cuando trata con el huérfano Home, un hombre aparentemente tan intachable como él, pero sin riquezas, salud, posición ni posesión alguna salvo honestidad, y con un don extraordinario que podría arruinarlo. No es, digo, el camino más fácil para salir de una dificultad llamar a este joven un estafador. Hay

estafadores en nuestra propia casa, estafadores en nuestra propia mente, a veces llamados prejuicios, que podrían ser sospechados primero sin violar ninguna regla de investigación científica o valoración humana.

La experiencia de otros en estos asuntos quizás haya sido muy diferente de la mía, y deseo que también se presente esa experiencia. En otras sesiones solo he visto parte de los fenómenos que describí como ocurridos en las tres noches que seleccioné por ser las más completas y significativas. Y una o dos veces, cuando se enviaron personas a quienes era más deseable convencer, casi nada ocurrió. Esto, sostengo, es uno de los argumentos más fuertes a favor del Sr. Home. Si los fenómenos fueran un truco, podrían producirse siempre a pedido sin variación. «El Gran Mago» nunca falla. Pero, como él mismo dice, los espiritistas siempre fallan en su compañía. Esto sugiere que hay una diferencia total entre él y ellos. No me sorprende que los espíritus y sus dones se retiren a un gran abismo de distancia de donde está «el Gran Mago».

Parece probable, por experiencia y razón, que, suponiendo los fenómenos sean espirituales, la presencia de escépticos decididos y de incrédulos, si su influencia predomina en el círculo, pueda hacer que las manifestaciones sean imperfectas o incluso nulas. Las leyes conocidas de la simpatía humana y las operaciones de nuestro propio espíritu cuando hay personas antipáticas cerca, también pueden citarse como prueba de esto. Concluyo, entonces, que para el escéptico y el fuertemente prejuiciado, que no quieren evidencia y para quienes la evidencia no tiene valor, la evidencia, en su mayor parte, no aparece. Esto simplifica la situación; pero lo que aún queda es la peculiar cortesía cristiana de este siglo: la necesidad de buenos modales y de aceptar la diferencia de opinión. Por parte de quienes creen, esto se logra mejor dejando que la otra parte actúe a su manera. La Providencia también puede convencerlos, igual que a nosotros, cuando llegue el momento y su función, pero al apresurarlos antes de estar listos, podemos provocar, a gran escala, dos de los espíritus más formidables de este mundo: la avaricia y el miedo.

Como observación final, debo advertir al público contra dejarse guiar por Sir David Brewster, Mr. Faraday y otros hombres de gran renombre en sus propios campos, en este asunto, que evidentemente no está dentro de su especialidad. Oímos mucho sobre no elegir generales de Crimea por antiguas cualificaciones peninsulares. Pero seleccionar a Faraday o a Brewster para opinar sobre este caso es un error mucho peor; porque todos los generales, pasados, presentes y futuros, están en la línea militar; pero estos grandes hombres no están, ni estuvieron jamás, en la línea sobre la que han profesado decidir. Son tan ajenos al tema, que no conocen la primera condición para investigarlo: la empatía y la apertura a la convicción. Su misma especialidad de excelencia en exploraciones físicas va en su contra en este nuevo camino, que es combinado espiritual y físico.

El observador común, con poca preparación mental, sin reputación que defender y sin caso que sostener, puede estar equipado por naturaleza para estas ciencias revolucionarias donde los sabios son torpes. Doce pescadores, y no los Sumo Sacerdotes, son el recurso eterno de la Providencia. Por lo tanto, invito a los laicos no comprometidos de todo tipo, a los pescadores voluntarios, a recordar que no tienen superiores en este campo; que es un terreno virgen; y que, por la gracia de Dios, hay al menos libertad para todos nosotros frente a la presión de los grandes nombres; porque «la carrera no es para los rápidos, ni la batalla para los fuertes».

La admirable narración y el razonamiento de esta carta no dejan nada más que decir sobre las manifestaciones durante el resto de mi estancia en Inglaterra durante ese año, ya que consideré deseable cambiar el clima por el de Italia en otoño. Pero no dejé Inglaterra sin la satisfacción de haber dado oportunidades a cientos de personas para investigar los fenómenos por sí mismas, y a través de ellas el asunto comenzó a asumir una forma e importancia que lo hicieron temido y considerado un mal augurio por aquellos que habían completado su círculo de conocimiento y no tenían lugar en su filosofía para más hechos. Lamentablemente, hay muchos cuyas mentes se formaron en la vida temprana con un material demasiado rígido e inflexible, para admitir correcciones o añadidos.

CAPÍTULO V.
EN FLORENCIA, NÁPOLES, ROMA Y PARÍS.

A principios del otoño de 1855 fui a Florencia acompañado por el hijo del caballero con quien había estado residiendo en Ealing. Permanecí en Florencia hasta febrero de 1856, y aunque algunas personas allí hicieron todo lo posible por dañarme mediante declaraciones falsas, fui aún más apreciado por aquellos que me conocían mejor. Allí conocí a muchos hombres y mujeres distinguidos, y un príncipe de una de las casas reales se interesó profundamente por lo que presenció.

Las manifestaciones mientras estaba en Florencia fueron muy intensas. Recuerdo que en una ocasión, mientras la Condesa O estaba sentada en uno de los grandes pianos de acción de Erard, este se levantó y se mantuvo equilibrado en el aire durante todo el tiempo que ella estuvo tocando. También, mientras estábamos sentados en una mesa en la habitación, tomó un álbum que casualmente estaba allí y dijo:
"Ahora, si esto es realmente el espíritu de mi querido padre, sé que querrán convencerme; pueden hacerlo si quieren, escriban su nombre en esta página."
Abrió el libro, lo colocó sobre sus rodillas y sostuvo un lápiz de plomo en su mano. En un momento, el lápiz fue tomado de su mano, y se escribió el nombre de su padre, el Conde O. Al examinarlo, ella dijo:
"Hay un ligero parecido con su escritura, pero desearía que fuera más clara."
Colocó el libro abierto nuevamente sobre sus rodillas, y otra vez apareció la escritura de la misma manera, junto con las palabras: "Mi querida hija." Esta última escritura la recortó de mi álbum, dejando en él las primeras palabras escritas, donde aún permanecen; y al regresar a su casa se lo mostró a un viejo amigo de su padre, diciendo:
"¿Sabe usted de quién es esta escritura?"
"Por supuesto," respondió, "es de su padre."
Cuando la Condesa le dijo que había sido escrita esa misma noche, él pensó que con certeza había perdido la razón, y al consultar a su esposo, y encontrar que corroboraba su declaración, se alarmó igualmente por ambos.

En la casa de un residente inglés en Florencia, tuve muchas sesiones en las que el poder fue muy grande, y ella escribió un relato privado de algunos de los fenómenos, que mostrará al lector la naturaleza y alcance de las manifestaciones en ese tiempo. Me alegra poder dar así los resultados de las observaciones de otros, en lugar de solo mis propias afirmaciones sin apoyo. La dama dice:

"La casa en la que resido actualmente, y que durante algunos años ha sido mi hogar, es una villa grande, irregular y de estilo antiguo, en las cercanías de Florencia, cuya arquitectura

interna muestra evidencia de haber sido construida en diferentes períodos, probablemente distantes entre sí.

Las partes más antiguas de la casa, juzgando por los ornamentos de una capilla que forma parte de ella, deben haber sido construidas a principios del siglo XVI. Las habitaciones que ocupo están casi inmediatamente sobre la capilla, y comunican por un lado con la parte baja de la casa mediante una estrecha escalera de piedra. Al llegar a residir aquí aprendimos que la villa tenía, como muchas otras de su tipo, la reputación de estar embrujada. Se decía que luces extrañas salían de las ventanas de la capilla y se escuchaban ruidos sobrenaturales en la parte de la casa que he mencionado.

Hace unos cinco o seis años, algunos amigos pasaron el invierno con nosotros, y su sirviente ocupaba una pequeña habitación en un entresuelo entre la capilla y mis habitaciones, pero su descanso se vio tan interrumpido, y describía los ruidos que escuchaba como tan peculiares, que pidió ser trasladado a dormir a otro lugar. Solía despedir a mi doncella temprano y quedarme despierta leyendo o escribiendo hasta tarde. En esos momentos, de repente me invadía un extraño temor, una especie de pavor nervioso, más fácil de imaginar que de describir. De hecho, sería imposible describir mis sensaciones en esos momentos, salvo diciendo que sentía que ya no estaba sola. Esta sensación usualmente duraba de cinco a diez minutos, y dejaba una impresión dolorosa en mi ánimo. También a menudo escuchaba un peculiar sonido de roce en mi habitación, alrededor de mi cama, como si alguien agitara las cortinas, y este sonido siempre venía acompañado de un frío intenso, como si de repente se abriera una puerta y un fuerte viento helado irrumpiera violentamente en la habitación."

"Estos sonidos y las otras sensaciones dolorosas que he descrito, y que era totalmente incapaz de explicar, continuaron a intervalos con mayor o menor intensidad hasta el mes de octubre de 1855, cuando se creó gran sensación en Florencia por la llegada del Sr. Home, cuya reputación como médium espiritual lo había hecho célebre. Poco tiempo después de su llegada a Florencia, los sonidos en mi habitación se hicieron más claros y frecuentes, y las sensaciones nerviosas tan peculiares de las que he hablado, no se limitaron exclusivamente a mí, sino que a menudo también las compartía mi hermana, si permanecía algún tiempo en mi habitación. Mi descanso finalmente se volvió tan interrumpido, y en consecuencia mi salud tan deteriorada, que hice mover mi cama a una habitación contigua a la que había estado acostumbrada a dormir, con la esperanza de que el cambio me trajera tranquilidad.

"La primera noche transcurrió sin disturbios, pero la siguiente y las noches posteriores fueron tan dolorosas que frecuentemente permanecía despierta hasta la mañana. Mientras tanto, conocimos al Sr. Home, y habiendo sido testigo de efectos tan maravillosos que solo podían atribuirse a una causa sobrenatural, decidí descubrir, si fuera posible, el verdadero secreto de mis habitaciones encantadas.

"El Sr. Home, habiendo sido invitado a quedarse unos días en nuestra casa, fue informado el primer día de su llegada del misterio de mis habitaciones, y propuso que se realizara una sesión en ellas con el propósito de intentar averiguar si los extraños sonidos que me perturbaban debían atribuirse a una agencia sobrenatural. Así, alrededor de las once de la noche de ese mismo día, mi hermana, el Sr. Home y yo nos dirigimos a mi habitación y nos colocamos alrededor de una pequeña mesa redonda frente a la chimenea y muy cerca de ella. Estábamos bien abrigados, y el fuego ardía intensamente; sin embargo, el frío que impregnaba la habitación era intenso, penetrando hasta los huesos. Debería mencionar que

durante muchos días anteriores había sufrido lo que parecía ser una corriente de aire frío, completamente independiente de la temperatura atmosférica, que soplaba sobre mi cuerpo, especialmente sobre las piernas. Esta sensación nunca me abandonó, y todos los medios artificiales fracasaron en eliminar la sensación de frío. Este mismo aire frío lo sentían ahora también mi hermana y el Sr. Home, hasta el punto de resultarles doloroso. Desde entonces he descubierto que es un acompañante frecuente de las manifestaciones.

"Antes de colocarse en la mesa, el Sr. Home había bajado a la capilla, donde, sin embargo, todo estaba tranquilo. Al volver a subir las escaleras, oyó un sonido como el de una campana amortiguada en la capilla. Apenas nos sentamos un momento en la mesa, comenzó a moverse lentamente en diferentes direcciones, inclinándose generalmente hacia el lado en el que yo estaba sentada. Pronto los movimientos se hicieron más violentos, y adoptaron, si se me permite la expresión, un aspecto enojado. Preguntamos si había un espíritu presente, y la mesa respondió haciendo los tres movimientos afirmativos habituales.

"Luego preguntamos si el espíritu presente era bueno, y nos respondió negativamente. Hablamos en términos severos, lo que pareció irritar al espíritu, pues las demostraciones se volvieron muy airadas. Una silla antigua de respaldo alto, que estaba a poca distancia de la mesa, se acercó repentinamente a ella sin contacto humano, como si alguien, al sentarse, la hubiera arrastrado. Sin embargo, no se veía nada. El Sr. Home propuso que nos trasladáramos a la habitación contigua, mi dormitorio, y ver si allí se producían más manifestaciones. Lo hicimos, pero todo permaneció tranquilo.

"Luego regresamos a la habitación que acabábamos de abandonar y nos sentamos en otra mesa cubierta con un mantel. Antes habíamos oído un sonido de roce alrededor y debajo de las mesas, un ruido como el que haría una persona moviéndose con una prenda pesada. Este ruido iba acompañado de un rasguño sobre la madera de la mesa, como si alguien la arañara con las uñas. Luego vimos claramente cómo el mantel en el lado de la mesa más cercano a mí se levantaba, como si una mano lo alzara desde debajo. La mano parecía tener una actitud amenazante. El Sr. Home también fue tocado varias veces en la rodilla, y describió el toque como particularmente fuerte y desagradable.

"Luego suplicamos al espíritu que nos dejara, exigiendo que regresara la noche siguiente y declarara su propósito al atormentarnos así. Esto lo prometió, y al ser posteriormente conjurado en nombre de la Santísima Trinidad para que nos dejara, las manifestaciones cesaron.

"La noche fue muy intranquila. La sensación de frío de la que hablé antes me acompañó en todo momento, y escuché frecuentes rasguños bajo mi almohada y sobre mi cama. A la noche siguiente nos reunimos nuevamente en mi habitación, y se unieron dos personas más, un miembro de nuestra familia y otro caballero conocido del Sr. Home, que en ese momento investigaba este fenómeno, ambos hombres de gran fortaleza de nervios y juicio desapasionado. Se sintió el frío habitual, y la mesa se agitó mucho. Un pequeño estilete, que uso como cortapapeles, fue tomado de la mesa como por una mano invisible, y sacado de su funda. Luego la mesa fue levantada del suelo y empujada violentamente a través de la habitación. Se detuvo frente a una puerta que conducía a la escalera, y retomamos nuestros lugares."

Se tomó una pequeña campana de mano de la mesa y se hizo sonar violentamente en distintas direcciones. El daga fue arrojada bajo la mesa y rozó las rodillas del señor Home. Mi codo fue agarrado con fuerza por una mano, cuyos dedos vi claramente: eran largos, amarillos y brillantes. Otras personas presentes, que sintieron su agarre, describieron su toque como húmedo y horrible. Hablé con suavidad al espíritu, quien, en respuesta a mis preguntas, dijo que estaba infeliz y que tal vez yo podría serle de alguna ayuda. Prometió volver y hablar más la noche siguiente, y después de levantar la mesa varias veces por encima de nuestras cabezas, nos dejó.

Durante todo el día siguiente fui más o menos atormentada por el aire frío, que soplaba sobre mi rostro y extremidades, especialmente por la tarde, poco antes de la hora fijada para la sesión. Ese viento se volvió muy fuerte, y nuevamente una mano levantó el mantel de la mesa sobre la que me apoyaba y tocó mi brazo, como para recordarme mi compromiso. Nos dirigimos a mi habitación, estando presente solo un miembro de mi familia, pues mi hermana había sufrido demasiado de alarma la noche anterior como para unirse a nosotros.

Las manifestaciones de la mesa comenzaron inmediatamente, pero de manera más tranquila que en ocasiones anteriores. Hablé de inmediato (debo decir que se usaba solo el idioma italiano) de manera calmante. En respuesta a muchas preguntas, el espíritu me dijo que estaba infeliz y que había vagado por la casa durante muchos, muchos años, que su nombre era Giannana, que había sido monje y había muerto en la habitación que yo ocupaba. Quise saber si debía mandar decir misas por la paz de su alma. Respondió negativamente, pero pidió que rezara para que encontrara algún descanso. Además le pedí que me dijera por qué la noche anterior había usado tanto el pequeño daga, y respondió que en vida había sabido demasiado bien cómo emplearla. Luego me prometió no volver jamás a mis habitaciones; y desde aquella noche, esas sensaciones dolorosas y extraños ruidos de los que tanto había hablado, me dejaron y nunca regresaron.

Se realizaron sesiones frecuentes posteriormente, en las que buenos y amorosos espíritus nos dieron comunicaciones reconfortantes, por su propia petición especial, en mi habitación. La daga fue sacada de su funda y la campana se hizo sonar, como si fuera necesario el toque de manos santas para destruir cualquier recuerdo doloroso en mi mente relacionado con estos objetos, o cualquier resistencia que pudiera sentir para volver a usarlos. De hecho, mis habitaciones parecen haber sido completamente purificadas, y siento que cualquier influencia dolorosa que alguna vez existió allí ha desaparecido totalmente, y espero que para siempre.

Lo anterior fue escrito poco después del extraño evento que relata. El 3 de abril de 1860, estando entonces en Londres, recibí una carta de la misma señora, fechada en Florencia, 27 de marzo, de la cual se extrae lo siguiente:

“Creo que le dije que los ruidos en la Villa son peores que nunca, y el nuevo propietario está terriblemente perturbado por ellos. La casa ha sido exorcizada, pero sin efecto. Mis propias habitaciones son las más perturbadas.”

El 5 de diciembre de 1855, mientras regresaba a mis habitaciones tarde en la noche en Florencia, las calles estaban desiertas, y observé a un hombre salir de la puerta de la casa contigua. Estaba en el escalón que conduce a mi propia puerta y miraba hacia la ventana para ver si el criado aún estaba despierto, cuando recibí un golpe violento en mi costado

izquierdo, cuya fuerza y el sobresalto que provocó me arrojaron sin aliento a la esquina del portal. El golpe se repitió en mi estómago, y luego otro golpe en el mismo lugar, y el asesino en potencia gritó: "Dio mio, Dio mio" y, girando con el brazo extendido, huyó. Vi claramente el destello de su daga, y al girar, la luz de la lámpara iluminó completamente su rostro, pero no reconocí sus rasgos. Estaba totalmente indefensa, no podía gritar ni alarmar, y permanecí así al menos dos minutos, después de lo cual me abrí paso a lo largo de la pared hasta la puerta de un vecino, donde fui admitida.

Pensé que debía haber recibido una herida seria, pero al examinarme descubrí que el primer golpe había impactado la llave de la puerta que llevaba en el bolsillo del pecho, justo sobre la región del corazón. Llevaba un abrigo de piel, que por casualidad estaba doblado dos veces en la parte delantera. El segundo golpe atravesó las cuatro capas del abrigo, un rincón de mi chaqueta, el chaleco y la pretina de mis pantalones, sin causar ninguna herida. El tercer golpe atravesó las cuatro capas de mi abrigo, también mis pantalones y la ropa interior, y causó una pequeña incisión, que sangró, pero no abundantemente.

Aquella mañana había recibido de un querido amigo, que tenía en su casa un clarividente de poderes notables, una carta rogándome que no saliera esa noche, ya que había recibido una advertencia de peligro inminente, pero no presté atención. Nunca descubrí al perpetrador, ni la causa de que mi vida fuera atacada. Se asignaron muchas razones: entre ellas, robo, error de identidad e intolerancia religiosa.

En enero, el señor Landucci, entonces Ministro del Interior del Gran Duque de Toscana, me pidió que no caminara por la casa de noche entre las luces y la ventana, ni saliera a la calle de día, dando como razón que algunos de mis enemigos habían explotado la superstición de los campesinos, diciéndoles que era mi costumbre administrar los siete sacramentos de la iglesia católica a sapos, para, mediante hechizos e invocaciones, resucitar a los muertos. Esto los había enfurecido y excitado tanto que estaban decididos a quitarme la vida, y para tal propósito se ocultaban por el vecindario con armas de fuego.

En ese tiempo conocí a un noble polaco, quien junto con su familia estaba a punto de visitar Nápoles y Roma, y que muy amablemente me insistió en que los acompañara. Me encontraba en Florencia sin dinero, y mis amigos en Inglaterra, cuya credulidad había sido manipulada por algunos chismosos, pensando que llevaba una vida muy disoluta, se negaron a enviarme siquiera el dinero que me pertenecía y que había sido confiado a su cuidado.

Le dije al Conde B que viajaría con él, y el mismo día en que di mi consentimiento, los espíritus me dijeron que mi poder me abandonaría durante un año. Esto ocurrió la noche del 10 de febrero de 1856. Sintiendo que el Conde y su familia probablemente tenían un interés en mí que surgía únicamente de los fenómenos singulares que habían presenciado en mi presencia, y que al desaparecer esta causa, su interés en mí disminuiría, escribí a la mañana siguiente para informarles lo que me había sido dicho y decirles que ya no podía considerar la idea de unirme a ellos.

Ellos me dijeron de inmediato que era por mí mismo, incluso más que por el extraño don que poseía, que se habían interesado en mí. Fui con ellos, y en uno o dos días partimos de Florencia hacia Nápoles. Mientras estábamos allí, aunque mis poderes me habían abandonado, mi presencia parecía aún desarrollar el poder en otros; conocí en su propia residencia al Honorable Robert Dale Owen, quien era el Ministro estadounidense en la Corte

de Nápoles, y fue en presencia de uno de los príncipes reales de esa familia, él mismo médium, que Owen quedó convencido por primera vez.

El Sr. Owen ha escrito desde entonces un libro muy bien elaborado y cuidadosamente organizado de hechos auténticos, titulado *Footfalls on the Boundaries of Another World* ("Pasos en los Límites de Otro Mundo"), en el que reúne tanto los hechos como la filosofía de este gran tema. Permanecimos en Nápoles casi seis semanas, y luego nos dirigimos a Roma. Allí, en ausencia del poder, mi mente buscó en el mundo natural el consuelo que hasta entonces había hallado en lo espiritual, y ahora, al serle retirado, la vida me pareció un vacío.

Leí con intenso fervor todos los libros que pude encontrar sobre las doctrinas de la Iglesia Romana, y al encontrar que expresaban tantos hechos coincidentes con mi propia experiencia, pensé que todas las creencias contenciosas y contradictorias podrían resolverse para siempre, si pudiera ser recibida como miembro de ese cuerpo. Mis experiencias de la vida y su falsedad habían dejado ya una marca indeleble en mi alma, a raíz de mis recientes experiencias en Florencia, de modo que deseaba alejarme de todo lo que perteneciera a este mundo y decidí entrar en un monasterio.

Después de dos o tres semanas de deliberaciones serias por parte de las autoridades, se decidió que debía ser recibida como miembro de la Iglesia, y fui confirmada. La Princesa fue mi madrina, y el Conde B mi padrino en la ocasión. Fui recibida muy amablemente por el Papa, quien me interrogó mucho acerca de mi vida pasada. Señaló un crucifijo que estaba cerca de nosotros, y dijo: "Hija mía, es sobre lo que está en esa mesa donde ponemos nuestra fe." También me entregó una gran medalla de plata, que lamentablemente he perdido desde entonces.

Se ha dicho con frecuencia de mí que en esta entrevista con el Papa prometí no tener más manifestaciones; pero apenas es necesario, después de lo que he narrado, decir que no podía haber hecho tal promesa, ni él solicitó que se hiciera.

En junio de 1856, fui a París, y, como el Papa me había aconsejado, busqué el consejo del Padre de Ravignan, uno de los hombres más eruditos y excelentes de la época. El propósito de mi estancia en Francia era adquirir fluidez en el idioma.

Durante el invierno volví a enfermar, y el Dr. Louis, uno de los médicos más célebres de Francia en casos de tuberculosis, determinó mediante auscultación que mi pulmón izquierdo estaba enfermo y aconsejó un clima más benigno. Esto, sin embargo, no pudo llevarse a cabo, y durante algún tiempo estuve confinada a mi cama. Se acercaba rápidamente el momento en que expiraría el año durante el cual mi poder debía permanecer suspendido. El Padre de Ravignan siempre me aseguró que, como ahora era miembro de la Iglesia Católica, no me volvería a regresar. Por mi parte, no tenía opinión sobre el asunto, ya que carecía totalmente de datos, salvo su seguridad en el punto.

En la noche del 10 de febrero de 1857, cuando el reloj dio las doce, yo estaba en la cama, a la que había estado confinado, cuando se oyeron fuertes golpes en mi habitación, una mano se posó suavemente sobre mi frente y una voz dijo: "Anímate, Daniel, pronto estarás bien." Apenas habían pasado unos minutos cuando caí en un sueño tranquilo, y me desperté por la mañana sintiéndome más descansado de lo que lo había estado en mucho tiempo.

Escribí al Padre de Ravignan, contándole lo sucedido, y esa misma tarde vino a verme. Durante la conversación se escucharon fuertes golpes en el techo y en el piso, y cuando estaba a punto de darme su bendición antes de marcharse, se oyeron fuertes golpes sobre la cama. Se fue sin expresar ninguna opinión sobre los fenómenos.

Al día siguiente me había recuperado lo suficiente para dar un paseo en coche, y el viernes 15 fui presentado a sus Majestades en los Tullerías, donde ocurrieron manifestaciones de naturaleza extraordinaria. A la mañana siguiente, llamé al Padre de Ravignan para informarle de ello. Él expresó gran descontento de que fuera objeto de tales visitas, y dijo que no me daría la absolución a menos que volviera inmediatamente a mi habitación, me encerrara allí y no escuchara ningún golpe, ni prestara la más mínima atención a los fenómenos que pudieran ocurrir en mi presencia.

Quise razonar con él y explicarle que no podía impedirme escuchar y ver, pues Dios, al haberme bendecido con estas dos facultades, no estaba en mi poder ignorarlas. En cuanto a encerrarme, no creía, por haberlo intentado antes, que fuera compatible con mi temperamento nervioso, y que el esfuerzo sobre mi organismo sería demasiado grande si permaneciera aislado de ese modo. No quiso escucharme y me dijo que no tenía derecho a razonar: “Haz lo que te mando, de lo contrario asume las consecuencias.” Lo dejé con gran angustia. No quería ser desobediente, y, sin embargo, sentía que Dios es más grande que el hombre, y que Él, habiéndome dado el poder de razonar, no podía ver por qué debía ser privado de él.

Al llegar a mi habitación, encontré allí a un amigo muy querido y valioso, el Conde de K. Observó mi agitación y me preguntó la causa. Le conté todo, y él dijo: “Solo hay una cosa que hacer: ven a casa conmigo y llamaremos al Abad de C para consultarlo.” El Abad vino, y después de escuchar mi historia dijo:

“Tan bien podrían ponerme en mi tumba vivo, como ejecutar lo que se me ha ordenado,” agregando: “Me gustaría mucho presenciar algunas de estas cosas maravillosas.” Afortunadamente, mi emoción no había destruido el poder, como suele suceder cuando me agito, porque mientras estábamos juntos ocurrieron varios fenómenos interesantes. Sus palabras fueron: “Sea cual sea este poder, no proviene de ti.” Me recomendó buscar otro consejero espiritual, y añadió: “Yo mismo sería gustoso tu consejero, pero como se sabría, solo sería perseguido.”

Me dio el nombre de uno de los predicadores más elocuentes de la época, me presenté a él y permanecí bajo su guía durante las pocas semanas que estuve en París antes de ir a América para traer de regreso a mi hermana. Durante mi ausencia, la curiosidad por descubrir quién era mi confesor había crecido mucho, y la Condesa L, habiendo oído que era un hombre distinguido, visitó a varios de los más renombrados en París, y tras una breve conversación, les dijo abruptamente: “Así que usted es el confesor del Sr. Home.” Naturalmente, en una de esas ocasiones, encontró al correcto, y su mirada de sorpresa lo delató. Su sorpresa fue que yo hubiera revelado su nombre, lo cual le expresó a la Condesa, quien le dijo que yo no lo había traicionado, sino que ella había usado ese artificio para averiguarlo. Esta fue la causa de que no continuara más tiempo con él como confesor.

El extracto que aquí doy es de la recientemente publicada vida del gran confesor, el Padre de Ravignan, quien había sido recomendado a mí por el Papa, y solo lamento que ya no esté

aquí para contradecir, con su propia pluma, las falsas afirmaciones sobre mí hechas por su biógrafo, el jesuita Padre A. de Ponlevoy. Al final del Capítulo XXIV, esta persona dice:

"No podíamos cerrar este capítulo sin mencionar a aquel famoso médium americano, que tenía el triste talento de mover otras cosas que no eran mesas, e invocar a los muertos para entretener a los vivos. Se ha dicho mucho, incluso en la prensa, sobre su conocimiento religioso e íntimo del Padre de Ravignan, y parecieron querer, bajo el amparo de un nombre respetable, introducir y establecer en Francia estos magníficos descubrimientos del Nuevo Mundo. He aquí el hecho en toda su simplicidad. Es muy cierto que el joven extranjero, tras su conversión en Italia, fue recomendado desde Roma al Padre de Ravignan, pero en ese período, al renunciar al protestantismo, también repudiaba la magia, y fue recibido con el interés que un sacerdote debe a toda alma rescatada por la sangre de Jesucristo, y más, quizá, a un alma convertida y llevada al seno de la Iglesia. A su llegada a París, todas sus antiguas prácticas le fueron nuevamente absolutamente prohibidas. El Padre de Ravignan, de acuerdo con todos los principios de la fe, que prohíbe la superstición, prohibió, bajo las más severas penas que podía infligir, que él participara o incluso presenciara estas escenas peligrosas, que a veces son criminales. Un día, el desgraciado médium, tentado por no sé qué, hombre o demonio, violó su promesa; fue nuevamente atrapado por un rigor que lo abrumó. Yo, que llegué por casualidad, lo vi rodando por el suelo y arrastrándose como un gusano a los pies del sacerdote, quien estaba en santa ira. Sin embargo, el Padre, conmovido por su arrepentimiento convulsivo, lo levantó, lo perdonó y lo envió, después de haberle hecho esta vez prometer por escrito bajo juramento. Pero pronto hubo recaídas que hicieron mucho ruido, y el siervo de Dios, rompiendo con este esclavo de los espíritus, le dijo que nunca más debía aparecer en su presencia."

Si el resto del libro no es más veraz que esta declaración, ciertamente no vale la pena leerlo. El buen Padre de Ravignan sabía muy bien que yo no era estadounidense, y que este poder había comenzado en mí antes de que yo viera América, porque ya le había contado toda mi historia. También sabía que nunca invoqué a los espíritus. Ningún buen nombre es, ni jamás será, necesario para introducir o acreditar una verdad dada por Dios, y yo conocía demasiado bien el poder de los hechos para pensar que necesitaran el pasaporte incluso del nombre del Padre Ravignan.

Su biógrafo debió tener también una educación limitada, tanto religiosa como histórica, para escribir que estas cosas eran los "magníficos descubrimientos" del Nuevo Mundo, porque se pueden rastrear fácilmente en todas las épocas y países de los que tenemos algún registro o historia conservada. Es completamente falso que yo alguna vez abjurara de procesos mágicos u otros, porque nunca supe de tales cosas, y por lo tanto no podía abjurarlas.

El Padre de Ravignan solía decirme, cuando le contaba que los espíritus habían dicho que volverían a mí el 10 de febrero de 1857: "No hay temor de eso, hijo mío, mientras sigas como ahora, observando cuidadosamente todos los sacramentos de nuestra santa Iglesia; no se les permitirá volver." Seguí sus indicaciones con la mayor conciencia; pero el mismo día prometido, vinieron tal como lo he descrito, y me dijeron que se alegraban de encontrarme en un estado de mente tan puro, ya que esto facilitaba mucho su acercamiento.

Hasta ahora no he violado ninguna promesa, que yo sepa; y en cuanto a lo que dice el biógrafo de que me encontró rodando por el suelo y arrastrándome como un gusano, es completamente falso. Pero aun si hubiera sido cierto, no sería lugar de un sacerdote hacer

pública tal cosa. Si tomé un juramento y lo escribí, como se afirma, ese escrito debería conservarse. Que se presente, para salvar la reputación de este Padre A. de Ponlevoy, y que pruebe la veracidad de su afirmación. Mientras tanto, digo que carece incluso de fundamento alguno de verdad.

La última vez que vi al buen Padre de Ravignan, solo quise razonar con él, porque, como le dije entonces, ningún hombre tiene derecho a prohibir lo que Dios ha dado. Lo dejé sin confesar, ni siquiera… así que no había estado de rodillas en absoluto, y mucho menos arrastrándome como un gusano.

Como dije, cuando vino el abad a verme, la conversación que tuve con él solo fortaleció mi opinión sobre lo que era correcto, porque cuando los sacerdotes no se ponen de acuerdo en un asunto así, ¿en quién o en qué podemos confiar, sino en la razón que Dios nos ha dado? El Padre de Ravignan nunca me informó que no me volvería a ver. Al contrario, fui yo quien dijo que no iría a él hasta que razonara conmigo. Tengo cartas suyas en mi poder, que muestran el afecto que siempre tuvo por mí antes de ese período, y estoy seguro de que nunca dijo nada en mi contra, incluso cuando ya no lo veía. Era tan bueno, tan puro y tan noble, que desearía que hubiera tenido un cronista más veraz y honesto para escribir su vida.

La Condesa L era una firme creyente en las manifestaciones que había presenciado frecuentemente en mi presencia, y también estuvo presente cuando tuve una visión que se describe en uno de los periódicos de París con las siguientes palabras:

"El reciente fracaso del Sr. Thurneyssen nos recuerda un hecho extraño que destacó la estancia del Sr. Home en París durante el último invierno. Hace doce años, la Condesa tuvo una extraña alucinación. Una tarde, mientras estaba ocupada con un bordado, sola con su hermano, él le leía uno de los libros más irreligiosos del siglo XVIII. Mientras escuchaba mecánicamente su lectura, levantó la cabeza y, al mirar a su hermano, se quedó aterrorizada por la extraña expresión de su rostro. Normalmente era un joven muy amable, benevolente y simpático, con rasgos tranquilos, pero en ese momento estaban horriblemente contraídos; las cejas convulsas, los ojos muy abiertos, las comisuras de la boca torcidas en una sonrisa amarga y desesperada, y en conjunto tenía la expresión que los pintores darían a un ángel caído. La Condesa, asustada, tuvo inmediatamente, como si fuera un pensamiento revelado, la convicción de que su hermano estaba poseído por un demonio. Más tarde, vio la misma expresión infernal en su rostro, incluso cuando estaba más tranquilo y feliz; pero la idea era tan horrible que nunca mencionó la circunstancia."

El invierno pasado, se me presentó la Condesa. Estando una noche en su casa, con mi habitual tranquilidad, mi atención se dirigió a un bello busto de mármol. No sabía que era el hermano de la Condesa, pero de inmediato mi rostro cambió por completo y entré en un estado de agitación violenta. La Condesa, muy alarmada, preguntó por qué estaba tan afectado, y yo respondí: "Señora, el hombre cuyo busto es este está poseído por un demonio." Uno puede imaginarse la sorpresa de la Condesa al escuchar lo que había pensado doce años antes. Me presionó con preguntas y, al recuperar la calma, fui a examinar el busto más de cerca, y luego le dije: "En poco tiempo, su hermano sufrirá una gran desgracia, y esta desgracia lo librará de sus enemigos." Y así ocurrió: el Conde de P perdió en la quiebra de M. Thurneyssen gran parte de su fortuna. La profecía se cumplió cuatro meses antes del fracaso.

El día antes de dejar París, ocurrió un caso maravilloso de sanación a través de mí, que relataré a continuación.

El 19 de marzo de 1857, mientras residía en el 13, Rue des Champs Élysées, recibí una carta de una desconocida para mí, Madame A. Mavoisin de Cardonne, del 233, Rue St. Dominique, St. Germain, en la que decía que había tenido un sueño en el que vio a su propia madre y a la mía, y que esta última le había dicho que me buscara de inmediato, para que su hijo, que había estado sordo durante cuatro años por los efectos de la fiebre tifoidea, pudiera ser curado. Esto quedó tan grabado en su mente, que escribió para decirme que vendría a verme con su hijo a la mañana siguiente a las diez.

A la mañana siguiente, se presentó con su hijo en mis habitaciones, estando presentes la Princesa de B y la señorita E, quienes me acompañaban antes de mi partida de París ese mismo día para emprender mi viaje a América. Había estado tan abrumado por las personas que deseaban verme que había rechazado uniformemente tales visitas; pero en esta ocasión, había estado tan ocupado con los preparativos para mi viaje que no había podido responder a su carta, ni afirmativa ni negativamente. Por lo tanto, la recibí con considerable incomodidad, que fue completamente correspondida por su parte. Fue, de hecho, un encuentro embarazoso para ambos: la madre anhelando la recuperación de su hijo, y yo sin saber cómo se esperaba que yo fuera instrumento para curar esta larga sordera total; más aún considerando que, como descubrí después, habían sido realizadas operaciones en el niño por eminentes cirujanos de París, quienes afirmaban que era imposible que volviera a oír.

Se sentó en una silla cerca de un sofá, y yo tomé asiento en el sofá, haciendo señas para que su hijo se sentara a mi izquierda. El hijo tenía quince años, era alto para su edad, de complexión delicada, con grandes ojos azules soñadores que parecían querer suplir el sentido del oído con su profunda, reflexiva y curiosa mirada.

La madre comenzó a describir la enfermedad del niño, empezando por el ataque de fiebre y terminando con la completa pérdida de la audición. Durante el relato, contado con todo el calor y la ternura de un corazón maternal, y describiendo las diversas operaciones quirúrgicas a las que había sido sometido, mis sentimientos se conmovieron profundamente, y sin darme cuenta rodeé con mi brazo izquierdo al niño y lo acerqué hacia mí, de modo que su cabeza descansó sobre mi hombro.

Mientras estábamos así, y Madame de Cardonne contaba algunos de los detalles más dolorosos, pasé mi mano sobre la cabeza del niño con un gesto cariñoso, y él, levantando parcialmente la cabeza, exclamó de repente con voz temblorosa por la emoción: “¡Maman, je t’entends!” (¡Mamá, te oigo!). La madre lo miró con asombro y dijo: “Emile” —el nombre del niño—, y él respondió de inmediato: “¿Qué?” Entonces, al ver que el niño había oído su pregunta, ella se desmayó de emoción, y al recobrar la conciencia, la escena fue de lo más emocionante: la pobre madre haciendo preguntas continuamente por el mero placer de oír a su hijo responder.

El niño pudo retomar sus estudios y ha continuado progresando perfectamente hasta el presente.

CAPÍTULO VI
EN AMÉRICA. LA PRENSA

Al llegar a América, encontré que la prensa estadounidense había estado publicando algunos párrafos ridículos sobre mí, uno de los cuales relataba una supuesta broma práctica llevada a cabo por el general Baraguay d'Hilliers y otros en presencia del Emperador, y que yo mismo me había alarmado enormemente y, finalmente, me había enojado al descubrir la treta. Todo ello era una invención, como se verá, ya que en ese momento nunca había visto siquiera a ninguno de los tres caballeros que se decía habían participado en la escena.

El siguiente párrafo era de carácter similar, ya que yo todavía no había conocido a M. Dumas:

"Home, el volteador de mesas y magnetizador, quien ha causado recientemente tanto revuelo en París, predijo a M. Alexandre Dumas que viviría hasta los 113 años y moriría en un duelo."

Otro ejemplo de este tipo decía:

"El señor Home, el médium, quien ha causado tal sensación en París, se dirige a este país para visitar a su hermana. Una dama de inmensa riqueza le ha ofrecido matrimonio, pero él la ha rechazado."

El *New York Herald*, un periódico más conocido por su falta de veracidad que por otra cosa, publicó cartas de sus corresponsales especiales en París, afirmando "de las fuentes más confiables" que yo había robado £30,000 y que ahora estaba desterrado de Francia. En ese momento tenía mi billete de regreso en el bolsillo y sabía que un príncipe imperial, que entonces visitaba al Emperador, aguardaba mi retorno. De hecho, si el público juzgara mi vida por lo que los periódicos decían de mí, debió de haberse quedado sumamente desconcertado por las declaraciones y contradicciones que aparecían sucesivamente. Yo estaba perfectamente contento de dejar tales afirmaciones sin comentario y nunca me he tomado la molestia de corregirlas.

La siguiente noticia es de la misma clase:

"El 'Indépendance Beige' afirma que Napoleón envió lejos al señor Home, el 'espiritista' estadounidense, porque la Emperatriz estaba tan conmovida que el Emperador temía la continuación de las diabólicas escenas. Las damas de honor estaban igualmente excitadas y no podían hablar de otra cosa. Se dice que Home fue alojado en la casa real y se le pagaba a razón de £10,000 al año."

El *Hartford Courant* afirmaba:

"El Times dice que Daniel Dunglas Home, el célebre médium, cuyas actuaciones son tan peculiares que desconciertan completamente a las mentes más agudas y sagaces, y quien es un caballero de educación y carácter muy por encima de los médiums comunes, estuvo en esta ciudad el pasado sábado. Lo consideramos el hombre más extraordinario que existe; y ningún hombre que no haya presenciado lo que se hace en presencia del señor Home puede reclamar derecho a dar una opinión sobre el espiritismo. El señor Home afirma que las bromas de los corresponsales sobre él son totalmente falsas. Tuvo algunas sesiones en los Tullerías, pero se negó a hablar sobre ese asunto."

Otro periódico, *The Springfield Republican*, reportó mi presencia en América así:

"Home, el distinguido médium espiritual, quien recientemente ha levantado espíritus en presencia del Emperador Napoleón, se encuentra en Springfield en una breve visita. Pronto regresará a Francia, donde sus servicios son muy solicitados entre los sabios."

Un periódico de Nueva York dio el siguiente relato, corrigiendo algunas de las falsedades sobre mí:

*"Qué terribles chismosos son algunos de nuestros redactores. El editor de Nueva York de la 'London Letter', en el último Sunday Times, incluye el siguiente párrafo:
'Se rumorea, en París, que Home, el 'espiritista' estadounidense, estaba causando tantos problemas en la corte que el alarmado Emperador lo ordenó marchar; y el individuo que, aunque desempeñaba el papel de una persona con £40,000 al año, en realidad no tenía un centavo, se ha marchado al país de los 'rappers'.'

'Posiblemente interese a algunos de nuestros lectores conocer algo sobre el señor Home, quien últimamente ha dado un material prolífico a los fabricantes de párrafos. No tenemos nada que decir sobre sus facultades 'espirituales' aquí, sino simplemente hablar del joven—porque apenas tiene más, teniendo ahora apenas veinte y dos años—con referencia a tales informes. Home, el "americano", proviene de una antigua familia escocesa de cierta posición, y nació en Escocia, pero fue traído muy joven a este país. Tranquilo y discreto en sus modales, nunca se ha impuesto ni buscado ni evitado la notoriedad que lo rodea; nunca se ha exhibido como médium público, como muchos suponen, sino que simplemente ha dejado que los acontecimientos siguieran su curso con él.'"*

Respecto a la historia de su partida de París, que ha circulado en diversas formas, solo podemos decir que hace un par de domingos, mientras leíamos en los periódicos ingleses un relato de sus acciones en París, y suponiendo que estuviera cómodamente instalado en los Tullerías, se abrió la puerta y, para nuestro asombro, apareció el señor Home, para cenar "en casa"—siendo bajo nuestro propio techo que, tiempo atrás, a los dieciséis años, encontró su primer refugio en Nueva York (Brooklyn), un asilo temporal de familiares aterrorizados que lo habían echado de casa, considerándolo "poseído por un demonio", iniciando así su vida como un joven mártir, al menos en apariencia, merecida o no.

Me contó de su llegada uno o dos días antes, en Filadelfia, y me explicó el motivo de su viaje, así como cuándo pensaba regresar. Había cumplido su cometido —parte del cual consistía en recoger a su hermana, con quien había navegado desde Boston unos días antes, en su regreso a París.

Así que, respecto a las historias del "Emperador alarmado" que me habría ordenado marcharme, todo eso estaba hecho con la misma tela que la broma de Sócrates de Paraguay d'Hilliers y otros.

Mientras estamos en el tema de estas invenciones periodísticas, debo referirme a una serie curiosa de ellas que ocurrió en 1858. Había entonces dejado París rumbo a Roma por motivos de salud, y el 13 de marzo recibí un telegrama de un amigo en París:

"Dime de inmediato si todavía estás en casa. Tengo un favor que pedirte."

Le respondí que aún estaba en casa, y poco después recibí por correo una carta fechada el 14 de marzo:

"Querido amigo: Te envié ayer un telegrama para que me escribieras de inmediato si estabas en Roma; puse como pretexto un encargo que quería pedirte, pero en realidad solo quería recibir tu carta lo antes posible. La calumnia dice que has sido arrestado, y los periódicos de La Haya afirman que estás en la prisión de Mazas. El señor B., cuyo hijo es médium, ha preguntado la verdad, y yo le he autorizado a publicar que tengo una carta tuya fechada en Roma el 7 de marzo. También he informado a 'La Patrie', para detener estas bajas calumnias. Espero que apruebes lo que he hecho."

Los periódicos parisinos recogieron la noticia, y pronto se afirmó que yo estaba verdaderamente en la prisión de Mazas. Incluso personas en cargos oficiales dijeron a mis amigos que me habían visto y hablado allí, y un oficial llegó a declarar que me había acompañado en el carruaje hasta la prisión.

Estando en Roma, completamente ajeno a todo este escándalo, me sentí impulsado, sin saber por qué, a escribir a M. Henri Delage, el conocido escritor místico de París. Lo hice, y se puede observar en el siguiente párrafo que introduce mi carta cuán oportunamente actué siguiendo esa intuición:

Corresponsal de París de "Le Nord":
"París, 17 de marzo. Permítanme comenzar con una buena acción: liberar a un hombre honorable de calumnias que, por razones que ignoramos, se han propagado rápidamente. Hablo del Sr. Home, quien se encuentra actualmente en Italia, mientras se susurra, en secreto y abiertamente, que está en la prisión de Mazas, por razones desconocidas. La carta, fechada en Roma el 7 de marzo, fue recibida ayer por M. Henri Delage, íntimo amigo del Sr. Home. La carta está ante mí con el sello postal, y doy sus palabras literales:"

"Roma, 7 de marzo de 1858.
Querido M. Delage: Sin duda te habrá sorprendido escuchar sobre mi partida hacia Italia; pero la verdad es que estaba muy enfermo. Tenía un empobrecimiento de la sangre, así que ¿qué podía hacer? Mis fuerzas se habían agotado por completo. Los queridos espíritus consideraron que estaba demasiado enfermo para recibir visitas. Aquí en Roma salgo muy poco a la sociedad, siendo necesario un completo descanso. Escríbeme pronto y, por favor, recuérdame a M. H., ya que sabes que lo aprecio mucho.
Sinceramente tuyo,
D. D. Home"

Ruego que le des a esta carta la publicidad que merece tu reconocido periódico, ya que es la mejor respuesta a esas calumnias que atacaban mi honor.

Conozco bien el origen y la causa de esta intriga, y tengo en mi poder una carta amistosa, fechada el 18 de julio de 1858, del Bureau du Ministère de l'Intérieur, que refuta suficientemente la malvada calumnia. Su Alteza el Príncipe Murat también aprovechó la ocasión para demostrarme no solo los principios cristianos que lo guiaban, sino también la verdadera nobleza de su corazón, haciendo por un desconocido lo que solo un padre podría hacer por un hijo. Él, a su propio costo, envió personas a Alemania, Italia e Inglaterra para verificar la base de esta mentira, y generosamente me dio su testimonio público y privado de su completa falsedad.

Debo presentar ahora la siguiente carta y el programa adjunto, que también recibí en Roma, y que revelan un caso de suplantación de persona, algo que no ha sido ni sería el primero ni el último que pudiera relatar. Es, sin embargo, un ejemplo curioso.

"París, 7 de abril.
Querido amigo: Te envío un programa tomado de uno de los periódicos de Lyon, que fue enviado a M. Allen Kardee. Qué vergüenza que se permita una suplantación en tu nombre. Te aconsejaría escribir de inmediato al Prefecto de Lyon, o a la policía, para que el villano sea desenmascarado cuanto antes, no solo por el daño que hace a tu nombre, sino también a la causa del espiritismo. No dejes pasar ni un momento, y de nuestra parte haremos todo lo posible. Solo piensa en la audacia de afirmar haber sido recibido por el Emperador.
Atentamente, etc.
P.D.: Acabo de oír que la impostura fue descubierta de inmediato, y ha huido de Lyon."

Programa original y traducción al inglés (resumido en castellano):

Gran Teatro, jueves 1 de abril de 1858, 8 p.m., **Velada americana o sesión de espiritismo por el Sr. Home.**

"Nunca me guío por la ciencia, sino por mi conciencia. Creo firmemente en los hechos magnéticos; creo que la fuerza magnética aumenta prodigiosamente el poder de visión del hombre. Creo que estos hechos están certificados por hombres muy sinceros y muy cristianos." —Abad Lacockdaire.

Programa: Experiencia de visión por el Sr. Home y el ángel milagroso; obediencia al orden del público; sesión espiritual por la sensitiva Mme. de Cabanyes. Producción de visiones solicitadas por los espectadores: temblores, alegría, ira, idiotez, religión, piedad, multiplicación de los sentidos, aumento y disminución de la fuerza. Reproducción de varios de estos fenómenos en jóvenes que el público debía presentar. Se invitaba a médicos y cirujanos a subir al escenario para controlar la veracidad de los fenómenos ofrecidos al público.

El Sr. Home, quien ha tenido el honor de realizar sus experiencias ante Su Majestad el Emperador, invita a los Doctores en Filosofía y a otros, así como a cirujanos, etc., a sentarse cerca de él en el escenario para constatar por sí mismos la veracidad de los curiosos fenómenos que tiene el honor de presentar al público. Se dispondrán sillas con tal propósito.

Precio de los lugares: Palcos principales, butacas y platea: 6 francos (sin cargo adicional por reserva); primer balcón, 5 francos; segundo, 3 francos; foso, 2 francos 50 céntimos; tercer piso, 1 franco 50 céntimos; cuarto, 1 franco.

Esto fue desmentido por la prensa de París, que solo alegaba como motivo que yo me encontraba en Turín, mientras que en realidad yo estaba en Nápoles.

Pero sería injusto limitar estas falsedades a la prensa de América o Francia, cuando la prensa inglesa se esmeró igualmente en inventar y difundir declaraciones falsas sobre mí. La historia de Sócrates salió de la fragua del *Court Journal*, y se difundió por gran parte de la prensa inglesa.

No es de extrañar que, con tales enseñanzas, surgieran malentendidos sobre mí y sobre los fenómenos. Solo puedo decir que todas las declaraciones, nombres, fechas, circunstancias y personas que se han publicado son falsas de principio a fin.

Extraordinario asunto espiritual en París. Singular y exitoso engaño a los espiritualistas.

"El Sr. Home, el espíritu golpeador que todo lo oye y todo lo ve, ha desaparecido súbitamente, sin advertencia. Circulan muchas historias sobre la causa de esta abrupta partida, en medio de un éxito tan notable, cuando París estaba lleno de su fama, e incluso desde el púlpito se habían lanzado amenazas y advertencias contra quienes osaban frecuentar su compañía o creer en sus encantamientos. Algunos periódicos declararon que había ido a América en busca de su hermana, a quien consideraba un médium más poderoso que él; otros afirmaron que, debido a que algunos de sus trucos habían adoptado el carácter de juegos de manos, se le había prohibido practicar sus artes engañosas ante los altos personajes que él había elegido, so pena de denuncia; y que la metamorfosis del pañuelo de la Princesa Mathilde en un escarabajo vivo —tras la cual el practicante había caído en catalepsia y permanecido inconsciente durante cinco horas— había despertado ciertos escrúpulos y sospechas en quienes presenciaron el hecho, lo que provocó su exclusión de aquel círculo social. Nada de esto era cierto, y sus lectores pueden estar seguros de la veracidad de lo que estamos a punto de relatar, siendo este episodio la única causa de la abrupta partida del desairado mago.

Hace unas noches se había preparado una gran sesión para mí en la casa de uno de los principales funcionarios de la Corte, quien había presenciado los diversos experimentos realizados en los Tullerías, y que, aunque no estaba completamente convencido, tampoco permanecía del todo incrédulo. La compañía era selecta y de primera categoría. Todos los nombres habían sido previamente aprobados por mí: Eugene Guinot, el feuilletonista; el General Paraguay d'Hilliers; y Nadaud, el compositor, todos ellos atroces incrédulos, infieles miserables y burlones, completamente carentes de sensibilidad o imaginación. Se probaron numerosos experimentos, y todos, como siempre, resultaron eminente y plenamente exitosos.

El acordeón deslizaba, como de costumbre, de rodilla en rodilla, por todo el círculo, tocando las melodías más queridas por los curiosos; la campana vagaba por el techo y sonaba con alegría o con notas lúgubres, según la voluntad de cualquiera de los presentes que decidiera mandarla. Pero esa noche había prometido evocar a los espíritus y hacerlos visibles a la vista, y cada experimento preliminar fue seguido con impaciencia, tan grande era la prisa por presenciar la obra maestra del espectáculo.

Por fin, se apagaron todas las luces excepto una, una solitaria vela de cera sobre la repisa de la chimenea, detrás de mi figura, que proyectaba su larga y gigantesca sombra sobre las paredes y el techo de la habitación. El silencio era completo; algunas damas se acurrucaban detrás de sus vecinas y resistían el desmayo solo por la curiosidad; otras miraban alrededor, con la esperanza y el miedo de ver algo terrible y espantoso que las condujera a la histeria.

Se escuchó mi voz, en medio del silencio, preguntando qué espíritu debía ser convocado. Un débil susurro, desde un rincón lejano, atravesó la sala:

"¡Que sea Sócrates, el más grande de los filósofos!"

Se produjo una pausa; sin objeciones ni oposición, levanté el brazo y, agitándolo hacia la puerta, ordené solemnemente que el espíritu de Sócrates apareciera y se presentara ante mí. El silencio se reanudó y permanecí allí, con el brazo extendido y los labios murmurando, mirando hacia la puerta.

Esta se abrió lentamente, y, entre el terror más absoluto, los presentes vieron la entrada de una figura envuelta en una especie de tela flotante, algo parecido a un sudario, que avanzaba silenciosa sobre la alfombra y se colocaba frente a mí. La barba blanca y fluida, la cabeza calva y la nariz achatada eran inconfundibles: Sócrates estaba allí, como en vida, en medio de aquel círculo alegre y frívolo, evocado de su sueño de siglos para proporcionar entretenimiento en un salón parisino. El asombro y el terror de los presentes alcanzaron su punto máximo, y la figura se deslizó de regreso en silencio, mientras el efecto alcanzaba su clímax.

Cuando desapareció, los cumplidos, por supuesto, se volcaron sobre mí, quien, con los nervios estremecidos hasta los dedos, no pude evitar expresar mi sorpresa por la rapidez inusual con la que la convocatoria había sido respondida. Llena de la emoción del éxito inesperado, accedí a las súplicas de la misma voz que había hablado antes, que ahora imploraba la evocación de Federico el Grande.

Extendí nuevamente la mano hacia la puerta, aunque dudaba si mi corriente eléctrica sería lo suficientemente fuerte para realizar dos evocaciones tan rápidamente, una tras otra. Sin embargo, incluso a la tenue luz de la habitación, se me vio palidecer al máximo cuando la puerta se abrió de nuevo tras mi llamado, y clamé por Federico el Grande, Rey de Prusia, para que apareciera ante mí.

El momento de pausa fue verdaderamente aterrador. Poco a poco, entre las sombras de la habitación, se pudo ver deslizarse a través de la puerta una figura corta, envuelta, como la anterior, en una especie de sudario, ajustado a sus miembros y sostenido alrededor de la cintura por las manos. No obstante, el rostro era inconfundiblemente el del gran héroe, y la cabeza coronada por el pequeño sombrero tradicional, que hace latir el corazón de todo prusiano con gratitud y lealtad incluso hoy.

La figura avanzó como lo había hecho la de Sócrates antes, acercándose al mago, y allí permaneció inmóvil a pocos pasos de la chimenea. Pronto, la excitación del mago se hizo intensa, el sudor caía en enormes gotas de su frente y los dientes le castañeaban.

«¡Basta, basta, vete, desaparece!» dijo con un susurro ronco, mientras los ojos de la figura lo miraban con una expresión feroz y amenazante. «¡Vete, digo!» repitió con un tono hueco, mientras la figura aún permanecía inmóvil a pesar de la orden.

En otro momento, sin embargo, el hechizo se rompió. Protegiéndose con un esfuerzo que, dadas las circunstancias en las que se encontraba, puede considerarse sublime, exclamó de repente:

«He sido víctima de alguna mistificación», y se acercó a la figura, que había mantenido su actitud amenazante hasta ese momento, cuando de sus labios estalló una risa fuerte e incontrolable, y exclamó: «¡¿Qué?! ¿No me reconoces? Soy Nadaud, y aquí está mi amigo Sócrates, es decir, el Mariscal Paraguay d'Hilliers, listo para aparecer nuevamente cuando tú quieras, y cerca de él está mi camarada Eugene Guinot en vida, y Alcibíades en muerte,

esperando ser invocado después de mí, como seguramente habría sucedido si hubiera podido continuar con la broma.»

Se puede imaginar el efecto producido por el descubrimiento de la mistificación. El señor Home quedó paralizado y sin palabras; cuando se recuperó, pidió que se recordara que él había sido el primero en descubrir el engaño, y afirmó que el espíritu invocado habría aparecido, porque realmente posee la facultad de levantarlos.

Sin embargo, en pocos momentos desapareció, y al día siguiente escuchamos, sin sorpresa, sobre su repentina partida de París. Parece que los tres mauvais plaisants que habían sido excluidos de la compañía estaban decididos a vengarse; y, con la ayuda de un confrère, auxiliados también por la falsa barba blanca de Sócrates y el sombrero de ala de Federico el Grande, casi lograron engañar al operador, si no hubiera sido por la risa incontrolable de Nadaud, que delató toda la conspiración.

«Esta es la historia que se cuenta sobre la repentina deserción del campamento por el señor Home. El tiempo nos mostrará si es verdad, porque él ha prometido regresar; y si no lo vemos según su promesa en el plazo de tres meses, sabremos qué creer y qué dudar sobre su poder misterioso.»

Podría contar mucho más de este tipo de historias, pero lo que ya he dado es suficiente para mostrar la inventiva temeraria de aquellos que se presumen de iluminar al público a través de la prensa. Encontré más fácil dejarles hacer lo que quisieran, porque si hubiera empezado a contradecir todas las falsedades contadas sobre mí, mi tiempo se habría ocupado completamente en vanos intentos de detener un torrente, que parece como si nunca dejara de fluir.

CAPÍTULO VII.
1857-1858 — FRANCIA, ITALIA, Y RUSIA. MATRIMONIO.

Regresé de América a París en mayo de 1857, y permanecí allí hasta julio, teniendo sesiones todos los días. El poder era muy grande en aquel tiempo, y los fenómenos fueron presenciados e investigados por muchos cientos de personas de todas las clases. Las manos espirituales eran frecuentemente visibles, y muchos las vieron tomar pluma o lápiz y escribir con la caligrafía de la persona cuyo espíritu se decía que estaba presente.

Una mañana vino el conserje a decirme:

«Por favor, señor, hay un caballero mayor aquí, y creo que debe verlo, parece tan ansioso y preocupado.»

Debo mencionar que había sido tan sobrepasado por visitantes, que me vi obligado a rechazar ver a extraños, ya que todo mi tiempo estaba ocupado en compromisos con mis amigos. Accedí a su solicitud, y él anunció al Conde de X. Al primer momento de mirarlo, no vi ninguna de las señales de ansiedad y preocupación que había percibido el conserje, ni me pareció tan viejo. Avanzó hacia donde yo estaba, y tomándome amablemente de la mano, me dijo:

«He sido enviado a usted, y aún sabrá la razón por la cual, aunque ni siquiera sabe quién soy. Vivo en el número 4 de la Rue ___, y tendrá que venir a verme.»

Negué con la cabeza incrédulo, y le dije que mi tiempo estaba tan ocupado, que apenas tenía tiempo incluso para visitar a mis amigos. Sonrió y dijo:

«Verá, verá.»

La conversación cambió entonces, y me dejó después de haber escrito su dirección. Esa noche iba a cenar con la Baronesa de M ___, y antes de salir de la casa para ir a la suya, escuché una voz espiritual diciéndome claramente: «Irás a ver a mi padre, ¿verdad?» La voz no parecía requerir respuesta, pues lo dijo con tanta afirmación, y no respondí.

Al llegar al Hotel de M ___, y entrar en el salón, vi a un joven parado allí. Me sorprendió esto, pues esperaba no encontrarme con ningún extraño. Con los ojos fijos en mí, dijo:

«Me alegra que haya venido, iremos juntos a ver a mi padre,» y de repente desapareció. Hasta ese momento había pensado que era un invitado, tan real era la visión. La Baronesa estaba en la habitación, y vio que estaba agitado, y me preguntó qué había ocurrido, pero no di ninguna explicación.

Al sentarme a la mesa para cenar, nuevamente escuché la misma voz diciendo: «Irás a ver a mi padre, ¿verdad?» Esto me inquietó tanto que conté a la Baronesa la circunstancia, y ella amablemente me aconsejó que fuera. La noche pasó, y después de dos horas casi había olvidado el suceso, y había regresado al salón, cuando de repente vi a mi lado al mismo joven. Su rostro ahora mostraba una expresión de dolor, y me horrorizó ver sangre en su pecho.

Me dijo: «Mi padre te está esperando; ha tenido mucho sufrimiento; es tu misión consolarlo — ve a él.» Le dije que iría al día siguiente, pero me respondió que debía ir entonces, esa misma noche. Desapareció, y conté a la Baronesa lo que había dicho, y ella me permitió salir.

Al llegar al número 4 ___, fui dirigido a los cuartos del Conde, y su criado me dijo que su amo se estaba preparando para retirarse, y probablemente no podría verme. Nuevamente, la voz me dijo que me anunciara, y en ese mismo momento se abrió una puerta, y el Conde se acercó hacia mí, diciendo:

«He estado esperándolo, sabía que vendría.»

Le describí al joven que había visto y todo lo que había sucedido, y él de inmediato lo reconoció como su hijo que había sido asesinado. Me mostró un retrato de él, que correspondía exactamente con mi visión, y desde entonces lo he visto muchas veces. Me contó que, en su aparición aquel primer día, mostró la sangre en su pecho solamente para impresionarme más profundamente con la necesidad de ir a su padre. Su padre me dijo que él mismo había sido durante mucho tiempo un médium parcial, y que se le había dicho que me buscara con el propósito de aumentar su mediumnidad, para que su hijo pudiera impresionarlo más fácilmente con su presencia. Desde entonces ha sido un gran consuelo y alivio para su mente tener la certeza de que su hijo estaba con él para consolarlo en su aflicción.

Por aquel tiempo, mis espíritus guardianes me dijeron que parecía necesario que fuera a Turquía, ya que se estaba abriendo un camino por el cual podría ser el medio de llevar luz

allí. En consecuencia, hice todos los preparativos para mi viaje, y mi poder me dejó. Había recibido cartas de presentación para personas con altos cargos en Constantinopla. Mis baúles estaban empacados, mi pasaporte enviado para visado. Hacía una visita de despedida a la Duquesa de A ___, y mientras conversaba con ella, el salón pareció llenarse de golpes, se pidió el alfabeto, y me dijeron que mi viaje debía posponerse, ya que se avecinaban algunos problemas políticos.

Por lo tanto, en lugar de ir a Turquía, fui a Baden-Baden. Mi poder mientras estuve allí no era grande, ya que mi salud nuevamente estaba decayendo, pero conocí al Rey de Wurtemberg y al entonces Príncipe, ahora Rey de Prusia, ambos investigaron los fenómenos.

Mis espíritus guardianes me dijeron continuamente en ese tiempo que habría problemas para mí, pero que de la oscuridad vendría la luz, y que lo que pareciera una pérdida, al final resultaría una ganancia, y en todo esto tenían razón.

Me fui de Baden-Baden antes de lo que había esperado, y fui a Biarritz. Allí me dijeron que llegaría la primera oscuridad de la nube, y que aquellos que podrían haberme comprendido mejor, serían llevados a pensar mal de mí por quienes los rodeaban, quienes, para cumplir un propósito, fabricarían una declaración cuya misma absurdidad debería haber sido su refutación. El conocimiento previo de lo que iba a ocurrirme, combinado con debilidad nerviosa, me hacía más de lo habitual agitado, y mientras estaba en una sesión, donde casi la única manifestación era tomar una pulsera de la dama sentada a mi izquierda y llevarla a una dama frente a mí, el caballero a mi derecha declaró que había sido transportada por mis pies. Si mis piernas fueran de ocho pies de largo, todavía habría sido un milagro, pero en sucesos tan maravillosos como estos no debemos sorprendernos de cualquier absurdo que pueda ser inventado, por doloroso que sea ser acusado de deshonestidad y fraude.

Algunos casos de la manera en que se dice que se producen los fenómenos son lo suficientemente divertidos como para ser repetidos. Una idea muy popular en París era que llevaba en el bolsillo un mono domesticado entrenado para ayudarme. Otra es que mis piernas están formadas de tal manera que serían capaces de elongación, y que mis pies son como los de un babuino. Muchas personas suponen que cuando voy a una casa extraña, mis mesas deben ser enviadas primero, y que, como la “mesa conjetural” del Sir David Brewster, siempre están abundantemente cubiertas, y que llevo conmigo manos y brazos de cera para mostrarlos en el momento apropiado. Algunos suponen que magnetizo o biologizo a mi audiencia, y que ellos solo imaginan ver lo que ven. Otros que llevo conmigo tenazas perezosas y una linterna mágica, y otros han afirmado que cuando se dice que me elevo en el aire, es solo un globo lleno de gas en forma de hombre. Otros aún sostienen que es hecho por una linterna mágica, mientras que algunos médicos declaran que administro “un dedal de cloroformo a cada uno de los presentes”. Sir David Brewster debió haber recibido su dedal cuando solo podía decir que la mesa “parecía elevarse”, y que “los espíritus eran lo último en lo que él creería”. Algunos tienen suficiente creencia espiritual para decir que tengo al diablo a mi servicio. Otros que levanto espíritus mediante fórmulas e invocaciones.

Luego tenemos el movimiento muscular involuntario para explicar los fenómenos según el erudito Profesor Faraday. El Dr. Carpenter habla de que son producidos por la cerebración inconsciente, y el filósofo Sr. Morell nos dice que son causados por “la acción refleja de la mente”. Una explicación común es el ventriloquismo. La electricidad es otra, y se dice que

tengo una batería eléctrica oculta en mi persona. Luego están la fuerza od y la acción de los fluidos, el principio nervioso, y la colusión, ilusión y engaño. Sir David Brewster también sugiere artilugios mecánicos adheridos a las extremidades inferiores, sin especificar su naturaleza.

Pero la explicación más científica y erudita, sin dejar lugar a conjeturas, fue dada por una anciana en América, quien, cuando se le preguntó si podía dar cuenta de lo que había visto, respondió:
"Señores, es muy fácil, él solo se frota todo con un lápiz de oro."

Los golpes (rappings) se producen de muchas maneras, cada filósofo con su propia teoría, comenzando desde abajo con los chasquidos de las articulaciones de los dedos de los pies, otros subiendo hasta el tobillo, mientras algunos sostienen que es en las rodillas o en los huesos del muslo. "El Profesor Huxley tiene su propio dedo para golpear espíritus con el que divierte a sus amigos." Incluso se ha atribuido a un fuerte latido de mi pulso. Algunos dicen que froto mis botas, otros mis uñas, y que hay resortes ocultos en la mesa y por la habitación. Se ha dicho que tengo una cualidad eléctrica que puedo emitir a voluntad.

Un pensamiento general es que soborno a los sirvientes de cualquier casa que visito, para que me ayuden a ocultar mi maquinaria. La inteligencia mostrada al obtener nombres, fechas y otras circunstancias, se me comunica previamente ya sea por mis propias averiguaciones, por sirvientes, visitando lápidas de familiares, o incluso por un cuerpo de policía secreta a mi servicio. Otros saben que soy clarividente y que leo los pensamientos de los presentes. Soy un consumado ilusionista según otros, y siempre me he negado a ser visto por otros de mi arte, aunque la realidad es completamente lo contrario, y el mayor ilusionista de Francia ha declarado que no podía explicar de ninguna manera lo que presenció por ninguno de los principios de su arte.

Sin embargo, por halagar mi vanidad al conferirme tales cualidades asombrosas y conocimientos científicos que no poseo, ha sido para mí principalmente una fuente de diversión y asombro ver cómo personas eruditas podían disentir de manera tan amplia y absurda entre sí, y esforzarse por picar mosquitos mientras tragaban camellos con tal voracidad sorprendente. Me he desviado de mi narración para ofrecer a mis lectores estas explicaciones sobre la mediumnidad, esperando, sin embargo, que nunca intenten ninguno de los experimentos sugeridos por los eruditos en presencia de personas de comprensión promedio. El excelente establecimiento de Earlswood, bajo la dirección del buen Dr. Coholly, sería más probable que ofreciera el tipo de audiencia adecuada para estas explicaciones de los hombres de ciencia.

Mis buenos amigos, el Conde y la Condesa de B, se marcharon de Biarritz conmigo para visitar el castillo de un amigo mutuo, cerca de Burdeos; y allí hubo varios casos de escritura directa de espíritus sobre papel colocado frente a nosotros sobre la mesa, a plena vista. Una tarde, mientras estábamos sentados, aparecieron manos claramente sobre la mesa, y las vimos tomar sucesivamente un lápiz y escribir. Una de estas manos era pequeña, aparentemente de un niño; otra parecía la de un hombre adulto. La mano del niño escribió un pequeño mensaje a su madre que estaba presente, y lo firmó con su nombre de pila. Hubo una peculiaridad notable en esto, ya que el niño siempre había omitido la última letra de su nombre, que entonces, en lugar de ser un nombre femenino, se convertía en uno masculino. Su nombre era Denise, pero escribió "Denis". Su madre se lo había señalado muchas veces,

y, sin embargo, el niño no había corregido el hábito durante su vida, y ahora, para probar su identidad, omitió nuevamente la última letra. Esto, por supuesto, me era desconocido a mí y a todos, excepto a su padre y su madre, ambos presentes.

La mano más grande escribió varias comunicaciones en nuestra presencia, algunas para su esposa, que estaba en la mesa, y otras para personas que no estaban presentes. La caligrafía era su autógrafo peculiar.

La señora de la casa se dirigió a mí de repente y dijo: "¿Por qué estás sentado en el aire?" Al mirar, vimos que la silla permanecía en su lugar, pero que yo estaba elevado dos o tres pulgadas por encima de ella, sin que mis pies tocaran el suelo. Esto puede mostrar cuán inconsciente estoy a veces de la sensación de levitación. Como es habitual cuando no estoy por encima del nivel de las cabezas de quienes me rodean, y cuando ellos cambian mucho de posición, lo que suelen hacer al observar ansiosamente tal fenómeno, descendí de nuevo, pero no hasta haber permanecido levantado unos treinta segundos desde que se percibió por primera vez.

Luego sentí la impresión de alejarme de la mesa y pronto fui llevado hacia el alto techo. El Conde de B dejó su lugar en la mesa y, acercándose a donde yo estaba, dijo: "Ahora, joven Home, ven y deja que toque tus pies". Le dije que no tenía voluntad en el asunto, pero que tal vez los espíritus permitirían que descendiera hasta él. Así lo hicieron, flotando hasta sus manos, donde mis pies quedaron. Él sujetó mis botas, y fui elevado nuevamente, él sosteniendo firmemente y tirando de mis pies hasta que las botas, que tenían lados elásticos, se deslizaron de mis pies y quedaron en sus manos.

El Conde ha sido toda su vida conocido por ocupar un importante cargo público y por ser tan veraz como bondadoso. A él y a su querida esposa, que recientemente ha fallecido, les debo una profunda gratitud, habiendo sido mis firmes y leales amigos desde que los conocí hace seis años. Creo que esta fue la primera vez que fui elevado en el aire en Francia, y ha sido un hecho muy poco frecuente allí, aunque sucedió con más frecuencia después en Inglaterra, como se verá en páginas futuras. Desde que escribí la narrativa de esta sesión, he solicitado al Conde la verificación de lo ocurrido, y tengo su carta confirmando la exactitud del relato.

Otro incidente ocurrió en presencia del Conde de B. La Condesa X asistía por primera vez a una sesión, cuando se manifestó un espíritu que decía ser su hijo. Se estaba tocando el acordeón, y ella preguntó si podría recordar una pieza musical que les había impresionado especialmente mientras viajaban juntos por su salud en Alemania. Ella dijo que había olvidado la pieza, pero que podría recordarla si él la tocara. Entonces el acordeón ejecutó algunos pasajes intrincados de la ópera *Norma*, que ella reconoció al instante.

Regresé a París y fui a residir con mi amigo el Conde de K——, y allí tuve sesiones casi a diario. También visité el Château de R, con la familia del Marqués de. La segunda noche de mi estancia, cuando nos disponíamos a tomar el té, una mesa situada al fondo del gran salón se acercó a nosotros con extrema violencia. Todos nos sorprendimos, ya que no esperábamos ninguna manifestación, y durante las siguientes dos horas fueron incesantes.

El hijo mayor de la familia, el Conde L——, vino a mi habitación después de que me hubiera despedido de la familia para la noche, y estas pruebas de la presencia de un espíritu se hicieron nuevamente evidentes. Entre otras cosas, se escucharon pasos pesados que

sacudían la habitación. También vi claramente la figura de un niño y describí su apariencia a L——, añadiendo que podría reconocerlo si pudiera ver su retrato. Al encontrarnos con la familia en el desayuno a la mañana siguiente, el Marqués dijo: "¿A qué hora te dejó L—— anoche, y qué hacían los dos saltando por la habitación?" Le dijimos que ambos teníamos las pantuflas puestas, y que seguramente había oído los ruidos causados por los espíritus.

El château, siendo uno de los más antiguos de Francia, tiene paredes de hasta veinte pies de grosor en algunos lugares; de hecho, se han hecho vestidores dentro de ellas, que son bastante espaciosos. Hay solidez en cada piso. Por lo tanto, para que los ruidos se escucharan en la habitación inferior, las manifestaciones debieron haber sido de gran fuerza.

Después del desayuno, la Marquesa me preguntó si quería recorrer el château, y, aceptando, dijo: "Comencemos con mi boudoir". Al llegar al centro de la habitación, miré a mi alrededor y allí estaba el rostro que había visto la noche anterior. Por un momento no pude creer que fuera otra cosa que el propio espíritu, pero era solo un retrato. Mi emoción fue tal que tomé a L——, que estaba cerca de mí, y dije: "Ahí está el niño que vi anoche". Estaba tan abrumado que tuve que abandonar la habitación, y entonces me contaron que, después de que L—— relatara lo ocurrido a su madre, habían preparado una prueba para mí, y sin haberme informado siquiera de la existencia del retrato, querían ver si podía reconocerlo.

En un hotel situado en el Boulevard des Italiens en París, me presentaron a una familia compuesta por el señor H, su esposa y sus dos hijos, ambos en ese momento en el ejército inglés y recién regresados de la campaña de Crimea. El padre, un hombre sereno y veraz, era paisano mío, y nuestra conversación pronto derivó hacia las maravillas de la clarividencia y la visión de fantasmas.

Mientras hablábamos, nos sorprendieron fuertes ruidos provenientes de una parte distante de la habitación, que se acercaban lentamente hacia nosotros. De inmediato les sugerí que algún espíritu deseaba comunicarse con nosotros. El espíritu respondió haciendo los sonidos correspondientes al alfabeto, y se deletreó el nombre “Grenoire”, con la información adicional de que había dejado la tierra, indicando la hora de su partida.

Los dos jóvenes oficiales refutaron enérgicamente esto, ya que reconocieron en el nombre a un amigo muy cercano, un oficial del ejército francés en Crimea, a quien apenas habían dejado allí, sufriendo una herida leve, tan ligera que no generaba preocupación alguna. Sin embargo, el espíritu les proporcionó otras pruebas de su identidad, y durante toda la tarde y la noche continuó haciendo evidente su presencia. Varias veces se trasladaron objetos desde partes alejadas de la habitación, hubo golpes frecuentes, y sus amigos sentían toques. Se oyeron sonidos semejantes a disparos de fusil, y algunos signos eran tan indiscutibles que nadie podía dejar de convencerse del poder y la presencia de los espíritus, aunque habiéndolo visto tan recientemente y sin haber escuchado nada que hiciera probable su muerte, les resultaba difícil creerlo.

Me despedí de la familia tarde en la noche, ya que al día siguiente se marcharían a Inglaterra. Poco después, un miembro de la familia residente en París me informó que habían escrito para averiguar la verdad sobre lo que el espíritu que se llamaba Gregoire les había comunicado, y que, en cada detalle, el espíritu había sido exacto. Debo señalar, sin embargo, que el hijo mayor, antes de que llegara este testimonio corroborativo a su familia,

había sido enviado con su regimiento a Canadá. Estaba sentado en su tienda cuando recibió una carta de su padre relatando los resultados de sus investigaciones en Crimea.

Mientras leía la carta de su padre, informándole de los detalles de la partida de su amigo Gregoire, se sobresaltó al oír un ruido entre papeles y plumas desordenados sobre su mesa. Temiendo que su imaginación lo engañara, llamó a su criado para que revisara la mesa, y para su mutua sorpresa, vieron una pluma levantarse por sí misma y escribir deliberadamente el nombre de Gregoire en un papel en blanco. Este hecho me fue relatado por el padre del joven, y no veo razón para dudar de su veracidad. ¿Qué objeto podría tener el joven para inventar tan deliberadamente una mentira sobre un asunto semejante? Otros sucesos extraños continuaron con otros miembros de la familia tras su regreso a Inglaterra durante varios meses, hasta desaparecer de manera tan repentina e inesperada como habían aparecido.

En enero de 1858 fui a Holanda, acompañado por el señor T, y fui presentado a la Reina. Las manifestaciones en La Haya fueron en algunos casos muy intensas, y en otras ocasiones no ocurría nada, aunque estuviera presente gente deseosa de presenciarlas.

Fui a Ámsterdam con el propósito de encontrarme con los propietarios y escritores de una revista de tendencias infieles. Recuerdo bien que nos alojábamos en un gran hotel antiguo; el frío desolador de las habitaciones, con sus muros desnudos y techos de vigas expuestas, mientras me sentaba frente a la chimenea, que apenas parecía un reflejo de las que tenemos en Inglaterra, cuando se anunciaron ocho o diez caballeros. Ninguno me era conocido ni a mí ni a mi amigo, y les pedí que se sentaran para ver si ocurrían manifestaciones. Parecían personas inteligentes y perspicaces, profundamente leídas y pensantes. La fría razón había envuelto sus mentes con su manto helado, y todo lo que no fuera tangible carecía de valor para ellos.

Se sintió la primera vibración temblorosa en la mesa y el suelo, que a menudo precede a otras manifestaciones. Delegaron a dos de ellos para sentarse debajo de la mesa y vigilar mis movimientos. Se escucharon golpes leves, y examinaron las patas de la mesa para asegurarse de que no ocultara ningún resorte.

Estas manifestaciones aumentaron en fuerza, y tras la más estricta y minuciosa inspección, se vieron obligados a reconocer que habían presenciado algo que no podían explicar. Se solicitó el alfabeto y se recibieron comunicaciones inteligentes. Esto representó un avance para su filosofía y les resultó muy extraño. Pronto las manifestaciones cesaron, pero no antes de que todos expresaran su convicción de que no había fraude. Posteriormente supe, por cartas desde Ámsterdam, que uno de ellos se convirtió en médium y que su incredulidad general en la causa espiritual se modificó considerablemente.

Recuerdo que mi amigo y yo, sentados después de que el grupo se marchara, expresamos nuestro deseo de que hubieran visto más, y nos describimos a nosotros mismos como pobres profetas para tal misión. Esta idea me siguió después de ir a la cama, y el espíritu de mi madre vino a consolarme diciendo que se había dado suficiente, y que “el viento debía ser templado para el cordero elegido”.

Regresamos a La Haya, y una delegación de caballeros de la Universidad de Leyden me invitó a visitar Leyden. Mis compromisos, sin embargo, hicieron necesaria mi partida, y al día siguiente nos fuimos a Bruselas. Allí el poder me abandonó, y los espíritus me dijeron

que tardaría algún tiempo en regresar, y que mientras tanto ocurrirían muchas cosas de gran importancia para mí.

Había tomado un resfriado severo en Holanda, pero tenía intención de quedarme un tiempo en Bruselas para sesiones con mis jóvenes amigos allí, y al comprobar que mi poder había desaparecido, consideré mejor regresar a París para consultar a mi médico. Allí me diagnosticó empobrecimiento de la sangre y gran depresión nerviosa, y me aconsejó ir a Italia. Me opuse firmemente, ya que cada vez que dejaba París surgían historias absurdas sobre mí, como que el Emperador me ordenaba marcharme o que huía de la ley. Permanecí, empeorando día a día durante dos o tres semanas, hasta que partí con la intención de quedarme en Turín con mis amigos.

Al llegar a Turín en febrero, encontré la nieve cubriendo el suelo a considerable profundidad y un frío más intenso que en París, por lo que esa misma noche me dirigí a Pisa para reunirme con algunos amigos. Encontré Pisa muy fría y me aconsejaron continuar hacia Roma.

Llegué a Roma en marzo y rechacé casi todas las invitaciones para salir, deseando estar tranquilo para recuperar mi salud. Una tarde, mientras paseábamos juntos por el Pincio, un amigo mencionó el nombre de una familia rusa distinguida que residía en Roma, y añadió que estaban deseosos de conocerme. Me excusé alegando mi salud. En ese momento pasaba un carruaje y se detuvo, y mi amigo, antes de que me diera cuenta de lo que hacía, me presentó a la **Condesa de Kouchekff**, quien me invitó a cenar con ellos esa misma noche, añadiendo que acostumbraban a trasnochar.

Fui alrededor de las diez de la noche y encontré reunido a un gran grupo de personas. A las doce, al entrar en el comedor, ella me presentó a una joven, a quien entonces vi por primera vez, como su hermana. Una extraña impresión me invadió de inmediato, y supe que ella sería mi esposa. Al sentarnos a la mesa, la joven se volvió hacia mí y, riendo, me dijo: "Señor Home, se casará antes de que termine el año". Le pregunté por qué decía eso, y respondió que en Rusia existe la superstición de que, cuando una persona está a la mesa entre dos hermanas, sucede algo así. No respondí. Era verdad.

En doce días estábamos parcialmente comprometidos, esperando solo el consentimiento de su madre. Esa misma noche, mientras se celebraba una pequeña reunión con baile, estaba sentado en un sofá junto a mi prometida, cuando se volvió hacia mí y dijo de repente: "Cuéntame todo sobre los golpes espiritistas, porque sabes que no creo en ello". Le respondí: "Mademoiselle, confío en que siempre tenga presente que se me ha confiado una misión. Es grande y sagrada. No puedo hablarte de algo que no has visto y que, por lo tanto, no puedes comprender. Solo puedo decirte que es una gran verdad".

Las lágrimas le brotaron de los ojos, y poniendo su mano en la mía, dijo: "Si tu misión puede brindar consuelo a quienes son menos felices que nosotros, o de alguna manera aportar alivio a la humanidad, siempre me encontrarás dispuesta a ayudarte en todo lo que pueda". Ella permaneció fiel a este noble sentimiento hasta el último momento de su corta vida, y sigue siendo mi gran consuelo y sostén desde que nos separamos en esta esfera terrenal. Fue mi verdadera y amorosa esposa, aunque por un período demasiado breve para mi felicidad aquí; pero por la suya, acepté perderla temporalmente, hasta que Dios quiera que yo también parta para reunirme con ella.

Poco después de nuestro compromiso, la familia se trasladó a Nápoles, y yo fui con ellos; permanecimos allí seis semanas. Luego la familia partió hacia Florencia, y mi prometida quedó al cuidado de una familia rusa que regresaba a Rusia por París, para reunirse con su madre y preparar los papeles necesarios, de modo que el matrimonio pudiera celebrarse tan pronto como la familia regresara a San Petersburgo. Los acompañé a París y, tras su partida, viajé a Escocia para obtener mi certificado de nacimiento, ya que el secretario parroquial me había enviado uno con mi nombre escrito "Hume" en lugar de "Home". Sabiendo que era incorrecto, tuve que realizar un viaje para corregirlo y luego regresé a París, donde me reuní con la familia que había llegado desde Italia.

Partimos hacia San Petersburgo en junio, acompañados por **Alexandre Dumas**, quien actuaría como padrino en mi matrimonio. Se puede leer un relato divertido de nuestro viaje en el libro de Dumas titulado *De París a Astracán*. Al llegar a San Petersburgo, recibí una invitación muy amable para ser recibido por el Emperador, la cual tuve que rechazar, ya que en ese momento no estaba en condiciones de atenderla; su Majestad, sin embargo, me envió un mensaje diciendo que en cualquier circunstancia estaría complacido de verme. Me excusé alegando tener demasiados asuntos que atender antes de mi matrimonio.

Un mes después, surgieron ciertas dificultades, y los papeles necesarios no estaban listos, por lo que el matrimonio parecía a punto de aplazarse. Durante varios meses no tuve manifestaciones espirituales, pero esa noche el espíritu de mi madre me indicó que informara al Emperador al día siguiente que mi poder había regresado. Lo hice, y fui recibido por Su Majestad en el Palacio de Peterhof, donde pasé una semana; todos los obstáculos para mi matrimonio fueron removidos por su Majestad, quien, como siempre, me mostró la mayor amabilidad. Tengo la más alta veneración por él, no solo como monarca, sino como hombre de sentimientos generosos y bondadosos.

Nos casamos el **domingo 1 de agosto de 1858** (20 de julio, calendario antiguo). Primero en la capilla privada de la casa campestre de mi cuñado, según los ritos de la Iglesia Griega, y luego en la Iglesia de Santa Catalina, según los ritos de la Iglesia Romana.

Poco tiempo después de nuestro matrimonio, mientras mi esposa dormía tranquilamente, vi entrar en la habitación el espíritu de mi madre, seguido por otro que, aunque nunca lo había conocido en la tierra, supe que era el padre de mi esposa. Sentí alivio de que mi esposa estuviera dormida, pues temía que la viera y se asustara. Mi sorpresa fue grande al oírla decir: "Daniel, hay alguien en la habitación con nosotros. Es tu madre, y cerca de ella está mi padre. Es muy hermosa y no tengo miedo". Sin embargo, sus acciones mostraban cierto temblor, pues se volvió hacia el lado de la cama donde yo yacía, temblando violentamente. Los espíritus desaparecieron, pero se oyeron fuertes golpes en la habitación y nuestras preguntas fueron respondidas. Esta fue la primera introducción de mi esposa a este tipo de manifestaciones.

CAPÍTULO VIII
RUSIA, PARÍS Y INGLATERRA

Dos semanas después de nuestro matrimonio, partimos para visitar algunas de las propiedades de mi cuñado, algunas situadas en la costa de Crimea y otras en el interior de

Rusia. El viaje duró alrededor de seis semanas, y luego regresamos a una casa de campo suya en las cercanías de Moscú. A finales de noviembre de 1858, estábamos en San Petersburgo, en la casa de mi cuñado, el conde Grégoire Koucheleff-Besborodko, de quien y de la condesa siempre he recibido la más cordial simpatía y bienvenida fraternal, y a quienes debo, y siempre deberé, una deuda de la más profunda gratitud. Aquí, de vez en cuando, mi poder regresaba, aunque generalmente de forma débil. Aun así, se lograba mucho bien. Por ejemplo, puedo mencionar que un joven oficial, convencido de las verdades de la inmortalidad por lo que presenció en mi presencia, ofreció una cena a sus amigos, en la cual anunció públicamente que, en lugar de reírse de la religión como antes, había visto en estos fenómenos pruebas que lo convencían de la realidad de una vida futura, y que de entonces en adelante llevaría una vida diferente.

A mediados de enero de 1859, caí enfermo de una severa inflamación interna. Esto duró algún tiempo y aumentaba a un ritmo alarmante, más allá del alcance del médico que me atendía, y los síntomas peligrosos se intensificaban debido a mi habitual debilidad nerviosa. Se recomendó fricción, pero el dolor extremo que causaba impedía su aplicación. Me encontraba en este estado cuando, una noche, mi esposa y un amigo, el barón de M…, estaban presentes, y mis manos fueron súbitamente tomadas por la influencia espiritual, obligándome a golpearlas con extrema violencia sobre la parte extremadamente sensible y delicada. Mi esposa se asustó y trató de detener mis manos, pero mi amigo, que conocía suficientemente las manifestaciones espirituales, lo impidió. No sentí dolor, aunque la violencia de los golpes que me daba hizo temblar la cama y toda la habitación. En cinco minutos, la hinchazón había disminuido visiblemente, y los movimientos de la mano comenzaron a suavizarse. En una hora, dormía tranquilamente, y al despertar a la mañana siguiente, descubrí que la enfermedad había desaparecido, quedando solo cierta debilidad. La expresión del rostro del médico desafía mi descripción cuando me visitó temprano esa mañana, esperando encontrarme peor, y al sentir mi pulso comprendió que había ocurrido un cambio que excedía su capacidad de explicación.

El 26 de abril, según el calendario antiguo, o el 8 de mayo según el nuestro, a las siete de la tarde, y mientras la nieve caía copiosamente, nació nuestro pequeño hijo en la casa de la ciudad, situada en el muelle Gagarin, en San Petersburgo, donde aún estábamos alojados. Pocas horas después de su nacimiento, su madre, la nodriza y yo escuchamos durante varias horas el trinar de un pájaro, como cantando sobre él. Aquella noche, y durante dos o tres noches siguientes, apareció varias veces sobre su cabeza una luz brillante, similar a una estrella, claramente visible en la penumbra de la habitación, donde solo había una lámpara nocturna encendida. La luz permanecía por unos momentos y luego se desplazaba lentamente hacia la puerta, donde desaparecía. Todos nosotros la vimos al mismo tiempo. Esta luz estaba más concentrada que otras vistas anteriormente en mi presencia. Era más brillante y claramente globular. No creo que proviniera de mi mediumnidad, sino más bien de la del niño, quien en varias ocasiones ha manifestado la presencia de este don.

Durante la última parte del embarazo de mi esposa, pensamos que era mejor que no participara en sesiones espiritistas, ya que cada vez que se producían golpes en la habitación, el movimiento del niño se sentía simultáneamente, perfectamente sincronizado con los sonidos. Tres golpes equivalían a tres movimientos, cinco golpes a cinco movimientos, y muchas veces corregía nuestras interpretaciones del alfabeto según las indicaciones del niño.

Nuestro hijo fue bautizado dos semanas después de su nacimiento. Su padrino fue el marqués de Chateaureynard, actual ministro de Francia en Hesse-Cassel, y su madrina su tía, la condesa Luba. Su segundo padrino fue su tío, el conde Grégoire, y su segunda madrina su pariente Sophie.

Una semana después del bautizo, fuimos a la residencia del conde en las inmediaciones de San Petersburgo. Allí presenciamos muchas manifestaciones notables, vistas por numerosos testigos, quienes investigaron, al igual que otros antes, con los mismos resultados. Recuerdo una noche, cuando un amigo mío, antes incrédulo, fue convertido al ver una mano femenina que se formaba lentamente en el aire, a pocos centímetros sobre la mesa, hasta asumir toda la apariencia de una mano real. La mano tomó un lápiz sobre la mesa y escribió un mensaje que conmovió profundamente a mi amigo, quien reconoció que provenía de su madre. La creencia general es que las manos espirituales siempre aparecen ya formadas desde debajo de la mesa, pero esto es incorrecto: muchas veces se han visto formarse ante todos y luego desaparecer de la misma manera. A veces, incluso, se han visto formarse sobre nuestras cabezas y descender sobre la mesa para luego desaparecer.

El aniversario de nuestro matrimonio nos encontró en el vapor **Baltic**, rumbo a Dunkerque, de donde fuimos a Ostende a visitar a mi suegra, que estaba allí por su salud. Al verla, en el momento de abrazarnos, tuve otra de esas singulares impresiones que me asaltan al contacto físico. Me parecía como si un elemento perturbador de una sustancia física hiciera vibrar un secreto acorde del alma, despertando lo que podría llamar un recuerdo del futuro, o como si una flor de primavera se mostrara entre los vientos fríos del otoño, como signo del cuidado constante de Dios, nuestro amoroso padre, hacia sus hijos, en el pasado, presente o futuro. Mis sensaciones son tan peculiares en estos momentos que las palabras apenas pueden expresarlas. Al tocar a mi suegra, vi claramente que, tras dejar Ostende, no nos encontraríamos de nuevo en la Tierra. Esta predicción, como siempre ha ocurrido, resultó ser correcta.

Llegamos a París en agosto de 1859. Mientras estábamos allí, visité brevemente a un amigo en Suiza, y tuvimos una o dos sesiones espiritistas. Al regresar a París, un amigo nos ofreció amablemente el **Château de C—**, donde permanecimos alrededor de dos meses, tras los cuales viajamos a Inglaterra en octubre. Mi poder había desaparecido durante varias semanas. Una noche de noviembre, mientras yo estaba ausente, mi esposa, con el niño y la nodriza, escuchó golpes fuertes sobre el techo. Pensaron que alguien caminaba arriba, pero los golpes se trasladaron a la pared de la habitación y, momentos después, a la mesa. Mi esposa preguntó quién era el médium y la respuesta fue que era el niño dormido. Se nos dijo que podían manifestarse a través de él, pero que no lo hacían "porque la atmósfera usada era necesaria para su desarrollo físico en el mundo natural". Desde entonces, solo hemos tenido una evidencia externa de presencia espiritual a través de él, aunque nos ha dado indicios de ser un vidente.

A fines de noviembre estábamos en Inglaterra, y el poder regresó. Comencé a celebrar sesiones como de costumbre, hasta el 24 de julio del año siguiente. Durante este tiempo, las manifestaciones fueron vistas e investigadas por personas de todas las clases, desde estadistas hasta gente humilde. Prefiero remitir al lector a los testimonios de quienes lo presenciaron. Algunos fragmentos de estos escritos se publicaron en *The Spiritual Magazine* y otros periódicos, y otros aparecen ahora por primera vez.

El siguiente es un fragmento de una carta del señor Pears, acompañado de mis amigos el señor y la señora Cox, quien presenció las manifestaciones por primera vez:

*"Casi inmediatamente, la mesa se inclinó hacia el señor Home, quien levantó sus manos de la mesa, aún inclinada, invitándome a mirar debajo para asegurar que no se usaban medios materiales. Miré y no vi ninguno. Al volver a mi asiento, la mesa volvió a nivelarse y luego se movió ondulatoriamente, como sobre olas; parecía casi flexible. Luego se estabilizó horizontalmente, de manera que un vaso lleno no habría derramado ni una gota. La mesa se elevó de 18 a 24 pulgadas del suelo, mientras todas las manos permanecían sobre ella; finalmente descendió suavemente a su lugar.

Se escucharon golpes cerca de la señora Cox, aparentemente producidos por un hijo fallecido suyo. Luego, golpes leves junto a la señora P., supuestamente de Phoebe, nuestra hija fallecida. Golpes se oyeron bajo mis manos, y el paño de la mesa parecía levantarse por algo debajo, tocando mi muñeca. Mi esposa confirmó la sensación de que alguien bajo el paño intentaba tocar mi muñeca.

Cuando los golpes bajo mi mano parecían provenir de los 'espíritus de mi abuelo', pregunté si podía tomar la gran campana que sostenía. Fue tomada y golpeada bajo la mesa. Al sostenerla bajo la mesa, sentí que la tiraban con fuerza; fue golpeada y depositada en el suelo.

Durante nuestra sesión, de dos a tres horas, ocurrieron muchas cosas que me impresionaron. Pero lo más notable fue que el señor Home, al asumir la presencia del espíritu de mi abuelo, entró en un estado semiinconsciente y dijo: 'Aquí hay un hombre alto, viejo, erguido, como cuáquero, pero no cuáquero'. Adoptó gestos de un anciano, me estrechó la mano de manera que me recordó a mi abuelo y mencionó a alguien muy querido que había sido separado por mucho tiempo, pero que se reencontraron en el otro mundo. Todo fue dicho de manera fragmentaria, con gestos comprensibles solo para mí. Mi asombro aumentó cuando mencionó a la hija de mi abuelo, ambos fallecidos cuando él era niño en América."*

Aunque te conozco mucho, amigo Dixon, creo que nunca te conté que mi abuelo provenía de una familia cuáquera, como era el caso.

Quedé asombrado por este incidente más allá de lo que puedo expresar, y reconocí ante el señor Cox que la historia que se había esbozado, y las reflexiones sobre ella, eran justamente lo que habría esperado que pudiera haber hecho mi abuelo.

“No he encontrado aún un lugar en mi sistema para estos fenómenos, pero estoy convencido de que son fenómenos genuinos.”

Otro relato me lo dio el señor J. G. Crawford, un caballero que durante años había resistido toda creencia en tales fenómenos, considerándolos imposibles y absurdos. Resultó que un amigo suyo de Liverpool iba a encontrarse conmigo en la casa del señor Coleman, en Bayswater, y me convenció para acompañarlo. Él narrará la historia con sus propias palabras, francas y veraces:

“Home puso su mano izquierda sobre la mesa y con la derecha levantó un acordeón, que mantenía bajo la mesa. Mi amigo y yo fuimos invitados a mirar por debajo, y lo vimos

moverse claramente hacia arriba y hacia abajo, aparentemente sostenido y tocado por una sola mano.

Continuamos sentados alrededor de la mesa. La habitación estaba tan oscura que no podíamos vernos entre nosotros. La mesa dio un violento golpe sobre el suelo; aún así, mantuvimos las manos sobre ella. Luego se levantó en bloque unos treinta o cuarenta centímetros del suelo, hasta donde pude juzgar.

Home dijo entonces que sostenía el acordeón bajo la mesa con una sola mano, cuando este tocó un hermoso tema inglés, 'Home, sweet Home', de manera muy lograda.

Poco después ocurrió un hecho muy curioso, sobre el cual no puedo aventurar conjeturas. Home comentó: 'Siento que voy a elevarme'. La habitación estaba completamente a oscuras. Dijo: 'Me estoy levantando', y como yo estaba a pocos metros de él, extendí la mano; indudablemente sentí las suelas de sus botas, unos noventa centímetros sobre el nivel del suelo. Al hacerlo, él dijo: 'No me toques, o descenderé'; por supuesto, desistí de inmediato, y descendió. En menos de cinco minutos dijo: 'Estoy ascendiendo de nuevo', y por el sonido de su voz, no podíamos sino inferir que realmente se estaba elevando hacia el techo del vestíbulo.

Luego pareció flotar bajo el arco, y después subir hasta la cornisa de la sala en la que estábamos, y lo escuchamos hacer tres marcas cruzadas en el techo, además de otras inscripciones. Luego descendió suavemente y se recostó sobre la mesa, posición en la que lo encontramos cuando encendieron el gas, y cuando vimos claramente las marcas en el techo, que habíamos oído hacer."

Soy consciente de que muchos, incluso bien intencionados, dirán que todo esto es producto de colusión o engaño. En muchos países, y en el nuestro hasta hace menos de un siglo, todos los fenómenos extraordinarios se atribuían rápidamente al demonio. Él impulsó a Galileo hacia el sistema adoptado de astronomía; a Harvey hacia la circulación de la sangre; fue causa de la brujería en Escocia y tuvo mucho que ver con las maravillas de la química antes de alcanzar su certeza científica actual y utilidad en las artes y la agricultura. Pero el testimonio de miles de excelentes testigos no puede ser ignorado con tal argumento.

No hace muchos años era común negar la eficacia del cloroformo, la homeopatía, la hidropatía, el magnetismo, el mesmerismo, etc.; hoy los efectos curativos de estos agentes son reconocidos y aceptados. Parece existir una ley de desarrollo progresivo en el universo. Si los supuestos hechos del espiritualismo resultan ser reales, después de repetidos experimentos, no cabe duda de que también tendrán un lugar permanente junto a los descubrimientos recientes. Así, hoy día, quien piense mínimamente no puede ser tan audaz e insensato como para negar que "hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que se sueñan en nuestra filosofía".

En la simple narración que he dado de lo que mi amigo y yo constatamos aquella noche en Villas, he evitado exagerar los eventos, y para mayor precisión he dado cifras de tamaños, que deben tomarse como aproximaciones cercanas a la medida real.

—J. G. Crawford.

Crawford menciona que descendí inmediatamente al tocarme los pies. He observado que esto ocurre siempre cuando alguien me toca, o incluso me mira con atención, antes de que me eleve por encima de las cabezas de quienes están en la sala; pero una vez alcanzada esa altura, mirarme o tocarme no tiene efecto. No puedo explicar la causa, pero quizá se trate de alguna ruptura en el magnetismo que ocurre en el primer caso y no en el segundo.

El 3 de abril de 1860, había asistido con algunos amigos a una conferencia en St. John's Wood, dada por M. Louis Blanc, titulada "Sobre las Personas y Agencias Misteriosas en Francia a fines del siglo XVIII". La charla trató bastante sobre Cagliostro, y durante su exposición tuve la impresión más fuerte de la presencia de Cagliostro; la dama que se sentaba a mi lado también percibió una presencia espiritual intensa, sintiendo cómo se le tiraba del vestido y otras manifestaciones.

Al regresar a casa, encontré que mi esposa se había retirado antes de lo habitual debido a un fuerte dolor de cabeza. Durante nuestra conversación, al preguntarme cómo me había parecido la conferencia, le dije: "He estado toda la noche siendo perseguido por Cagliostro", a lo que exclamó: "Por favor, no uses esa palabra 'perseguido', suena tan extraña y me asusta".

Ya había apagado la luz y estaba en la cama cuando, para mi asombro, la habitación se iluminó como si el sol hubiera brillado un instante en la ventana. Pensando que tal efecto pudiera ser solo una percepción espiritual mía, pregunté: "Sacha, ¿viste algo?" Su respuesta fue: "No, ni podría, porque tengo la cara enterrada en la almohada, el dolor es muy intenso". Le pedí que observara, y mentalmente pedí que, si la luz era externa, se reprodujera. Casi simultáneamente con el pensamiento, la luz volvió, tan clara y brillante que ningún mediodía fue jamás más resplandeciente.

Mi esposa preguntó si era el espíritu de Cagliostro, y tres destellos de luz muy intensos confirmaron la respuesta. Se nos dieron respuestas a varias preguntas de la misma manera maravillosa, y luego escuchamos un tintineo musical, como si una campanilla de plata se tocara justo sobre nuestras cabezas. Así nos siguieron dando respuestas, y entonces sentimos un pie moviéndose suavemente sobre el suelo, acercándose hasta que percibimos una forma inclinada sobre la cama. Al hacerlo, presionaba la ropa de cama como lo haría una presencia material real.

Preguntamos si había sido médium en vida, y una voz distinta, audible para ambos, respondió: "Mi poder era el de un mesmerista, pero mal entendido por los que me rodeaban; mis biógrafos han hecho injusticia, pero no me importa la falsedad de la tierra". Mi esposa y yo estábamos tan impresionados por aquella evidencia tan intensa y casi aterradora de la presencia de alguien que no tenía relación con nosotros, que por unos momentos nos quedamos sin poder hablar.

Sin embargo, pronto volvimos en nosotros mismos cuando una mano se posó sobre nuestra cabeza, y ella, tomando mis manos entre las suyas, las sostuvo diciendo: "Querido espíritu, ¿serás uno de mis ángeles guardianes, velarás por mí junto a mi padre, me enseñarás lo que debo hacer y me harás agradecido a Dios por todas sus misericordias?" Nuestras manos fueron entrelazadas por una mano, y su mano izquierda fue suavemente separada de la mía, mientras un anillo, que era el anillo de sello de mi suegro, se colocaba en su tercer dedo. Este anillo estaba previamente en la habitación, pero a una distancia de al menos tres metros

de donde se encontraba la cama. “Buenas noches, queridos, y que Dios los bendiga”, se dijo audiblemente, y simultáneamente con el sonido llegaron tres ráfagas de perfume, tan deliciosas que ambos exclamamos: “¡Qué verdaderamente maravilloso!”

Su dolor de cabeza desapareció por completo, y aunque nuestros nervios habían estado muy alterados, dormimos profundamente. Al día siguiente, y de hecho durante varios días después, mi esposa tuvo pruebas ocasionales de la presencia de este espíritu, y él permaneció con ella hasta el momento de su fallecimiento. Durante los últimos meses de nuestra estancia en Inglaterra, ella lo veía con frecuencia.

A mediados de mayo de 1860, mi suegra nos escribió desde San Petersburgo lo siguiente:

“Queridos hijos: puede que no sepan que mañana debo someterme a una operación quirúrgica. He visto a mi confesor; he recibido el sacramento y ahora me siento muy tranquila. No se alarmen, pero hagan como yo: confíen en Dios.”

En la mañana del lunes 29 de mayo, mi esposa estaba ocupada en un bazar en el Crystal Palace, Sydenham, y yo propuse visitar con un amigo el establecimiento de los señores Barclay y Perkins.

“Condujimos hasta allí y recorrimos casi todo el establecimiento, cuando en la sala de barriles uno de los obreros nos propuso probar la cerveza porter. Mi amigo la estaba probando, y el encargado me trajo una jarra. Extendí la mano para tomarla, y al tocar el metal un escalofrío profundo recorrió todo mi cuerpo, y de repente supe que mi querida suegra, quien había sufrido durante muchos años, había sido liberada de sus problemas terrenales. Rechacé la cerveza y pedí a mi amigo que me acompañara a casa. Al cabo de una hora estaba calmado y razoné conmigo mismo cómo podía ocultar la dolorosa noticia a mi esposa. Esa noche, en una sesión, ella preguntó cómo estaba su madre. La respuesta dada fue: 'Ahora está bien'. Todos los presentes, excepto ella, entendieron claramente a qué se refería, y una amiga a mi izquierda hizo todo lo posible por ocultar sus lágrimas.”

El jueves siguiente, escuché a mi esposa subir corriendo a mi habitación. Al abrir la puerta, antes de que pudiera hablar, y de hecho antes de que la hubiera visto, le dije: “Sacha, lo supe el lunes pasado.” Ella se acercó a mi cama y me entregó una carta dirigida a mí por mi cuñada, que contenía un telegrama anunciando que mi suegra había fallecido ese lunes. Mi esposa había abierto esa carta. Dos noches después, en una sesión en la que estuvieron presentes el Conde T y un amigo ateo, su querido espíritu apareció; sus manos se hicieron visibles, descansando sobre la cabeza de su hija y luego sobre la mía. Escribió con su caligrafía peculiar: “Siempre la amarás, ¿verdad?” y firmó: “Nathalie.” El que había llegado como ateo, ya no lo era.

A continuación tomo el relato de algunas nuevas manifestaciones de la revista *Spiritual Magazine*, titulado *Dos noches con el señor Home*, introducido por el editor:

“Hemos recibido de dos corresponsales, bien conocidos por nosotros, el siguiente relato de manifestaciones durante las noches del 1 y 9 de mayo pasado, cada noche en presencia de nueve personas, cuyos nombres nos han sido facilitados, y que podemos proporcionar de manera privada a quien considere necesario conocerlos para creer. Mientras tanto, podemos garantizar públicamente la total confianza que nos inspira la narrativa, habiendo oído todo el relato directamente de los narradores antes de recibir el manuscrito.”

1 de mayo de 1860

“El grupo estaba compuesto por el señor y la señora Home y siete damas y caballeros más. Nos sentamos alrededor de la mesa redonda en el gran salón. La mano del señor Home se movía para escribir: ‘El espíritu de John es alguien que fue amable con tu padre durante el viaje a América’. Nadie entendía esto; pero un minuto después, al entrar otro señor, expresó su convicción de que estaba destinado a él, pues su padre había viajado a América. Tres golpes fuertes confirmaron lo que dijo. La mesa se movió alejándose de nosotros, y preguntamos si querían que la acercáramos a la ventana. La respuesta fue: ‘Sí’. Lo hicimos, dejando un espacio vacío junto a la ventana, abriendo las persianas y, según sus instrucciones, apagando las velas. El fuego ardía con fuerza. Se deletreó: ‘Hay un poco demasiada luz’. El señor y una señora trataron de cubrir el fuego lo más posible, y la luz de la luna y del gas de la calle iluminó la mesa, pero de manera suficiente, pues la luna estaba muy brillante. El espíritu de Albert tomó el acordeón y tocó una melodía de armonía sobrenatural. El señor Home y yo sosteníamos el acordeón bajo la mesa, pues la fuerza era muy intensa y la música muy fuerte; el instrumento incluso parecía a punto de ser arrastrado de nuestras manos.”

“Tras un corto tiempo, apareció lentamente en el espacio frente a la ventana una mano femenina preciosa; también vimos parte del brazo mientras la sostenía en alto durante un rato. Todos quedamos asombrados. La mano era tan transparente y luminosa, tan angelical, que nuestros corazones se llenaron de gratitud al Creador por permitir una manifestación tan maravillosa. La mano era visible más por la luz interna que parecía emanar de ella que por la luz de la luna. Al desaparecer lentamente, Mlle., que estaba junto al espacio abierto, vio formarse otra mano a su lado; luego apareció una mano masculina, mucho más terrestre y real, que pensé reconocer (más tarde me dijeron que mi suposición era correcta). Luego vino una mano de bebé; después, el niño (hijo adoptivo de la señora L) mostró su cabeza; finalmente, manos espirituales levantaron al pequeño, de modo que los nueve pudimos ver sus hombros y cintura. Después, un brazo y una mano cubiertos con un drapeado blanco y transparente se elevaron, permaneciendo visibles al menos cinco minutos, realizando gestos elegantes.”

“Luego, manos espirituales nos mostraron una corona exquisita de flores blancas, perfecta en forma y diseño; deletrearon: ‘El emblema espiritual de la madre de William’. Luego nos mostraron el emblema de la superstición: una mano negra y arrugada. Al notar que no la veíamos bien, las cortinas fueron corridas y la persiana levantada; todos pudimos verla. Finalmente se nos mostró el ‘emblema de la verdad’, más hermoso que todos los anteriores, como un manantial de agua cristalina que lanzaba destellos plateados, desapareciendo de nuestra vista pero quedando en la memoria como perfección. Tras esto, se nos dijo: ‘No podemos hacer más’.”

“El señor Home entró en trance y, al reclinarse en su silla, un destello de luz intensa cayó sobre mí. La luz iluminó mis hombros y mi mano derecha, proveniente de un lugar de la habitación donde el espíritu de un amigo mío había estado antes y se había comunicado con nosotros. Esta luz solo la vi yo; al girarme con la esperanza de ver al espíritu, el señor Home me dijo: ‘Sí, está ahí’, y añadió un mensaje de él. Luego nos dijo que la primera mano que vimos era de su madre; la segunda, de mi padre, como yo había esperado silenciosamente; y la mano y brazo con drapeado eran para Prudence, igual que la que ella había visto años antes en París, antes de conocer cualquier manifestación espiritual. También nos dio el

nombre completo del ‘espíritu John’, que había ido a América con el padre del señor A, y añadió información privada confirmada por el señor A.”

“Los acontecimientos de esa noche fueron tan maravillosos que pedí a mis amigos presentes que leyeran este relato y lo firmaran como testigos de la verdad de lo narrado.”

9 de mayo de 1860
“Me reuní con amigos interesados en presenciar pruebas del poder espiritual, aceptando con gusto la invitación para encontrarnos el lunes 9 de mayo en una casa en el West End. A las 8:15 entramos en el salón trasero contiguo y nos sentamos a una mesa. Éramos nueve, incluido el señor Home. Inmediatamente, la mesa comenzó a vibrar y a elevarse del suelo. Digo elevarse, porque ningún ser humano de carne y hueso lo hacía. Durante unos minutos no ocurrió nada mientras conversábamos; luego, la mesa subió gradualmente unos cuatro pies (más de un pie por encima de nuestros brazos extendidos, cuyas manos habían descansado suavemente sobre ella). Después descendió. El señor Home tomó el acordeón con la mano derecha por el borde inferior, dejando la izquierda sobre la mesa, y se tocaron algunas piezas hermosas, delicadas y melodiosas. Gradualmente se hicieron más completas, llenando la habitación con un volumen de sonido similar a un órgano, sin una sola nota falsa. Una amiga, sentada a mi lado, exclamó: ‘¡Dios mío, qué maravilloso!’ y luego preguntó si podían tocar un aire que conociéramos; pedimos ‘God save the Queen’ y se tocó de inmediato.”

“Una dama presente, cuyo hijo pequeño había muerto recientemente, percibió indicios de que su hijo estaba allí; de pronto, el acordeón comenzó a tocar una melodía que al niño le encantaba en vida y que coincidía con el nombre de su madre. ¿No había en ese hecho una verdad de vida y de amor? La madre lo pensó y sus lágrimas lo delataron.”

Las detonaciones sobre la mesa, y a veces bajo mis manos, eran tan agudas, claras y fuertes, como si se golpeara vigorosamente con el borde de una moneda. Entonces se escucharon los sonidos que dijeron: “Ve a la ventana”. Nos levantamos y movimos la mesa del baño a unos cuarenta y cinco centímetros de la ventana. Nos sentamos nuevamente, pero más cerca, dejando un espacio vacío al lado de la mesa, frente a la ventana. Los sonidos entonces indicaron: “Apaguen las luces”, lo cual se hizo. Descubrimos que, aunque la habitación estaba oscura, la luz de la ventana era suficiente para vernos levemente entre nosotros. La persiana comenzó a moverse hacia arriba y hacia abajo —sin nadie cerca—, evidentemente ajustando la luz; y mientras comentábamos la singularidad del fenómeno y lo alto que subía, de repente se levantó hasta la parte superior y luego bajó suavemente a su posición original.

Sentí algo sobre mi cabeza y resultó ser una hoja. De repente, la hoja de un geranio fue tomada y caída en el regazo de una dama que estaba en la mesa. Escuchamos el chasquido como si se rompiera el tallo de una flor, y de inmediato, pasando junto al oído de mi amigo y sobre su rodilla, cayó una ramita de geranio; mientras él la levantaba para mostrárnosla, expresé el deseo de tener una, y otra ramita pasó junto a mi oreja derecha hasta mi regazo. La recogí y, mientras la mostraba, otra ramita cayó frente a mi rostro, como desde el techo. La planta de geranio estaba a varios pies de distancia de nosotros, y las ramitas caían tanto a mi derecha como a mi izquierda.

Tras una pausa, sentí que Mr. Home parecía a punto de ser levantado; se apartó de la mesa y pronto dijo: “Estoy levantándome”, aunque no podíamos verlo. “Me han puesto boca

arriba". Le pedí que, en lo posible, se acercara a la ventana para poder verlo; de inmediato flotó con los pies horizontales hacia la luz de la ventana, de modo que todos vimos sus pies y parte de sus piernas suspendidos en el aire como una pluma, a unos dos metros del suelo y casi un metro por encima de la altura de la mesa. Luego fue llevado de regreso a la oscuridad y exclamó: "Me han dado la vuelta, y me acerco a ustedes". Vi su cabeza y rostro a la misma altura que antes, flotando en el aire.

Después descendió y se acercó, sentándose al borde de la mesa donde estábamos, y la mesa comenzó a elevarse con él encima. Mr. Home fue llevado detrás hasta el sofá junto a mí, y mientras estaba allí, escuchamos sonidos varias veces, como si alguien pronunciara una sílaba en el medio de la habitación. Sentí una presión contra mi silla y, al mirar, vi que el otomán se había desplazado unos dos metros por el suelo, sin que nadie lo tocara, acercándose a Mr. Home. Él dijo: "Supongo que es para que descanse", se recostó, y el otomán volvió a su posición original. "¡Oh! Me estoy emocionando, que alguien venga y se siente conmigo". Fui y me senté a su lado; tomó mi mano y, en aproximadamente un minuto, sin esfuerzo muscular, flotó suavemente alejándose de mí y se perdió en la oscuridad. Seguía hablando para hacernos saber dónde estaba, y escuchamos su voz en distintas partes de la habitación, como cerca del techo. Luego exclamó: "¡Oh! Me han traído un cojín para sentarme; me estoy sentando sobre él —lo están quitando". Justo entonces el borlón de otro cojín me rozó el cabello y la frente como si viniera del techo, y el cojín cayó a mis pies como un copo de nieve. Vi luego la sombra de su cuerpo reflejada en el espejo mientras flotaba cerca del techo. Dijo: "Ojalá tuviera un lápiz para hacer una marca en el techo. He hecho una cruz con mi uña". Descendió cerca de la puerta, y después de una pausa fue levantado nuevamente; no lo vi, pero escuché su voz cerca del techo. Luego descendió y regresó a la mesa donde estábamos; los sonidos sobre la mesa nos dijeron "Buenas noches".

Esta es una narración de "Otra velada con Mr. Home". Fue contada por la dama en cuya casa ocurrieron las manifestaciones. No puedo dar su nombre, pero puedo garantizar su posición, carácter y veracidad del relato. Además, conozco los nombres de las nueve personas presentes.

El 3 de mayo de 1860, la mesa se movió alejándose de los demás siete presentes, y la seguimos; de repente se elevó en el aire y, sin nuestra ayuda, fue colocada sobre un gran sofá frente a la ventana. Los espíritus nos indicaron mover el sofá, lo que hicimos, y la mesa se desplazó sola hasta la ventana donde antes habían aparecido las manos. Las persianas fueron abiertas y las velas apagadas por su deseo. Mr. Home se sentó junto a la ventana y yo junto a él, con Mrs. H. a mi otro lado.

Tras unos minutos de silencio, sentí que una forma se deslizaba detrás de mí: tocó mi silla, puso dos manos sobre mis hombros y luego corrió la pesada cortina de seda de una ventana detrás de mí, envolviéndome como un manto. Las manos y brazos que me rodeaban se sentían tan palpables como los de un ser humano. Uno de los presentes adivinó el nombre del espíritu y fue respondido con tres golpes fuertes, que sacudieron la mesa como si fueran producidos por una barra de hierro; ninguna mano humana podría haberlo hecho con tal fuerza.

Mientras escuchaba atentamente, intentando ver alguna forma visible, mi peine fue tomado de mi cabello por una mano espiritual y colocado sobre una mesa a distancia. Mi querido espíritu infantil me indicó por suaves golpes que él lo había tomado. Luego, una mano se

levantó junto a la ventana y bajó la persiana; pudimos ver los dedos sujetando la cuerda —era una persiana verde y transparente que dejaba pasar la luz suavemente. La mano hizo gestos gráciles y apuntó hacia arriba; desapareció, seguida de otra mano y luego de una mano infantil.

De repente fui tocado en el hombro izquierdo, como por alguien que estaba detrás de mí y quería llamar mi atención. Pensé que era mi hija, y me giré para hablarle, pero no había nadie. Apenas me giré, una mano espiritual me ofreció una caja tomada de una mesa en el otro extremo de la habitación. La recibí con emoción como un regalo precioso; la dulce mano que la entregó se posó sobre mi hombro con una presión amorosa.

El espíritu de A—G—mostró su mano, tocó a su hermana y tocó el acordeón, que gradualmente se elevó sobre la cabeza de Mr. Home; los golpes acompañaban el ritmo como un tambor, muy fuerte sobre la mesa. El acordeón fue finalmente tomado por los espíritus, que tocaban a distancia, mientras otro tambor acompañaba desde el otro lado de la habitación. Tan pronto como esto cesó, la mesa se elevó en el aire y flotó lejos de nosotros, pasando sobre sofás y sillas.

Nos interesamos naturalmente por estas maravillosas manifestaciones y la seguimos hacia la parte más oscura de la habitación. Allí surgió una escena de indescriptible confusión, aunque placentera, pues no sabíamos cuándo tocábamos a un ser humano o a un espíritu. Los cuatro cojines del otomán fueron lanzados al aire simultáneamente, volando al otro lado de la habitación. En respuesta a un comentario, una mano descendió sobre mi cabeza como la de un espíritu flotando sobre mí, presionando mi frente y acariciando mi cabello.

Mientras nos reuníamos alrededor de la mesa, nueve o diez sillas se elevaron como un rayo, una detrás de cada uno de nosotros; la silla junto a mí parecía vacía, pero al intentar moverla no pude; parecía clavada al suelo. Por golpes nos dijeron que L—se sentaba allí. La fuerza combinada de varios no podía moverla. El pesado sofá donde G—se sentaba fue movido de repente al otro extremo de la habitación, y el espíritu de su hermano colocó su mano en la de ella durante varios minutos. Antes de irse, la bendijo haciendo la señal de la cruz sobre su frente. Durante estas manifestaciones, casi todos los objetos de la habitación se movieron de su lugar.

Mi estimado amigo, Mr. Wason, que después de veintinueve años de escepticismo exterior, orgullosamente data su nuevo despertar a la creencia en una vida espiritual y filosofía espiritual, escribió en ese momento la interesante carta que ahora presento.

En julio de 1860, asistí a una sesión en la mansión de una persona distinguida, en Hyde Park Terrace, Londres. Estaban presentes dos baronetes —uno miembro del parlamento y el otro heredero y representante de un miembro del parlamento fallecido de notable capacidad—; la esposa de un miembro del parlamento aún vivo y distinguido; y otros, incluido el señor Home, haciendo un total de ocho personas. La hora era poco después de las nueve de la noche. Ninguno de los tres primeros había presenciado manifestaciones espirituales antes y eran evidentemente escépticos; el resto de los presentes eran médiums de mayor o menor poder, y parecían tan interesados en observar los efectos de las manifestaciones sobre los recién llegados como en las propias manifestaciones.

Formamos un círculo alrededor de una pesada mesa de salón, capaz de acomodar cómodamente a nueve personas (crinolina incluida). Estaba cubierta con un mantel damasco

común (un poderoso aislante eléctrico, que refutaba por completo la teoría de que las manifestaciones espirituales se producían por electricidad); y el señor Home nos pidió conversar de manera natural y alegre, sin mostrar demasiado entusiasmo o expectativa por la manifestación, ya que esto podría frustrar el objetivo. La habitación estaba iluminada con seis luces. El suelo (primer piso) temblaba y vibraba de un modo que todos compararon con las vibraciones de la cubierta de un pequeño vapor cuando los remos están en plena acción; algunos dijeron que se parecía más al movimiento tembloroso de la cubierta de un vapor de tornillo, opinión con la que coincidí. Este movimiento tembloroso cesaba y se reanudaba intermitentemente, lo cual impresionaba mucho a los recién llegados; era divertido notar sus expresiones de sobresalto, aunque apenas comentaban, salvo para coincidir en la observación de los movimientos temblorosos. Las paredes también vibraban a veces de forma similar.

La mesa, muy grande y pesada, se levantaba con frecuencia unos centímetros del suelo y, finalmente, se elevó al menos tres pies, permaneciendo suspendida entre cielo y tierra, como el féretro de Mahoma, durante aproximadamente un minuto. Los caballeros fueron invitados por el señor Home a verificar si había algún mecanismo oculto; los dos recién llegados pasaron sus piernas por debajo de la mesa suspendida para detectar cualquier soporte o aparato que la levantara, y reconocieron que no había ninguno.

Esta sesión, maravillosa aunque parezca “más extraña que la ficción”, no se consideró completamente exitosa; y la señora de la casa, con su característica amabilidad, tras comentar lo escasas que habían sido las manifestaciones, me invitó a otra sesión la noche siguiente, invitación que acepté encantado, aunque implicara permanecer un día más en Londres y modificar mis planes previamente establecidos.

En la segunda sesión nos reunimos un poco más temprano, poco después de las ocho de la noche, en la misma habitación del primer piso. Participaron un abogado de renombre y buena reputación pública, un hombre literario y autor reconocido, y otros, sumando ocho personas; todos creyentes excepto el autor.

Se produjo la misma vibración temblorosa del suelo y las paredes que la noche anterior; la mesa se inclinaba y giraba con incluso más fuerza que antes, elevándose verticalmente del suelo entre tres y cuatro pies, permaneciendo suspendida (al estilo del féretro de Mahoma) durante aproximadamente un minuto y descendiendo luego suavemente, como la caída de un copo de nieve. Un acordeón fue tocado por una mano invisible mientras alguien lo sostenía, y después yo mismo lo sostuve, colocándolo sobre el respaldo de mi silla y usando este como apoyo para el brazo, mientras el instrumento colgaba por detrás.

Una pequeña mano espiritual, cálida y suave como la de un niño, tocó mi mano y depositó en ella una pequeña campanilla; a mi pedido, la tomó de nuevo y la llevó a su madre, la señora de la casa, quien parecía convencida de que era la mano espiritual de su hijo fallecido tres o cuatro años atrás, de unos ocho años. Recibió respuestas deletreadas mediante el alfabeto, como se esperaría de un espíritu infantil comunicándose con su madre.

La campanilla fue llevada a varios presentes y finalmente se elevó por encima de nuestras cabezas, sonando en el aire, girando y rozando nuestras cabezas. Pude verla pasar frente a mí, cerca de la ventana, y también en otros momentos, mientras las persianas habían sido bajadas por un agente invisible. Pequeñas piezas de flores y mignionette fueron colocadas en

mis manos y dentro de mi chaleco por manos espirituales. Vi una de ellas claramente, especialmente cuando pasó entre mi posición y la ventana, donde la luz no estaba completamente bloqueada.

Finalmente, las cortinas se cerraron por medios invisibles. Luego, el señor Home dijo que se estaba elevando en el aire y cruzó la mesa sobre las cabezas de los presentes. Le pedí que dejara una marca en el techo con un lápiz; él dijo que no tenía. Me levanté y le presté el mío, y, estirándome, pude alcanzar su mano a unos siete pies del suelo, colocando el lápiz en ella y sujetando su mano mientras flotaba cinco o seis pasos en el aire, soltándola solo cuando tropecé con un taburete. Mientras flotaba, mantenía la pequeña campanilla para indicar su posición en la habitación, de unos doce por nueve metros aproximadamente.

Antes de que el señor Home fuera elevado, las manos espirituales de dos hijos fallecidos del abogado lo tocaron; él no dudó de que eran realmente las manos espirituales de sus hijos.

Se hicieron preguntas y se recibieron respuestas racionales mediante el alfabeto, en una de las formas habituales de comunicación con los espíritus. Cabe decir que, como la noche anterior, la sesión comenzó con oración, según entendí era costumbre.

No hago comentarios sobre lo anterior ni propongo teoría o hipótesis alguna. Me he limitado a relatar hechos que podría probar legalmente en un tribunal de justicia; y añado mi nombre, dirección y profesión, con un único deseo: que prevalezca la verdad.

Soy, señor, su obediente servidor,
James Wason, Abogado
Wason Buildings, Liverpool

CAPÍTULO IX.
EL “COENHILL” Y OTRAS NARRATIVAS.

Fue en esta época cuando ocurrieron las manifestaciones que son descritas con tanta precisión y agudeza por el eminente amigo literario que escribió su relato de lo que presenció en la *Cornhill Magazine*, bajo el título de *Más extraño que la ficción*. Este artículo recorre casi toda la extensión de las manifestaciones físicas, y está escrito con una observación tan magistral y una capacidad de descripción tan notable, que considero que será un beneficio para el lector presentar algunos extractos.

Comienza citando la respuesta del Dr. Treviranus a las preguntas que Coleridge le hizo sobre la realidad de ciertos fenómenos magnéticos que se decía que aquel distinguido sabio había presenciado:

"He visto cosas que no habría creído con su testimonio, y que, por lo tanto, no puedo esperar que usted crea sobre el mío."

Para informar al profesor Faraday y a otros que creen en su absurda teoría de la acción muscular involuntaria como causa de los fenómenos, dice:

"Mientras estábamos sentados en la mesa, apenas la tocábamos con la punta de los dedos. Yo estaba ansioso por cerciorarme respecto a la presión involuntaria que se ha atribuido a

la imposición de manos. En este caso no hubo ninguna. Mis amigos accedieron amablemente a mi petición de no ejercer el menor peso sobre la mesa; y mantuvimos las manos apuntando hacia abajo, tocando apenas la madera con las uñas. No solo era este ligero contacto insuficiente para provocar las violentas evoluciones que se produjeron, sino que estas evoluciones fueron tan irregulares y desconcertantes que no hubiéramos podido producirlas con premeditación. Sin embargo, pronto tuvimos pruebas concluyentes de que la vivacidad de la mesa no requería ayuda alguna de nuestra parte.

Volviéndose de repente de lado, se hundió hasta el suelo. En esta posición horizontal, se deslizó lentamente hacia una mesa que estaba cerca de un gran otomán en el centro de la habitación. Tuvimos muchas dificultades para seguirla, ya que la sala estaba llena de muebles, y nuestra dificultad se incrementaba al tener que mantenernos agachados. Parte del trayecto lo realizó sola, y nunca pudimos alcanzarla juntos. Usando la pata de la mesa grande como fulcro, dirigió sus garras hacia el otomán, al que intentaba ascender, insertando una garra en el costado y girando medio círculo para dar otro paso, y así sucesivamente. Se resbaló en el primer intento, pero nuevamente retomó tranquilamente su tarea. Era exactamente como un niño tratando de trepar a una altura. Durante todo este tiempo apenas la tocábamos, temiendo interferir con sus movimientos, y, sobre todo, decididos a no ayudarlos. Finalmente, mediante esfuerzos cuidadosos y perseverantes, logró la cima del otomán y se situó en lo alto de la columna central, desde donde, en pocos minutos, descendió al suelo por un proceso similar."

El escritor hace a continuación una reflexión pertinente sobre lo que acaba de describir:

"No es de esperar que alguien ajeno a estos fenómenos lea una historia como esta con complacencia. Sin embargo, aquí hay un hecho que indudablemente ocurrió y que no puede atribuirse a ninguna fuerza física o mecánica conocida. No es una respuesta satisfactoria para quienes han visto tales cosas decir que son imposibles; en estos casos, es evidente que la imposibilidad de un hecho no impide que ocurra."

En numerosas ocasiones posteriores, el escritor afirma haber presenciado fenómenos de naturaleza similar, y otros de carácter aún más sorprendente. Nos cuenta, por ejemplo:

"Cuando vi una mesa, junto a la que estaban sentadas dos damas, moverse hacia mí sin que se le imprimiera ningún impulso visible, pensé que el hecho era suficientemente extraordinario; pero mi asombro disminuyó cuando, en ocasiones posteriores, vi mesas moverse aparentemente por voluntad propia, sin que hubiera personas cerca; grandes sofás avanzar desde las paredes contra las que estaban apoyados; y sillas, a veces ocupadas y a veces vacías, desplazarse hasta un metro o más, en algunos casos con facilidad, y en otros con un movimiento lento y laborioso."

Acerca del peculiar temblor de la mesa y la habitación, comenta:

"En la primera ocasión en que experimenté el efecto que voy a describir, había cinco personas en la habitación. En otros lugares donde ocurrió posteriormente, había siete o más. La arquitectura de las casas era completamente diferente en cada caso, tanto en el área como en la altura de los cuartos, así como en la antigüedad, tamaño y solidez de los edificios. Estábamos sentados en una mesa donde acababan de suceder algunos fenómenos singulares, acompañados de fuertes golpes en paredes y suelo, cuando nos percatamos de una extraña vibración que palpitaba en toda la sala. Escuchamos y observamos

atentamente. La vibración se hizo cada vez más intensa. Era palpable bajo nuestros pies. Nuestras sillas temblaban, y el suelo vibraba violentamente. El efecto era exactamente como el palpitante y convulso movimiento que podría suponerse en una casa tropical en el instante previo a un terremoto. Esta violenta sacudida continuó durante dos o tres minutos, luego se fue atenuando hasta cesar. Todas las personas presentes fueron igualmente afectadas en cada ocasión. Producir tal resultado mediante maquinaria podría ser posible, si fuera posible introducir la propia maquinaria. Pero tal suposición entraña una dificultad similar a la teoría del Sr. Knickerbocker sobre la Tierra apoyada sobre la espalda de una tortuga, que podría ser excelente teoría si pudiéramos saber sobre qué estaba apoyada la tortuga."

Ahora habla del levantamiento total de la mesa del suelo, fenómeno que presenció repetidamente:

"De pronto, la mesa se eleva con un ligero sacudón y sube de manera constante hasta alcanzar tal altura que la compañía debe ponerse de pie para mantener sus manos en contacto con la superficie, aunque no sea estrictamente necesario. Como algunos presentes no habían visto antes este movimiento, se expresa el deseo de examinar el suelo, y un caballero se introduce bajo la mesa con ese fin. Todo el espacio, a la vista de todos, está despejado. Desde la alfombra hasta la pata de la mesa hay un intervalo de aproximadamente dos o tres pies, pues nadie pensó en medirlo y debemos estimarlo. La alfombra es examinada, y se inspeccionan las patas y la superficie inferior de la mesa, sin resultado alguno. No hay indicio de conexión entre el suelo y la mesa; ni es concebible que pudiera haberla, ya que la mesa se había desplazado a este punto desde donde se encontraba apenas minutos antes. La inspección fue breve pero suficiente para convencernos de que la mesa no fue levantada por medios mecánicos desde abajo; y tales medios no podrían aplicarse desde arriba sin ser detectados inmediatamente. En su ascenso, la mesa se desvió de su órbita, pero se reajustó antes de descender, y, retomando su posición vertical, descendió suavemente hasta el lugar de donde se había elevado. El movimiento descendente fue lento y, si puedo usar la expresión, elegante; la mesa tocó el suelo con una suavidad que hacía que su contacto fuera casi imperceptible."

De carácter algo similar es otro movimiento, en ciertos aspectos más curioso y ciertamente abriendo un campo más extraño para la especulación:

"La mesa se inclina por un lado hasta formar un plano inclinado de aproximadamente 45°. En esta posición se detiene. Según la experiencia ordinaria, todo lo sobre la mesa debería deslizarse o caer, pero nada se mueve. El jarrón de flores, los libros, los pequeños adornos permanecen inmóviles, como si estuvieran fijados. Decidimos retirar las manos, levantar los extremos del mantel para dejar expuesto el pilar y las garras, y mover nuestras sillas un poco atrás, para tener un control más completo del fenómeno, que en su desarrollo maravilloso, al menos, nos era completamente nuevo. Nuestro retiro no cambió nada y ahora podemos observar claramente la postura precisa de la mesa, que parecía, como la Torre de Pisa, a punto de caer. Deseando llevar la investigación hasta su extremo, se susurra la solicitud de una demostración más concluyente del poder que había logrado este resultado extraordinario. El deseo se cumple de inmediato. La mesa se inclina más y más; dos de sus tres garras quedan muy por encima del suelo; y finalmente, toda la estructura se mantiene sobre la punta de una sola garra, peligrosamente desequilibrada, pero estable como si fuera una masa sólida en lugar de estar cargada con objetos sueltos, y como si la

posición obedeciera las leyes del equilibrio y la atracción, en lugar de implicar una inexplicable violación de ambas."

Acerca de la música de un acordeón que tocaba solo sobre el suelo, dice:

"Aparte de lo maravilloso de que se tocara sin manos, no menos sorprendente fue el hecho de que lo hiciera en un espacio estrecho que no permitía desplegarlo completamente. Escuchamos con el aliento contenido. El aire era salvaje y lleno de extrañas transiciones, con un lamento de la más patética dulzura recorriéndolo. La ejecución fue notable tanto por su delicadeza como por su potencia. Cuando las notas crecían en algunos pasajes audaces, el sonido se expandía por la sala con una reverberación asombrosa; luego, disminuyendo suavemente, se convertía en un tono de divina ternura. Pero fue el final lo que conmovió los corazones y arrancó lágrimas a los oyentes. Milton soñó con esta maravillosa conclusión cuando escribió sobre la 'dulzura enlazada prolongada'. Por qué arte se logró que el acordeón produjera esa nota agonizante, que lo determinen los músicos prácticos. Nuestros oídos, que la escucharon, nunca antes habían sido visitados por un sonido tan sublime. Continuó disminuyendo y alejándose hasta perderse en la distancia y la oscuridad, hasta que el hilo atenuado del sonido se volvió tan exquisito que finalmente fue imposible determinar el instante en que cesó."

El escritor elimina toda cuestión de fraude o artificio mecánico, diciéndonos:
"No necesitamos especular sobre lo que podría hacerse mediante hábiles artificios, ya que la cuestión queda fuera de la región de la conjetura por el hecho de que, al sostener el instrumento yo mismo en una mano, en la habitación abierta, con toda la luz sobre él, se emitieron tonos similares, funcionando el acordeón de manera regular sin ningún agente visible. Y debería añadir que, durante los pasajes fuertes y vehementes, se volvió tan difícil de sostener, debido a la extraordinaria fuerza con la que se tocaba desde abajo, que tuve que sujetar la parte superior con ambas manos. Esta experiencia no fue aislada. Presencié el mismo resultado en diferentes ocasiones, cuando el instrumento fue sostenido por otros."

También estuvo presente varias veces cuando yo era elevado del suelo; y da la siguiente descripción de lo que observó:

"El Sr. Home estaba sentado junto a la ventana. A través de la semi-oscuridad, su cabeza se veía débilmente contra las cortinas, y sus manos podían verse como un débil montón blanco delante de él. De pronto, dijo en voz baja: 'Mi silla se está moviendo — estoy levantándome del suelo — no me noten — hablen de otra cosa', o palabras semejantes. Era muy difícil contener la curiosidad, no exenta de un sentimiento más serio, que estas pocas palabras despertaban; pero hablamos, bastante incoherentemente, sobre algún tema indiferente. Yo estaba sentado casi frente al Sr. Home, y vi sus manos desaparecer de la mesa y su cabeza desvanecerse en la sombra profunda más allá. Un momento o dos después habló de nuevo. Esta vez su voz estaba en el aire sobre nuestras cabezas. Se había elevado de su silla a una altura de cuatro o cinco pies del suelo. A medida que ascendía, describía su posición, primero perpendicular y después horizontal. Dijo que sentía como si hubiera sido girado suavemente, como un niño en los brazos de una enfermera. Un momento después nos dijo que pasaría frente a la ventana, contra la luz gris plateada de la cual sería visible. Observamos en profundo silencio y vimos su figura pasar de un lado de la ventana al otro, con los pies adelante, horizontal en el aire. Nos habló mientras pasaba y dijo que se giraría

al revés y volvería a cruzar la ventana; lo cual hizo. Su propia tranquila confianza en la seguridad de lo que parecía desde abajo una situación de peligro novel, daba confianza a todos los demás; pero, incluso con los nervios más fuertes, era imposible no ser consciente de cierta sensación de temor o asombro.

Se movió alrededor del círculo durante varios minutos, y pasó, esta vez, perpendicular sobre nuestras cabezas. Oí su voz detrás de mí en el aire y sentí algo rozar ligeramente mi silla. Era su pie, al que me permitió tocar. Al colocar mi mano suavemente sobre él, emitió un grito de dolor, y el pie se retiró rápidamente, con un estremecimiento palpable. Evidentemente no descansaba sobre la silla, sino flotando; y saltó al tacto como lo haría un pájaro. Luego pasó al extremo más lejano de la habitación, y pudimos juzgar por su voz la altitud y distancia que había alcanzado. Había llegado al techo, sobre el cual hizo una leve marca, y poco después descendió y retomó su lugar en la mesa. Un incidente que ocurrió durante este paso aéreo, y que le impartió una extraña solemnidad, fue que el acordeón, que suponíamos estaba en el suelo bajo la ventana cerca de nosotros, tocó una melodía de intensa emoción en el aire desde la esquina más distante de la habitación."*

Una descripción muy capaz, tranquila y filosófica de estos y otros fenómenos que presenció, se cierra con algunas observaciones de las cuales es demasiado esperar que muchos se beneficien. Hay tanta oposición irracional a los hechos, que apelar a la razón a favor de ellos es casi fuera de lugar. Él dice:

"Decir que ciertos fenómenos son increíbles, es simplemente decir que son inconsistentes con el estado actual de nuestro conocimiento; pero sabiendo lo imperfecto que es nuestro conocimiento, no estamos, por lo tanto, justificados en afirmar que son imposibles. Los 'fracasos' que han ocurrido en las sesiones se presentan como prueba de que todo es un fraude. Si tal argumento vale la pena, basta decir que diez mil fracasos no refutan un solo hecho. Pero debe ser evidente que, al no conocer las condiciones del 'éxito', no podemos sacar argumentos de los 'fracasos'. A menudo escuchamos a personas decir que podrían creer en tal cosa, si ocurriera tal otra; haciendo que la aceptación de un hecho particular, por una extraña lógica, dependa de la ocurrencia de otra cosa. 'Yo creeré', dice un filósofo de este tipo, 'que una mesa se ha levantado del suelo, cuando vea que los faroles bailan cuadrillas. Entonces, ¿mesas? ¿Por qué suceden estas cosas a las mesas?' Bueno, eso es precisamente uno de los asuntos que es deseable investigar, pero que nunca sabremos mientras ignoremos la indagación. Y, sobre todo, ¿de qué utilidad son estas maravillosas manifestaciones? ¿Qué prueban? ¿Qué beneficio han conferido al mundo? Sir John Herschel ha respondido a estas preguntas con un peso de autoridad que es definitivo. 'La cuestión, Giolono, ¿a qué fines prácticos y ventajas tienden sus investigaciones? — es una que el filósofo especulativo, que ama el conocimiento por sí mismo, y disfruta, como debe disfrutar un ser racional, la mera contemplación de verdades armoniosas y mutuamente dependientes, rara vez puede escuchar sin un sentido de humillación. Siente que hay un placer elevado y desinteresado en sus especulaciones, que debería eximirlas de tales cuestionamientos.' Pero," añade Sir John, "si puede justificarse a sí mismo, sus investigaciones y sus placeres ante los ojos de los demás, solo tiene que señalar la historia de toda la ciencia, donde las especulaciones, aparentemente más improductivas, han sido casi siempre las que han dado origen a las aplicaciones prácticas más grandes."

"Lo primero que debe hacerse es recolectar y verificar hechos. Pero esto nunca puede hacerse si insistimos en rechazar cualquier hecho, excepto aquellos que nos parezcan probablemente verdaderos, según la medida de nuestra inteligencia y conocimiento."

Este artículo fue recibido por el público de la única manera probable, dado lo novedoso para muchos del tema de los fenómenos; y aquellos que conocían personalmente los maravillosos sucesos bien descritos en la Revista, sabían bien su verdad, aunque el escritor y el editor del *Cornhill* fueron severamente criticados por permitir la aparición de lo que designaban como absurdidad. Como el artículo fue anónimo, los hechos en él declarados fueron deliberadamente negados por la prensa, y para frenar el torrente de abuso e incredulidad, un caballero, que desde entonces se ha convertido en mi muy estimado amigo, escribió, dando su nombre, la siguiente carta, que se introduce con algunos comentarios preliminares, en la *Spiritual Magazine*. La carta del Dr. Gully, de Malvern, apareció por primera vez en el *Morning Star*, que de todos los periódicos de Londres ha sido el más justo y ecuánime en el tratamiento de los hechos del Espiritismo:

"Señor: En la carta del Sr. Coleman del día 11 del presente mes, da su opinión de que los caballeros que estuvieron presentes en las reuniones registradas en la 'Cornhill Magazine', bajo el título 'Más Extraño que la Ficción', deberían confirmar o refutar los hechos en ese artículo. Yo fui uno de los presentes en la reunión de la tarde. Los otros caballeros eran un abogado de amplia práctica, y dos escritores bien conocidos de obras sólidas e instructivas —no escritores de ficción— que, por cierto, parecen tan acostumbrados a inventar que no pueden creer que alguien más pueda emplearse en declarar hechos. Se verá que la broma sobre 'tontos de moda' no se aplica a los caballeros mencionados, sino que todos éramos trabajadores en ocupaciones en las que asuntos de hecho, y no de fantasía, especialmente entran en observación. Además, puede ser útil para algunas personas saber que no estábamos ni dormidos, ni intoxicados, ni siquiera excitados. Éramos completos dueños de nuestros sentidos; y someto que su testimonio vale mil conjeturas y explicaciones hechas por aquellos que no estuvieron presentes. 'Decenas de veces he estado mucho más agitado y excitado investigando el caso de un paciente, que lo que estuve observando lo que ocurrió en la reunión de la tarde en cuestión."

Con este estado de los sentidos en aquel momento, y repasando los sucesos una y otra vez en mi mente desde la carta del Dr. Gully, puedo declarar con la mayor positividad que el relato hecho en el artículo *"Más Extraño que la Ficción"* es, en todos los detalles, correcto; que los fenómenos allí relatados ocurrieron realmente en la reunión vespertina; y, además, que ningún truco, maquinaria, juego de manos u otro artificio produjo lo que escuchamos y presenciamos. Estoy tan convencido de esto último como de los hechos mismos.

"Solo consideren que aquí hay un hombre, de entre diez y once piedras de peso, flotando por la habitación durante muchos minutos, en el silencio sepulcral que reinaba, roto únicamente por su voz que provenía de distintos lugares de la sala según su posición en ese momento.

¿Es probable, es posible, que pudiera idearse alguna maquinaria —sin hablar de haberla montado y dejado lista previamente en una habitación, que se acondicionó como lugar de reunión apenas cinco minutos antes de que entráramos— capaz de trasladar tal peso sin producir el más mínimo sonido de ningún tipo? O supongamos, como se ha sugerido, que

montara un globo inflado; ¿podría introducirse un globo inflado lo suficiente para sostener en el aire tal peso? ¿O podría haberse inflado con gas hidrógeno sin ser detectado por oído, vista u olfato?"

"Me parece un signo mucho más fuerte de credulidad creer alguna de estas sugerencias con nuestro conocimiento actual que aceptar las afirmaciones más extremas o los sueños de lo que se llama Espiritismo. Debe recordarse, además, que la habitación estaba, durante buena parte de la tarde, iluminada brillantemente, de modo que ningún globo u otra máquina suficiente para el supuesto propósito podría haberse introducido; o, si ya se encontraba allí, no podría haber permanecido inadvertido; y que, incluso cuando la habitación estaba relativamente oscurecida, la luz de una farola distante entraba por la ventana, entre la que la figura del Sr. Home pasó, de modo que percibimos claramente su torso y extremidades; y, con toda seguridad, no había ningún globo cerca ni maquinaria unida a él. Una vez su pie tocó mi cabeza mientras flotaba sobre mí."

"Luego, la música del acordeón. Vi claramente el instrumento moverse y escuché que tocaba cuando se sostenía solo por un extremo, una y otra vez. Yo mismo lo sostuve durante un corto tiempo, y tuve buena razón para saber que era tirado con fuerza desde el otro extremo, y no por los dedos de los pies del Sr. Home, como se ha supuesto sabiamente, a menos que ese caballero tenga piernas de tres metros de largo con pies igualmente maravillosos que cualquier legión de espíritus. Porque, conviene señalar, que la música que escuchamos no era corriente; a veces era grandiosa, otras veces patética, otras distante y prolongada, en un grado que nadie puede imaginar si no la ha oído. He escuchado a Blagrove repetidamente, pero no sería difamatorio decir que nunca produjo notas tan exquisitamente distantes y resonantes como aquellas que deleitaron nuestros oídos. El instrumento también tocó en distintas partes de la sala, a varios metros del Sr. Home y de todos nosotros. Creo que afirmo un hecho cuando digo que nadie en esa habitación podía tocar el acordeón; el Sr. Home no puede tocar una nota en él."

"Para quien ha presenciado estos sucesos con sus sentidos, es difícil aceptar las insuficientes explicaciones que afirman el uso de trucos y maquinaria. Como dije antes, se requiere mucha más credulidad para creer tales explicaciones que para aceptar todos los relatos fantasmales jamás contados. Puedo añadir que el escritor en la *Cornhill Magazine* omite mencionar varios fenómenos curiosos que fueron presenciados aquella tarde. Aquí hay uno de ellos: un distinguido literato presente pidió al supuesto espíritu de su padre que tocara su balada favorita para nosotros, y, dirigiéndose a nosotros, agregó: 'El acordeón no se inventó en la época de la muerte de mi padre, así que no puedo concebir cómo se logrará, pero si su música favorita no suena, me comprometo a decírselo.' Casi inmediatamente sonaron las notas de flauta del acordeón (que estaba en el suelo) interpretando *'Te banks and braes of Bonnie Doon'*, que según el caballero era la melodía favorita de su padre, siendo la flauta el instrumento preferido de su padre. Luego pidió otra melodía favorita de su padre, que no era escocesa, y *'The Last Rose of Summer'* sonó en la misma nota, confirmando que era la melodía mencionada."

"He dado testimonio así de la veracidad de los hechos relatados por el escritor en la *Cornhill Magazine*, a quien reconozco como mi vecino durante la reunión. Y he intentado mostrar que, respecto a los fenómenos principales y más maravillosos, no podría existir ningún artificio o maquinaria capaz de producirlos o explicarlos. ¿Cómo, entonces, se produjeron? No lo sé; y creo que estamos muy, muy lejos de haber acumulado hechos suficientes para

formular leyes o construir teorías sobre el agente que interviene en su producción. Fenómenos inteligentes, como la música tocada a petición, indican agentes inteligentes; y cuerpos espirituales que han dejado los cuerpos de carne podrían estar actuando. Yo, al menos, deseo que así sea; porque un descubrimiento más solemne que un medio de comunicación entre seres encarnados y desencarnados no puede imaginarse. La mente se asombra al pensar en las posibles consecuencias de tal descubrimiento. Pero, mientras sostengo firmemente la integridad de mis sentidos durante la observación de estos prodigios, mis sentidos internos no pueden dejar de notar muchos vacíos que deben ser llenados antes de que se pueda completar el puente entre la vida del cuerpo espiritual aquí en la carne y su vida fuera de ella. Mientras tanto, los hechos deben acumularse paciente y honestamente, y el entusiasmo debe ser desterrado de la mente de los investigadores. Y respecto a las negaciones, abusos y burlas de los no investigadores, recordemos que la burla y la risa nunca descubrieron ni refutaron nada en la historia del mundo."

"Respecto a los fenómenos puramente físicos, como levantar pesos ya sean cuerpos humanos o mesas, puede ser que estemos al borde de descubrir alguna fuerza física hasta ahora inimaginada; ¿quién puede decir que conocemos todos los poderes de la naturaleza? Aquí también, la investigación desapasionada debe continuar, sin importar el ruido exterior; y sin atender al prejuicio ignorante y malicioso que intentaría arruinar la reputación de quienes investigan en dirección contraria a dicho prejuicio."

"Los investigadores, a diferencia de la gente rutinaria, deben estar preparados para soportar dificultades entre sus semejantes. Y supongo que yo, por haber afirmado que aún tengo cinco sentidos intactos y por haber testificado sobre lo que la mayoría no cree, recibiré mi parte de críticas. Que así sea, si ayuda a una búsqueda veraz."

"Soy, señor,
Su atento servidor,
J. M. Gully, M.D.
Malvern, 14 de octubre."

CAPÍTULO X.
PRESERVACIÓN MILAGROSA. FRANCIA E INGLATERRA.

"Salimos de Londres el 24 de julio de 1860 hacia el Château de C, cerca de París. Allí ocurrió algo que considero una intervención maravillosa de la Providencia. Algunos dudan de que cosas así sucedan, pero yo no he tenido motivos para dudar, y doy gracias a Dios porque tantas veces me ha mostrado Su cuidado.

No creo que Su protección sea mayor conmigo que con los demás, pero al mirar atrás en nuestra vida, todos podemos ver cómo Dios nos ha cuidado y protegido, a veces de manera sorprendente y casi física, aunque generalmente a través de medios que no siempre entendemos, como lo que me salvó la vida el 16 de septiembre de 1860.

Acababa de regresar de Nápoles, donde fui a visitar a un amigo que había fallecido antes de que yo llegara. Me sentía cansado por el viaje y un poco deprimido. Me recomendaron hacer mucho ejercicio al aire libre. Durante mi estancia en el Château de C, solía llevar conmigo mi arma, más para aparentar que practicaba tiro que por verdadero interés en la caza.

El Château de C está a media hora en tren de París y se encuentra en un parque muy bonito. Algunos árboles son enormes; uno de ellos, un álamo del norte, estaba a unos 400 metros del château, separado por un seto. Allí solía buscar refugio la caza cuando había mucha caza cerca, y yo, que no soy buen tirador, podía hacer disparos fáciles desde el seto.

Ese día caminaba con mi amigo Mons. T. Cuando se fue, me dirigí a este rincón favorito, con la intención de cazar una perdiz. Al acercarme al seto y levantar la cabeza, escuché a alguien gritar:
"¡Aquí, aquí!"

Me sorprendió que me hablaran en inglés, pero seguí buscando mi presa. De repente, alguien me agarró del cuello del abrigo y del chaleco, levantándome del suelo. Al mismo tiempo, escuché un fuerte estruendo y luego todo quedó en silencio.

No sentí miedo ni asombro. Pensé que mi arma había explotado y que estaba en el mundo espiritual, pero al mirar, vi que seguía en el mundo real, con mi arma aún en las manos. Entonces noté lo que parecía un árbol frente a mí, donde antes no había ninguno. Era la rama caída del árbol bajo el que estaba. Había sido movido varios metros de donde iba a caer, y gracias a eso, no me golpeó. Corrí emocionado hasta el château.

Mis amigos se asomaron por la ventana al verme correr. Cuando les conté lo que había pasado, regresaron conmigo al lugar de mi milagrosa salvación.

La rama medía unos 15 metros y medio de largo, y en el punto donde se desprendió tenía un metro de circunferencia. Cayó desde 13 metros de altura, y la parte que habría golpeado el lugar donde estaba medía casi 60 centímetros de circunferencia, enterrándose un pie en la tierra. Al día siguiente, un amigo hizo un dibujo del árbol y de la rama.

No entendíamos cómo había pasado. El árbol estaba sano, la rama no estaba podrida y apenas había viento. La rama se había roto tan limpiamente que parecía cortada con sierra. Me dijeron que estas cosas no son raras en álamos de este tipo, y que en Australia hay árboles similares que la gente evita por miedo a que se rompan de repente.

Unos días después, el Dr. Hoefer, un hombre muy sabio y de confianza, vino al château para hacer una sesión de espiritismo. Durante la sesión, de repente se deletreó:
"Ve, observa la rama."

El Dr. Hoefer se retiró impresionado y dijo: "Quizá ellos irán allí." Fui al salón y pregunté a las damas si querían acompañarnos, pero no lo hicieron por el mal clima.

El extremo grueso de la rama estaba apoyado a dos metros y medio del suelo, tan firme que nunca pensamos que pudiera caerse. Nos sorprendimos mucho al ver que se había movido unos centímetros de su apoyo original. El Dr. Hoefer dijo: "Creo que la rama caerá frente a nosotros." Respondí: "Eso parece casi imposible."

Tomé una ramita pequeña y pensé: "Queridos espíritus, ¿querrían empujar esta rama hacia abajo?" Sentí que alguien tocaba suavemente la ramita, y al tercer toque, la rama cayó al suelo.

Cuatro personas presenciaron esto y pueden dar fe de lo sucedido.

Después, guardé un pedazo del tronco más grueso de la rama y me lo enviaron a Londres, donde aún lo conservo. Con él, en varias ocasiones posteriores, ocurrieron manifestaciones sorprendentes.

Una noche en el château, mientras estábamos sentados a la mesa, los espíritus pidieron que se apagaran las velas, que la mesa se acercara a la ventana y que se abrieran las cortinas para ver la luz de la luna. Durante la sesión, un caballero pidió un vaso de agua con brandy porque se sentía cansado. Cuando estaba a punto de beberlo, una mano invisible apareció, tomó el vaso por abajo y desapareció bajo la mesa.

Nos reímos, pensando que nuestros amigos invisibles no aprobaban los estimulantes. Asintieron con golpes y el vaso volvió a aparecer vacío. Pensamos que el líquido se había derramado, pero no había rastro alguno. En unos segundos, el vaso volvió a aparecer bajo la mesa, esta vez con el brandy y el agua, aunque había perdido un poco de color. Los golpes nos advirtieron que no abusáramos de estas bebidas."

En septiembre dejamos el château para pasar un mes en París, y pagamos una breve visita a nuestros parientes en Biarritz, regresando a Inglaterra a fines de noviembre de 1861. La salud de mi esposa siendo delicada, los médicos habiendo descubierto una enfermedad interna, que, aunque de naturaleza seria, podría durar muchos años, no vimos durante este invierno a tantos amigos, pero yo tuve sesiones tan a menudo como pude.

De un estimado amigo, que había sido rescatado del escepticismo por las manifestaciones del poder espiritual que había presenciado tantas veces, recibí una carta describiendo lo que vio en Londres en ese tiempo:

"Siete de nosotros estábamos presentes en un gran salón, iluminado por un buen fuego y tres lámparas de gas. El acordeón fue tomado por uno de nuestros amigos que nunca había estado presente en ninguna manifestación, y en sus manos fue forzadamente tirado y tocó varios acordes; en mi mano también ocurrió lo mismo, pero el peso del instrumento hacía doloroso sostenerlo. Entonces comenzamos a ser tocados, y sentí un cuerpo suave pasando sobre mis rodillas. Un caballero y yo, deseando que nuestros manos fueran tomadas por un espíritu, colocamos nuestros pañuelos sobre nuestras manos, en un solo pliegue. Poco después, el pañuelo fue levantado por lo que me pareció como dedos de aire, tan suaves, tan delicados. Fue llevado al caballero frente a mí, quien lo recibió y me lo devolvió; el otro fue devuelto a su dueño, atado en un curioso nudo. Todas las demás manos permanecieron sobre la mesa durante todo el tiempo. Dos de las tres luces de gas se apagaron, y el fuego ardiendo brillantemente dio una luz tenue en la sala. El Sr. Home entonces se volvió catatónico en sus manos y brazos: fue levantado de su asiento hasta quedar erguido, y luego ascendió verticalmente hasta estar un pie sobre el suelo, su cabeza al nivel del candelabro; esto se repitió dos veces, pero no subió más. Al sentarse nuevamente, el mantel fue levantado varias veces en diferentes partes de la mesa, y yo, junto con otros, puse mi mano sobre la sustancia que lo levantaba y, a mi sensación, era como si una mano plástica y dedos tocaran los míos, cediendo a mi presión. Durante nuestras conversaciones, la aprobación o desaprobación de algunas cosas dichas se daba mediante conmociones enérgicas. Los afirmativos más fuertes fueron cuando se dijo que estas manifestaciones eran por permiso de Dios, para demostrarnos la existencia continua de nuestros familiares y nuestra inmortalidad; también que no podemos estar solos, ya que siempre hay inteligencias activas a nuestro alrededor, que ven nuestras acciones, escuchan nuestras palabras y disciernen nuestros pensamientos.

“La dama que estaba conmigo se había reído y maravillado de mi necedad durante varios años por creer en las manifestaciones del poder espiritual; pero ahora la maravilla, la alegría y la creencia se apoderaron de ella, y la franca confesión de su convicción, y las consecuencias para ciertos miembros materialistas de su familia, parecían producir un efecto poderoso sobre su mente.

“¿Cuál es el uso de que los espíritus desciendan al nivel de nuestra torpeza educativa y produzcan la clase de fenómenos detallados en este esquema aproximado? La pregunta se responde al dar una parte de una carta recibida el 6 de este mes de uno de nuestros literatos, cuyo nombre aún no ha sido prominente ante el público en relación con manifestaciones espiritistas. Habiendo enviado a los editores de diarios y revistas una carta impresa sobre manifestaciones espiritistas, recibí la respuesta de uno de los editores, que dice:

‘Sé todo lo que has afirmado, y más; he visto y sentido todo lo que has afirmado, y más. Creo que no soy un tonto; estoy seguro de que no soy un bribón. Para mí, la creencia ha sido un consuelo indescriptible, llevándome completamente fuera de ese materialismo en el que había caído —y creo que ese es el propósito principal de la enseñanza espiritual, y la razón por la cual el gran principio se desarrolla en nuestro tiempo.’

“He recibido el mismo testimonio de muchos otros.

“John Jonks.
“Basinghall Street, 14 de enero de 1861.”

El importante testimonio de mi amigo Sr. James Hutchinson, durante muchos años presidente de la Bolsa de Valores, es uno al que quisiera llamar la atención, ya que, por su bien conocido carácter y sagacidad, parece ser justo tal cual debería ser recibido como evidencia concluyente de lo que relata. El Sr. Hutchinson dice:

“He sentido desde hace algún tiempo interés por el tema de las manifestaciones espiritistas. Como la mayoría de las personas, me resultaba muy difícil dar crédito a los relatos de maravillas que otros presenciaban diariamente, pero la evidencia de amigos me convenció de que debía haber algo digno de investigación, y por ello decidí aprovechar toda oportunidad para investigarlo por mí mismo. Ahora lo he hecho, y siento que es mi deber dar testimonio abiertamente de los hechos, dejando que otros teoricen sobre las causas y la tendencia de estos notables fenómenos.

“Recientemente, un amigo me presentó al Sr. D. D. Home; se organizó una sesión para el 23 del mes, y junto con el Sr. y la Sra. Coleman, el Sr. G. S. Clarke, el Sr. T. Clarke, el Sr. Gilbert Davidson y otra dama y caballero desconocidos para mí, formamos un grupo de nueve. Poco después de sentarnos, todos sentimos un temblor en nuestras sillas y en la mesa, que era un pesado tablero circular de salón. Este movimiento aumentó en intensidad, y, a sugerencia del Sr. Coleman, imitó la acción y el sonido exactos de un golpe de un poderoso motor marino actuando sobre los maderos de un barco de estructura débil.

“Los golpes sobre la mesa y el suelo fueron constantes; la pesada mesa se levantó repetidamente y estas manifestaciones continuaron mientras mi amigo, el Sr. Clarke y otro se sentaban, a petición del Sr. Home, debajo de la mesa.

“Dos campanas de mano, una pesando al menos una libra y media, fueron pasadas de unos a otros del grupo por agentes invisibles. Todos sentimos el toque y la presión de una mano suave y carnosamente parecida a la humana. Vi la mano completamente formada mientras descansaba sobre mi rodilla. El acordeón, mientras lo sostenía el Sr. Home con una mano, interpretó música muy elocuente, y luego, para nuestro gran asombro, fue tomado de él, y mientras sus manos y las de todos los presentes estaban visibles sobre la mesa, el acordeón, suspendido del centro de la mesa, produjo un aire exquisito sin que mano humana lo tocara.

“Estos y muchos otros incidentes de carácter serio pero privado, de los cuales no dudo en hablar entre mis amigos, ocuparon cerca de cuatro horas de lo que debo admitir fue uno de los momentos más interesantes que he pasado. Pongo los hechos tal como los presenciamos a su disposición para publicación, si así lo desean, añadiendo únicamente que, contrariamente a las afirmaciones hechas tan constantemente de que las manifestaciones siempre ocurren a oscuras, todos los fenómenos de los que he hablado se manifestaron en una sala iluminada con gas y un fuego brillante.

“Atentamente,
James Hutchinson.
26 de enero de 1861.”

Los siguientes comentarios editoriales, introduciendo la carta de “Un Hombre Sencillo”, aparecieron en el *Sunday Times*del 17 de febrero. El “Hombre Sencillo” me es bien conocido, y puedo dar fe personalmente de su alto carácter e inteligencia, pero se encuentra en una posición que hace prudente que no se haga público que ha visto lo que ha visto.

Si la ciencia y la religión se conforman con este estado poco caritativo, confieso que yo no, y que suspiro por los días en que todo hombre y mujer podrá decir la verdad sin ser privado de su sustento por las calumnias de quienes simplemente desconocen los hechos que se observan. El editor del *Sunday Times* dice:

“De acuerdo con el compromiso que hicimos en el momento en que insertamos un aviso sobre la conferencia del Sr. Novra, nos apresuramos a dar publicidad a una carta que hemos recibido, acompañada del nombre y dirección del remitente. Por la alta posición que ocupa ese caballero, y la verdad ampliamente admitida de sus afirmaciones, no podemos hacer otra cosa que creer que él personalmente vio todo lo que relata, y así nuevamente nos encontramos lanzados al mar de la duda —ansiosos por llegar a la verdad, pero incapaces de hacerlo. Afortunadamente, no es nuestro deber decidir, ni siquiera dar nuestra opinión sobre tales asuntos; por lo tanto, publicamos la carta con la esperanza de que, si se concede un cierto espíritu esclarecedor que pueda aclarar la verdad, se derrame sobre nosotros, o que, si todo es ficticio e imaginario, la ilusión se disipe pronto. Demasiada credulidad por un lado es despreciable. Una obstinación ciega ha casi arruinado a menudo las mejores revelaciones que la Providencia ha concedido a la ciencia.”

Al Editor del *Sunday Times*:

“Señor: Desde hace algún tiempo he estado esperando una oportunidad favorable para dirigirme a usted y exponer ciertos hechos relacionados con el Espiritismo, que demuestran claramente la existencia de lo que muchas personas parecen determinadas a negar. Tales escépticos, con sus argumentos, lejos de causar algún daño a la causa, han sido el medio de inducir a muchos a investigar los fenómenos, quienes, de otro modo, probablemente nunca

lo habrían hecho, y como consecuencia, los han convertido en creyentes firmes. Nueve de estos casos han ocurrido en mi propia casa.

Asimismo, a lo largo de todos los libros y artículos que he leído, nunca he encontrado un solo escrito que argumente contra la posibilidad de una comunicación con el mundo espiritual, sino únicamente exposiciones de los trucos practicados por algunas personas interesadas, confirmando así a quienes estaban sólo medio convencidos y permitiendo a todos los que tienen la fortuna de presenciar una sesión auténtica distinguir más fácilmente entre realidad y engaño. Claramente, tales personas merecen el agradecimiento de todos nosotros.

Las columnas de un periódico no podrían admitir, ni tengo tiempo de escribir, las muchas razones que se pueden aducir a favor de la probabilidad de manifestaciones espirituales; todo lo que le pido es que inserte una declaración sencilla, de un hombre sencillo, sobre ciertos hechos tan notables, extraordinarios y convincentes, que quienes los han visto no puedan dejar de creer, y mediante los cuales no sólo se trastocan las ideas de toda una vida, sino que las propias leyes de la naturaleza y de la gravedad, tal como se entendían hasta ahora, parecen esparcidas al viento.

Hace unas noches, un grupo de siete personas, incluyendo al Sr. Home y dos damas, se reunió en sesión alrededor de una pesada mesa circular grande. Por un corto tiempo no ocurrió nada extraordinario, pero al fin se sintió un pulso convulsivo en la mesa, que pronto comenzó a moverse, ondulando con un movimiento fácil y gracioso, levantándose a veces cerca de un pie del suelo. Al mismo tiempo hubo golpes en rápida sucesión bajo la mesa, sobre el suelo, el techo y alrededor de la habitación, un caballero estando bajo la mesa en ese momento, a solicitud del Sr. Home, para prevenir la posibilidad de colusión.

Después de algunas comunicaciones triviales, sostuve una pequeña campana de mano bajo la mesa, y en pocos minutos percibí, al mirar hacia abajo, una pequeña mano blanca (todas las demás manos pertenecientes al grupo reunido estaban sobre la mesa), que comenzó a acariciar y jugar con la mía. Después de hacer sonar la campana una o dos veces (en mi mano), pedí que fuera llevada a un caballero frente a mí, y tan pronto como expresé mi deseo, sentí que la tomaban de mi mano y la depositaban en la del caballero que había indicado. Esto se hizo varias veces. La mano era suave y blanca como la de un niño, y era completamente visible, ya que había dos mecheros de gas encendidos en la habitación.

Un acordeón fue sostenido al lado de la mesa por el Sr. Home, cuando se tocó la música más hermosa, melancólica y melodiosa, y tan pronto como expresé el deseo de escuchar “La Última Rosa del Verano”, se tocó esa melodía, en ese momento el acordeón descansaba sobre mis pies, sin mano terrenal cerca, habiendo sido tomado de la mano del Sr. Home y colocado allí. Varias manos aparecieron en rápida sucesión moviendo diferentes objetos de mobiliario; y una de ellas, particularmente poderosa, al tocar al Sr. Home, hizo que él exclamara que se le había dado una fuerza enorme. Y ciertamente la tenía, y procedió de inmediato a ejercerla.

Un bloque de madera, de la gran rama de un árbol de gran peso, de cuya caída fue maravillosamente preservado, fue levantado por el Sr. Home como si fuera una paja, llevado alrededor de la habitación bajo su brazo y finalmente depositado cerca de la mesa. Para él

parecía no tener peso, y sin embargo, cuando dos caballeros, cada uno aparentemente mucho más fuertes que el Sr. Home, lo intentaron, apenas pudieron moverlo.

Una circunstancia singular relacionada con que el Sr. Home recibiera una fuerza tan extraordinaria es necesario mencionarla. Uno de los caballeros presentes había perdido un amigo muy querido en la reciente guerra de Crimea, y quien, antes de salir de este país, le había dado su fotografía. Era la única que se había tomado de él, y tras su fallecimiento, la familia la pidió para hacer una copia, pero no la habían devuelto. En varias ocasiones, el espíritu se había manifestado y había reprochado constantemente a este caballero por habérsela entregado. En esta velada se recibió un mensaje similar, cuando él mentalmente pidió una manifestación que lo identificara completamente con el amigo fallecido. Cuando estaba en el mundo, era un hombre musculoso y muy fuerte; y para convencer a este caballero de que era él, le permitió al Sr. Home, a través de sí mismo, levantar esta masa de madera, que en otro momento no habría podido mover. Las últimas palabras deletreadas fueron: "Consigue al menos una copia".

Otra mano apareció entonces; y al ser tocado por ella, el Sr. Home exclamó: "¡Me están levantando; no me miren hasta que esté por encima del nivel de la mesa, pues podría traerme abajo!". Casi al mismo tiempo, el Sr. Home fue elevado y flotó en el aire a una altura de aproximadamente cinco pies, tocando ligeramente la cabeza de un caballero al pasar, pero al acercarse a la ventana volvió suavemente al suelo. Comentó: "Su fuerza aún no es suficiente, pero siento que pronto lo será." La mesa que durante algún tiempo había permanecido pasiva comenzó a levantarse y vibrar violentamente, terminando por moverse hacia un sofá al final de la habitación, obligando a todos los presentes a seguirla.

"No habíamos vuelto a sentarnos cuando nuestra atención fue atraída al ver una pequeña mesa moverse a través de la habitación y finalmente, tras mucho esfuerzo, levantarse y colocarse en el centro de la mesa grande alrededor de la cual estábamos sentados. Se deletreó 'menos luz terrestre', y se bajaron las dos luces de gas, dejando solamente un fuego brillante que iluminaba claramente toda la habitación. Apenas se hizo esto, se vio una pequeña mano de bebé subir por el brazo de un caballero, y casi al mismo tiempo percibió entre el Sr. Home y él la forma de un infante vestido de blanco. Naturalmente muy aficionado a los niños, no le dio importancia, imaginando que simplemente conocían sus inclinaciones; pero cuando su esposa preguntó si no sería el espíritu de su pequeño hijo ya fallecido, dio una tímida afirmativa, apareciendo en ese momento una luz brillante cerca del sofá, que poco a poco se desvaneció hasta desaparecer. La pequeña mesa, que aún estaba sobre la grande, comenzó a moverse, y al mismo tiempo la misma mano que antes impartió fuerza sobrenatural al Sr. Home se vio nuevamente sujetándolo. Sus brazos se levantaron por encima de su cabeza, fue nuevamente elevado unos dos pies del suelo y llevado hacia la ventana, y allí fue levantado hasta aproximadamente dieciocho pulgadas del techo. Después de permanecer flotando unos dos minutos, descendió; pero al acercarse a su silla, fue elevado nuevamente y colocado en posición vertical en el centro de la mesa, junto con la pequeña. Su peso no descansaba sobre ella, por lo que no tuvo efecto, ni se oyó siquiera un crujido. Alrededor de un minuto después, tanto el Sr. Home como la pequeña mesa fueron elevados por cuarta vez, aproximadamente un pie sobre la superficie de la mesa grande, y tras permanecer en esa posición cerca de un minuto, descendió y retomó su asiento.

"Tal es un breve relato de esta sesión tan extraordinaria y satisfactoria. No es necesario añadir que, por necesidad, me he visto obligado a omitir muchos pequeños detalles que,

aunque interesantes en sí mismos, palidecen frente a las maravillosas manifestaciones antes descritas."

Atentamente,
"Su obediente servidor,
'Un Hombre Común'."

Para entonces, la salud de mi esposa estaba decayendo, y a veces estaba confinada a la cama. Una noche, el espíritu de su madre vino a nosotros, y tras hacer tres cruces sobre la frente de Sacha, la mano, invisible pero perfectamente tangible, hizo que mi esposa dijera: "¡Oh, mamá me está bendiciendo, y siento un extraño escalofrío de alegría!" Yo sentí entonces la mano sobre mi frente, y nuevamente el presente fue borrado de mi mente, y vi al ser tan querido para mí pasar de la tierra. Fue tan terrible realidad que habría dado cualquier cosa por sentir que existiera siquiera la mínima posibilidad de haber sido engañado. Su madre me dijo que la enfermedad que causaría su fallecimiento no sería la que tanto temíamos, sino que sería, de hecho, consumo. Desde ese momento, cada vez que nuestro bondadoso y experimentado médico venía, yo le pedía que viera si podía detectar algún cambio que indicara enfermedad pulmonar; pero él decía que, aunque existía gran debilidad, la enfermedad activa no avanzaba y pensó que podría evitarse. Tan pronto como la querida pudo emprender el viaje, fuimos a Bournemouth, donde nos unió nuestra amiga, la Sra. P, y allí encontramos que los síntomas de enfermedad pulmonar habían aumentado. Se llamó entonces a un médico, que junto con un colega, declaró que el pulmón izquierdo no estaba sano. Estaba solo cuando me dijeron esto; y cuando entré a la habitación de mi esposa, ella quería saber el resultado del diagnóstico. Al casarnos, prometimos que si alguno supiera que el otro estaba gravemente enfermo, no se intentaría ocultarlo. Sin embargo, nunca había tenido valor de contarle lo que su madre me había revelado; para alguien tan joven, y cuya vida tenía todo para ser deseable, era difícil pensar que una nueva existencia la aguardaba tan pronto. Sin embargo, sentí que debía ser fiel a mi promesa, y le conté lo que los médicos dijeron. Ella sonrió y dijo: "¿Crees que puedo permanecer en la tierra diez días?" Le dije que no sólo diez días, sino que en realidad podría vivir diez años, pero que todo seguía siendo incierto. Tomó mi mano en la suya y dijo: "¿Recuerdas, Daniel, cuando mamá me bendijo hace un mes, y te conté la sensación de alegría que sentí? Bueno, siento que ella está aquí ahora, y siento la continuación del mismo escalofrío. Me voy con ella, pero Dios no nos separará. Siempre cuidaré de Gricha y de ti." Me pidió su escritorio, y luego escribió cartas que selló y dirigió, agregando las palabras: "Para abrir después de mi partida." Justo cuando estaba por terminar la última carta, nuestro hijo entró en la habitación y, sentado en su regazo, acarició su mejilla diciendo: "Mamá es demasiado buena para estar enferma." Esto la afectó tanto que rompió en lágrimas, y fueron las únicas que derramó por el pensamiento de abandonar su cuerpo. Se escucharon sonidos musicales distintos cada noche en nuestra habitación, y en más de una ocasión el canto de un pájaro durante más de una hora sobre su cama.

Permanecimos en Bournemouth unas tres semanas, y al encontrar el clima muy desfavorable, fuimos a la casa de campo de nuestro amable amigo, el Sr. Cox, en Hampshire, donde permanecimos un mes. Mi esposa comenzó a ver con frecuencia a su padre y a su madre, y también a un niño pequeño que no reconocía; su madre le dijo que era su hermano que había fallecido a pocas horas de nacer. Aquí ocurrieron algunos fenómenos curiosos, descritos en la carta de mi amigo, el Sr. Cox, de Jermyn Street.

“El difunto Robert Owen, poco antes de pasar de la tierra, me había dado un escritorio que había pertenecido a su esposa, y que contenía, entre otras cosas, una caja de pinturas. Como yo tenía otros objetos suyos como recuerdos, me parecía más justo, después de su partida, que algún miembro de su familia poseyera el escritorio que había pertenecido a su madre, y por ello lo entregué a su hijo, el Sr. Robert Dale Owen, para que lo llevara a América. Sin embargo, sentí en aquel momento un impulso casi irresistible de retener el escritorio, pero el sentimiento de justicia prevaleció. Casi había olvidado el hecho, cuando en la primera sesión con el Sr. Home tras su regreso de Rusia, el espíritu de mi viejo y valioso amigo, el Sr. Owen, apareció y dijo: ‘Debes decirle a Robert que te devuelva ese escritorio y por qué se lo diste, pues hice todo lo posible por impresionarte para que no lo entregaras.’ Escribí esto al Sr. Robert Dale Owen, y en su debido momento el escritorio me fue devuelto. Estábamos entonces en mi casa de campo, y el Sr. y la Sra. Home vinieron a pasar un breve tiempo con nosotros. Mi pequeño hijo estaba entonces indispuesto, y se había llamado al médico sin mucho resultado. Los espíritus habían prescrito previamente para él, y ahora dijeron que magnetizarían agua de un manantial puro, que le beneficiaría. Se consiguió un decantador para este propósito y se colocó en el centro de la mesa donde estábamos sentados. Lo coloqué yo mismo y tomé todas las precauciones para que nadie lo tocara. El agua en el decantador se agitó después de unos momentos sin causa visible, y un aroma potente salió de la botella. Probamos el agua y encontramos que estaba fuertemente impregnada de algo que le daba un sabor decidido, pero no sabíamos qué era; no era como nada que hubiéramos probado antes. El Sr. Home fue entonces llevado al estado de trance, y tomando el decantador con su mano derecha, caminó unos pasos desde la mesa, sosteniéndolo a la vista todo el tiempo, cuando, para mi asombro, vi otro decantador, aparentemente idéntico al otro, en su mano izquierda. Así, en cada mano vi un decantador; y tan real era el segundo que no podría haber dicho cuál era el material.”

Incluso si se hubiera pretendido un truco, no había oportunidad para ello, y como el decantador era grande, no se podría haber escondido otro en la manga del abrigo del Sr. Home, ni sobre su persona. Un poco más tarde, el espíritu del Sr. Owen vino y deseó que se colocara el escritorio de escritura de su esposa sobre la mesa; y ahora la habitación se oscureció para ver si podíamos distinguir luces espirituales, que entonces fueron vistas por tres de nosotros. Pronto escuchamos que se abría el escritorio, y una mano se colocó en la mía, otra en la de mi esposa, y una tercera en la del Sr. Home, cada mano diferente en tamaño de las demás. Se pidió el alfabeto, y se deletreó “Temo que haya arruinado su Claude”. No pudimos entender esto; pero cuando se volvió a encender la lámpara, descubrimos que se había tomado algo de pintura de la caja dentro del escritorio y se había usado libremente en una de mis pinturas que colgaba a varios metros de donde estábamos sentados.
“Wm. Cox.”

Ahora regresamos a Londres; y el primer día de nuestra llegada, nuestro estimado amigo, el Dr. H., nos visitó, aún con la esperanza de que los médicos se hubieran equivocado al declarar que el pulmón estaba enfermo; y mientras auscultaba el pecho, mi querida esposa lo miró con risa y dijo: “Ves lo muy diferente que está ahora de lo que solía ser. Yo misma puedo distinguir la diferencia en el sonido.” Él negó con tristeza con la cabeza y dijo:
“Es demasiado cierto, y con tu creencia no intentaría ocultártelo.”

Muchas veces reiteró estas palabras durante su enfermedad, agregando: “Con mis otros pacientes tengo que darles esperanzas de que van a quedarse, y tú siempre me pides esperanzas de que vas a irte.”

Durante nuestra estancia en Londres, tuve una sesión casi todas las noches, mi esposa sintiendo que le hacía bien tanto física como espiritualmente. El carácter de las manifestaciones ocurridas en este tiempo se verá en los relatos que dan mis dos amigos. El del Sr. W. M. Wilkinson es el siguiente:

Mi Primera Sesión con el Sr. Home

“Aunque he tenido trato de intimidad con el Sr. Home durante algunos años, y he oído y leído sobre todas las cosas maravillosas que ocurren en su presencia, sin embargo, este 19 de junio de 1861 es la primera vez que las veo por mí mismo. No ha sido porque no creyera en ellas, o pensara que no eran importantes; porque sí creía en ellas y las consideraba de gran importancia. Habiendo estado, sin embargo, acostumbrado a escuchar de amigos todo lo que ocurría, estaba completamente satisfecho con sus relatos, y no pensaba que estuvieran tan por debajo de mi observación como para que fuera necesario que mis propios ojos me convencieran. No me atribuyo ningún mérito por esto, porque es principalmente consecuencia de mi propia experiencia. Recuerdo que hace unos veinticinco años, cuando escuché por primera vez sobre el mesmerismo y sus maravillas psicológicas, cometí la tontería de decir que no creía ni una palabra—y desde que en aquella ocasión tuve que rendirme a discreción al verlo por mí mismo, he cometido muchos menos errores similares. Desde entonces, he seguido estudiando este y temas afines, y puedo decir con justicia que ahora puedo creer fácilmente en mucho más de lo que antes creía posible. Esto, en todo caso, me ha resultado conveniente, porque no he tenido que encontrarme tan a menudo en desacuerdo con los hechos, lo que siempre es una posición dolorosa; y, además, me ha abierto un nuevo mundo de fuerzas espirituales, que, aunque generalmente ignoradas, he encontrado que explican muchos de los capítulos más extraños e incomprensibles de la historia humana.”

En dos o tres ocasiones, a través del Sr. Squire y otros médiums, había visto fenómenos tan maravillosos como los que ahora presenciaba en presencia del Sr. Home. Había visto casi todas las cosas maravillosas descritas tan admirablemente en la *Cornhill Magazine* y en la carta del Dr. Gully; también estuve presente cuando se realizaron otros fenómenos aún más poderosos, descritos hábilmente por el Dr. Blank, en la página 161 del primer volumen de la *Spiritual Magazine*. Varias veces había visto, tanto en Londres como en París, escritura directa por poder invisible, sobre papel colocado fuera de contacto mortal, y también estaba convencido del supuesto poder de los médiums para flotar en el aire, habiendo tenido uno que descendió sobre mi pecho, así como en otras ocasiones haber sostenido su mano mientras flotaba por la habitación. Por lo tanto, en esta noche no me preocupé de molestarme a mí mismo ni a los demás tomando las precauciones que hubieran sido necesarias si yo fuera presidente de la Royal Society y estuviera a punto de hacer un informe concluyente a ese ilustre cuerpo de investigadores en física. No dudé, sino que me senté, vi, escuché, sentí y tomé notas.

Éramos ocho, todos bien conocidos por mí, y algunos conocidos donde se habla inglés. Estábamos en el salón de una casa en Cornwall Terrace, Regent's Park, y nos sentamos alrededor de una gran mesa de 100, y comenzamos a hablar. Curiosamente, uno dijo que el

profesor Faraday vendría el lunes siguiente a una sesión, y especulando sobre su espíritu guardián no permitiéndole ser fácilmente convencido, hubo de inmediato golpes muy fuertes en la mesa afirmando esa proposición. Estaba sentado junto a mi esposa a su derecha, y poco después sentí que mi pierna era tocada suavemente, en una posición donde era imposible que el Sr. Home la hubiera alcanzado. Entonces comenzó una vibración suave pero profunda de la mesa, sillas y suelo, hasta que toda la habitación temblaba violentamente, durante lo cual la mesa se elevó unos diez pulgadas, el temblor continuando todo el tiempo.

La mesa comenzó a levantarse en el lado opuesto a donde estaba sentado el Sr. Home, y claramente estaba fuera de su poder levantarla. La silla del Sr. Home se movió tranquilamente hacia atrás, alejándose de la mesa unos tres pies, y mientras estaba allí los vestidos de mi esposa y de la dama junto a ella fueron tirados, y tan fuertemente que podía verlos arrastrarse hacia abajo. También sentí el vestido de mi esposa mientras era tirado, y se ejerció una fuerza poderosa en el acto, resistiendo mi mano. En ese momento el Sr. Home estaba completamente a seis pies de distancia, y tanto por la distancia como por estar completamente a la vista, podía ver que no fue hecho por su fuerza.

El Sr. Home ahora sostenía el acordeón en su mano derecha junto a su silla, y de inmediato comenzó a sonar. Lo sostenía por la parte inferior, las teclas estando en la parte superior, y por lo tanto fuera de su alcance. Era imposible que las tocara. Examiné cuidadosamente el instrumento, abriendo la diapositiva debajo de las teclas, y encontré que era un instrumento común, con solo el mecanismo usual de las teclas. No había nada dentro. Lo miré fijamente, así como la mano y los dedos con los que lo sostenía. Allí estaba, siendo levantado y bajado, y produciendo dulces sonidos, mientras su mano permanecía inmóvil y sus dedos sin moverse. Podía ver por encima y debajo del instrumento, pero no había causa visible para su movimiento, ni para la apertura y cierre de las teclas que causaban la música.

Cuando cesó, mi esposa preguntó si no podría tocarse en su mano, y de inmediato el instrumento emitió tres sonidos, que tomamos como que tendría mucho gusto en intentarlo. Se le dio, y mientras lo sostenía, dijo que sentía que uno de sus dedos estaba siendo tocado. Poco después, la mesa se elevó aproximadamente un pie del suelo de manera estable. Como no hubo sonido del acordeón en sus manos, lo devolvió al Sr. Home, pero se le quitó inmediatamente y se le devolvió, y mientras estaba en su mano derecha, comenzó a tocar. Ella lo sintió claramente levantado y tirado con fuerza hacia abajo, y no podía tocar las teclas, que, sin embargo, necesariamente debían haber sido tocadas y abiertas para producir los sonidos.

En las manos del Sr. Home ahora se tocaba una hermosa melodía, durante la cual escuchamos lo que tantas veces se ha descrito: las notas completas disminuyendo gradualmente hasta desaparecer en los sonidos más finos. Con tres notas rápidamente repetidas se prometió que el instrumento tocaría la melodía de la otra noche, representando “Las Dos Vidas”, la de este mundo y la del siguiente. La primera, o la vida de este mundo, se representó con discordancias que chirriaban dolorosamente al oído, y que pensé hacían poca justicia a un mundo que, aunque capaz de mejora, aún tiene ricas armonías en sus profundidades. Por misericordia para nuestros oídos, la primera vida no duró mucho, y fue seguida por la segunda, compuesta de música angelical hermosa y suave, como nunca había escuchado. Tocó durante varios minutos, aumentando a ricos sonidos cuya dulzura era encantadora al oído, y gradualmente cambió a la querida y antigua melodía de “Hogar dulce Hogar”.

¿Qué visión más apropiada y feliz de la segunda vida se podría dar en sonidos musicales que ésta de ser hogar; y qué dulce sermón sobre los valores relativos de las dos vidas! Creo que fue recibida más solemnemente y, a la vez, más agradecidamente por todos los presentes, al saber la enfermedad "hasta la muerte" de uno del grupo, la más joven y la más feliz en sus brillantes anhelos por esta segunda vida. Sería casi blasfemo preguntar en su presencia cuál es el bien del Espiritismo. Tal pregunta no ocurriría a un buen hombre, y no podría ser hecha por un sabio. El mero hombre de ciencia que mide las almas humanas con matemáticas estaría fuera de lugar en tal escena, y si no hubiera estado tan felizmente absorto en mis propios pensamientos, me hubiera alegrado de que no estuviéramos molestados por ninguno de esos.

Durante esta última actuación no inspeccioné más el instrumento que para ver que estaba sostenido, boca abajo, en la mano derecha del Sr. Home, su otra mano sobre la mesa, como las manos de todos los presentes, y no conozco ningún medio natural por el cual un acordeón pueda tocarse bajo tales condiciones. Sin embargo, no dudo por otra razón, habiendo tenido una vez un acordeón tocando en mis propias manos, cuando sé que lo hago. También sé que Lord Lyndhurst y muchos otros hombres públicos que podría nombrar, han tenido una experiencia similar.

Pero ahora la mesa se eleva de nuevo un pie del suelo, y permanece allí, no silenciosa, sino ondulando fuertemente. Pude hacer la siguiente anotación en mi papel, apoyado sobre la mesa mientras estaba a toda su altura sobre el suelo:
"Mesa se elevó un pie. Contar 10. Escribí esto mientras estaba arriba y ondulando." Luego descendió suavemente hasta el suelo otra vez.

Cambiamos de lugar según las instrucciones, y un caballero se convirtió en mi vecino derecho, quien, un minuto después, dijo que vio una mano que creía que era la de su hijo. Yo no la vi, ni vi los tres augures que mi esposa observó poco después; pero en respuesta a una pregunta, sentí tres golpes en mi rodilla, como de una mano, aunque no lo suficientemente claros como para estar seguro de qué eran. En ese momento, varios a la vez dijeron que vieron una ligera nube de apariencia luminosa cruzar la habitación, pero, estando detrás de mí, no vi nada.

En un rincón de la habitación, cerca de donde estábamos sentados, había un santuario con varios ídolos indios de bronce. De repente, hubo un alboroto entre ellos, un estruendo, y un ídolo grande fue derribado, y llevado con cierta violencia y ruido bajo la mesa. Parecía estar en manos de algún poder vigoroso, y poco después escuchamos un tintineo de algún objeto metálico contra él, que resultó ser un dosel ornamental de metal, desatornillado de la parte trasera del ídolo, con el cual se respondían las preguntas golpeándolo contra el suelo.

De manera similar, se produjeron golpes fuertes en respuesta a preguntas, al sacudir el ídolo contra el suelo. Se hizo un comentario sobre la falta de respeto que esto indicaba, y de inmediato se produjeron una serie de golpes alegres al volver a golpear las dos partes del ídolo juntas. Dos o tres veces, el ídolo apareció empujando desde dentro del mantel de la mesa, y dos veces hizo su aparición completamente fuera de la mesa, descendiendo suavemente hasta el suelo.

Se trajeron algunas flores del santuario y se colocaron en la mano de cada persona presente. Nuestro presente consistió en una rosa y varios claveles. Sentí la rosa colocada en mi mano bajo la mesa, mientras todas las demás manos permanecían visibles sobre la mesa.

Varias veces durante la velada todos percibimos un aire fresco que impregnaba la mesa, imposible de no notar. El acordeón fue colocado en el suelo, y todas las manos se apoyaron sobre la mesa, cuando se escuchó sonar claramente varias veces, aunque no se tocó ninguna melodía. Luego intentó pasar del suelo a la mesa, pero no logró completar el trayecto, y cayó suavemente de nuevo al suelo.

La mesa se elevó nuevamente, claramente separada del suelo, con ambos mis pies sobre su pedestal, presionando fuertemente hacia abajo todo el tiempo. La resistencia y el movimiento ascendente constante de la mesa eran extrañamente curiosos, al igual que su cuidadoso y silencioso descenso, mientras mis pies aún la presionaban, y sin embargo alcanzó el suelo sin hacer ruido.

Hubo un traqueteo general entre los ídolos y varios golpes muy fuertes, y así terminó una velada muy interesante, durante la cual he visto y oído suficiente para convencerme de que están equivocados aquellos que niegan la posibilidad de estos fenómenos. Cómo se deben explicar es otro asunto, que puede discutirse con muchas diferencias de opinión honestas; pero que existen, no es un asunto de duda, sino de certeza.

Algunas personas bienintencionadas dicen que son obra del diablo; pero esa noche no vi señales de maldad, ni en el trabajo ni en las personas que observaban. Por mi parte, adopté casi la misma actitud que tendría en una conferencia científica ilustrada con experimentos y diagramas, y no percibí ninguna influencia especial más que el fuerte deseo de observar los hechos.

En cuanto a que los hechos sean imposibles porque no cuadran con las ideas de espíritu y materia de la Royal Society, eso no me concierne, porque yo no los hice ni tampoco las opiniones que los hacen tan incómodos. Solo declaro lo que he visto, y si lo he hecho claramente, ese es mi único deseo. Los hechos siempre se cuidan por sí mismos, y los más sabios son aquellos a quienes no les imponen reprobación.

Espero también haber ampliado el círculo de observadores con mi descripción de los fenómenos de esa noche. Es imposible para muchos ver lo que yo he visto, y en la medida en que puedan creer mi testimonio, se evita la necesidad de su propia observación directa. Muchas cosas deben aceptarse basadas en la evidencia de otros. “Non cuivis contingit adire Corinthum.” No le sucede a cualquiera ir a Corinto, y así aquellos que no pueden ir por sí mismos, deben aceptar el relato de los que han estado allí.

Un cierto número de personas de mentalidad peculiar, común a todas las épocas, no pueden aceptar el testimonio de otros, y es mejor dejarlos solos hasta que surja una oportunidad de convencerlos mediante un modo adecuado a su peculiar debilidad. Aún no es de moda creer en estas cosas imposibles, y como alguien debe empezar y soportar el inevitable ridículo, con gusto pongo mi nombre para tanto como se pueda asociar a él.

V.Y.M. Wilkinson

El señor William Howitt, quien ha realizado profundas investigaciones sobre este tema y que en su gran obra, ahora lista para imprimir, reúne testimonios antiguos y modernos sobre lo sobrenatural en todas las épocas, estuvo presente en varias ocasiones para observar e investigar los fenómenos. En una carta elocuente y contundente que escribió al señor Barkas de Newcastle, da cuenta de una parte de lo que presenció:

Deseo que algunos de sus negativos pudieran haber visto lo que yo y la señora Howitt, y varias otras personas, vimos en la sesión de una dama en Regent's Park, hace unos tres meses, y algo similar a lo que algunos de nuestra nobleza más distinguida han visto allí repetidamente en fechas recientes. Además de nosotros, estaban presentes el señor y la señora Home, un conde ruso llamado Steinbock, y varias otras personas. Se interpretó música hermosa en el acordeón mientras lo sostenía con una mano el señor Home, quien no sabe tocar una nota, y lo mismo ocurrió cuando lo sostenía una dama.

Tuvimos las comunicaciones más claras y rápidas sobre distintos temas mediante el alfabeto, y flores fueron tomadas de un ramo que estaba en una mesa a distancia y traídas para entregárselas a cada uno de nosotros. A la señora Howitt le fue entregada una ramita de geranio por una mano invisible, que hemos plantado y está creciendo; por lo tanto, no es una ilusión, ni dinero de hadas convertido en hojarasca. Vi una mano espiritual tan claramente como he visto la mía propia. Toqué una varias veces, una vez cuando me entregaba la flor.

El vestido de seda de mi esposa fue tirado con tal fuerza que ella creyó que se romperían los pliegues, y fue sacudido con un ruido tan fuerte que no solo todos lo escuchamos, sino que podría haberse oído en otra habitación. El pañuelo de mi esposa fue tomado de su regazo y llevado hasta mi mano, al otro lado de la mesa; pensé que tenía la intención de que lo tomara, pero el espíritu no lo permitió, lo retiró un poco, luego rozó mi mano nuevamente con él y finalmente lo lanzó al centro de la habitación. El vestido y el pañuelo eran perfectamente visibles durante estas acciones, pero la fuerza motriz era invisible.

Luego los espíritus fueron a un santuario de ídolos de bronce que pertenecían a la dama de la casa, comprados en India. Algunos de estos eran muy pesados. Los arrojaron al suelo con tal violencia que el estruendo pudo haber sido oído en toda la casa. Los ídolos más grandes —quizá todos, no estoy seguro— se desenroscan, y los tornillos funcionan exactamente al contrario que los nuestros; pero los espíritus los desenroscaron y golpearon sus cabezas vigorosamente contra el suelo, diciendo mediante el alfabeto: "Todos deben hacer su mejor esfuerzo para destruir la idolatría, tanto en India como en Inglaterra, donde prevalece de muchas maneras. Idolatría de la nobleza, idolatría de la riqueza, idolatría del ego, idolatría de la mera inteligencia y aprendizaje", etcétera. Las distintas partes fueron arrojadas debajo de la mesa para que se pudieran pisar, y dos partes del ídolo Mahadeo, de pesado bronce, fueron colocadas sobre la mesa por una mano visible. La cabeza del ídolo me pareció pesar cuatro o cinco libras.

El señor Home fue levantado aproximadamente un pie del suelo, aunque no flotó como suele hacerlo en la luz más intensa. La mesa, una mesa de té muy pesada, también fue levantada varias veces un pie o más del suelo, y se nos invitó a mirar debajo para ver que no había causa visible. Para nosotros, que hemos visto tanto de estas cosas y para quienes son tan familiares como el vuelo de un pájaro, y mucho más familiares que el cometa presente, esto no era necesario.

Unos pocos días después, una dama deseó que “La última rosa del verano” fuera tocada por un espíritu en el acordeón; el deseo se cumplió, pero de forma tan desastrosa que los presentes pidieron que se interrumpiera. Esto se hizo, pero poco después, evidentemente por otro espíritu, el acordeón fue llevado y suspendido sobre la cabeza de la dama, y allí, sin soporte visible ni acción sobre el instrumento, se interpretó la melodía maravillosamente, ante la vista y el oído de todos.

Capítulo XI.
Un diario y una carta.

Casi toda la gama de fenómenos ocurrió durante nuestra residencia con nuestra amiga, la señora P., en Regent’s Park. Ella ha sido visitante frecuente en otras sesiones y ha mantenido un diario de cada noche, que amablemente ha puesto a mi disposición. Propongo, por lo tanto, hacer extractos de él sobre algunos de los fenómenos más llamativos de esta y de fechas posteriores.

Extractos cortos de un diario, 1860-61-62.

15 de diciembre de 1860.—Mis preguntas mentales fueron respondidas mediante golpes sobre mi vestido. Coloqué mi mano derecha de repente sobre mi regazo e intenté tomar aquello que tocaba mi vestido, pero no pude agarrar nada. El señor Home me pidió que pusiera un pañuelo sobre mi mano. Lo hice, y al colocarlo, una mano tomó la mía, y la retiré de inmediato. Determinada a vencer los nervios que me dominaban, volví a poner mi mano y fue tomada por otra mano, recibiendo besos desde la punta de los dedos hasta toda la palma.

Todo el tiempo, el acordeón, sostenido en la mano derecha del señor Home, interpretaba la música más exquisita, elevándose en tonos plenamente armoniosos y desvaneciéndose en notas de ternura y de música delicada y sobrenatural. Su mano izquierda permanecía sobre la mesa todo el tiempo.

Se produjeron numerosas manifestaciones, y a preguntas mentales recibí respuestas inteligentes, y regresé a casa de mi primera sesión con el señor Home convencida de la verdad de que se nos permite mantener comunicación con aquellos que han pasado al mundo espiritual.

24 de diciembre.—El acordeón tocaba en la mano del señor Home; luego cinco golpes pidieron el alfabeto, y se deletreó “Himno de Navidad”; de nuevo cinco golpes, y “menos luz terrenal”: bajamos la llama de los cuatro quemadores de gas que estaban sobre la mesa, y se deletreó “El Pesebre, la Vida y el pasar”, acompañado por el acordeón con una dulce melodía apropiada a la infancia. “La Vida” fue representada con las notas más armoniosas entremezcladas con disonancias, como si fuera espinosa y dolorosa, y el pasar murió en el aire con exquisita ternura.

29 de enero.—Una sesión de ocho personas. Nos habíamos entretenido leyendo el artículo “Spirit-rapping made easy” de la revista “Once a Week”, que dejamos sobre el chiffonnier. Vi algo pasar velozmente por un lado de la habitación y desaparecer debajo de la mesa. Se oyó un ruido curioso como de papel arrugado; apareció una mano espiritual y colocó en la del médium una hoja de “Once a Week”, arrugada y rasgada. Los espíritus trabajaban destruyendo la revista: la frotaron fuertemente sobre el zapato del señor Home y luego

colocaron su pie sobre ella. Los espíritus dieron a cada persona un pedazo de la revista destrozada, y el resto fue levantado por una gran mano espiritual y colocado sobre una silla vacía, que por fuerza invisible había sido movida desde la distancia hasta la mesa poco antes.

La mesa se movió violentamente hasta la ventana central, delante de la cual estaba una rama del álamo del norte enviada desde el Château de C..., y que era parte del lugar de donde el señor Home escapó milagrosamente. La rama medía tres pies y ocho pulgadas de alto, con una circunferencia de tres pies. Manos luminosas eran visibles de vez en cuando; la mesa se levantaba suavemente y golpeaba varias veces contra la rama. Los espíritus arrojaban pedazos de la revista rasgada alrededor y colocaban un pedazo debajo de la rama. Pregunté en hindostaní: "¿Están haciendo que el señor Novra Aopooja toque la rama?" A lo que golpearon ruidosamente: "Sí".

La luz de la calle entraba por las ventanas; los espíritus cerraron las persianas y escuchamos un curioso sonido de desgarro. Una mano espiritual pasó sobre mis manos y colocó sobre ellas un trozo de corteza arrancada del álamo; el ruido se repitió, y a cada persona del círculo se le dio un trozo. Una fuerza invisible abrió las persianas; el tronco del árbol se movía hacia adelante y atrás, y después de un tiempo fue levantado por fuerza invisible y colocado sobre la mesa. En ese momento se tocó "Oft in the stilly night" con el acordeón que estaba en el suelo, sin ser tocado por manos humanas.

Los brazos del señor Home se levantaron y caminó hasta el extremo de la habitación, donde fue levantado del suelo y elevado hasta que sus pies quedaron al nivel de la parte superior de un chiffonnier, entre cuatro y cinco pies del suelo. Vi claramente su cuerpo ser transportado erecto por el aire; luego volvió a su lugar original, donde permaneció un tiempo antes de flotar hacia adelante, pasar detrás del candelabro de gas suspendido en el centro de la habitación y descender suavemente al suelo, cerca de la silla donde estaba sentada una dama. Ella dijo que al verlo estaba a unos cuatro pies del suelo. Cuando descendió, sus brazos quedaron paralizados, pero poco después volvieron a la normalidad.

13 de marzo

El tronco del árbol que estaba junto a la ventana se sacudió, se oyó el redoble de tambores sobre la mesa, y fue levantado como antes. El árbol volvió a temblar, y el acordeón que estaba en el suelo tocó sin ser tocado por mano mortal. Mr. Home lo tomó después con la mano derecha y lo sostuvo al revés; fue tocado con el estilo más magistral, y la armonía fue hermosa.

Una pequeña mesa de ajedrez, desde cierta distancia, se acercó por sí sola, y empujándose hasta el borde de la mesa grande, se levantó y quedó erguida sobre ella.

A menudo aparecían manos luminosas. Una hermosa mano pequeña surgió entre el tronco y la cortina, los dedos claramente visibles; se levantó más alto hasta mostrar el brazo hasta el hombro, y los pequeños dedos, doblándose sobre la parte superior del árbol, jugaron con los fragmentos de madera rota y las astillas verticales. Después de haberla observado algún tiempo, desapareció.

Mr. Home fue empujado hacia atrás en su silla aproximadamente un pie, y apareció una cabeza luminosa a su lado derecho; se detuvo frente a sus rodillas, y luego, al acercarse hacia mí mientras estaba sentado a su izquierda, desapareció.

17 de marzo

En una sesión con cinco personas en casa de Mr. Home, él cayó inmediatamente en trance y, después de un tiempo, despertó.

Yo tenía en el bolsillo una bala de mosquete que, en batalla, había roto la pierna de un querido familiar. Mi vestido fue tironeado, y una mano espiritual golpeó varias veces sobre mi rodilla: era su espíritu. Tomé la bala con la mano derecha y cubrí con mi pañuelo; los dedos espirituales giraron el pañuelo sobre la bala y se la llevaron. Poco después, mi vestido volvió a ser tironeado y la mano colocó la bala, que había sido envuelta en el pañuelo, de nuevo en mi mano.

Manteniéndome perfectamente quieto, dije: "Querido espíritu, ¿me besarás la mano?" y de inmediato mis dedos fueron besados cuatro veces. El espíritu me dijo que la bala ahora poseía poder talismánico, no para casos de enfermedad, sino para accidentes.

Flores naturales fueron tomadas de la mesa y entregadas a cada persona presente. Mr. Home fue llevado al extremo de la habitación, que estaba muy oscura; fue elevado del suelo, una hermosa estrella se hizo visible, y también una como un pequeño cometa. Dijo que había una estrella en su frente y una en cada mano; vimos las tres muy brillantes, y muchas otras brillando alrededor.

Fue fijado contra la pared; la aparición luminosa era tan clara que el papel de la pared se veía perfectamente. Luego flotó por la habitación y se colocó de rodillas sobre el sofá; nuevamente fue elevado y la estrella sobre su frente indicaba dónde estaba. Mientras flotaba, la estrella lo acompañaba y se apagaba al descender.

Mientras estaba en la mesa, una mano espiritual levantó el acordeón del suelo sobre la mesa, y cuando él fue elevado en el aire, el acordeón flotaba sobre su cabeza, tocando hermosamente todo el tiempo y moviéndose de un extremo al otro de la sala.

28 de marzo

En una sesión con nueve personas en casa de Mr. Home. Tenía un silbato dorado en la mano; Mr. Home lo tomó con la mano izquierda y lo colocó bajo el mantel; en su mano derecha estaba el acordeón.

—¡Oh! —exclamó—, es tan extraño, ¿qué harán con el silbato? El espíritu lo ha girado en mi mano, y siento una boca contra mis dedos.

El silbato sonó varias veces de inmediato. Esta fue una manifestación completamente nueva. Luego el espíritu tomó el silbato de él, el acordeón comenzó a tocar, y la música fue acompañada por el silbato, que luego cayó al suelo.

31 de marzo

En una sesión con siete personas. Puse mi mano sobre la mesa y la mantuve inmóvil; fue besada por dos espíritus. Cuando se levantó el mantel sobre la pulsera, sentí dedos intentando quitarla de mi brazo, pero no pasaba sobre mi mano; luego los dedos giraron la pulsera hasta sujetar el cierre, que les resultó difícil de desabrochar. Finalmente, lograron hacerlo y se llevaron la pulsera. Poco después, una mano apareció cerca de un caballero frente a mí y colocó suavemente la pulsera en el centro de la mesa.

2 de junio.— Una sesión de cinco personas. Al caer el crepúsculo, una agradable penumbra llenó la habitación, y una dama dijo:
"¿Es esta la luz que los espíritus aman, como la odylica?" a lo que los golpes respondieron: "Más refinada."

Los espíritus movieron la mesa con violencia hasta la ventana, cerca del altar hindú, y el acordeón, (sin que ninguna mano humana lo tocara) tocó de la manera más encantadora, exquisita y con gran fuerza.
Hubo mucho ruido en el altar hindú; la imagen de Vishnú y el Toro Sagrado fueron traídos y colocados sobre la mesa, luego una gran mano, que parecía oscura, situada entre nosotros y la luz, levantó el acordeón completamente por encima de la mesa—una segunda mano al otro lado lo bajó de nuevo; otra mano tomó una campana de la mesa y la hizo sonar. Mr. Home fue levantado de su silla erecto en el aire, y descendió sobre un reposapiés. Luego fue arrastrado al otro extremo de la habitación, y levantado en el aire hasta que su mano llegó a la parte superior de la puerta; de allí flotó horizontalmente hacia adelante y descendió. Vi una estrella brillante que constantemente destellaba, los golpes se apagaron a lo lejos, y la sesión terminó.

3 de junio.— Una sesión de nueve personas. Coloqué un gran ramo de flores naturales sobre el hombro del gran ídolo de mármol Ganesh. El acordeón en la mano derecha de Mr. Home tocaba de manera muy hermosa, armonizando el círculo, y las manos espirituales tocaron casi a todos los presentes. Se escuchó un sonido susurrante alrededor del ídolo, y algo pasó por debajo de la mesa. Los espíritus golpearon: "No son tan hermosas como las que encontraréis con nosotros," y de inmediato el ramo fue colocado en las manos de la Sra. Home. Mr. Home, desatando el ramo, devolvió las flores a la Sra. Home, quien pidió al espíritu que les diera un poder talismánico, y llevara una a cada uno de nosotros. La primera flor, un capullo de rosa, fue llevada a una dama, y los espíritus golpearon: "De alguien que es mortal, pero que pronto estará con nosotros—emblema de Sacha." Este anuncio nos hizo llorar a todos; estábamos profundamente conmovidos, y Mr. Home se recostó, abrumado por la emoción. Se me dio un narciso, y una flor a cada presente—también algunas para los ausentes, pero queridos por la Sra. Home. Ella habló por un largo tiempo consolando a quienes estaba a punto de dejar; su voz era muy débil, y perdí la mayor parte de lo que dijo. Se estrechó la mano con todos nosotros, un adiós; lloramos, pero no se pronunció una palabra.

4 de junio.— Sesión de cuatro personas. Mr. Home inmediatamente entró en trance, y tras muchas comunicaciones dijo:
"¡Si pudierais ver la multitud de espíritus cerca de Sacha! Una mujer velada está cerca de ella cuando Sacha va al mundo de los espíritus; allí estará, su velo quitado, lo pondrá sobre

la frente de Sacha, pesado con sus propias estrellas, brillando, brillando hacia abajo.—Rasgos bellos, cabello largo y suelto, sus manos cruzadas así—mira hacia arriba—arriba—¡sin tristeza, sin dolor! La oración es llevada por manos amorosas y colocada ante el santo trono de Dios—ellos traen Sus bendiciones a la tierra. Se coloca un bastón en sus manos, una nube para proteger el corazón de los rayos del sol—al lado se suspende el pan de vida—la estrella de la Esperanza alta en los cielos para guiarlos desde la tierra, y confiar solo en Dios."

11 de junio.— Sesión de siete personas. Los espíritus tocaron música hermosa y trajeron ramas que arrancaron de una verbena aromática que estaba en la habitación. Trajeron el Deir, un ídolo de bronce que sostenía un espejo desde el altar, y lo pusieron bajo la mesa. Mr. Home vio un espíritu en el altar; luego golpearon: "Fe en Dios, y el cambio de mundo será más glorioso, todos los otros…" (los ídolos que habían colocado bajo la mesa fueron sacudidos violentamente) "…dioses" fueron golpeados; nuevamente golpearon los ídolos violentamente y los hicieron chocar entre sí con gran ruido y fuerza, y deletrearon "must" (debe); levantaron al gran ídolo Mahadeo y lo pusieron sobre la mesa. Es un gran ídolo de bronce cubierto por la capucha extendida de la cobra di capella. Luego golpearon: "será traído." Tomaron el ídolo de la mesa y lo lanzaron violentamente con un estruendo, luego golpearon: "abajo ante él." De esta manera deletrearon las palabras: "Fe en Dios y el cambio de mundo será más glorioso; todos los otros dioses deben ser puestos abajo ante Él."

14 de junio.— Una planta de verbena en una maceta junto al altar. Una mano tocó a la Sra. Home, y la planta de verbena, con los palitos que la sostenían, habiendo sido arrancados desde las raíces, fue arrojada por los espíritus sobre la mesa. Luego golpearon: "Lo sentimos, pero al tomar la flor, también hemos tomado la tierra con ella." Sacudieron violentamente el vestido de la Sra. Home, se echó tierra sobre el hombro de Mr. Home y sobre la mesa. Él vio una mano espiritual llena de tierra, y luego el resto que había salido de la maceta en masa fue colocado en su mano; no quedó ni un pedazo de la flor viva en ella. Los espíritus golpearon:
"Dadora de vida—y el cofre que queda solo apto para ser roto." Inmediatamente rompieron la maceta vacía en pedazos, tal como estaba en el suelo junto a la ventana, emblemático de extraer el alma de su morada terrenal.

12 de junio.— Mr. Home entró en trance y dijo:
"Hay más espíritus alrededor de Sacha, y el espíritu velado se acerca cada vez más." Se repitieron los misteriosos sonidos que habíamos escuchado antes en la cámara de arriba. Cuando se le preguntó: "¿Cómo te sientes cuando entras en trance?" dijo:
"Al principio viene un peso en mis pies, siento como si me desmayara al borde de un precipicio—hay un momento de sufrimiento, y luego todo es agradable."

22 de junio.— Sesión de siete personas. Una mano espiritual surgió y se acercó a la Sra. Home—se movió—ella estaba ansiosa por tocarla; un dedo largo apuntaba y le indicaba que se quedara quieta. Se vio claramente un brazo y una mano espiritual que cerró las contraventanas. Se dieron flores a algunos, y se colocaron sobre la cabeza de otros. Mi cabeza fue tocada dos veces, y dos veces un brazo se movió sobre la mesa; tres veces una mano abierta se presionó fuertemente sobre mi frente. Se tocó una campana de resorte de las contraventanas, usada como alarma, sobre nuestras cabezas, y vimos la mano que la sostenía. Mr. Home entró en trance y dijo:
"Donde debería estar el ojo hay dos cruces; la fe cristiana sacará el ojo. ¡No entiendo qué

significan—el espíritu lo está haciendo! ¡Escuchad! ¡escuchad! ¡no escribáis!" Dejé de escribir; escuchamos un ruido como arañazos sobre el altar. Mr. Home salió del trance, y la sesión terminó. Al acercarnos al altar, vimos en la frente del gran ídolo blanco de mármol de Ganesh, dos cruces hechas con lápiz por los espíritus, justo sobre el ojo triple central del ídolo, que denota tener poder de visión total. Este era el ruido al que Mr. Home aludía durante el trance.

Junio ^^.— Siete personas en la sesión. Un caballero científico que había escrito para refutar las manifestaciones espirituales iba a unirse al grupo; sin embargo, solicitó tener un programa, ¡el cual dijo que le correspondía como científico y por su posición! Al ser imposible dar un programa, declinó unirse a la sesión.

Junio 25.— En la sesión ocho personas. El acordeón, tocando por sí mismo, fue levantado sobre la mesa; luego se mostró una segunda vez. Los espíritus golpearon para una dama cuyo hijo había fallecido:
"Ella solo fue a Dios, no murió."
Al pronunciar la palabra Dios se produjeron los sonidos más peculiares, como para impresionarnos con solemnidad.

Junio 27.— Sesión de ocho personas. Ocurrieron numerosas manifestaciones. Se dieron flores, el acordeón tocó, y una silla americana de caña que estaba al otro lado de la habitación fue movida por un poder invisible hasta la mesa. Una mano tocó nuestras frentes, y un brazo se agitó varias veces en el aire sobre la mesa. Mr. Home fue empujado hacia atrás en su silla, y un brazo, con la mano sosteniendo la campana de alarma, se agitó sobre la mesa; sonó en el aire y junto a mi hombro, el cual tocó, y luego cayó al suelo. El acordeón, ahora en el aire, sin ser tocado por mano mortal, tocó hermosamente mientras flotaba alrededor de la mesa, y tocó a cada persona presente.

Junio 28.— Sesión de ocho personas. Mr. Home fue levantado de su silla y llevado un poco hacia arriba en postura erguida, y luego puesto de nuevo abajo. Se escuchó música en el aire, y luego extraños sonidos; nos maravillamos de qué podrían ser.
"¿Es un espíritu?"
"Sí."
Luego el espíritu habló muchas veces, pero las palabras eran ininteligibles. La Sra. Home tuvo miedo y les rogó que no hablaran; y Mr. Home dijo:
"Es su dificultad producir los sonidos materiales del habla."
Me recordó Bournemouth, donde en la habitación de Mr. Home había oído música, el canto de un pájaro y voces espirituales muy distintamente.

Junio 30.— Sesión de tres personas. La mesa tembló y se inclinó tanto que nos sorprendió que los decantadores no se cayeran. Luego se sacudió tan violentamente que se produjo espuma, y el vino en los decantadores salpicó por sus largos cuellos, mientras que el agua apenas se afectó. Los espíritus golpearon mostrando su desagrado hacia el vino. La mesa se volvió extremadamente pesada; cuatro de nosotros nos pusimos de pie e intentamos levantarla con todas nuestras fuerzas; no se movió, ni pudimos girarla. Poco después, fue levantada por los espíritus un pie o más del suelo, con todas las cosas encima, y luego descendió suavemente. Una persona ahora podía levantarla, y fue hecha pesada varias veces.

Julio 3.— Mi sesión, siete personas. La mesa se sacudió, se elevó y onduló en el aire, mientras yo contaba en voz alta hasta sesenta y dos. Mr. Home fue levantado un poco en su silla, y entró en trance. Sus brazos fueron luego levantados, y ascendió aproximadamente un pie del suelo, descendió y se elevó nuevamente un par de pies. Se inclinó hasta tocar a la Sra. Home, y luego fue llevado hacia arriba, su cuerpo doblado hacia adelante en forma circular, hasta que su cabeza estuvo sobre el panel central de la gran ventana; ascendió algunos pies y descendió de nuevo. La ventana estaba bastante iluminada, y estábamos cerca de ella. Luego fue al extremo de la habitación, en la oscuridad, y no pudimos verlo ascender, pero se mostraron tres estrellas brillantes que indicaban dónde estaba. Descendió, regresó a la mesa completamente rígido, despertó poco después y salió del trance.

Julio 11.— Nosotros, cuatro personas, estábamos sentados en la ventana central del salón delantero, conversando, cuando los espíritus empezaron a golpear el suelo. Mr. Home acercó una pequeña mesa, y tuvimos muchas manifestaciones, en medio de las cuales una mesa de sofá al final de la habitación, sobre la cual había una gran lámpara y dos macetas con hermosas verbenas aromáticas de limón, se movió. Una de ellas rodó, sin ser tocada por nadie, y se colocó entre Mr. y Mrs. Home. Era una agradable tarde de verano, y la habitación estaba perfectamente iluminada. Mr. Home cayó hacia atrás en su silla, y entró en profundo sueño por un tiempo; luego caminó por la habitación, aparentemente guiado por un espíritu, una estrella muy grande y brillante brillaba en su frente, varias agrupadas en su cabello, y en las puntas de sus dedos. Hizo pases sobre la planta de verbena, pero no la tocó. Inmediatamente el aire se llenó del aroma que él movía hacia cada uno de nosotros, y permaneció muy poderosamente en sus manos. Haciendo más pases, aún en trance, dijo:
"Así extraemos la esencia de la flor; de la misma manera se toma el alma del cuerpo; mañana verán que las hojas inferiores están marchitas, y la planta morirá en pocos días."
Lo cual ocurrió como dijo, aunque no se podía asignar causa aparente para que muriera. Luego fuimos al comedor de abajo; y después de los refrescos nuestros invitados se fueron, dejando solo a Mr. Home, sentado en un sillón junto a la chimenea, la Sra. Home durmiendo en el sofá, y yo sentado junto a la mesa leyendo a la luz de la lámpara. De repente se escucharon fuertes golpes sobre la gran mesa de comedor pesada; tembló, se elevó y se equilibró en el aire. Mr. Home fue guiado por la habitación, se cerraron las contraventanas, apagué las luces de gas, y estábamos en la oscuridad. Un espíritu tocó mis dedos mientras yacían sobre la mesa, se oyeron voces en el aire, y Mr. Home dijo:
"Los espíritus están tratando de hablar."
"Sí," dijo entonces una voz, "estamos tratando de venir."
Escuché dos voces de tono muy diferente, y pregunté:
"¿Quién eres, querido espíritu?"
Se dio el nombre y se repitió varias veces. Mr. Home fue guiado por la habitación, mostrando estrellas en su frente y dedos mientras levantaba las manos. Una cruz de estrellas fue vista por él y la Sra. Home. Yo solo vi la barra transversal de estrellas, no los postes verticales. Fue llevado hasta las contraventanas, y abrió la parte inferior; inmediatamente el poder espiritual cerró la parte inferior y abrió la superior.

El Sr. Home fue ahora conducido al extremo más lejano de la habitación, y pasó frente a un espejo muy grande —un mar de cristal. Vi una forma guiándolo, sobre cuya cabeza se había colocado una túnica teñida que caía hasta el suelo, marcando la forma de la cabeza y los hombros. Lo siguió de cerca; los vi a ambos en el espejo, sus rasgos, rostro y cabello, perfectamente distintos, pero los rasgos de la forma que lo guiaba no eran visibles debajo de la túnica azul oscuro que los cubría. Pasaron frente al cristal, y entonces todos vimos una

figura femenina con un velo blanco arrojado sobre su cabeza, que caía hasta el suelo; al mismo tiempo, pero un poco más alto, estaba la figura de un hombre con atuendo oriental. La visión impactante se desvaneció, y el gran espejo quedó solo con la luz de la ventana, que se filtraba sobre él.

12 de julio.—Mi sesión, seis personas. Aparecieron estrellas sobre la cabeza de la Sra. Home, y se vio una luz, con dedos que pasaban sobre ella mientras flotaba sobre nuestras cabezas. Era el ESPÍRITU VELADO. Vi la mano que sostenía el velo, que estaba salpicado de estrellas, y los dedos se movían claramente mientras flotaba justo frente a nosotros. Se vio una estrella sobre el Sr. Home, y se dieron flores. La madre de la Sra. Home hizo la señal de la cruz en su frente y luego en la del Sr. Home. Dos dedos tocaron mi frente, y uno, completamente mojado, hizo la señal de la cruz. Se escuchó entonces el rasgado de papel, y poco después una mano espiritual tomó mi mano izquierda mientras estaba sobre la mesa, y puso un pedazo de papel en ella. Otros pedazos de papel fueron arrancados, y luego un lápiz fue lanzado al otro extremo de la habitación. Una campana sonó en el aire, el acordeón flotando sobre nuestras cabezas tocó la música más alegre y marcial, y la Sra. Home vio a su padre espiritual. "Dios los bendiga a todos, buenas noches", se escuchó raptado. Al mirar el papel que se había puesto en mi mano, encontré las iniciales de un espíritu querido, bellamente escritas a lápiz, facsímil de su escritura cuando estaba en la tierra. Se le dio un papel a la Sra. Home por parte de su padre, y en él había una cruz coronada, mostrando que debemos llevar la cruz para obtener la corona.

18 de febrero de 1862.—Sesión de seis personas. Después de varias manifestaciones, el Sr. Home entró en trance, y dirigiéndose a una persona presente dijo: "Usted pregunta, ¿de qué sirven manifestaciones tan triviales, como golpes, movimiento de mesas, etc.? Dios es mejor juez que nosotros de lo que es adecuado para la humanidad; resultados inmensos pueden surgir de cosas triviales. El vapor de una tetera es algo pequeño, ¡pero mira la locomotora! La chispa eléctrica de la espalda de un gato es algo pequeño, ¡pero mira las maravillas de la electricidad! Los golpes son cosas pequeñas, pero sus resultados te conducirán al Mundo Espiritual y a la eternidad. ¿Por qué deberían surgir grandes resultados de causas tan pequeñas? Cristo nació en un pesebre, no nació Rey. Cuando me digas por qué nació en un pesebre, te diré por qué estas manifestaciones, tan triviales, tan indignas como te parecen, han sido designadas para convencer al mundo de la verdad del espiritualismo."

Los extractos anteriores serán leídos con interés por aquellas personas que estuvieron presentes, y quizás por un círculo más amplio. No doy nombres, solo los hechos tal como ocurrieron, porque es imposible para cualquiera dar crédito a tales maravillas hasta que, mediante la investigación, se vean obligados a creer en la verdad.

F. C. P.

En este diario hay varias manifestaciones notables, y entre ellas la presencia del espíritu velado, que desde entonces fue visto frecuentemente por mi esposa y por mí, como se leerá en la hermosa memoria de mi esposa, escrita por ese tipo inestimable de mujer que es la Sra. Mary Howitt. El velo de ese espíritu se fue levantando gradualmente a través de las sucesivas etapas de la dolorosa enfermedad de mi querida esposa, y se convirtió casi en un índice del avance insidioso de su enfermedad.

Sin embargo, hay un fenómeno que me sucedió solo en la ocasión descrita en el diario. Me refiero al maravilloso caso de la planta de verbena, y la extracción de su perfume, y de su propia vida, mediante unos pocos movimientos de mi mano, enviando todo su aroma a los rostros de los presentes, y dejando que la planta muriera por falta del principio vital que había sido extraído. Había oído hablar antes de experimentos realizados en mesmerismo sobre plantas con algunos resultados aparentes, pero nunca de alguno tan marcado como este, de la verbena. No es prudente juzgar casos aislados, pero probablemente pueden ocurrir, o encontrarse, otros ejemplos similares, que podrían arrojar luz sobre el poder de la voluntad humana sobre las formas de vida inferiores.

Lamento que en tantos casos me vea obligado a ocultar los nombres de mis amigos que han presenciado cosas maravillosas; pero si el lector desea quejarse de esto, que recuerde la razón y asuma la mayor parte de la culpa él mismo. Tan pronto como se da el nombre de alguna persona honesta y valiente en respuesta a la solicitud de testimonio, se convierte en blanco de todo el ridículo, burlas y abusos de los inescrupulosos, escépticos, ortodoxos y científicos; de hecho, de todos aquellos que no son lo suficientemente sabios para pensar, observar, ponderar y juzgar antes de decidir. Hay poco estímulo para los hombres, y aún menos para las mujeres, de presentarse y exponerse a toda esta infamia.

Si se necesita un ejemplo de la verdad de esto, si no es ya un hecho obvio en estos tiempos tan poco caritativos, que mis aventureros amigos observen hasta qué punto seré abusado, llamado con malos nombres y entregado al diablo, por simplemente escribir en este pequeño libro algunos incidentes de mi vida, con los que no tuve intervención alguna. He tenido la fortuna de nunca preocuparme demasiado por las malas opiniones sobre mí, formadas en completa ignorancia reconocida, y mi silencio hasta ahora, cuando se han hecho las declaraciones más absurdas y tontas en mi perjuicio, y cuando una palabra de mi parte las habría corregido, es suficiente prueba de mi indiferencia ante tales ataques.

Sin embargo, lamento la falta de bondad y la tontería que tantos muestran, por su propio bien, más que por el mío. No espero que se comporten de manera diferente ahora respecto a lo que vean en mi libro, porque en el estado actual de sus mentes, la verdad no puede ser recibida. Los hechos les resultan imposibles, mientras que para mí y muchos de mis amigos que hemos estado acostumbrados a verlos, observarlos, estudiarlos y sus consecuencias durante tantos años, su extrañeza casi ha desaparecido.

Ciertamente debemos hacer cierta concesión a aquellas personas ignorantes que se sientan tranquilamente en casa, diciendo que tales cosas son imposibles, sin haberse molestado jamás en intentar presenciarlas, o incluso en reunir los primeros elementos para formar un juicio sobre ellas. Estos no son tan injustos ni deshonestos como esa clase, de la cual Sir David Brewster es el tipo, quienes, en interés de lo que consideran su posición en el mundo científico, no tienen reparo en decir falsedades, negar lo que han visto y engañar aún más a la primera clase de personas meramente ignorantes.

Espero, por lo tanto, que tanto yo como mis amigos podamos, en cierta medida, ser excusados por dar sus relatos sin mencionar sus nombres. Si estuviera en libertad de hacerlos públicos, añadirían mucho valor a la narrativa, y el público tendría la oportunidad de sorprenderse al descubrir quiénes son las personas que han investigado el tema y dan fe de estos hechos tan notables. En la sociedad, son conocidos por muchos; y, quizá, nada resulta más extraño que la creencia completa con la que se habla y se reciben estos hechos

en grandes reuniones mixtas, en comparación con la expresión de total incredulidad que los acompaña en casi todos los comentarios de la prensa. De aquellos que condenarán abiertamente esta narrativa en sus diarios, casi ninguno deja de contar entre sus amigos íntimos y apreciados, familiares o colaboradores, con varios que, con buena razón, son creyentes completos. Sería curioso contrastar el lenguaje que usan con tales personas con el que emplean al describir mi libro ante las masas ignorantes, que, como saben miserablemente, esperan tal abuso de su parte y se complacen en escucharlo. Si fuera necesario, podría dar algunos nombres que justificarían ampliamente lo que he dicho sobre estos pobres líderes de los ciegos.

El testimonio que doy ahora es el de una dama, cuya palabra y poder de observación merecen la aceptación más absoluta, y lamento no poder dar más que su inicial, llamándola la señora S. Había quedado viuda no mucho tiempo antes de que yo tuviera el placer de conocerla.

Asistí por primera vez a una sesión en casa del señor Home en el verano de 1861, cuando me encontraba en un profundo afligimiento. Nunca había visto nada de espiritismo antes, pero había oído bastante al respecto de una querida amiga que me presentó al señor Home. Mis propias experiencias esa noche fueron mucho más maravillosas que cualquier cosa que hubiera oído o leído, y para mí resultaron sumamente convincentes. Tras muchos golpes, movimientos de la mesa, etc., mi pañuelo fue tomado de mi mano, se dieron golpes para deletrear en el alfabeto, y se formaron las palabras “No derrames más lágrimas”, y mi pañuelo apareció por sí mismo en el lado opuesto de la mesa, moviéndose suavemente y colocándose sobre la mesa frente a mí; esto lo vi sin posibilidad de error o duda.

Después de esto, el señor Home entró en trance y describió a mi querido esposo con gran precisión, dijo lo noble que era en mente y cuerpo, y cuánto lo habría amado de haberlo conocido en vida, y luego añadió: “Pero, ¿quién es esa Mary que está a su lado? ¡Qué mujer tan noble, cómo lo ama, y qué felices son juntos, y cuánto te aman ambos; tú eras su estrella en vida. Pero, ¿qué fue eso de su reloj? Olvidaste darle cuerda, y cuánto te hizo sufrir.” Esto era un hecho conocido por nadie más que por mí. Había dado cuerda al reloj la noche en que perdí a mi esposo y resolví no dejarlo parar nunca más; pero más de un mes después, al volver a nuestra antigua casa, olvidé darle cuerda una noche, y mi agonía fue grande al descubrirlo por la mañana, pero nunca lo mencioné ni siquiera a la hermana de mi esposo, que estaba en la casa conmigo. Mucho más sucedió en aquella sesión, interesante tanto para mí como para otros.

Un mes después asistí a una segunda sesión. Algunas cosas notables fueron comunicadas por el señor Home, en trance, a una dama presente sobre su amigo fallecido. Luego se trasladó al extremo opuesto de la sala, y ella me susurró: “Qué maravilla, ha estado muerto estos treinta años”, cuando el señor Home, a quien creí demasiado distante para escucharla, gritó con voz fuerte y emocionante: “No digas muerto; no está muerto, sino que se ha adelantado; nada mata sino el pecado, el pecado mata a través del diablo, pero quienes viven en Cristo nunca morirán.”

El señor Home se acercó poco después a mí y dijo que mi querido esposo y su madre (la Mary mencionada antes) estaban detrás de mi silla y que ambos deseaban consolarme. Me transmitió el siguiente mensaje:

“Mi querida Adelaide, todas tus oraciones son escuchadas, tus pensamientos puros vistos, tu paciencia y esperanza amorosa. No estamos, ni estaremos separados, somos uno en Cristo.”

Luego añadió que ocho meses antes había tenido una conversación con mi esposo, y que él me bendecía por esa conversación ahora; que estábamos sentados en nuestro salón en casa, él en su sillón y yo en el mío, con la pequeña mesa redonda entre nosotros, que acababa de leer un capítulo del Nuevo Testamento, y que esa noche el ángel del Señor puso su mano sobre la frente de mi esposo, y él se desvaneció desde ese momento. Recuerdo perfectamente la conversación a la que se refería, y fue muy notable. Había estado leyendo oraciones a los sirvientes, y estábamos sentados como correspondía, y hablamos durante más de media hora antes de ir a la cama. Son hechos de los cuales puedo dar fe, y aunque aquí no se dé mi nombre, el señor Home lo dará a quien desee convencerse. Para mí, el consuelo ha sido inconmensurable; si creyera que el espiritismo es pecaminoso o prohibido por nuestro Señor, nada me induciría a tener contacto con él, pero creo lo contrario en este caso. He sentido más paz, más confianza perfecta—una confianza infantil—en mi Dios y Salvador que nunca antes. El señor Home me dijo que mi querido esposo siempre estaba conmigo cuando rezaba, y siento que así es, a través de Cristo.

Pasamos julio, agosto y septiembre de 1861 en Folkestone. Mi poder me había abandonado, pero mi esposa continuaba viendo espíritus a diario. Fuimos a Brighton, donde permanecimos hasta diciembre. Una noche tardía de noviembre, mientras mi esposa estaba en la cama, yo estaba en el salón con un amigo, cuando un extraño aire frío pareció rodearnos y se oyeron crujidos. De hecho, sentimos un gran malestar, cuando escuchamos a mi esposa golpear en el suelo, siendo esa su señal de requerir mi presencia. Subí corriendo, y ella dijo: “Daniel, no me dejes; hay una presencia espiritual en mi habitación que es extraña y desagradable para mí. Siento como si algo hubiera ocurrido o estuviera a punto de suceder.” Me quedé con ella, pero no sentimos ni oímos más nada de ese tipo. Por la mañana, sobre la mesa del desayuno, había una carta de un amigo muy querido, anunciando la partida de un hijo en circunstancias muy dolorosas. Era evidente que era su espíritu quien había estado con nosotros la noche anterior.

Regresamos a la ciudad en diciembre; y en enero de 1862, el poder volvió, en mí, aunque débilmente. En una ocasión, mientras estábamos sentados, se sintió un extraño temblor en la mesa, casi simultáneo con el sonido de la campana de la habitación de los niños. Escuché a la sirvienta subir, la habitación de los niños estaba en el tercer piso, y pronto volvió con un mensaje de la niñera solicitando mi presencia. Fui y encontré al niño sentado en su cama, con expresión de alarma. Me dijo: “Papá, no me gusta que mi cama se mueva.” Pensé que podría tener dolor de cabeza o algún malestar leve, que le causara mareo, pero dijo que estaba muy bien. Me quedé un momento con él, y luego me uní a mis amigos en el salón. Media hora después, el temblor se repitió, y nuevamente sonó la campana de la habitación. Debí ir y descubrí que el movimiento había sido más violento que antes, y me pidió acostarme con él hasta que se durmiera. Así lo hice, y en unos diez minutos estaba profundamente dormido. Los espíritus nos dijeron que habían “causado accidentalmente el movimiento de su cama.”

Otro caso de temblor sentido fuera de la habitación ocurrió diez días antes de escribir esto. Una criada sordomuda, que vivía en una casa donde yo estaba y que no sabía nada de mi presencia ni de manifestaciones espirituales, dijo a su joven ama al subir: “¡Cómo habrán estado bailando todos ustedes, porque toda la casa ha estado temblando tanto que me ha

mareado completamente!" Estábamos en la planta baja, y la manifestación principal esa noche era la fuerte vibración de la sala. Ella estaba en el tercer piso, y la casa es grande y bien construida, en una de las mejores zonas de Kensington.

CAPÍTULO XIII
EN MEMORIA

El 20 de febrero de 1862 dejamos Inglaterra rumbo al Château Laroche, cerca de Périgueux, la residencia en el sur de Francia de mi cuñado. No necesito volver a relatar los momentos finales sobre la tierra de la querida persona que Dios ha dispuesto llevarse en la primavera de su vida, al brillante país del mañana. Ella está bien allí, y se ha convertido más que nunca en mi esperanza y en mi estrella guía resplandeciente. Mi buen ángel guardián, velando por su querido hijo y por mí, su esposo —separados, pero no perdidos—, presente en espíritu más que nunca. En la misericordia amorosa de Dios, nos reuniremos de nuevo y encontraremos nuestro hogar eterno en el mundo interior.

Permítanme agregar el dulce tributo a su memoria de la señora Howitt, que da algunos hechos públicos de alguien que, entre sus amigos, no necesitaba palabras escritas para permanecer grabada en sus mejores recuerdos. Para quienes no la conocieron, estas palabras mostrarán el efecto de la comunión espiritual durante los largos periodos de enfermedad y la contemplación apacible del tránsito, por parte de alguien para quien el mundo espiritual luminoso se había convertido en una realidad tranquila gracias a su frecuente contacto con los buenos ángeles que le precedieron.

En Memoria

"Madame Alexandrina Home, esposa del señor Daniel Dunglas Home, dejó este mundo el 3 de julio pasado en el Château Laroche, Dordogne, Francia, residencia de su hermana, la condesa Luboff Koucheleff Besborodka, a la edad de veintidós años.

La señora Home era la hija menor del general conde de Kroll, de Rusia, y ahijada del difunto emperador Nicolás. Fue educada en el Instituto de Santa Catalina al mismo tiempo que la actual condesa de Morny, de París. El señor Home, quien había estado en varias cortes de Europa, donde fue recibido con gran distinción y donde los fenómenos maravillosos que ocurren en su presencia atraen profunda atención, se encontraba en Roma en la primavera de 1858 por motivos de salud, y allí conoció por primera vez a la dama que se convertiría en su esposa el 1 de agosto de ese año.

El matrimonio tuvo lugar en San Petersburgo, y se celebró en presencia de M. Alexandre Dumas, quien viajó desde París expresamente para estar presente y actuar como padrino del señor Home, según la costumbre de la Iglesia Romana. El emperador Alejandro también estuvo representado por dos de sus ayudantes de campo, enviados como padrinos, y presentó al señor Home, con motivo de la feliz ocasión, un magnífico anillo de diamantes de gran valor. Al nacer el único hijo del matrimonio, un varón, el emperador mostró su continuo interés por el señor y la señora Home regalándoles un anillo de esmeraldas y diamantes como recuerdo de su amistad.

Así, el señor y la señora Home comenzaron su vida matrimonial con todos los accesorios externos de posición y riqueza, junto con numerosos amigos, mientras que la medida de su felicidad se completaba con aquella calma dicha doméstica, que es la fuente más pura del

disfrute terrenal, a la que su naturaleza amable y tierna contribuyó plenamente. No podían sino ser felices, pues su afecto era puro y sincero, y cuando su unión fue bendecida con el nacimiento de su pequeño hijo, no quedaba nada más que desear que educarlo dignamente para compartir su felicidad.

Sin embargo, en medio de estas brillantes esperanzas humanas, llegó el decreto de que sus días estaban contados. Unos dieciocho meses antes de su partida, el médico llamado por una aparente enfermedad leve detectó, para sorpresa y dolor de todos los que la amaban, señales indudables de consumición en su organismo, por lo que su vida probablemente no sería larga. Para una joven feliz, rodeada de todo lo que puede hacer atractiva la existencia exterior, tales noticias habrían sido, en circunstancias ordinarias, la más grave calamidad; pero no fue así en el caso de la señora Home. Aunque apenas tenía veintiún años, recibió el anuncio con total calma. "Hágase la voluntad de Dios" fue la ley alegre de su vida, y ella sabía que Aquel que hasta entonces había hecho su vida tan rica no dejaría de continuar Su amor y misericordia en esa vida superior a la que la llamaba.

Nada más que la más profunda convicción religiosa sobre la Sabiduría y el Amor supremos puede llevar al alma humana a un estado de obediencia sumisa a sus decretos, que de otro modo parecerían severos o misteriosos. Veamos ahora cómo el Padre Divino condujo y educó a su joven discípula en ese conocimiento más alto y profundo, cuyo firme dominio hace que la obediencia y la sumisión sean fáciles, y mantiene el alma tranquila e incluso alegre ante las circunstancias más adversas y sorprendentes. Así comprenderemos, al menos en parte, de dónde provenía la extraña y aparentemente antinatural disposición de aceptar la partida de la vida terrenal en medio de sus circunstancias más atractivas.

Era una espiritualista profundamente creyente. El amor de Dios le había dado a conocer la realidad del mundo espiritual; se le permitió resolver el gran y misterioso enigma del Más Allá, y fue tan leal al conocimiento que se le dio que estaba dispuesta a testificarlo en vida o en muerte. Como todos los espiritualistas experimentados, sabía que la vida exterior, larga o corta, es solo una escuela en la que Dios entrena al ser inmortal para un conocimiento superior: solo un peregrinaje, o tránsito, que Él guía hacia otro hogar aún más feliz. Sabía que, en ese otro estado, aunque sin cuerpo y aparentemente separada de los seres queridos en la tierra, podría aún vigilar y amarlos como su ángel guardián y estar en estrecha compañía de quienes la precedieron: de los espíritus vivientes y glorificados que la conducirían al trono de gracia y amor inefable.

Si heroísmo es enfrentar la muerte con valor inquebrantable, esta joven amable y dulce, hija de la abundancia y la fortuna, mostró un grado casi incomparable de esta noble cualidad de espíritu, demostrando así cuán fuerte y sustentadora es la fe del espiritualista cristiano en los momentos extremos de la vida."

La primera noticia impactante de que su enfermedad era mortal llegó a una mente tan preparada que su fuerza estaba totalmente mitigada. El aguijón ya había sido extraído de la muerte; y durante todas las posteriores pruebas y sufrimientos de su cuerpo físico, no perdió nunca su ecuanimidad ni su firme confianza en el futuro. Esta calma, de hecho, se convirtió en la característica más notable de su larga y dolorosa enfermedad. Era tan profunda y marcada que resultaba casi fenomenal, y fue observada como tal por los eminentes médicos que la atendieron en Londres y, posteriormente, en Francia, así como por el Obispo de Périgueux, quien la visitó con frecuencia durante la última etapa de su vida terrenal. Los

últimos sacramentos le fueron administrados por el Obispo, quien lloró como un niño y comentó que, aunque había estado presente en muchas camas de muerte por amor al Cielo, nunca había visto una igual a la suya.

Mientras residía en Londres, los más notables dones y manifestaciones espirituales se mostraban a través del señor Home, y las muchas cualidades atractivas de su joven y hermosa esposa reunieron naturalmente a su alrededor a un gran círculo de amigos. Para ellos, la singular demostración de su calma, su mansedumbre, su manera juguetona y encantadora, incluso en medio del sufrimiento, y la alegría con la que anticipaba su partida, constituían, si era posible, un fenómeno aún más extraordinario, eclipsando por momentos los maravillosos dones y poderes de su esposo. Si Addison llamaba a la cama de muerte a su yerno incrédulo para que, al presenciar su compostura, aprendiera cuán calmadamente podía morir un cristiano, aquí los incrédulos en el espiritismo, al observar a esta joven dotada, vieron con asombro no solo cuán tranquila, sino cuán alegremente podía enfrentar la muerte un espiritualista cristiano.

Otra característica igualmente sorprendente para el cristiano protestante era no encontrar en ella la autodepreciación del pecador consciente de su culpa; no escuchar en sus labios la fraseología habitual del santo moribundo y sufriente; ninguna mención de la expiación, de las obras de gracia en su alma, de los sufrimientos de un Salvador crucificado por ella. Sin embargo, con la simplicidad de un niño que acepta el amor divino como un don natural, amaba al Salvador y se regocijaba en Él, respondiendo a Su bondad inconmensurable con toda la lealtad de su alma. Pero Getsemaní y la sangrienta colina de la crucifixión no estaban presentes en su mente; la agonía y el dolor no tenían lugar en su experiencia. Era, hay que recordarlo, la encarnación de su propia Iglesia griega; de aquella iglesia en la que fue educada, cuya fe más antigua ha reconocido al Salvador no como Crucificado, sino como Resucitado, triunfante sobre el sufrimiento, el pecado y la muerte, como el Victorioso y no la Víctima, como el Señor que dijo a sus elegidos: “¡Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en el cielo!”

Tal, me parece, quien la vio con frecuencia durante esta etapa de su breve estancia en la tierra, era la razón por la que su relación con el Salvador era tan gozosa, mientras que su sinceridad la mantenía libre de toda fraseología establecida o cualquier deseo de impresionar. Estas cualidades, combinadas felizmente con su conocimiento real de la existencia espiritual, fortalecieron ese estado notable de calma y alegría con el que esperaba el fin de su vida terrenal. Su Salvador, en efecto, había resucitado por ella, y con la fe inquebrantable y sin cuestionamientos de una naturaleza obediente y amorosa, no solo estaba dispuesta a partir cuando Él la llamara, sino a renunciar alegremente a todo por Su mandato, sabiendo que un ámbito más amplio y glorioso de utilidad y ministerio angelical se desplegaría para ella a través de Su amor, permitiéndole así cuidar más tierna y eficazmente de los seres queridos que dejaba atrás.

Durante ese breve pero interesante período de declive en Londres, su notable altruismo se convirtió en otra característica entrañable para todos sus amigos. Aun en medio de sus crecientes sufrimientos, se esforzaba constantemente por verlos, y con frecuencia se realizaban sesiones espiritistas en la casa donde ella y su esposo residían, en las que participaba con alegría. En esas ocasiones ocurrieron muchos incidentes maravillosos y conmovedores, y pocos, si alguno, que la conocieron de esta manera, no conservan con

afecto algún pequeño regalo simbólico, como una flor o un ramo aromático, presentado por manos espirituales como recuerdo.

En las etapas iniciales de su enfermedad, su percepción espiritual comenzó a abrirse, y durante toda su dolencia continuó viendo y conversando con los habitantes del mundo espiritual. Sus visitantes más frecuentes fueron su madre, su padre y la madre de su esposo. De ellos recibió los mensajes más amorosos y las palabras más alentadoras de bienvenida a su hogar espiritual. También estaba constantemente acompañada por un espíritu femenino velado, a quien no conocía, pero cuya sola presencia le daba gran consuelo, aunque nunca hablaba ni levantaba su velo. Al señor Home se le informó que este espíritu guardián permanecería velado hasta el final, cuando el velo sería colocado sobre su propio espíritu recién nacido, para protegerla de las lágrimas y el duelo alrededor de la cama donde yacería su cuerpo. Durante los seis meses previos a su fallecimiento, el velo se fue recogiendo lentamente desde los pies del espíritu guardián hasta la cabeza, hasta dos días antes de su liberación, cuando por última vez vio al espíritu con el velo reunido en forma de corona sobre su cabeza, aunque una parte permanecía como festón, cubriéndole el rostro.

En una ocasión, varias personas presentes en la habitación con la señora Home vieron la mano y el brazo del espíritu hasta el hombro, con apariencia de cuerpo luminoso, perfectamente formado y cubierto como por un velo de luz.

El eminente compositor M. Magnus, de París, vino al Château Laroche para visitar a la Sra. Home durante las últimas tres semanas de su estancia terrenal, y casi a diario ella le pedía que tocara para ella, y mientras yacía plácidamente escuchando su música, su rostro adquiría una expresión casi hermosa mientras marcaba el compás con sus manos. En una ocasión dijo, cuando él había terminado de tocar: “Esas melodías son muy bellas, pero pronto escucharé otras aún más bellas.”

Frecuentemente también, durante los primeros tres meses y los últimos dos meses de su enfermedad, no solo ella, sino todos los que la rodeaban, oyeron deliciosas melodías espirituales, que sonaban como una armonía perfecta de voces. Durante el último mes, además, las palabras se oían con total claridad y se reconocían como los cantos para los moribundos usados en la Iglesia rusa.

Ella partió el jueves 3 de julio, y el sábado por la mañana siguiente, su pequeño hijo de tres años le dijo a su niñera al despertar: “He visto a mamá, y está completamente bien ahora. Está con Dios, y me dijo que mi tío Gregoire y mi tía Luba son mi padrino y mi madrina, y que serán muy buenos conmigo, y que debo quererlos.”

En su funeral, cuyo servicio fue realizado por el vicario general de la diócesis, cuatro de los sirvientes hombres de su hermana pidieron, cada uno, guiar un caballo del coche fúnebre hasta el cementerio, diciendo que no podían permitir que personas contratadas se acercaran al querido cuerpo de quien siempre tuvo una palabra amable y una mirada cariñosa para todos. Los campesinos, en lugar de, como es costumbre, arrojar tierra sobre el ataúd, primero lo cubrieron de flores, las más apropiadas para su último vestuario y las más adecuadas para expresar su amor.

Tal es un breve memorial de una vida corta pero hermosa en la tierra. Pero, por corta que fuera, rara vez la cristiana ortodoxa más anciana y experimentada ha alcanzado un mayor

grado de conciencia religiosa, claridad y confianza en Dios que esta joven y atractiva mujer, mediante aquellos medios y enseñanzas que el mundo religioso aún ignora y cuestiona.

Bendito, sin embargo, sea Dios el Salvador por cada nueva revelación y manifestación de su vida divina, y por cada renovada enseñanza de su Espíritu Santo.

Mary Howitt.

A otra estimada amiga, la Sra. S. C. Hall, también conocida por su verdadero corazón de mujer y por su capacidad de expresar los mejores sentimientos del alma, le estoy agradecido por sus impresiones escritas de mi querida esposa, en las que incluye un relato muy interesante de sus observaciones de los fenómenos:

“Le plació a Dios remover de esta vida hace apenas unos meses a una dama muy querida, que durante su breve residencia entre nosotros, se entrelazó estrechamente con los corazones de sus muchos amigos y de su esposo —hablo de una querida para nosotros como ‘Sacha’, esposa del Sr. Daniel Home.

Educada como correspondía a una dama rusa de rango, estaba aún más ricamente dotada por la gracia, con un sentimiento, una belleza peculiar, que puedo llamar encanto, y una dulce simplicidad de naturaleza que la hacía transparente y pura como el cristal; también estaba dotada de una rara apreciación de lo bello. Su interés y admiración por todo lo excelente en el arte era el resultado de una percepción innata, rara vez encontrada cuando la observación no ha sido madura por la edad; con un refinamiento sobre la rapidez natural de su sexo—ella sentía mientras otros razonaban—de hecho, todas sus percepciones eran vívidas, y era completamente femenina.

Cuando la conocí por primera vez, estaba radiante de vida y alegría—una chica juguetona de apenas veinte años, y sin embargo en la plena marea de su dulce alegría—amando a su esposo, su hijo, sus amigos, y sintiendo intensamente cuánto la amaban. Si algo tocaba sus rápidas simpatías, sus ojos en un instante se volvían profundos y oscuros, sus dulces labios temblaban, y la niña se convertía de inmediato en la mujer profunda, tierna y seria. También era sabia, y en sus momentos más salvajes surgía algo de sabiduría, una frase, o incluso una sola palabra, tan plena y sugestiva.

Pronto, sin embargo, se hizo evidente para nosotros que esta dulce y feliz vida no permanecería aquí, y para nadie era esto tan evidente como para ella misma; ni por un momento dudó de que había recibido su advertencia para la ‘tierra mejor’. Hablaba con su esposo y con todos nosotros, sus amigos, de su partida, creyendo, mejor dicho, sabiendo—que aún se le permitiría vigilar a su hijo, acompañar a su esposo, comunicarse con sus amigos; y esto con calma, alegría natural, rodeada de las realidades felices de una vida amorosa, y amando, como merecía, a su devoto esposo. Era casi imposible escuchar los dulces tonos de su voz, sentir la presión afectuosa de sus pequeñas manos, observar la expresión llena de vida de su rostro y darse cuenta de su cambio próximo, cuando lo mortal estaba por vestirse de inmortalidad.

Qué amargo es, sin embargo, sentir, por mucho que repitamos las palabras ‘¡Hágase tu voluntad!’ A medida que avanzaba la primavera, cada vez que la veía, percibía algún cambio, y sin embargo el ‘cambio’ no podía definirse—era más en su espíritu que en su cuerpo. El sufrimiento agotaba su frágil cuerpo, y deseaba partir—anhelaba liberarse del

dolor del cuerpo, de la perpetua fatiga del descanso—deseaba salir del cuerpo para estar en el espíritu. Hablaba de este cambio como los inválidos hablan de un cambio de aire, y con esperanza en su rostro radiante. Confieso que no comprendo esta fase de la mente—yo espero con alegría reunirme con aquellos que he amado y perdido en la tierra, y espero que quienes dejo atrás, confiando en el mismo Mediador, se inclinen ante el querido Redentor y se unan en Su presencia a los 'espíritus de los justos hechos perfectos,' para que todos seamos uno en Cristo—pero la certeza de esta joven de que debía regresar y velar por su esposo, hijo y todos los que tenía en su corazón en expansión, me era incomprensible; era como si pensara que después de la muerte el cielo descendería con ella a la tierra. Su fe en su futura felicidad era noble; pero la muerte, como la vida, era para ella un poema, y todos sus pensamientos y acciones eran poéticos—con todo su sufrimiento, su poesía era la de la vida diaria. Disfrutaba más allá de la descripción de una sesión con aquellos que amaba. Uno de sus placeres era atar pequeños ramos de flores con uno de sus largos cabellos oscuros, lanzar un ramo bajo o sobre la mesa, o en la habitación, y expresar el deseo de que un espíritu lo entregara a uno u otro de sus amigos. Esto se hacía siempre, y conservo estas flores como recuerdos de su dulce amor, y lo haré mientras viva. Estos pequeños y tiernos actos de bondad se mezclaban con promesas de venir a nosotros cuando ya no tuviera cuerpo mortal—sin sufrir dolor. Nunca dudó de que esto sería permitido, y le encantaba pensar en el deleite que sería estar con nosotros. No había en ella ningún atisbo o tono de tristeza. Nunca vi una creencia más alegre, más constante, en la inmortalidad del alma. A veces no podía evitar observar cierta abstracción, sus ojos—iluminados por una luz brillante, recorriendo la habitación, su rostro entero sonriendo como si reconociera a algún amigo espíritu. Día a día—día a día se acercaba el fin de su morada terrenal, y aún no llegaban los ángeles.

A veces, su paciencia ante los sufrimientos acumulados que debía soportar era admirable, y cuando finalmente deseaba anticipar nuestra tardía llegada del verano, y cuando me despedí de ella, presionó su pequeña mano en la mía, 'siéntela—siéntela bien', dijo en su bonito inglés, ya no roto sino acentuado—'siéntela, porque cuando venga a ti, debes recordarlo.' Algunos meses pasaron, y finalmente, a principios del pasado julio, recibió la llamada de Dios.

Varias veces tuve la plena convicción (como la tengo en este momento) de que estaba conmigo, pero no tengo poder mediúmnico, y más allá de la fresca brisa que pasa sobre mi mano o mi frente, 'el aire del ala del ángel,' no recibo ninguna señal de tal presencia—ni la necesito.

El Sr. Home regresó a Inglaterra, y tras nuestro primer encuentro (los que la amaban no pudieron llamarlo triste, pues él estaba seguro de su felicidad) organizamos una sesión espiritual en el salón, iluminado como de costumbre—solo cinco personas presentes, cinco que habían conocido y amado a Sacha.

Antes de lo que el mundo llama muerte, ella le había pedido a su esposo que me entregara un pequeño gorro de encaje, bordado por ella misma, y yo le había pedido un mechón de su cabello; él trajo ambos, atados en uno de sus pañuelos blancos, y los colocó sobre la mesa.

Más que las manifestaciones habituales, esa noche se produjo que no solo la mesa, sino nuestras sillas y la misma habitación temblaran, y los 'golpes' estaban por todas partes a nuestro alrededor. Una dama, cuya consolación a través del espiritismo ha sido realmente

bendita, recibió varios mensajes en respuesta a sus pensamientos; y un escultor muy eminente, cuyos compromisos con obras públicas son incesantes, se había levantado antes del amanecer para terminar un busto de Sacha, que deseaba regalar a su esposo—este hecho ni siquiera era conocido en su propia casa—recibió un mensaje así: 'Gracias por tu labor matutina—he estado cerca de ti a menudo.' Mientras el mensaje se marcaba con golpes, sintió repetidamente la pequeña mano de ella sobre la suya, como confirmación afectuosa de su gratitud. Esta fue la primera vez que sintió el toque de la 'mano del espíritu,' y le afectó profundamente.

El Sr. Home colocó entonces el bordado y el cabello bajo la mesa. 'Sacha,' dijo, 'quiere dártelos ella misma.' Momentos después, mi vestido fue tirado. Puse mi mano, y el gorro no solo fue colocado en ella, sino que mis dedos se cerraron sobre él, por su mano; no podía equivocarme, ¡conocía tan bien esa mano!

Mi vestido fue
tirado de nuevo, y puse mi mano en mi regazo, luego
sentí su mano más claramente; estaba colocada completamente
en la mía, y después de una presión, me dejó el mechón de cabello.
"De nuevo se pidió el alfabeto, y el pasaje fue deletreado: 'Dame el pañuelo, quiero
dárselo a la Sra. 8.
Oh, le agradezco por sus hermosas flores,' (flores que ella solía enviarle
durante su enfermedad.) El Sr. Home arrojó el pañuelo que había contenido el cabello y el bordado
al suelo. Estaba enrollado y anudado, y entregado…

…continuando, las revelaciones fueron toda evidencia continua del poder espiritual y de la presencia del espíritu, tal como nos llegan
con mensajes de sanación en sus alas, haciéndonos
agradecidos de que para nosotros el Espiritismo ha sido la ayudante
del Cristianismo.

"Pero la querida Sacha está lejos de ser la única de
mis amigos amados, fallecidos, o más bien retirados, de
quienes he recibido mensajes dulces, consoladores y reconfortantes. Una a quien amo y reverencio
por encima de todos los que se fueron antes, me ha dado, mediante prueba inequívoca, la bendita certeza del interés
que se le permite tomar en nuestro bienestar espiritual, y
ha, mediante sus preceptos y citas apropiadas de las Escrituras sagradas,
fortalecido nuestra armadura de fe, y si es posible, iluminado la esperanza de la gloria que será
revelada en el futuro. ¿No es esto reconfortante? No prolongaré este breve registro de felices recuerdos, pero podría hacerlo. El Espiritismo ha sido para mí una bendición,
por la cual no puedo estar suficientemente agradecido, menos por mi
propio bien, que por el bien de otros que me son muy
queridos; porque aunque me trajo más luz,
no me ha dado nueva luz. Testifico aquí sobre el Espiritismo, tal como es conocido y creído

por mí y los míos;
digo CONOCIDO, porque durante casi cinco años hemos tenido pruebas abundantes de su realidad. Diré brevemente cómo
es esto. Agradezco a Dios que nunca tuve duda sobre
las verdades divinas del Cristianismo, ni las recibí como hechos fríos. Mi querida madre era de
pureza hugonote, y habría, en cualquier período de
su vida, ido tranquilamente a la hoguera antes que
pareciera disminuir en lo más mínimo su fe en la
Existencia, Misión y Milagros de Cristo-Dios.
Bebí en la fuente de esta fe desde mis primeros años, y cada noche se leía el 'capítulo' acostumbrado, se oraba sobre él y se discutía; así la fe religiosa
creció para ser mi disfrute, así como mi esperanza y confianza. Además, ella sostenía la creencia de que los espíritus
de aquellos que conocíamos, amábamos y reverenciábamos, eran
permitidos a velar por nosotros, y tal vez a comunicarse con nosotros—pero cómo tal comunicación debía
ocurrir, era un misterio tanto para el padre como para el hijo. Creía que nuestros pensamientos y acciones más sagrados
nos eran sugeridos, bajo permiso Divino, por ángeles ministrantes; y que la perseverancia
en la oración nos protegería de las influencias malignas que siempre estaban al acecho para susurrar, o incluso inculcar, lo que era contrario a la santa ley de Dios.

“Esto era, y es, Espiritismo puro—¡Espiritismo Cristiano puro!—sin embargo, habiendo creído esto toda mi vida, creyendo también que lo sobrenatural era a menudo permitido como uno de los misioneros del Cristianismo, me reía
de lo que se llamaba ‘dar vueltas a la mesa’. Nunca había visto manifestaciones espirituales, pero eso no impedía que
me riera de la idea de un espíritu dando un mensaje mediante golpes en la mesa; toda mi creencia en la 'Nube de Testigos' no me impedía tomar lo que parecía
el absurdo de tal medio de comunicación, y en lugar de investigar, me reía. Hice peor, me enojé. Dije que había creído toda mi vida en presencias
sobrenaturales, creía que, si era necesario, Cristo-Dios daría permiso a uno de Su 'Nube de Testigos' para comunicarse conmigo, pero ¿qué tenía eso que ver con golpes? Nunca recordé que en ese momento el mundo está lleno de 'Tomás', que no creerán (si pueden evitarlo) excepto por el testimonio de sus sentidos. Porque yo creo en las verdades del Evangelio, pensé que otros debían creer como yo, a partir del testimonio que me había bastado a mí y a los míos. No quería ver las heridas del Salvador, creía en ellas, eso era suficiente para mí. No pensaba en aquellos 'de cuello duro y obstinados', que requieren, como Tomás, un 'signo'; y debemos recordar (lo cual yo no hice) que el Maestro no le negó ese signo—no, lo llamó a examinar esas marcas de Su sufrimiento. No solo permitió que el incrédulo examinara por sí mismo, sino que lo llamó a hacerlo.

“Al fin nos persuadieron a encontrarnos con una joven médium, alguien en todos los aspectos fuera de sospecha; éramos un grupo mixto de doce o catorce en aquella mesa de cena; y mientras me preguntaba cómo era posible que hombres educados e inteligentes pudieran recibir como testimonio de presencia espiritual los 'golpes' y 'inclinaciones', que aunque no podía explicar, no creía, mi atención fue despertada por la joven diciendo que un espíritu estaba presente, que deseaba comunicarse conmigo. Describió una presencia que

reconocí, y luego me dio un mensaje, una parte del cual solo podía ser inteligible para nosotros dos—el espíritu que lo dio, y yo que lo recibí. Esto fue tan positivo y concluyente para mí, que creyendo como siempre he creído que tal poder existía, me vi obligado a creer que había verdad en el mediumnismo, y que allí estaban los medios usados para comunicarse desde los espíritus de los que se fueron antes a los que aún permanecían en carne.

“Esto fue la confirmación de una bendita realidad para mí, pero para otros, particularmente para otro en la mesa, fue tres veces bendito; su pasado había estado cargado de dudas sobre la existencia de la vida espiritual, se había negado a creer lo que no podía entender; su lámpara de la razón, recortada con mucho cuidado, solo hacía la oscuridad, por así decirlo, más visible. La fe era para él una carta muerta. Su corazón dolía por creer, pero, como Tomás, quería un 'signo'. El primer 'signo' se le dio esa noche, y desde entonces, dirigido invariablemente al LIBRO que conduce a la vida eterna, sigue su camino regocijado.

“Solo aquellos que han tropezado entre dudas e incertidumbres de un materialismo tristemente insatisfactorio, pueden comprender la inspiración que da la certeza de la existencia futura, corregida, iluminada, purificada. Con frecuencia me preguntan, ¿de qué sirve el Espiritismo? Mi respuesta invariable es que creo que se permite para frenar el crecimiento del materialismo. Ninguno, por muy escéptico que sea, puede recibir mensajes del mundo espiritual, conociendo su verdad, y no creer en la vida del espíritu, en la inmortalidad. Esta es la clave de la creencia en las Sagradas Escrituras. Cientos, miles, hoy dicen como yo dije, '¿Por qué la gente no cree? Tienen a Moisés y a los profetas.' Yo creí en el testimonio bíblico. Sí, pero esos miles no creen en el testimonio bíblico; piden un signo. ¿No buscarán el 'signo' e investigarán su verdad? ¿No darían todo lo que poseen por un 'signo' que pruebe la inmortalidad? ¿No desean un intercambio que, santificado por la oración, los dirija (lo he visto hacer muchas veces) a pasajes particulares de la Sagrada Escritura, que por primera vez comprendieron, y que se volvieron sagrados para ellos?

“Y además, hay muchos que reciben el Espiritismo como un hecho; personas bien intencionadas, tímidas, que temen que el Espiritismo sea peligroso. He visto lo suficiente para convencerme de que personas de mente carnal traen sus ángeles malignos con ellas a muchos círculos; y sugieren lo que es malo más palpablemente que en esos susurros silenciosos que conducen tan seguramente al error. 'Por sus frutos los conoceréis.' Sabemos que los 'espíritus mentirosos' tratan de destilar su veneno en los corazones más puros; y debemos estar seguros de que están al acecho alrededor del círculo reunido para manifestaciones, y solo pueden ser 'enviados atrás' por la oración fiel; pero todo cristiano sabe que está perpetuamente acosado por tales como estos.

“El Espiritismo, tal como lo conocemos, comienza cada sesión con oración; y usualmente (aunque no invariablemente) tiene razón para terminar con alabanza. No me uniría a un círculo donde esto se descuidara. Podría nombrar a muchos que han sido sacados del lodazal del materialismo, primero, al ver las maravillosas manifestaciones que surgen del mediumnismo del Sr. Home, y del mediumnismo de la joven que ya he mencionado. La ridiculez de un lado y las aseveraciones del otro, no pueden alterar esto. Debe haber un costo para crear un falso, y, sin duda, el charlatanismo ha encontrado su camino en los 'círculos', de donde ha sido expulsado tan pronto como se descubre.

“El MEDIUNISMO es un misterio que no podemos desentrañar, ni entender por qué el poder se delega a uno más que a otro. Tenemos la máxima autoridad para creer que hay 'diversidad de dones', todos del 'mismo espíritu'; y entre ellos se especifica, 'A algunos, el discernimiento de espíritus.' ¿Por qué uno tendría 'el don de sanar', y no el de 'diversos tipos de lenguas', o 'el ver espíritus'? Ese es uno de esos milagros que comprenderemos cuando ya no veamos a través de un vidrio oscuro. Solo puedo añadir, con no mucha humildad, que 'el mediumnismo' no es lo único que no entiendo.

“Pero debo cesar aquí. No intento dar más descripción de las 'manifestaciones' que he presenciado, las maravillas que he visto, examinado y cuestionado, y después de mis exámenes y cuestionamientos, no podía dudar que se permitieron para un único propósito, que repito, es la misión del alto y santo Espiritismo.

“No siento que deba escribir en defensa del Espiritismo, ni citar del volumen de hechos que sostienen esa defensa y prueban su verdad. No tengo talento para argumentar controversias; hay otros que lo tienen, y están dispuestos, así como son capaces, de ser sus defensores. Creo que está sancionado por Dios, y que por lo tanto debe ser para un buen propósito; y me contento, como deben contentarse aquellos que lean lo que he escrito, con expresar mi convicción de que el Espiritismo es Verdad.”

CAPÍTULO Xin.
CONCLUSIÓN.

Llegué a Inglaterra desde Périgueux, y desde entonces me he dedicado, tanto como mi tiempo y salud me lo permitieron, a asistir a sesiones, en las cuales la mayoría de las manifestaciones registradas en las páginas anteriores de mi obra se han repetido. He sido levantado varias veces a poca distancia del suelo, pero no tan alto como para flotar por encima de las cabezas de las personas en la sala. Muchas personas han visto y se han convencido de la ocurrencia de lo que previamente consideraban imposible, y han renovado y fortalecido su fe en la inmortalidad cuando todos los demás medios habían fallado en hacerles creer. El 20 de enero de 1863, fui a París en una breve visita a mi amigo, el Conde de K, y allí también ocurrieron los mismos fenómenos en presencia de un gran número de personas. Asimismo, he sido recibido con frecuencia por sus Majestades en los Tullerías, y por la princesa imperial y la nobleza de Francia, quienes han mostrado un gran interés en investigar las manifestaciones; pero se ha dado suficiente información sobre los hechos para permitir al lector formarse una opinión sobre ellos, y no es necesario entrar en más detalles. Ya he contado los incidentes principales, y ahora debo dejarlos para que sean juzgados y analizados por las distintas clases de personas que puedan dedicar sus pensamientos al tema.

Sería injusto si se me considerara responsable de hechos que ocurren en conexión con mi organización física, y sobre los cuales soy, en mente e intención, completamente pasivo, incluso si hubiera algún daño en ellos. Como no hay daño más allá de perturbar ciertas predisposiciones, y, por el contrario, existe cierta probabilidad de bien; y dado que son independientes de toda acción moral de mi parte, confío en que con los lectores sinceros y esclarecidos seré considerado, como lo soy, inocente.

Se habrá observado que comenzaron conmigo cuando era un bebé en mi cuna, y desde entonces, con pocas excepciones, han formado parte de mi vida diaria. Su alcance incluye

casi todos los fenómenos conocidos bajo el nombre incorrecto de Espiritismo Moderno. Digo que el nombre es incorrecto, porque no hay uno de ellos que sea nuevo, y todos pueden rastrearse en cada época de la que tenemos algún registro conservado. La gran diferencia, sin embargo, es que durante los últimos dos siglos el mundo ha experimentado un gran cambio, y, por una especie de reacción, los hombres han invertido la creencia que previamente existía sobre lo sobrenatural. Hasta hace dos siglos, no se consideraba un signo de sabiduría no creer en tales manifestaciones y acciones del mundo interior; por el contrario, tal incredulidad era reprensible como no bíblica y equivocada.

Afortunadamente, estoy aliviado de la necesidad de mostrar extensamente la prevalencia de la acción espiritual y los fenómenos en las épocas pasadas del mundo, gracias a la publicación de la obra elaborada y casi exhaustiva del Sr. W. Howitt,* a la cual remito a mis lectores, con plena confianza en que en sus páginas encontrarán no solo los hechos sino también los argumentos necesarios para demostrar que lo espiritual siempre ha estado presente, y que nada me ha ocurrido que no haya sido frecuentemente observado antes. Confío en que esta obra sea ampliamente leída, para que se disipe gran parte de la ignorancia actual sobre el tema, y que las mentes de los hombres se vean impulsadas a investigar más profundamente este gran asunto. Como breve resumen del mismo tema, también puedo señalar un artículo en el Apéndice, que ha sido elaborado por un amigo a partir de una serie de notas históricas reunidas por un caballero literario, quien, con gran amabilidad, las puso a disposición de mi amigo.

Se admitirá fácilmente que hechos como los que he descrito están destinados a arrojar gran luz sobre la hasta ahora descuidada ciencia de la pneumatología, y que es en la dirección señalada por tales hechos donde se debe profundizar en las cuestiones ocultas del alma y sus relaciones con el cuerpo y las cosas externas. Para tal estudio, ningún hecho, por pequeño o aparentemente trivial que sea, puede ser ignorado.

De los que son de carácter físico, como el movimiento de muebles, los golpes, la elevación en el aire o levitación, y fenómenos similares, deben ser investigados y sus usos determinados por el hombre de ciencia y el filósofo. Actualmente, tales personas han establecido de antemano que estas cosas nunca han ocurrido, y que son imposibles y absurdas; y por esta misma razón, si no por otra, se admitirá que son de la mayor utilidad para corregir tales nociones sobre las relaciones entre las fuerzas espirituales y las cosas naturales. No existe estudio que pueda ser de tanto valor para los filósofos como el de hechos hoy conocidos por miles, pero que su filosofía actual considera imposibles. Porque su filosofía debe ser radicalmente defectuosa cuando aquello que dicen imposible ocurre, sin embargo, diariamente. Por lo tanto, el lado físico de estos fenómenos debe ser estudiado por estudiantes de la ciencia experimental, para ampliar sus perspectivas sobre las fuerzas materiales, y si esto puede lograrse, como ha ocurrido en tantos casos, mediante el movimiento de mesas, los golpes y la elevación de cuerpos en el aire sin contacto, ya no se quejarán de la trivialidad de tales fenómenos. De hecho, ya no son tan triviales o poco importantes, que los destacados hombres de ciencia, como los Faradays y Brewsters, se hayan esforzado en criticar su posibilidad y otorgar el nombre de crédulos ingenuos a quienes han declarado públicamente lo que han visto y oído. La misma negación de estas cosas por parte de estos hombres, y por la masa del público, demuestra que no son triviales para ellos, sino que son realmente de máxima importancia. Porque, ¿por qué las niegan los hombres de ciencia, sino porque contradicen todo su conocimiento previo de las leyes de la naturaleza, “trastornando la filosofía de toda una vida”, y son por ello imposibles para ellos,

hasta que amplíen los límites presentes de su conocimiento y descubran aquellas leyes superiores bajo las cuales estos se convierten no solo en hechos, sino en hechos posibles?

Por supuesto, no hay ninguna revelación religiosa, propiamente dicha, en tales fenómenos, tanto como no la hay en los fenómenos de la gravedad, la electricidad o el magnetismo; pero eso no ha sido últimamente razón para que tales leyes sean repudiadas. En la fundación de la actual Sociedad Real, hubo un gran clamor por parte de las personas religiosas de aquella época, contra la formación de tal sociedad, con el argumento de que era blasfemo y pecaminoso intentar investigar lo que se llamaba "los misterios de Dios"; y se decía que los hombres ya tenían sus Biblias, y sabían lo suficiente, y no debían buscar saber más. Tal no es la opinión general hoy en día, y no está muy distante el tiempo, espero, en que la manera en que este tema ha sido recibido será, de la misma manera, presentada para demostrar la misma gran verdad: que todo conocimiento debe ser perseguido, y que no debemos temer tener demasiado de él. Dios es capaz de preservar Sus propios misterios, y aquello que sea posible para nosotros, es nuestro derecho y deber investigarlo y profundizar en ello, y presentarlo como parte del acervo general de la inteligencia humana.

Anticipo, por lo tanto, que cuando los verdaderos hombres de ciencia encuentren estos hechos no imposibles, serán conducidos por ellos hacia el conocimiento de leyes superiores, que por ahora se ocultan a sí mismos; y que un descubrimiento mayor espera su investigación que aquel que ha adornado el nombre de Newton, quien no consideró trivial el hecho cuando una manzana cayó ante sus ojos.

En cuanto a la otra gran división de estos fenómenos, aquellos que son de tipo mental y denotan inteligencia, se plantea una cuestión mucho más amplia.

La primera clase de manifestaciones solo podríamos encomendarla al investigador científico; pero tan pronto como estamos seguros del hecho de manifestaciones dirigidas por inteligencia, nos enfrentamos a una investigación de otro tipo. No conocemos ningún otro ser además del hombre que esté dotado del tipo y cantidad de inteligencia que se revela en muchas de estas manifestaciones, y somos inmediatamente llevados a la inevitable conclusión de que tal inteligencia es exhibida por seres humanos, ya sea en el cuerpo o fuera de él. Ni la fuerza od, ni la electricidad, ni el magnetismo, ni ninguna de las fuerzas imponderables, ha sido jamás detectada traicionando inteligencia, o participando en una conversación entre sí, o tomando parte en una con otros; y aunque estén ampliamente involucradas en sus funciones propias en toda la naturaleza, y en ese epítome de ella que está contenido en un hombre, no hay en ellas nada humano ni inteligente en el verdadero sentido de la palabra.

Por lo tanto, sentimos instintivamente, cuando nos encontramos con esta inteligencia, que estamos tratando con un hombre, ya sea encarnado o desencarnado. Las maravillas de la clarividencia y la percepción interna (si consideramos estas facultades inherentes al ser vivo, independientes de la ayuda espiritual) pueden explicar algunos de los fenómenos; pero hay otros que mi lector no habrá dejado de notar, que infaliblemente apuntan a la inteligencia de seres humanos desencarnados. La inteligencia se declara a sí misma como un ser humano, y proporciona información conocida únicamente por ella. Dice que es un espíritu y que se encuentra en el mundo espiritual. Se le ve como espíritu, y se le reconoce como alguien amado en la tierra. Dice que su oficio es ser nuestro guardián, ayudante y consolador. Nos informa de cosas que han pasado, de cosas que suceden en lugares distantes, de cosas que

han de venir. ¿Podríamos nosotros, inconscientemente, falsificar tal presentación y contarnos a nosotros mismos esta falsa inteligencia? Ninguna cualidad o poder de este tipo ha sido hasta ahora reconocido o conocido como existente en la mente del hombre. Ninguna cualidad semejante ha sido reconocida o conocida como existente en la fuerza od, ni en la electricidad, ni en el magnetismo, como la capacidad de decir verdad o falsedad.

¿De dónde proviene, entonces? ¿Es la cuestión tan completamente nueva sobre la existencia de los espíritus y su poder de comunicarse con el hombre, que podemos ignorarla o negar su posibilidad? ¿Estamos inevitablemente obligados a encontrar alguna hipótesis natural para explicar tales hechos? ¿Y como cristianos debemos decir, como Sir David Brewster, que "El espíritu es lo último a lo que cederé"? Gracias a Dios, a mí se me ha enseñado de otro modo, y me remito a la Biblia, y a los libros espirituales, autoridades y creencias de todas las épocas y de todas las iglesias, en apoyo de mi creencia.

Digamos, entonces, de una vez, que existen espíritus y un mundo espiritual, y veamos qué dificultades les presentan los hombres de ciencia, que niegan todo poder de comunicarse con este mundo.

Sería, de hecho, muy difícil concebir por qué medios posibles un espíritu podría convencer a algunas mentes de su presencia real. "Supongamos —dice el reverendo Charles Beecher— que un espíritu difunto, la esposa de Oberlin, por ejemplo, tuviera permitido intentar conversar con su esposo; no para establecer una nueva revelación, ni para mostrar poder divino, sino simplemente para ejercer la potencialidad que pudiera corresponder a un espíritu desencarnado, para la edificación y satisfacción propia y de su esposo. ¿Cómo podría hacerlo frente a las teorías apneumáticas? Ella le habla, mueve sus muebles, toca su ropa, su persona; toda acción automática de algún cerebro en sintonía con ese lugar. Canta, toca la guitarra o el piano, toma un lápiz y escribe, y él ve el lápiz en el espacio trazando la firma de su esposa —todavía automático. Le muestra una mano nebulosa, o incluso una forma luminosa, y sonríe y habla como en vida —eso es una ilusión óptica, o alucinación, o una partícula exhalada de su cuerpo ha impactado su cerebro sensible y creado una visión subjetiva. Comunica hechos pasados, presentes y futuros, más allá del alcance de su conocimiento; eso podría ser clarividencia o percepción cerebral. ¡Ay!, entonces, ¿qué podría hacer más? Debe retirarse frustrada, y quejarse de que él se ha vuelto tan científico que toda comunicación con él es imposible".

Por lo tanto, es muy difícil influir en algunas mentes con cualquier prueba que se pueda presentar, por falta de algún punto al que tal prueba pueda penetrar; pero, con seguridad, pruebas como las que he dado en mi libro, de la existencia de espíritus y de su capacidad para comunicarse con nosotros, son de las más útiles para ellas.

Cabe también observar que tales personas, para ser consistentes, deben, y muchos de ellos lo hacen, aplicar el mismo argumento a todos los hechos análogos del pasado, así como a los que ocurren en la actualidad. Sobre este punto de suma importancia, el reverendo W. Beecher dice con acierto:

"Cualquier ley fisiológica que explique estos fenómenos en todas las épocas, inevitablemente se aplicará a toda la Biblia, donde trata los fenómenos del alma y del cuerpo como mutuamente relacionados, actuando y reaccionando. Una gran parte de la Biblia —sus profecías, éxtasis, visiones, trances, teofanías, angelofanías— está más o

menos teñida de características ódicas. La fisiología y la antropología de la Biblia son altamente ódicas y deben estudiarse como tales. Como tales, se encontrará que armonizan con los principios generales de la experiencia humana en estos asuntos a lo largo de todas las épocas. Si se adopta una teoría en todas partes menos en la Biblia, excluyendo toda intervención espiritual y explicando todo físicamente, entonces las páginas de la Biblia no serán más que barreras de cartón. Tal teoría barrerá la Biblia y su autoridad, y su inspiración será anulada. Por otro lado, si se acepta la teoría de la intervención espiritual en la Biblia, no puede quedarse confinada allí, sino que debe extenderse por el amplio dominio de las 'supersticiones populares', como se les llama, separando el elemento de verdad en que se basan esas supersticiones y afirmando su propia supremacía autoritaria."

Es sobre bases como estas, entre muchas otras, que he comprobado como hecho que estas manifestaciones tienen una tendencia religiosa y un significado sobre el tema de la religión del más alto interés. No reclamo para ellas el carácter de una nueva revelación, sino que son una recurrencia en nuestros días de algunos de los fenómenos de una revelación muy antigua; y no es asunto menor poder convencer a muchos, que necesitan tal conocimiento y convicción, de la inmortalidad del alma, de su existencia inmediata y continua en el mundo espiritual, y de su poder de comunión y comunicación con nosotros, los que quedamos atrás.

Estos no son doctrinas nuevas, sino hechos antiguos, y lo que los espíritus puedan decirnos, debemos juzgarlo, como juzgamos los demás asuntos de la vida, por su propia evidencia intrínseca, y no confiar en la infalibilidad de lo que proviene del otro lado únicamente por su origen espiritual.

Por ejemplo, supongamos que cualquiera de los escépticos de nuestra época se sumara a los habitantes del mundo espiritual y viniera a mí en visión, o a través de cualquiera de los numerosos modos que he narrado en las páginas anteriores, y me dijera que no existen leyes espirituales, ni mundo espiritual, ni seres espirituales, y que muchos de los fenómenos que he experimentado a lo largo de mi vida no me ocurrieron, y que tales fenómenos nunca ocurrieron a otros y, de hecho, eran imposibles. No creería lo que dijera, únicamente por su origen espiritual, porque sería contrario a mi propia experiencia y conocimiento, y al de muchos otros, en la actualidad y en épocas anteriores del mundo. Por el contrario, reconocería, como hago, que el mero hecho de que pudiera venir y darme esta información falsa es, en sí mismo, de suma importancia para la verdad religiosa, dirigida a un punto que, de todos los demás en esta era materialista, más requiere certeza y confirmación.

El hecho, por lo tanto, de cualquier inteligencia, ya sea verdadera o falsa, proveniente del mundo interior, es algo del cual deben deducirse conclusiones, cuyo valor es imposible sobreestimar. La comunión real e íntima de los santos puede ser difícil de percibir, debido a que nuestro propio estado es demasiado bajo para tal comunión santa, pero no debemos abandonar al escepticismo todo el mundo espiritual, ni negar la posibilidad de uno de los más gloriosos principios del cristianismo.

FIN.

Este libro se ha terminado de traducir a las 15:58. El miércoles 20 de Agosto de 2025 con ayuda de la inteligencia artificial Chatgpt, y el riguroso cuidado y esfuerzo de Manuel Belman Jodar. Con amor, para su amigo Daniel Dunglas Home.